

RELIGIÓN Y CHILENIZACIÓN

*Patrimonio andino en los escritos
del padre Julio Ramírez Ortiz.
Norte de Chile, 1922-1931*



Alberto Díaz Araya
Felipe Casanova Rojas

EDICIONES
UNIVERSIDAD DE TARAPACÁ
2018

Religión y chilenización.
Patrimonio andino en los escritos
del padre Julio Ramírez Ortiz.
Norte de Chile, 1922-1931

Alberto Díaz Araya
Felipe Casanova Rojas



Ediciones
Universidad de Tarapacá

Religión y chilenización.
Patrimonio andino en los escritos del padre Julio Ramírez Ortiz.
Norte de Chile, 1922-1931

Alberto Díaz Araya
Felipe Casanova Rojas

Ediciones Universidad de Tarapacá
Publicación realizada con los aportes del
Convenio de Desempeño UTA-MINEDUC 1401.

ISBN: 978-956-7021-92-5
Propiedad intelectual: 288.533

Imagen de portada: Capilla de la Candelaria del pueblo de Belén, sierra de Arica. 1970.
Fondo Fotográfico Junta de Adelanto de Arica, Archivo Histórico Vicente Dagnino, UTA.

Primera edición: 500 ejemplares
Abril 2018

Impreso en Andros Impresores

Este libro fue evaluado por académicos e investigadores externos a la institución

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR	9
Julio Ramírez Ortiz	11
El periplo de los capellanes	14
La “obra civilizadora” de la administración chilena en los Altos de Arica	15
La descripción de la religiosidad andina	18
Comentarios	25
Referencias citadas	27

POR LA PAMPA ADUSTA

INTRODUCCIÓN	33
BELÉN	35
La Fiesta Patronal	40
La pascua Florida y el Cuarto ayunar	41
Corrida de Gallos	43
El Circo	46
La Misa	48
Espíritu Religioso	51
Primera Comuni3n	55
El Latroductus	57
Las Tardes	60
El Ermitaño	60
Santa Bárbara	62
Carabineros	65
Los Domingos	66
Una Visita	68
Los Cementerios	70
La Escuela	72
El Servicio Militar	75

Un Velorio de la Sierra	77
De Gramática	81
Episodio Trágico	85
Día de Difuntos	86
El Pachayampe	92
El Invierno	97
Pachama	99
¿Telepatía?	102
La Visita del Pastor	104
Itinerario del Párroco	109
GUALLATIRE	113
La Historia Antigua	114
El Volcán	115
La Aldea	115
El Indio y el Llama	116
La Fiesta	117
La Partida	118
Epílogo	120
TIERRAS GRISES	
INTRODUCCIÓN. ARICA	125
PUTRE	133
El origen del nombre de Putre	136
Obra Civilizadora	137
Filiberto Ochoa	141
Jurasi	143
SOCOROMA	147
Una Huaca	149
TIGNAMAR	153
Juan de Peña	154
Venados	159
La Villa	161
Una Leyenda	162
Vilanche	164
La Recepción	165
Historia	168
Noche Triste	170

Fiesta Aguada	171
Procesión	172
Zubieta	175
Danza Criolla	176
Una Aventura	178
El Adiós	180
CODPA. EL VIAJE ESTUPENDO	183
Dios Dirá...	183
Recuerdo Bélico	185
La Aventura del Subdelegado	188
El Desierto	191
Sicologías	193
Aventura	194
Una Leyenda	197
Panorama	198
La Escuela	199
La Villa	201
Servidores de la Patria	203
La Cosecha	205
La Vendimia	205
Fiestas Codpeñas	207
Epílogo	208

ESTUDIO PRELIMINAR*

Alberto Díaz Araya**
Felipe Casanova Rojas***

El área centro-sur andina, anexada por Chile tras la Guerra del Pacífico (1879-1884), albergó repertorios culturales desconocidos para los nuevos agentes administradores del territorio (Díaz y Ruz 2009). Mediante la empresa que buscaba implementar una sucesión de políticas destinada a la consolidación del Estado-Nación en lugares tardíamente anexados a la soberanía nacional, la agencia chilena delimitó nuevas fronteras territoriales que, adosadas a resignificadas fronteras étnicas, forzaron poderosos y –a veces– violentos cambios en las estructuras sociales, económicas, políticas, culturales y religiosas de las poblaciones de la costa y sierra del hasta entonces Sur peruano (Díaz, *et al.* 2010).

La presencia del Estado chileno implicó la modificación de las lealtades nacionales, generando readaptaciones en las estrategias de supervivencia de los pobladores locales, quienes absorbían o rechazaban los dispositivos que buscaban implantar nuevos símbolos patrios (Díaz *et al.* 2013). Indudablemente, las estrategias político-culturales de la administración chilena se expandieron por todo el territorio ariqueño, incluido el espacio precordillerano (Díaz y Ruz 2009). Por medio de la administración, la escuela y el reclutamiento militar, la sociedad andina regional fue incorporada a la membresía nacional, pero sin desintegrar las costumbres, prácticas y tradiciones que la caracterizaban, continuando su derrotero entre los arrinconados y serpenteantes valles y los abruptos senderos precordilleranos.

Entre el conglomerado de agentes del Estado que buscaban ejercer soberanía en los territorios ocupados, destacamos la presencia de los capellanes militares. Como miembros del clero, prestaban servicios catequéticos y patrióticos a los miembros del Ejército y a las comunidades de la costa

* La presente introducción es resultado del proyecto FONDECYT N° 1151514 y del Convenio de Desempeño UTA-MINEDUC.

** Historiador, Doctor en Antropología. Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas, Universidad de Tarapacá. Correo electrónico: albertodiaz@uta.cl

*** Historiador, Universidad de Tarapacá. Correo electrónico: fcasanovarojas@gmail.com

y cordillera ariqueña. Justamente, un miembro de la Vicaría Castrense, Julio Ramírez Ortiz –de 35 años–, arribado al territorio a comienzos de la década de 1920, y en paralelo al escenario histórico que habían vivido los primeros sacerdotes evangelizadores del siglo XVI, estampó en dos textos las impresiones, valores y prejuicios experimentados durante su estadía con las comunidades de la sierra local, además de una prolífica descripción de las prácticas, creencias y cosmovisión del sujeto andino (Ramírez 1927, 1931).

En sus obras es posible advertir lo que sucedió con los segmentos indígenas andinos que habitaban los poblados cordilleranos durante el periodo denominado “chilenización”. ¿Qué lecturas realizó de las políticas impulsadas por la nueva administración en el *hinterland* ariqueño? ¿Distinguió ciertas subjetividades acordes con identidades étnicas, memorias colectivas e imaginarios sociales propios de la cosmovisión andina?

A partir de estas interrogantes, planteamos que las descripciones de Ramírez apuntan hacia la consolidación/desestructuración cultural de los sujetos andinos como chilenos/peruanos, guiado por una notoria influencia del enfoque y método seguido por los sacerdotes cronistas de la etapa colonial; así como de pensadores latinoamericanos de fines del siglo XIX. En ambos textos el juicio etnocéntrico y evangelizador se engranaría con una descripción etnográfica planteada como una interpretación del objetivo primario, pero que, a contrapelo, evidenciaría prácticas, ritos y creencias de comunidades andinas.

El trabajo del sacerdote constituye un valioso documento para la historia local. En sus páginas es posible distinguir una sociedad andina en plena transformación. Las observaciones entregan importantes referencias al despliegue del Estado chileno en la precordillera ariqueña, volviéndose un recurso para el estudio de la “chilenización” entre los comuneros indígenas. De igual manera, y sumado al contexto disciplinante de la administración nacional, las anotaciones del clérigo vislumbran prácticas, creencias y actitudes propias de la cultura andina, las que no sufren alteraciones, buscan ser erradicadas o experimentan procesos de resignificación. Sin duda, sus escritos permiten elaborar una radiografía de las comunidades de los Altos de Arica durante un periodo de importantes complejidades sociopolíticas.

Con todo, el presente estudio preliminar analiza las descripciones realizadas por Ramírez a propósito de su periplo por las comunidades de Belén, Guallatire, Pachama, Putre, Socoroma, Ticnamar, Timalchaca y Codpa. Relacionando los apuntes del sacerdote con referencias de prensa y documentos de la Intendencia de Tacna, se exponen sus antecedentes biográficos, así como una breve descripción de las tareas de los capellanes castrenses, además del discurso “civilizador” que impulsaba a la administración chilena desplegada en la precordillera local. Asimismo, se analizan

las descripciones atingentes a la religiosidad andina, resaltando las que refieren a las fiestas patronales, sistema de cargos, *Vilancha*, *Pachallampe*, bandas de músicos, danzas, y la vendimia codpeña.

Julio Ramírez Ortiz

Julio Ramírez Ortiz nació en Santiago¹. Era hijo de Sabina Ortiz Lois y Manuel Ramírez Molina. Ordenado sacerdote en 1913 (Figueroa 1931:601), se le nombró capellán auxiliar del Ejército el 21 de marzo de 1920². Su hoja de servicios detalla todos los nombramientos y cargos que ejerció durante los 27 años que permaneció en la rama castrense. En lo que nos concierne, pasó a la Brigada Combinada en Tacna en febrero de 1922, siendo comisionado para la atención de los servicios religiosos y catequéticos en los poblados de la serranía de Arica, particularmente en la comunidad de Belén, de la que fue párroco durante largo tiempo (Figueroa 1931:601; Ramírez 1927).

Aunque se le transfirió a la Marina luego de seis meses de servicios en las fuerzas de tierra, permaneció en los territorios en litigio gran parte de la década de 1920, siendo destinado a la capellanía de la compañía que el regimiento Artillería de Costa tenía desplegada en la ciudad. Ascendido a capellán 1° en 1933, continuó con sus servicios en la II división, atendiendo el servicio religioso de la guarnición de Santiago y algunas localidades circundantes. Tras ocupar la dirección del servicio castrense, se desempeñó en las tareas eclesiásticas de las Escuelas Militares. Finalmente, en 1947, encontrándose en la Comandancia de Guarnición de Santiago, se le concedió retiro absoluto³.

No obstante sus labores catequéticas, Ramírez cultivó una pasión por la literatura y la poesía. En 1914 redactaba en los “días de mayor actividad” de la *Revista Católica* (Araneda 1970:80), destacando tanto “en el orden dogmático como en el terreno de las letras profanas”, desarrollando ampliamente el cuento y novelismo (Figueroa 1931:601). En efecto, en torno a estas últimas, sembró un apetito por las costumbres, tradiciones y el folklore del valle central chileno. En 1920 publica *El Rancho; novela de costumbres chilenas* (Ramírez 1920), donde el protagonista “es un campesino

¹ De acuerdo con los registros del Departamento Histórico, Cultural y de Extensión del Ejército, nació el 19 de febrero de 1889; sin embargo, el registro de nacimiento de la Circunscripción de Santiago fija dicho evento en 1887. Archivo del Registro Civil de Santiago, *Libro de Nacimientos*, 1887, volumen 46, registro 512, página 171.

² Hoja de Servicios del Capellán 1° Julio Ramírez Ortiz. Departamento Histórico, Cultural y de Extensión del Ejército de Chile (en adelante DCHEE).

³ Hoja de Servicios del Capellán 1° Julio Ramírez Ortiz. DCHEE.

que, conquistado por un agitador, va a la ciudad en busca de bienestar y, al fin, encuentra allí su ruina” (Figueroa 1931:601). Tres años más tarde editaría *Del Mar y de la Sierra* (Ramírez 1923); una serie de cuentos y narraciones que “también pregonizaban el nativismo” (Figueroa 1931:601). Paralelamente dedicó tiempo para obras de corte patriótico, destinadas mayormente al público interno del Ejército, en lo particular a soldados y suboficiales. En este ámbito destacan *Voces de la Patria* (Ramírez 1930), *Historia de Chile* (1937), *El Imperio Comunista* (1930) y *La Virgen del Carmen y Chile* (1950), entre otros.

A sus dotes de escritor se sumaban las cualidades de la oratoria. A lo largo de su estadía en Tacna y Arica se le asignó la conferencia patriótica de numerosos actos conmemorativos, como el 21 de mayo (combate naval de Iquique) o 7 de junio (toma de Arica); además de inauguraciones que requerían el rito de la bendición de la Iglesia⁴.

Como se constata, durante su vida desplegó un permanente interés por la escritura. A decir respecto de su muerte, ocurrida en 1951, el *Memorial del Ejército* destacó su incansable calado como literato. Mediante su pluma, “captó y cantó el espíritu de las regiones chilenas y sus habitantes, el verbo humano del roto y los prohombres que nos dieron libertad”. Sin duda, la mirada ensalzaba su trabajo por trasuntar *fielmente* “el alma grande y sencilla de la patria y su raza” (Memorial del Ejército 1951:152). La continua tarea llevó a que, en 1922, fuese distinguido con la Bendición Apostólica por parte del papa Pío XI, con ocasión del trabajo realizado en las obras *El Curso Superior de Historia Bíblica* y *El Cuaderno de la Doctrina Cristiana en Ejemplos*⁵.

Su presencia en Tacna, y particularmente en Arica, significó una oportunidad para robustecer sus cualidades como cronista de costumbres y folklore, publicando, a raíz de sus periplos por la precordillera andina, dos textos: *Por la Pampa Ajusta* y *Tierras Grises*. En ambas las fechas son inexistentes difuminando la frontera entre los tiempos de percepción y los de redacción. A primera vista pareciera que Ramírez describe las localidades mencionadas como partes de un viaje en común. Sin embargo en ambas obras se incluyen descripciones realizadas durante cortas estancias, en ocasión de alguna festividad comunitaria o invitación particular.

⁴ A modo de ejemplo, véase el discurso del 7 de junio de 1922. Periódico *El Ferrocarril*, Arica, 8 de junio de 1922. Además le correspondió ayudar al capellán Benjamín Flores en la bendición de las obras de construcción de la Población Obrera. *El Ferrocarril*, 24 de septiembre de 1922.

⁵ *El Ferrocarril*, 18 de diciembre de 1922. De igual manera, las tareas catequéticas no se limitaban al espacio litúrgico o festivo. Ramírez fue nombrado profesor de religión del Instituto Comercial de Arica en 1925, ocupando el cargo hasta 1927. A su vez, fue capellán de la cárcel de Arica, fundando “con el dinero de una colecta pública” los talleres de “zapatería, carpintería y tornería, donde trabajan los presos y aprenden un oficio” (Figueroa 1931:601).

La única permanencia prolongada fue la que dio origen a *Por la Pampa Adusta*, publicado en 1927 y redactado a base de un asiento por “más de seis meses” en las comunidades de Belén y Guallatire (Ramírez 1927:8).

El segundo texto, *Tierras Grises*, editado en 1931, describe las localidades de Putre, Socoroma, Ticnamar y Codpa. El clérigo reconoce que viajó al primer poblado “en pleno agosto” (sin indicar año) con otros tres acompañantes (Ramírez 1931:15). De allí continuó a Socoroma, pues señala que “el camino (...) es espléndido; sube primero en zigzag sin violencia, y desde arriba el panorama se va dilatando y embelleciendo, y los potreros convirtiéndose en vergeles y el pueblucho de Putre, transformándose en una nivea aldea de idilio” (Ramírez 1931:37). No obstante, la travesía a Ticnamar no habría formado parte de este primer itinerario. No existe referencia a una ruta seguida desde Socoroma; de hecho, la descripción del viaje refuerza la presunción de que partió de Belén, donde desarrolló una tarea religiosa permanente (así como lo indica en su primer texto). Invitado por el subdelegado del villorrio para que asistiese a la fiesta del Tránsito de la Virgen, celebrada en la quincena de agosto, pasó por lugares ubicados entre la última localidad aludida y Ticnamar, como Yactire, Tojotojone y Lupica. Respecto de Codpa, tenemos certeza de que se trató de un periplo distinto a los ya identificados, pues formó parte de la comitiva del vicario general castrense, monseñor Rafael Edwards, que recorrió algunos poblados durante los últimos días de mayo de 1923⁶.

Desde la perspectiva de sus intereses, podemos incluir al clérigo dentro del grupo de autores precursores del conocimiento antropológico de los grupos indígenas (Gundermann y González 2009:114-116). Viajaba con un diario personal, en él que anotó “los apuntes principales de mi paso por la sierra y por la pampa ariqueña” (Ramírez 1927:6). Se autodenominaba como “capellán cronista”, aduciendo una relación de oficio con los antiguos eclesiásticos del período colonial. Se hizo de la compañía de informantes claves, como Filiberto Ochoa, de Putre; o Juan de Peña, quien lo guio en su camino a Ticnamar. Se esforzó por aprender la lengua “aymara”, recomendando “a los que se internan por la sierra con misión especial, a los sacerdotes, capellanes, a las autoridades, no se vayan ayunos del idioma, siquiera pronuncien las frases más usuales, tómense el trabajo de estudiar las raíces” para comprender “con mejor claridad, la sicología de la raza” indígena (Ramírez 1927:116). Asimismo, el hecho de escribir las vivencias experimentadas en la sierra constituye un claro indicio de la necesidad de realizar un “trabajo de campo”, mediante lo que la etnografía contemporánea ha denominado “observación participante” (Guber 2001), para desarrollar los objetivos que demandaron sus publicaciones posteriores.

⁶ Periódico *La Aurora*, 27 de mayo de 1923.

En este sentido, nuestro sacerdote abre sus descripciones con un propósito manifiesto: comprobar el “estado de avance” de las políticas chilenas en la sierra ariqueña. Para ello se sirvió de los apuntes referentes a sus estadías en las parroquias precordilleranas para concebir una práctica *in situ* del conocimiento que permitiese exponer los cambios socioculturales de los comuneros andinos. Así, “las ceremonias indígenas citadas y los hábitos religiosos y sociales” narrados en sus textos “han sido observados *de visu* por el capellán cronista, que no tiene otra pretensión que dar a conocer un nuevo aspecto de la obra realizada por el gobierno de Chile en estas regiones lejanas y desconocidas” y destacar “la labor silenciosa y oscura de los capellanes castrenses, enviados a laborar por Dios y por la patria en esta tierra estéril” (Ramírez 1927:6).

El periplo de los capellanes

El fin de la Guerra del Pacífico trajo consigo ciertas consecuencias que afectaron los espacios de religiosidad de las poblaciones costeras e interiores de Tacna y Arica. Las disputas por el control eclesiástico tenían su origen en el conflicto mismo; pero una vez finalizado, se extendió un clima de tolerancia comunitaria que no trepidó en mayores roces hasta inicios del siglo XX (González 1995). Sin embargo, el nuevo escenario, que consideró cambios políticos significativos por parte de la administración chilena, permitió el resurgimiento de las tensiones en torno al sistema eclesiástico y, particularmente, a las prácticas que llevaban a cabo los miembros del clero. Es importante mencionar que la curia de Tacna y Arica siguió dependiendo del Obispado de Arequipa, y al estar conformada por sacerdotes peruanos, fue acusada por la autoridad chilena de ejercer una marcada influencia partidista en la comunidad, desplegando discursos patrióticos en contextos litúrgicos que llamaban a la continuidad de las afinidades identitarias peruanas, realizando actos de propaganda en contra de Chile (Palacios 1974; Choque 2013).

El conflicto llegó a un punto de no retorno al decretarse la clausura de las iglesias y parroquias peruanas, en noviembre de 1909; y disponer la expulsión de los sacerdotes en marzo de 1910, concediendo 48 horas para que abandonasen el territorio. Con la mencionada expulsión, dejaron de funcionar todos los servicios de la curia local, incluyendo los de Tarata, Sama, Putre, Codpa, Belén, Estique y otras comunidades andinas.

En su reemplazo, y con la venía del Vaticano mediante el Breve pontificio *In hac beatissimi Petri Cathedra* del 3 de mayo de 1910, el gobierno chileno desplegó a un conjunto de capellanes militares agrupados en la Vicaría General Castrense, cuyo obispo tenía una autoridad jurisdiccional independiente del resto de obispos de las diócesis chilenas (Precht

2005). El primer responsable del nuevo Vicariato fue el presbítero Rafael Edwards Salas, quien asumió el grado militar de general de brigada del Ejército (Fierro 2010).

Los capellanes militares se hicieron cargo de los servicios religiosos y patrióticos de la población. Recorrían los poblados del interior según las necesidades del calendario festivo, llevando a cabo actividades litúrgicas en fiestas patronales y administración de sacramentos. En paralelo a estas tareas, los sacerdotes se ocupaban de la enseñanza catequética en las escuelas chilenas⁷; además de las cárceles, donde operaban como capellanes y profesores de moral⁸.

En Arica y sus poblados interiores destacaron el presbítero Eduardo Oyarzún Miller, titular de la capellanía de Putre⁹; Arturo González, que desempeñaba sus servicios en Codpa¹⁰; el mismo Julio Ramírez, enviado por primera vez al poblado de Belén en octubre de 1922¹¹; Luis Arturo Moraga, que el mismo año estuvo a cargo de la fiesta de la Virgen del Rosario de las Peñas¹²; Benjamín Flores, que realizó “algunos servicios relijiosos” en el pueblo de Poconchile, al interior del valle de Lluta¹³.

La “obra civilizadora” de la administración chilena en los Altos de Arica

Hacia mediados de la década de 1920, el impulso de las políticas integradoras de la administración chilena en el espacio andino se encontraba en pleno avance. Bajo una coyuntura electoral, surgida de los impulsos plebiscitarios que definirían el destino de los territorios de Tacna y Arica para el año 1926, la agencia chilena desplegó, en la costa y el interior, diversas estrategias para disciplinar a la población y generar lógicas de reproducción que permitiesen crear, mantener y preservar sentimientos de pertenencia a la nación chilena; *desperuanizando*, de paso, a las comunidades nativas (Díaz 2006).

⁷ Por ejemplo, el 14 de abril de 1920 el Ministerio de Relaciones Exteriores aceptó la renuncia del presbítero Agustín Dierich del puesto de profesor de Religión del Liceo de Niñas de Tacna y decretó que su homólogo, Félix A. Díaz, asumiese en su reemplazo. Archivo Histórico “Vicente Dagnino”, Intendencia de Tacna, vol. 63, f. 52 (en adelante AHVDIT).

⁸ AHVDIT, Oficios Varios, vol. 63, f. 56.

⁹ AHVDIT, Notas de la Intendencia, vol. 134, s.f.

¹⁰ AHVDIT, Notas de la Intendencia, vol. 134, s.f.

¹¹ *La Aurora*, Arica, 7 de octubre de 1922.

¹² *La Aurora*, Arica, 7 de octubre de 1922.

¹³ *La Aurora*, 31 de octubre de 1922.

En este sentido, las tareas *chilenizadoras* se reflejaban en –al menos– tres agencias: la Escuela, el Ejército (servicio militar) y la Iglesia. Tomando en cuenta el vínculo constitucional con el Estado, el capellán asumía su tarea religiosa como parte de las responsabilidades morales del nacionalismo. Así, la aparente consolidación de la modernidad liberal en las comunidades andinas, construida a partir del trabajo del clero y otros agentes del Estado, hallaba resultados empíricos en los avances en alfabetización, la introducción de jóvenes comuneros en el servicio militar obligatorio y la erradicación de ciertas prácticas religiosas contrarias con la raigambre cultural del sacerdocio chileno.

Los trabajos de la capellanía estaban basados en la necesidad de salvar a los indígenas de la *barbarie* provocada por la república peruana. Su inclusión en la escuela y el ejército permitían que el comunero saliese de un estado de *atraso* e ingresase a los beneficios morales de la civilización, como parte de las transformaciones de la realidad social. En este sentido, el “trabajo espiritual” del sacerdote era importante:

la juventud, que es la flor de un pueblo, ha respondido al llamado de su jefe espiritual: los hurraños jovenzuelos de antaño, las zagalejas que andaban por los breñales, a salto de mata, llevando al desgaire la revuelta cabellera y huyendo del agua fría como el mismo demonio, ahora dejaba la bayeta en el fondo de la cajuela y del arcón, y limpias y peinadas, han tomado la vigüela o el mandolino para concertar los sones y dar serenatas y lucir las dotes musicales en fiestas patrióticas y religiosas (Ramírez 1931:24).

Al ser instrumentos de adscripción nacional (Díaz y Ruz 2009), la Vicaría Castrense procuró optimizar los espacios dedicados a la enseñanza. En efecto, durante una de “sus visitas” a Codpa, el obispo Rafael Edwards observó “lo ruinosos y antihigienicos” edificios destinados a la escuela del pueblo. Buscando “contribuir al mejoramiento de la instrucción y conforme al programa de trabajo de todos los que contribuyen a la restauración social”, “mirando con preferencia a los individuos mas desgraciados, como son ciertamente los pobres indios de nuestras cordilleras”, autorizó construir un nuevo inmueble en un terreno adyacente a la casas del capellán, pues el estado del actual constituía “una afrenta para nuestro prestigio nacional”¹⁴.

La enseñanza debía centrarse –a juicio de Ramírez– más en “la voluntad” que en el intelecto, ya que “ardua tarea ha de ser para un pastor a esos seres que, más ineptos para la educación, están como aletargados por un sueño secular”. Se debían “sembrar hábitos morales, imponer un régimen higiénico de vida” (Ramírez 1931:26), así como lo había

¹⁴ AHVDIT, Oficios, Solicitudes y Decretos varios, vol. 77, s.f.

postulado el pensador boliviano Franz Tamayo, quien –junto con Alcides Arguedas– proponía solucionar el problema indígena con una reforma educacional que permitiese aprovechar sus cualidades en directo beneficio de la nación, limitando la capacidad de reacción de la comunidad (Irurozqui 1992).

Existía un obstáculo para el proceso de formación escolar: el trabajo comunitario. El registro de asistencia a clases de los estudiantes variaba según el calendario religioso de las festividades comunitarias y por la participación de los alumnos en actividades productivas (Díaz y Ruz 2009). El clero chileno creía incorrecto que las familias utilizasen a los niños y jóvenes en “las rudimentarias faenas agrícolas”, pues impedían la dedicación al estudio (Ramírez 1931:120). Al respecto, se decía que:

En verdad, los padres a veces tienen razón; el año es malo, no han vendido sus productos o se han secado los campos o la cosecha de papas ha sido lastimosa, entonces es menester que el vástago contribuya con su labor para comer el pan y ya lo dice el axioma: ‘Primero es vivir que filosofar’ (Ramírez 1927:90).

La obra cívica de la enseñanza escolar concluía con el ingreso de los comuneros al ejército. El servicio militar obligatorio permitía “robustecer el cuerpo y la voluntad”, catalizando la personalidad ilustrada con la que los habitantes precordilleranos “se sacuden en parte la modorra racial y adquieren el ímpetu de la vida moderna” (Ramírez 1931:123). En definitiva:

El embotado cerebro, amodorrado por la monotonía de la pampa, siempre gris, se vuelve alerta y la visión se hace más amplia y luminosa; el serrano criollo ha recibido un baño espiritual que lo ha despertado a una vida más generosa, ha conocido otro aspecto de la patria y el roce cotidiano con otros hombres más ágiles, de idiosincrasia diferente, les produce un efecto sorprendente (Ramírez 1927:95).

La incorporación de los comuneros andinos al sistema de conscripción chileno permitió el acceso a la alfabetización (Ramírez 1927:96) y articuló importantes resignificaciones en su bagaje cultural, pues muchos pobladores contratados como músicos de bandas militares aprendieron a musicalizar con nuevos instrumentos (de metal) las melodías tradicionales andinas, introduciéndolas en las prácticas rituales y festivas mediante las conocidas “bandas de bronce” (Díaz 2009).

En conjunto, la escuela y el ejército constituyeron medios de instrucción que permitían desplegar repertorios culturales que no contemplaban *lo andino*, imbuyendo valores ideales a un componente étnico que paulatinamente comenzó a incorporarse a la membresía nacional.

Como hemos constatado, el discurso civilizatorio de los sacerdotes chilenos se vio reflejado en las descripciones etnocéntricas de Julio Ramírez.

La clasificación del comunero según la tipología de *bárbaro* (inepto) o *civilizado* (capaz), destacó el estado de avance de acuerdo con el parámetro de inclusión en el ideario nacional. No obstante, dicho enfoque no impidió que las costumbres, prácticas y creencias andinas fueran graficadas concienzudamente, otorgando un corpus etnográfico de las comunidades indígenas de la primera mitad del siglo XX; particularmente en un período marcado por la redefinición de ciertas características comunitarias en la sierra ariqueña y de complejidad sociopolítica.

La descripción de la religiosidad andina

El carácter y discurso de Ramírez dieron paso a descripciones alejadas de los parámetros del quehacer etnográfico. Las interpretaciones etnocéntricas están evidenciadas en los valores y prejuicios que acompañan cada párrafo dedicado al retrato de la presencia chilena. Tal enfoque, que constituye una continuidad con la tradición cronística colonial, puede inscribirse considerando que el sacerdote observaba el entorno comunitario determinado por los conocimientos que poseía (Pérez 2008)¹⁵. De ahí que su principal referente fuese el proyecto evangelizador de Joseph de Acosta, sacerdote jesuita que en 1590 publicara *Historia natural y moral de las Indias*, reproduciendo una imagen evolutiva entre lo primitivo (peruano) y lo civilizado (chileno) (Solodkow 2010). Al igual que el jesuita colonial, Ramírez encontraba el estado de *barbarie* en el alma de los nativos y proponía –como ya indicamos– una educación basada en los “hábitos morales”. No obstante, aquella misión debía incluir el estudio de la lengua indígena para la difusión del catecismo entre los nativos (Mattei y Casalini 2015)¹⁶. En virtud de ello, el sacerdote chileno concebía “la riqueza y antigüedad de tal idioma [aymará]”, por cuanto los “etnólogos”, “lingüistas” y “filólogos” lo consideraban “uno de los idiomas mas antiguos y nobles de América”, atribuyéndole “la particularidad de haber sido el idioma sagrado de los Incas, con el que daban sus decretos reales y se comunicaban con todos los príncipes y letrados, dejando el quechua para el grosero vulgo” (Ramírez 1927:109).

¹⁵ Tal como indica Pérez (2008:290), “Por un lado, los hombres que el etnógrafo observa le dan un sentido a lo que hacen o dicen, y, por el otro, el etnógrafo tiene sus propios referentes para decidir qué es lo que tiene sentido para los hombres observados y para él, ya que lo que anota debe corresponder a su propio proyecto”.

¹⁶ El Segundo Concilio (1565) intentó contextualizar los dogmas del Concilio de Trento (1564) a la realidad del Perú. En la asamblea, el prelado advirtió la necesidad de emprender procesos de catequesis en lengua aborígen, para ello los sacerdotes debían instruirse en los lexicones de *aymara* o *quechua*, respectivamente (Díaz *et al.* 2012:25-26).

Siguiendo los postulados del “americanista Acosta”, Ramírez se interioriza y práctica el idioma por cuanto el *hinterland* ariqueño “era ocupado por gente de la raza aymará que conservaba en sus momias y monumentos los caracteres raciales, tal como existen ahora en esa raza”; “los nombres aplicados a las cosas de uso familiar y a los animales tienen sonidos guturales y cacofónicos que guardan íntima relación con la naturaleza del objeto o del animal nombrado”; y, por último, porque “los nombres que se han aplicado a las montañas, a los ríos, a los volcanes, en general, casi todos los nombres geográficos son aymarás”, conservándose “tal fueron en su origen o con muy pequeñas corruptelas, con la curiosa circunstancia de guardar relación estrecha, natural analogía, con el lugar o con la montaña” (Ramírez 1927:110-111).

Dichos saberes otorgaban significancia a las prácticas y creencias andinas, aun cuando no fueran compartidas en su totalidad. Sin desasirse del juicio etnocéntrico, el sacerdote describió gran parte de la vida cotidiana de la población precordillerana, enfatizando las fiestas y ceremonias religiosas, en las que fue un activo protagonista. Como una muestra, cuando se le invitó a la festividad de la Asunción de la Virgen de Ticnamar, la imagen de los peregrinos caminando con caballos y burros atestados de pan, charqui, queso, carbón y otros enseres, lo llevó a preguntarse “¿Por qué en la mente del indígena van inseparables las dos ideas: el jolgorio y la solemnidad religiosa, el alcohol y el incienso?” (Ramírez 1931:50).

Esta diferencia entre las prácticas religiosas andinas y del valle central (lugar de origen de Ramírez) llamó también profundamente la atención, quien basó gran parte de sus textos en el rechazo o sorpresa por las actividades de la feligresía cordillerana. Siguiendo esta lógica, resaltan las referencias al sistema de cargos y las expresiones tradicionales de la festividad. El primero está conformado por dos figuras comunes y principales en la organización social y ritual andina: el *mayordomo* y el *alférez* (Ruz *et al.* 2011). Durante la fiesta patronal, el *alférez* era el encargado de asumir importantes funciones en torno a la fiesta, pues “de su cuenta corría la alimentación y la bebida de las gentes, y más que todo, de los musicantes, terriblemente sufridos por ingerir alcohol y caldear la garganta en la helada noche” (Ramírez 1931:73).

Ciertamente, el *alférez* concentró un especial interés del clérigo. Como sabemos, es un cargo comunitario que no escatima recursos para la celebración del patrono del pueblo, ya que debe asumir importantes costos relacionados con la fiesta. En dicho plano, en torno a su figura se tejía una entidad depositaria del prestigio social, centrada en las responsabilidades congregacionales de la comunidad, en función de las diversas formas en que esta concibe la religiosidad (Ruz *et al.* 2011: 46). Así, Ramírez identificó la rivalidad de los feligreses por asumir la acreditada tarea intracomunitaria del alferazgo (Díaz *et al.* 2014:112). Refiriéndose a las fiestas religiosas de Codpa, señaló:

Al comenzar el año, la autoridad, precedida por el Tata, elige a los vecinos caracterizados, y por turno, para los alferazgos de la temporada: patronos de los santos protectores que **correrán la fiesta** para atraerse la protección del cielo; y suele acontecer lo que en grandes ciudades de alta cultura: la sangrienta lucha por lucir, por desplegar todo el lujo imaginable para aplastar al rival, y que la fiesta resonante de un alférez hunda al otro, aunque el rumboño señor quede despellejado y maltrecho con más deudas que sentimientos (Ramírez 1931:133).

En el caso del *mayordomo*, este se encargaba de la mantención de la infraestructura de la iglesia y la imaginería religiosa, además de la recepción y despedida de las compañías de baile. De igual manera, debe “vestir” al santo y mantener velas encendidas durante el transcurso de la celebración (Ruz *et al.* 2011; Díaz *et al.* 2014). Respecto del *mayordomo* de la capilla de Belén, Ramírez apunta:

Durante dos años se compromete un vecino a cuidar del servicio del culto. Tiene el título de mayordomo, guarda los ornamentos, toca las campanas, en una palabra, sirve de sacristán mayor; en cambio, tiene todos los honores y prerrogativas de su cargo y campo de siembra para ayudarse. Por ahora está Sebastián Cutipa, casado con Andrea: ella es una criolla varonil, bronceada, de un hermoso color moreno, ama a su marido y a su iglesita, compartiendo sus afanes entre sus dos amores (Ramírez 1927:13).

Las referencias anteriores nos direccionan hacia las particulares formas cúllicas de la feligresía, que –en palabras del autor– constituían una novedad espiritualmente peligrosa. En el calendario religioso, el culto a las imágenes del santo patrono, así como en otras festividades (Corpus Christi, Cruces de Mayo, etc.), constituía parte vital del soporte identitario de la comunidad andina, y en las que se expresaba la manera de concebir la religiosidad. En la fiesta patronal, la naturaleza simbólica de la figura del santo vendría a ser el principal soporte de su eficacia simbólico-ritual, permitiendo la coexistencia de una diversidad de significados e inventivas populares escenificadas en este tipo de manifestaciones cúllicas en torno a las imágenes, como parte integrante del repertorio de la agencia ritual andina (Díaz *et al.* 2012:24). Al respecto, Ramírez es capaz de identificar esta particularidad:

Los vecinos han llevado a la iglesia las imágenes familiares que guardan en sus casas, santos de todos tamaños, el san Jerónimo de hermosa barba florida, la Virgen de Mercedes, la Virgen del Carmen, el Niño, San Antonio, etc., etc. Las repisas y nichos se pueblan de imágenes, algunas de una fealdad suprema. Estos artistas primitivos que han pasado por estos pueblos de la sierra, se complacían en revestir a sus imágenes de un aire ceñudo y terrible, ponían

en los ojos una hosca severidad y alargaban las narices o las aplastaban con crueldad extraña. Hay venerables apóstoles, confesores que inspiran terror y sin embargo, los devotos los miran con ternura sin ejemplo. Aquellas imágenes que han visto al nacer, que han presidido los grandes días, siendo testigos de tantas lágrimas, llegan a formar parte de su familia; de aquí que en mucha de esta gente la imagen misma cobre una importancia capital y ella reciba el homenaje cotidiano de oraciones y de luminarias (Ramírez 1927:23).

Esta manera de concebir el culto a las imágenes acarrió tensiones con los capellanes chilenos, los que concebían la piedad mucho más allá de la figura del santo patrón, desconociendo la funcionalidad y significación que tenían dentro del repertorio religioso de la tradición andina (Díaz y Málaga 2013; Díaz y Lanús 2015). Dicha cuestión se tradujo en una especie de campaña extirpadora de idolatrías, semejante a la impulsada por los sacerdotes durante la Colonia, que buscaba redefinir las concepciones religiosas de los indígenas. Ramírez creía en este proyecto, e ilustra las acciones del clero en la parroquia de Putre:

Las antiguas imágenes, que ponían miedo en el corazón con sus caras foscas y sus barbas revueltas, han sido trocadas por los capellanes y gracias a la munificencia del Obispo, por bellísimas imágenes modernas que elevan el ánimo. Hace luengos años, un capellán quiso introducir algunas reformas en las fisonomías de ciertas beneméritas imágenes, un San Jerónimo ceñudo y un San Miguel de enorme casco, y hubo una escandalera y vocería que, por nada, arde Troya y sale encumbrado el Tata.

Las capellanes han comprendido que es deber de ellos elevarles el concepto religioso y extirpar los errores y supersticiones que afean la doctrina de Jesucristo que profesan.

Les han enseñado que el culto que el cristiano ofrece a las imágenes, que la oración que los labios profieren, no se detiene en esas imágenes, en la madera o en el yeso o en la piedra, sino que sube hasta el trono donde el santo mora (Ramírez 1931:31).

El sacerdote también identificó las singularidades de la fiesta patronal, criticando la “embriaguez general, sin diques posibles”, de los comuneros cuando el clérigo no la presidía (Ramírez 1927:18). En ocasión de su llegada a Ticnamar, y al buscar al *mayordomo* del pueblo, se le comunicó que “está con el alma ausente, pues ha bebido desde hace dos días; lo mismo que pasa con el ayudante y con sus respectivas consortes”. Con un claro tono sarcástico se refirió al pueblo como uno “que conserva con amor las tradiciones”, ya que “hace más de cincuenta años le aconteció lo mismo al Prelado de Arequipa que visitaba a su grey” (Ramírez 1931:66). De acuerdo con lo anterior, la visión *incivilizada* de la fiesta patronal era generalizada entre los agentes chilenos. Al respecto, el mayor Gabriel Cristi solicitó suspender una fiesta bajo los siguientes adjetivos:

Este comando, ha podido imponerse, que con el pretexto de conmemorar fechas y homenajes a tal o cual santo una muchedumbre harapienta y digna de verdadera lástima, se entrega en forma desenfadada a remoliendas que están en absoluto reñidas con la cultura de un pueblo, cuyas autoridades y elementos representativos tratan a toda costa de levantar.

En estas fiestas, no toman parte los elementos nacionales, pues con rarísimas excepciones, son los peruanos y bolivianos los que lo llevan a la práctica.

No vacilo (...) en calificar de retroceso a la civilización, y pernicioso ejemplo el que continúe verificándose tales fiestas y considero un deber primordial hacer cesar este estado de cosas¹⁷.

Pero más allá del juicio etnocéntrico ante prácticas que no concordaban con el discurso de razón y orden de los capellanes chilenos (Díaz y Lanas 2015), existieron algunas costumbres que no parecieron experimentar una censura, prejuicio o erradicación. Al dirigirse al pueblo de Pachama, y cruzando una vertiente que nace en las cumbres de Ancoaque, el guía de Ramírez “tuerce la cara y sumerge la cabeza bajo el amplio cuello del poncho” al pasar “por los peñones negros donde, otrora, búhos dominaban” (Ramírez 1927:148). Ciertamente, prevalecía entre los comuneros la creencia de que diversos elementos de la tierra eran entes vivientes, incluyendo las montañas, plantas, animales, ríos, árboles, volcanes, etc. (Mamani 2002:46).

Dentro de las costumbres tradicionales, Ramírez destaca dos: la *Vilancha* y el *Pachallampe*. El primero, en Ticnamar, ejemplifica el poder de la tradición en los grupos andinos. Aunque apunta que en la década de 1920 “apenas se usa y muy ocultamente en los pueblos más indígenas y ocultos de la tierra”, detalla –con su perspectiva civilizatoria– una “de las costumbres idólatras, inmemoriales, de los indios (...) que han recibido a veces cierto barniz cristalino”. La *Vilancha* era:

El que preside degüella a la víctima, el llama, la alpaca o el cordero expiatorios, y con destreza le arranca el corazón y va rociando con la sangre caliente la tierra, los muros adyacentes al lugar en donde se ha verificado el sacrificio (...), sangre derramada en expiación de crímenes, purificación del ambiente por medio de la efusión de la sangre de un animal (Ramírez 1931:64).

Ante el interrogatorio del capellán –que tuvo la sensibilidad de transcribir el momento–, los comuneros explicaron las razones de dicho ritual: “es una costumbre muy añeja. La tierra tiene también hambre y sed y se enoja con los crímenes de los hombres” (Ramírez 1931:64). La respuesta visualiza el rol fundamental que tienen los ritos asociados a la tierra para

¹⁷ AHVDIT, Oficios Varios, vol. 80, f. 183.

la cosmovisión andina, ya que el “pago” correspondiente posibilita la reciprocidad, continuidad y subsistencia de la vida (Choque y Díaz 2017).

Siguiendo lo anterior, el *Pachallampe* reunía condiciones similares. En palabras de Choque y Díaz (2017: 412), este constituía un ceremonial en el que interactúan los comuneros, los sistemas de cargos religiosos (particularmente los *mayordomos*) y las imágenes de los santos patronos, desplegando cánticos, instrumentos musicales y danzas alrededor del rito de siembra de la papa.

Ramírez describió el *Pachallampe* de Belén como una ceremonia en la que se ayudaba “al mayordomo de la iglesia en las siembras que hace en el terreno que la comunidad le da, para que haga los gastos del culto”. La ocasión requería altos gastos, que eran costeados por los cargos. Se dispuso un terreno en la parcela “El Romeral”, “distante sus quince cuerdas del pueblo”. En la víspera, los mayordomos regaban la tierra para prepararla para la jornada siguiente; una vez llegado el día, la siembra se desarrollaba en el siguiente escenario:

Por la mañana sale entre retumbos de camaretas y cohetes, la alegre comparsa de mozallones y garridos donceles en sus borricos enflorados, llevando en árguenas y ancaches la semilla de papas o habas que van a sembrar. Van ellos también, como sus grises y pacientes rucios, con flores en los sombreros o con fetivos trajes de Carnaval; es un desfile pintoresco celebrado con gran vocería y carcajadas por los pobladores, mientras recorren todas las calles en ese dulce trotecito asnal hasta desembocar al campo, ya dorado por ese otoño **sui generis** de la sierra (Ramírez 1927:132).

Después del almuerzo, los pobladores se trasladaban al sitio del sembrado, para desarrollar allí la fiesta comunitaria. Las mujeres llevaban “en pequeñas andas al Niño Dios en una urna de cristal”, que iba “envuelto con un poncho de vicuña y con chalina gris, para que el aire helado no le hiera sus delicados miembros”. En el lugar elegido, la faena se desenvolvía como sigue:

El galán labrador, en mangas de camisa, elige una guayna o huaña, de compañera, que le lleva en un saquillo o atado las semillas que él va a arrojar al surco ya abierto.

Están las damas coronadas de flores, así como los varones, y todas ellas, bajo la mirada materna, esperando al que las va a elegir de compañera.

Él se acerca, ella acepta sonriente y le coloca el obsequio, algún lazo de seda, algún ramillete oloroso o un billetito azul o joya de similor o el modesto papel con que la puede adquirir (Ramírez 1927:134).

Una vez concluida la siembra, los comuneros continuaron con una fiesta en el pueblo, desplegando danzas y bailes al son de comparsas y

pintatane (Ramírez 1927:138). Justamente, las bandas de músicos, con sus zampoñas y tambores, formaban parte del repertorio cultural del calendario festivo. Las *lacas*, aerófonos de filo, sin canal de insuflación, conocidas tradicionalmente por su expresión latina (*zampoña*), que han formado parte del ceremonial sonoro e instrumental del mundo andino desde el periodo precolombino (Chacama y Díaz 2011), destacaban en recepciones, fiestas patronales, días de difuntos y otras actividades comunitarias (Díaz 2009). En ocasión de la fiesta patronal de Ticnamar, el capellán chileno observó el despliegue de la “compañía de morenos” y, particularmente, de su caporal:

El caporal lleva el compás con la cabeza, con el cuerpo, con sus ojos bizcos, con sus largos brazos; es una especie de aparato musical y armonioso, constituyendo su zampoña una simple prolongación de su ser; es el director de orquesta y a falta de batuta todo su cuerpo es una enorme batuta, sonante, que marca los compases recalca los calderones inclinando el busto con enérgico ademán (Ramírez 1927:19).

En Guallatire, la comunidad recibió a Ramírez con “una banda de pitos y quenas”, que “arranca sus tristes melodías al primitivo instrumento” acompañado por “un viejo bombo” que “marca con furia los compases” (Ramírez 1927:176). Tal como es posible constatar en las referencias, las bandas de músicos concentraron una de las tantas expresiones del complejo aparato aculturador que se desplegó en la precordillera andina y sus comunidades durante el proceso de *chilenización* (Díaz, Ruz y Galdames 2013). De hecho, es el mismo sacerdote el que distingue este fenómeno cuando una banda de morenos se presenta en la puerta de su residencia, en Belén, para darle una serenata en la que se ejecutó el himno nacional chileno (Ramírez 1927:19).

Como parte de las sonoridades del mundo andino, las manifestaciones culturales precordilleranas incluían un amplio repertorio de danzas y bailes (huayno, cacharpaya, morenos, entre otros). Entre estos, destaca la descripción del pisa-pisa, desarrollado durante la fiesta de la vendimia en Codpa. Formando parte de la comisión del obispo Edwards, que visitó poblados interiores, Ramírez tuvo ocasión de observar la cosecha de la uva y la preparación del vino en la localidad:

La aldea está enfiestada: de todas las casuchas y mansiones brotan canciones jocundas y van por los caminos los vendimiadores con un aire tal, que alegra hasta la misma cenicientas pampa...

En los pacientes borriquillos acarrear la uva hacia el corral de la casa. Cada propietario tiene su viñita que acaricia y mimba como a la niña de sus ojos (Ramírez 1931:130).

Cuando la extensión de tierra era muy grande, “viene a prestar auxilio al dichoso propietario gente de otros poblachos, pues hay allí mesa puesta, algún llama lechón o un par de corderos gordos que refocilarán como primera recompensa a los vendimiadores” (Ramírez 1931:130). El proceso de elaboración del vino codpeño requería, a veces, “bandear la uva” (colocar la fruta sobre alfombras y tapices para asolearla). En seguida, “los vendimiadores, desnudos de pie y pierna comienzan la danza sobre el tapiz de la uva madura”, cantando la siguiente letra:

I

Pisa, pisa, compañero,
Pisa, pisa con valor,
Sacaremos vino rico
De la viña del Señor.

II

Comencemos el trabajo
En este dichoso día,
Trabajemos con empeño
En la viña de María.

III

Pasen, pasen otra copa,
Para podernos parar
Y nos toquen un huallñito
En el momento ‘e pisar (Ramírez 1931:131).

Luego, una vez concluido “el pisoteo y danza de la uva, el caldo es llevado con solemnidad a las cubas para que allí comience su gozosa fermentación”. El “orujo es amontonado y aprensado con piedras enorme, a falta de prensa, y cinchado el montón con totora”. El proceso demoraría tres meses, “para romper luego las compuertas y verter la no escasa corriente de los ciento cincuenta mil litros que van a derramarse por la quebrada y por el valle, y llegar a formar pozas en el puerto de Arica” (Ramírez 1931:111-112).

Comentarios

En los textos del capellán castrense Julio Ramírez Ortiz es posible advertir los complejos procesos de asimilación y transformación cultural experimentados por las comunidades indígenas de la precordillera de Arica durante el periodo de administración del Estado de Chile. Al mismo tiempo, mediante la descripción de su estadía en las parroquias de los

Altos de Arica se distinguen prejuicios y valores en torno a las alteridades étnicas que caracterizaron un tiempo en el que se buscaba reproducir una hegemonía política basada en la civilización del sujeto indígena bajo el *ethos* de la *chilenidad* (Díaz y Málaga 2013).

El marcado juicio etnocéntrico del sacerdote, guiado por el interés por incluir a los indígenas dentro de la construcción de la nación, aparece justificado bajo la meta de su completa integración a la membresía nacional (Gundermann y González 2009), destacando los avances morales surgidos de la instauración de agencias estatales como la escuela, el ejército y la propia capellanía castrense en los recónditos parajes serranos.

Justamente, la conjunción *civilización/barbarie*, muy presente en las obras de Ramírez, se explica por la mencionada capacidad de integración pero, también, por un marcado esfuerzo diferenciador. La presentación de espacios periféricos recientemente incorporados a la soberanía chilena constituyó una representación de lo propiamente chileno, pues mediante la distinción de un “otro” (indígena, peruano, incivilizado) se activaban los mecanismos de autoidentificación (Pratt 2010), dando sentido al despliegue agencial y proporcionando directrices para una *chilenidad* contrapuesta a la *peruanidad*.

Mientras, tal visión no limitó totalmente la capacidad de identificar ciertas costumbres y prácticas andinas por parte de Ramírez, que si bien podían ser rechazadas por su cualidad “idolatría”, fueron descritas *in extenso*, mostrando una sensibilidad etnográfica influenciada por la tradición cronística. Las referencias a la barbarie del indígena no sometido a la asimilación chilena, las prácticas religiosas asociadas al paganismo, la modificación del culto a las imágenes de los santos patronos y la crítica generalizada al desenvolvimiento de la festividad andina, ilustran una conceptualización que empañó de una u otra manera la experiencia descrita.

No obstante, una lectura a contrapelo ha permitido identificar un escenario marcado por el tránsito del comunero andino entre las tradiciones “inmemoriales” y la modernidad “civilizadora”. El valor etnográfico de las descripciones de Ramírez apunta, justamente, a las acciones y comportamientos que no pudieron ser controlados por el sacerdote, pero que, implícitamente, forman parte del corpus textual. Su despliegue dentro del proceso cúltil atestiguó la importancia asignada por la comunidad al clérigo, pues con su llegada se buscaba honrar “al tata, al cura, al capellán, de quien han estado privados desde luengos años, quince al menos” (Ramírez 1927:11). Sin perjuicio de lo anterior, la presencia eclesíastica no era un catalizador de la religiosidad andina. Asimismo, un capellán era incapaz de influenciar a los comuneros para que asumieran voluntariamente costumbres ajenas a su raigambre cultural. En efecto, era común “corretear” a “los más rehacios” a asistir a la misa mayor de los domingos, ya que “después de los tres repiques de regla, las madres de

familia se quedan charlando en las puertas de sus viviendas con alguna vecina”, mientras “los varones se escabuyen a regar sus sembríos o se esconden” (Ramírez 1927:75).

La trama de la comunidad incluía una religiosidad con evidente ausencia de misioneros, lo que dio paso a una capacidad de respuesta agencial por parte de la población andina, apropiándose de ciertas manifestaciones cristianas que, mezcladas con costumbres nativas, dieron forma a expresiones que no requerían de un clérigo para desarrollarse (fiestas patronales, peregrinaciones, ceremonias fúnebres, sacrificios), manteniéndose hasta la actualidad.

En síntesis, la obra de Julio Ramírez es un expediente de la realidad chilena y andina de mediados de la década de 1920, y en la que se encuentran expresiones, costumbres, ritos, prácticas y políticas agenciales que dieron forma al diario vivir de las comunidades habitantes en las abruptas y serpenteantes alturas de Arica.

Referencias Citadas

- Anónimo (1951). Capellán 1° (Mayor) don Julio Ramírez Ortiz. *Memorial del Ejército de Chile* 245:151-152. Santiago: Estado Mayor General del Ejército.
- Araneda, F. (1970). Manuel Antonio Roman, 1858-1920. *Boletín de la Academia Chilena correspondiente de la Real Española* 29:5-162. Santiago: Imprenta Universitaria.
- Chacama, J. y A. Díaz (2011). Cañutos y soplidos. Tiempo y cultura en las zampoñas de las sociedades precolombinas de Arica. *Revista musical chilena* 216:34-57. Santiago: Universidad de Chile.
- Choque, C. (2013). Violencia, chilenización y los curas peruanos en Arica a inicios del siglo XX. En *Tiempos violentos. Fragmentos de Historia Social en Arica*, A. Díaz, R. Ruz y L. Galdames, Ed., pp. 149-160. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá.
- Choque, C. y A. Díaz (2017). ¡Ahora sí que es *Pachallamp!* Simbolismo, tecnología y memoria en la siembra de papa en Socoroma, Norte de Chile. *Chungara* 49: 411-426. Arica: Universidad de Tarapacá.
- Díaz, A. (2006). Aymaras, peruanos y chilenos en los andes ariqueños: resistencia y conflicto frente a la chilenización del norte de Chile. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana* 1:296-310. Madrid: Antropólogos Iberoamericanos en Red.
- Díaz, A. (2009). Los Andes de bronce. Conscripción militar de comuneros andinos y el surgimiento de las bandas de bronces en el Norte de Chile. *Historia* 42:371-399. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Díaz, A. y A. Málaga (2013). Fiestas religiosas e identidades nacionales: la peruandidad ritualizada en el desierto chileno (siglo XX). En *Las Historias que nos unen. Episodios positivos en las relaciones peruano-chilenas, siglos XIX y XX*, S. González y D. Parodi, Ed. pp. 469-482. Santiago: Ril Editores, Universidad Arturo Prat.
- Díaz, A. y P. Lanús (2015). Danzas y devoción en el desierto: Obreros e indígenas en la fiesta de la Virgen del Carmen de La Tirana, Norte de Chile (siglo XX). *Latin American Music Review* 36: 145-169. Austin: University of Texas Press.

- Díaz, A. y R. Ruz (2009). Estado, escuela chilena y población andina en la ex Subdelegación de Putre. Acciones y reacciones durante el período post Guerra del Pacífico (1883-1929). *Polis* 8:311-340. Santiago: Universidad de Los Lagos.
- Díaz, A.; L. Galdames y R. Ruz (2010). *Nación e identidad en los Andes. Indígenas de Arica y Estado Chileno (1883-1929)*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá.
- Díaz, A.; L. Galdames y R. Ruz (2013). En los intersticios de la chilenidad: Antonio Mollo y las identidades en conflicto en los Andes. Putre, 1900-1926. *Chungara* 45:473-492. Arica: Universidad de Tarapacá.
- Díaz, A.; L. Galdames y W. Muñoz (2012). Santos patronos en los Andes. Imagen, símbolo y ritual en las fiestas religiosas del mundo andino colonial (siglos XVI-XVIII). *Alpha* 35:23-39. Osorno: Universidad de Los Lagos.
- Díaz, A.; P. Martínez y C. Ponce (2014). Cofradías de Arica y Tarapacá en los siglos XVIII y XIX. Indígenas andinos, sistema de cargos religiosos y festividades. *Revista de Indias* LXXIV: 101-128. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Fierro, L. (2010). La atención religiosa católica en las Fuerzas Armadas chilenas. *Revismar* 2:162-170.
- Figuroa, V. (1931). *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile*. Santiago: Imprenta y Litografía "La Ilustración".
- González, S. (1995). El poder del símbolo en la chilenización de Tarapacá. Violencia y nacionalismo entre 1907 y 1950. *Revista Ciencias Sociales* 5:42-56.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Gundermann, H. y H. González (2009). Sociedades indígenas y conocimiento antropológico. Aymaras y atacameños de los siglos XIX y XX. *Chungara* 41:113-164. Arica: Universidad de Tarapacá.
- Irrozqui, M. (1992). ¿Qué hacer con el indio? Un análisis de las obras de Franz Tamayo y Alcides Arguedas. *Revista de Indias* LII: 559-587. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Mamani, M. (2002). El rito agrícola de Pachallampi y la música en Pachama, precordillera de Parinacota. *Revista musical chilena* 198:45-62. Santiago: Universidad de Chile.
- Mattei, F. y C. Casalini (2015). La educación del indio. Los jesuitas José de Acosta y Blas Valera sobre la lengua y la capacidad de los nativos peruanos. *Nueva Crónica* 5:67-91. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Palacios, R. (1974). *La chilenización de Tacna y Arica*. Lima: Editorial Arica.
- Pérez, M. (2008). *Etnografía y descripción. El discurso etnográfico en la Historia general de las cosas de la Nueva España de Fray Bernardino de Sahagún*. México D.F: Universidad Pedagógica Nacional.
- Pratt, M. (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Precht, J. (2005). El obispado castrense de Chile ante el derecho internacional. *Política y Estrategia* 99:91-103.
- Ramírez, J. (1920). *El Rancho; novela de costumbres chilenas*. Santiago: Imprenta de San José.
- Ramírez, J. (1923). *Del Mar y de la Sierra*. Santiago: Imprenta de San José.
- Ramírez, J. (1927). *Por la Pampa Adusta*. Santiago: Imprenta de San José.

- Ramírez, J. (1930). *Voces de la Patria*. Santiago: Imprenta Recurba.
- Ramírez, J. (1931). *Tierras Grises*. Santiago: Imprenta La Tracción.
- Ramírez, J. (1939). *Navegando a Rapa Nui*. Santiago: Imprenta y Editores S.C. de Jesús.
- Ruz, R., A. Díaz y R. Fuentes (2011). *Timalchaca. Fiesta, tradición y costumbre en el Santuario de la Virgen de los Remedios*. Arica: Corporación Nacional de Desarrollo Indígena, Comisión Asesora Región de Arica y Parinacota del Consejo de Monumentos Nacionales.
- Solodkow, D. (2010). Una etnografía en tensión: “Barbarie” y evangelización en la obra de José de Acosta. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. <http://nuevomundo.revues.org/59113> (14 noviembre 2017).

POR LA PAMPA ADUSTA

INTRODUCCIÓN

He recogido de mi diario, los apuntes principales de mi paso por la sierra y por la pampa ariqueña y los he ordenado como mejor he podido, anotando ligeramente las costumbres, el idioma, la vida pastoril de esa gente serrana que nos pertenece, y con la cual estamos unidos con tantos vínculos. Rastros de una civilización milenaria se hallan a cada paso, como también los vestigios de otra raza superior que puso su planta dominadora, sojuzgando toda la región.

Las ceremonias indígenas citadas y los hábitos religiosos y sociales, que se narran en estas breves páginas, han sido observados de visu por el capellán cronista, que no tiene otra pretensión que dar a conocer un nuevo aspecto de la obra realizada por el Gobierno de Chile en estas regiones lejanas y desconocidas y la labor silenciosa y oscura de los capellanes castrenses, enviados a laborar por Dios y por la Patria en esa tierra estéril.

JULIO T. RAMÍREZ O.

BELÉN

Belén es un humilde pueblecito de la sierra ariqueña, hacia el oriente de Arica y distante unas treinta leguas.

Ahora cuenta sus doscientos habitantes, más en pasadas épocas de esplendor, alcanzó seguramente al medio millar. Hoy vegeta escondido entre abruptas montañas, como incrustado allí por una mano Omnipotente que quiso reunir, junto a un riachuelo de cristal, unas casitas blancas y limpias rodeadas de vegetación con un magnífico clima y gente hospitalaria, de relativa cultura.

Su nombre oriental, bíblico, armoniza a maravilla con su placentero modo de ser: Belén “la ciudad del pan”, la alba aldeíta cantada por el profeta Miqueas, donde el Cristo vino al mundo a traernos su mejor don, la paz.

Y en verdad, es la paz la cualidad dominante todo él: están unidas las familias con íntimos vínculos de simpatía o de afecto o de sangre, y se reúnen bajo la autoridad moral de un jefe, una especie de patriarca antiguo que los gobierna paternalmente.

He dicho que el clima es espléndido, y lo mantengo; el frío en invierno reconforta y tonifica, y en verano, suaves lluvias que descienden del cielo, en la época propicia, en los meses de diciembre, enero y febrero, cubren la campiña y el monte con el tapiz de los pastizales, la grama, el trébol y la alfalfa.

En más de seis meses que vivido en este pueblo, he podido darme cuenta cabal de su espíritu, de las cualidades dominantes, vicios y virtudes, de sus habitantes, y allí el pasado momentos felices inolvidables, y también, horas más amarguísimas de abandono y el sufrimiento.

Tuve un vuelco en el corazón cuando me comunicaron la orden de trasladarme a Belén, a mediados del mes de julio; habituado estaba a las delicias de Capua, que, como la ciudad de la península italiana, es el clima atemperado e ideal del invierno ariqueño.

¿Dónde estaba Belén? Sólo conocía de nombre y de fotografía el Belén de Judá, el histórico caserío anunciado por Miqueas y glorificado por el nacimiento de Cristo; del interior de la sierra tacneña no conocía nada absolutamente.

Vamos andando pues a Belén, a pagar deudas antiguas y a sumergirme vivo en las entrañas de la sierra, como ermitaño de la edad moderna, con mis libros y la pluma y hacer el mayor bien a la gente que iba a constituir un primer rebaño de flamante pastor.

¡Qué mal me había hablado de los indios aymarás los oficiosos comentaristas y viajeros que tienen tanta agudeza para contar lo que pescan, después que pasan como el relámpago, se alojan en una posada y ante qué amanezca salen a espeta perros, disparados como cohetes y luego disertan científicamente sobre la flora y fauna, historia y geología de la región, con suficiencia de maestros.

Para no incurrir en el defecto que censuro, estas líneas, repito, solo tiene carácter de ligeras impresiones para dar a conocer lo que he visto por mis ojos pecadores.

Hago gracia del viaje; porque fue largo y pesado: de Arica a Puquios, luego a Putre por la quebrada de Narancagua, donde el desterrado comienza a conocer lo que es bueno en materia de camino, pues en aquella época el desfiladero aquel en muchas partes daba vértigos.

De Puquios a Socoroma, Chapiquiña, Pachama y por fin los portales de Belén, la ínclita ciudad que bien podría tener el título de insigne y ser la capital de toda la sierra.

La comitiva que acompañaba al capellán en su entrada era corta, pero en cambio escogida; un guerrero, teniente del sin para regimiento de Carabineros del interior; dos ordenanzas, el oficial civil de Putre, don Clodomiro Ponce, un valiente indígena, Cutipa, que me había ido a buscar llevando a la saca un potrillo serrano que iba a conducir mis huesos a su destino.

Ya la tarde iba de caída, cuando los pastores llevaban los rebaños corral por los senderos de la montaña, y las zagalas indias gritaban con sus gritos agrios a las cabras que se apartaban de los senderos, y la sombra de la montaña crecía rápidamente, llegábamos a Chapiquiña. Era tal nuestra fatiga y sed que admitimos, sin hacer un gesto un brebaje sucio en un vaso de cuerno que un indiecillo nos brindó y que según me aseguraron, era chicha de jora y yo habría jurado que era salmuera con mugre.

Ya en plena noche nos detuvimos a media legua del pueblo, donde nos hacían señas unas lucecilla rojas: allí el militar disparó su revólver para anunciar nuestro arribo, que esa era la señal convenida.

En medio de las espesas sombras que nos rodean, avanzamos: otras sombras más teñidas discurren por entre las piedras del río, que no vemos, sin que sentimos; de repente gritos de saludos, disparos de camaretas.

Las sombras se animan y palmotean y gritan, rodeando al jinete que viene, sonámbulo, de cansado.

Apenas nos hemos apeado del caballo frente a la casa del principal magnate del pueblo, don Alejandro Álvarez y se acercan las autoridades: el

juez, un caballero calvo y solemne; el oficial del Registro Civil, el inspector del distrito, y las matronas más distinguidas, los vecinos caracterizados, don Lorenzo Alanoca, don Arturo Astigueta, don Marcelino Santos, el chantre don Félix Choque, las matronas de la crema de la sociedad: doña Sara Santos de Álvarez, doña Rosa León de Zegarra, doña Faustina Astigueta de Alanoca, y otras más que nos recordamos, mientras que las campanas se desbadajan repicando y las camaretas y los vivas y los abrazos nos confunden y atortolan tanto, que estamos tentados a creernos personajes de cuenta, ya que producimos tal alboroto; yo al menos, estoy a punto de hincharme como la rana de la fábula, si no fuera por los machucones.

Por suerte, nos hacen notar delicadamente que no es al fulano a quien honra sino al tata, al cura, al capellán, de quien han estado privados desde luengos años, quince lo menos, y mientras preparan la carbonada y las criadas se afanan de aquí para allá, porque habían comido, un señor flaco, y desgarrado, viejón, nos arrincona y sin tener en cuenta nuestro lamentable estado de debilidad, nos descerraja un monumental discurso llamándonos “**salvador de humanidad**”, “**evangélico**” autoritario, y otras lindezas, hasta que algún compasivo lo atrapa y se lo lleva dormir porque ya la cosa iba pasando de castaño oscuro.

Me habían asignado para mi cuarto dormitorio la oficina del subdelegado ausente, pero felizmente la indiecilla aquí mandaron baldearla, creyó que capellán era anfibio y dejó flotando, el catre en medio y cuando fui a buscar una embarcación para trasladarme al lugar de mi reposo se comparecieron de mí y me dieron el comedor de la casa con una buena voluntad admirable.

Apenas terminó el breve yantar, comenzaron de nuevo a llegar visitas y más visitas, a algunas las veía en sueños, muy distantes y las oía como si hablaran desde un sitio remoto; por suerte parecían no darse cuenta de la descortesía, porque cabeceando daba signos de aprobación a todas las cosas que me iban refiriendo.

El pueblo tiene hasta cuatro callejas y unas sesentas casas, muchas de ellas con el techo de zinc y con piezas entabladas. Cuenta con dos capillas, una la de la Virgen Candelaria, está en estado ruinoso.

Está rodeado de altas montañas, cubiertas de vegetación, lo cruza un simpático riachuelo de aguas clarísimas y de buen sabor; ya se quisieran los orgullosos ariqueños y los engreídos tacneños un agua potable de esta clase.

El subdelegado ha hecho pintar las casas de blanco, por eso todo el caserío se asemeja a una bandada de palomas que hubieran bajado a beber al río, y aunque sea vieja la comparación, no hay otra que mejor le cuadre; pues hay en esas casas esa sencillez de corazón, esa clara ingenuidad, esa transparencia de los que no se han contaminado con el aire

putrefacto y turbio de las ciudades, sino que es peor, llena de miasmas y de llagas las almas.

Al día siguiente de mañana, voy a la capilla principal.

Como todas las del interior es muy modesta, con una torre separada que guarda las campanas.

Durante los años se compromete un vecino acudió al servicio del culto. Tiene el título de mayordomo, guarda los ornamentos, toca las campanas, en una palabra, sirve de sacristán mayor; en cambio, tiene todos los honores y prerrogativas de su cargo y campo de siembra para ayudarse. Por ahora está Sebastián Cutipa, casado con Andrea: ella es una criolla varonil, bronceada, de un hermoso color moreno, ama a su marido y a su iglesita, compartiendo sus afanes entre sus dos amores, trabaja su campo como un labrador aguerrido y si es menester cabalga a horcajadas su yegua blanca, y galopa por la sierra con los arrestos belicosos de las Amazonas de la leyenda.

En el retablo de madera de la capilla pintado de azul, hay legiones de imágenes: San Pedro, San Jerónimo, el Niño, San Francisco, pero por sobre todos domina el apóstol Santiago, el Patrono, que sujeta con riquísimas bridas de plata los bríos de su corcel de guerra.

En el fondo, en una hornacina cavada en el muro, sonrío la Madre de Dios con su cabellera ornada por el pelo natural de alguna devota, que ofreció para obtener alguna gracia; es ella la Virgen de la Merced a quien ama con amor entrañable y ante cuya imagen arden en las festividades cirios y lamparillas de aceite.

Hay en el coro un órgano primitivo, con una serie de tubos de estaño sujetos con alambres, que suenan recio comunicados por un fuelle movido a pedal, instrumento antediluviano que ha debido acompañar por generaciones y generaciones rudos cánticos de aquella gente.

Pero el altar da compasión, está descascarado, le han sacado las planchas de plata que lo cubrían para venderlas en tiempo de escasez y comprar el zinc para el techo, lo demás, de la chafalonía se ha perdido o se la han robado sacrílegas manos.

Como el Belén de la Historia, éste es un pueblo de pastores y de labradores; en las faldas de las montañas hay breves praderas donde los rebaños se encaraman, y por el norte y por el oriente, campos más extensos donde el maíz y las papas crecen en abundancia.

En laderas casi verticales, donde el agua ha tenido que hacer un esfuerzo prodigioso para subir, o dar un gran rodeo, siembran arvejas y se cultivan las hortalizas, según métodos primitivos, repartiéndose el agua, como buenos hermanos, por horas y días, y estableciendo sus jueces y sus regadores, con fallo inapelable, para dilucidar sus divergencias.

Mientras los chicuelos van a pastorear sus rebañitos de ovejas y cabras, pasando las horas muertas vigilando que no pasen las lindes señaladas y

no hagan perjuicio al vecino, los padres y los varones fornidos, las mozas van a preparar la tierra con sus azadas al hombro; solo quedan en el pueblo las mujeres que crían, los cuantos chicos que van a la escuela y los dos comerciantes que se dividen en la plaza, el árabe Salomón Manzul, y Pedro Pérez.

Durante el día dormitan caballos y burros en los corralones de piedra, contiguos a la casa útil, salen a los potreros a la oración cuando vuelven los rebaños al corral.

Viven allí terratenientes de relativa riqueza que han heredado sus bienes de sus mayores o lo han ido acrecentando con su trabajo o con negocios no muy limpios, pero la mayoría de las tierras son de la comunidad. Pertenecen a todos y antes de comenzar la siembra, en una solemne reunión presidida por la autoridad y a veces por el cura, se reparten los campos dando la preferencia a las viudas y a las madres cargadas de familia útil, en estas solemnes reuniones se arreglan los turnos del agua y cada cual expone sus quejas y someter su opinión al fallo de la comunidad.

Es este un comunismo parcial, originalísimo, que tiene otras características en caseríos indígenas que se hayan aislados de todo comercio con la civilización.

Me han trasladado a una pieza separada, en la misma casa, en una esquina central, frente al despacho o pulpería, que es como el Club de la Unión, donde se reúne lo más granado de la sociedad masculina.

Cuando quedó solo en mi cuarto en medio de gente, buena en verdad, pero extraña, de otra raza, de otra cultura, un desaliento grande me llena el alma; viene entonces la reflexión espiritual, la filosofía, el consuelo de que toda obra de algún valor ha menester cruento sacrificio para que sea eficaz.

La voluntad nuestra, tan mísera, tan apegada a la rutina, tan carnal, que todo lo ha de ver bajo el prisma de las conveniencias materiales, que se revela como una fuerza poderosa contra lo supremo, la divina voluntad que dispone los acontecimientos, así de los pueblos como de los hombres. Es Ella la que ha ordenado lo que acontece, la que me empujó por estos caminos, no soñados, tal vez espera de mí que deje conducir dócilmente, que predica Cristo a esta gente que apenas lo conoce el nombre, que muestre los horizontes amplísimos de su doctrina consoladora, que hable en su nombre a los niños que van creciendo, como simples animales domésticos, que santifique las uniones ilegítimas, hechas a espaldas de la ley, de la divina y de la humana, y siembre día y noche, siembre similar a dónde, siembre con esas ansias inextinguibles que ascendían el alma al divino Sembrador a quien represento.

Luego viene una estrofa de Cardonel, el poeta sacerdote, poeta hondísimo, cuya vida y obra extraído a estas soledades para que me hablen claro y hondo cuando con él practique. Dice el poeta del sacerdote:

«Il s' en ira semant la parole celeste
El pour dire la verbe au temps qui vont venir;
Harmonieusement il mélera le geste
D'accorder le cytare au geste de bénir»

«Y caminará sembrando la palabra celeste para decir el verbo a los tiempos que van a venir, y armoniosamente unirá el ademán de templar su citara con el ademán de bendecir”.

Por eso esta noche de invierno, helada y clarísima, noche constelada de estrellas, con mi puerta que da a la calleja, abierta de par en par, el pedido al Señor que me conceda poder seguir al sembrador, echar al surco la palabra de vida y armonizar mi pobre alma con el ambiente, y así que las bendiciones que he de dar a este pueblo armonicen con los sentimientos íntimos de mi alma.

La Fiesta Patronal

El capellán había llegado como caído de las estrellas, tan a tiempo para presidir las solemnidades del santo patrono, el Apóstol Santiago.

Hacía buenos años que, por falta de preste, la fiesta resultaba muy triste: su esencia consistía en una embriaguez general, sin diques posibles, y el pueblo todo, así magnates como plebe, echaban de menos la ceremonia religiosa.

Los morenos, dirigido por el súbito boliviano N.N. se han levantado con sus instrumentos agresivos las ampollas y los tambores que nos atormentan durante los días de fiesta.

Como el capellán es el personaje flamante y del día, me vienen a dar la serenata a la puerta con frenético entusiasmo y para granjearse mi buena voluntad sabiendo mis sentimientos, imitan la Canción Nacional.

El caporal lleva el compás con la cabeza, con el cuerpo, con sus ojos bizcos, con sus largos brazos; es una especie de aparato musical y armonioso, constituyendo su zampoña una simple prolongación de su ser; es el director de orquesta y a falta de batuta todo su cuerpo es una enorme batuta, sonante, que marca los compases recalca los calderones inclinando el busto con enérgico ademán.

Dos palabras de festejados deben las aptitudes filarmónicas de los morenos y un aplauso al homenaje a la Virgen que preparan, y luego manoteo general.

Nueva presentación de personajes del pueblo; el patriarca don Marcelino Santos, hacendado rico, que ha acumulado a fuerza de paciencia y de ahorro gran caudal, que posee los mejores campos de cultivo, un rebaño lozano de ovejas y caballos y vacas, se presenta con su

esposa doña Fernanda, honorable matrona que acompaña y secunda al patriarca, con su cortesía y buen juicio; no tiene familia pero en cambio cuentan con un sobrinaje bizarro que heredará la saneada hacienda; don Teodoro Zegarra, inteligente caudillo de fortuna que la inicio y completó en tiempos memorables de un señor subdelegado García que ha dejado en el pueblo buena fama; Teodoro Zegarra es baldado, una especie de parálisis de los miembros, le clavó en el lecho y él, como no era surdo, se dio a estudiar el Código y, con tal paciencia y fortuna, que ha sido uno de los más doctos en recursos abogadiles y tinterillescos; por eso con corazón me decían que tenía todo el pueblo en un puño. ¡Pobre del que pusiera algún obstáculo a su voluntad! Le acompaña su hermano Benjamín, honrado a carta cabal y de una rectitud de conciencia, que lo hace figurar como uno de los hombres más probos del pueblo. Ambos sostienen a su anciana madre doña María Camacho, con ternura y dedicación ejemplar, y ella bien lo merece; es una ancianita azapeña que sonrío a pesar de sus males y se consuela enseñando a leer a sus nietos, vivarachos como ardillas.

Don Lorenzo Alanoca con su esposa doña Agustina Astigueta; él, taciturno y reflexivo, de semblante franco, sereno: bajo su ralo bigotillo asoman, como un blanco destello, sus dientes; ella, frondosa, alegre y charladora, es el contraste violento, como que matrimonio de que nos habla el Padre Coloma:

La Pascua Florida y el Cuarto ayunar

Don Emilio, su hermano, cazurro como un culpeo, observe y mira por bajuco y tiene más fondos y recovecos que las rocas de la Lisera; don Jacinto Alanoca, padre don Lorenzo, un veterano no con agallas de alvacora que vive tan dichoso como un sultán en su rincón de Yactire, y desde allí, se ríe de la humanidad entera cultivando sus papales y su maíz y las grandes festividades suele lucir el estandarte de los alféreces de las fiestas.

Don Arturo Astigueta, tan peruano como Bolognesi, tal vez el único de todo lugar, anida en su garganta una legión de catarros y así ronco y todo, es la estampa fiel del gobernador de la Ínsula Bataria.

Así voy conociendo a los grandes hombres del pueblo con sus virtudes y sus defectillos. Todos me saludan cordialmente y me invitan a sus hogares y se manifiestan felices de la gran mayoría, veo sinceridad y honradez en las palabras.

En la tarde va de nuevo la banda buscar y, con los personajes y autoridades vamos a la iglesia donde va a tener lugar la investidura del patrono, que es ceremonia de ritual.

Bajan al Santo de su pedestal y lo colocan sobre un tapiz, en medio de la iglesia, luego lo apean del caballo y después de quitarle sus vestidos

del diario la encargada desde tiempo inmemorial, doña Manuela León, trae las galas, envueltas en una gran tela de brocado, y comienza el acto de engalanarlo. Ensillan el blanco caballo con silla, rienda, y estribos de plata, ponen sobre la frente rico chupallón argénteo, manto de seda escarlata, bordado, jubón de terciopelo y en su diestra la fulminea espada que esgrimió en los combates y, como el clima de la sierra es frío, rodeando su cuello con una bufanda de lana vicuña.

Luego lo llevan procesionalmente a su trono, rodeado de luces y flores. En la noche, procesión con antorchas, con soberbias andas del Santo y de la Sma. Virgen, presidida por las autoridades civiles y religiosas.

Vísperas cantadas en la noche. Con un viejo misal antediluviano, sale cojeando el chantre Félix Choque, indio veterano, bueno como pan, servicial, simpático, pero que en cambio tiene una voz cascada y desapacible, como si golpearan con piedras tarros de lata.

Ejerce su profesión de chantre, desde tiempo remoto, cuando era mozallón y ya tiene sus sesenta años cantores. Suple su desentono con ardiente de conmovedora. Aquel esmirriado hombrecillo por el sople sobrenatural y cuando entona sus endechas a María, tristes cantares inventados por él mismo, se transfigura.

La ausencia del incensario para el **Magnificat** no es lamentable, el mayordomo Cutipa arregla con un brasero y unos alambres en incensario más barato y práctico.

Los alféreces del año están en primera fila, arrodillados frente al colmulgatorio, se les dice el Evangelio e incienso y ellos, al levantarse, tiran colaciones, esas pequeñas pastillas, delicias de los colegiales.

Los vecinos han llevado a la iglesia las imágenes familiares que guardan en sus casas, santos de todos tamaños, el san Jerónimo de hermosa barba florida, la Virgen de Mercedes, la Virgen del Carmen, el Niño, San Antonio, etc., etc. Las repisas y nichos se pueblan de imágenes, algunas de una fealdad suprema.

Estos artistas primitivos que han pasado por estos pueblos de la sierra, se complacían en revestir a sus imágenes de un aire ceñudo y terrible, ponían en los ojos una hosca severidad y alargaban las narices o las aplastaban con crueldad extraña. Hay venerables apóstoles, confesores que inspiran terror y sin embargo, los devotos los miran con: ternura sin ejemplo. Aquellas imágenes que han visto al nacer, que han presidido los grandes días, siendo testigos de tantas lágrimas, llegan a formar parte de su familia; de aquí que en mucha de esta gente, la imagen misma cobre una importancia capital y ella reciba el homenaje cotidiano de oraciones y de luminarias.

Los indios de la sierra boliviana, que se aquerencian en esta provincia, y en ella forman su hogar, tienen espíritu religioso que resiste las más duras pruebas; todos los actos de la vida llevan el sello de la piedad profunda, rezan con fervor envidiable; cuando se arrodillan ante la imagen venerada,

se abstraen totalmente del mundo exterior y le hablan a gritos, le cuentan sus oscuras penas, le lloran a sollozos, a veces la amenazan con ternura familiar o la miman mezclando palabras de su idioma aymará, expresivo y lapidario, y terminan la plegaria quedando arrobados, con la vista fija, en un mundo cuyas fronteras comienzan con la muerte.

El respeto al sacerdote es tan profundo, tan real, que uno siente con mayor claridad la grandeza de su ministerio y la indignidad con que lo sirve.

Le hablan con voz sumisa, con la vista baja, escuchan con infantil docilidad sus palabras, y son capaces de dejarse matar si él se los pide. Basta oírle decir el título con que lo nombran “**Tatay**”, que quiere decir “**Padre mío**”; lo pronuncian con unción verdadera como un nombre sagrado.

Al día siguiente, el gran día del Santo, nos despiertan los disparos de las camaretas y petardos y los vibrantes sonos de la compañía de morenos que recorren la población anunciando el acontecimiento.

Misa solemne; el pobre altar arde con todo el lujo de sus luminarias, unos modestos candelabros de madera que han sido revestidos de ramas verdes y enguarnaldados con flores: una neblina de incienso llena el presbiterio; mientras llega la gente, todos con sus trajes domingueros, las damas de sutil velo blanco y los varones con el concho del baúl a cuestras.

La alférez, de vestido blanco, y tan adornado de flecos y ramas como uno de los candelabros del altar, y él, su esposo, empuña con majestad el estandarte rojo de su cargo.

El coro se ha aumentado, uno de los Zegarras de menguada voz, pero en cambio de voluntad de oro, se junta al incomparable Choque que ha acumulado los catarros mejores de su garganta de latón, en tanto el capellán hace milagros con tal coro, sacando a luz, de las profundidades de sus gastados bronquios el tono peregrino del canto gregoriano, como quien dice todas las galas de sus arcas.

Hay sermón patriótico religioso; el Apóstol de las Españas, el patrono principal de la nación, que ha dado el nombre a la capital, debe ser honrado en aquel último rincón de Chile con la misma fe, con el mismo entusiasmo que en toda la República.

En su gran mayoría aquella gente se siente orgullosa de la patria, y del pabellón que los cobija y, aún cuando se adivinan excepciones, éstas son muy escasas y tales, que no vale la pena tomarlas en cuenta: por eso las palabras del oficiante son bien recibidas y cuando la ceremonia termina, son favorablemente comentadas.

Corrida de Gallos

Después del ágape tradicional con que el alférez nos brinda y en que no se echa de menos nada de los succulentos guisos de la región y el rojizo

picante que hace llorar y la cazuela con el clásico palillo que le da un color dorado, no muy apetecible, el programa sigue su curso.

En el local vecino, una plazoleta gentil que da a la iglesia, se apresta la cabalgata de gala que va a lucir sus proezas en la corrida del gallo, fiesta típica de la sierra.

Enjaezados los corceles con arreos brillantes, enfloradas las amazonas, y los diestros jinetes con sus mejores trapos, reciben la coca que esta preparada y al mascarla se pronuncian las frases de ritual, es el augurio de buen éxito: ¡Qué sea en buena hora!

En alto va el abanderado con su estandarte, jinete en una yegua crinuda, de gentil estampa, le siguen las damas encopetadas del pueblo, muchas a horcajadas.

En el centro de la jubilosa comitiva van las damas belenitas hechas unas princesas orientales, en sus pequeñas jacas criollas que bracean con donaire, como envanecidas de su carga.

Allá va una con finísimos adornos, lligllia multicolor, albo sombrero de alas gachas, con franja de velludo, pañolillo escarlata, y la falda azul como banderola flameante.

Bajo las crines ondulantes rebrillan los ojos de corcel árabe soberbio; cabeza; pequeña con las orejas altas, tendidas al menor ruido, ágiles y finos los remos y grupa redonda de donde arranca la cola esponjada como la cimera de un casco de combate.

Y qué arreo, espejando al sol las hebillas y el riendal y el albardón tejido de lo fino y un pretal encintado y qué braceos y qué aspirar el aire, bebiéndoselo a grandes huelgos y cómo se estremecen los músculos bajo la charolada piel azabache.

Con lento galope de gala dan una vuelta por las calles principales.

Frente a la torre alzan un madero de unos veinte metros y cuelgan una cuerda cuyo extremo sostienen el mantenedor del torneo; de la cuerda pende un gallo muerto.

Las amazonas que han acompañado a los campeones de la lid, se colocan en semicírculo y en la colina y una especie de anfiteatro se apostan los curiosos, los invitados, las familias, las autoridades y el soberano pueblo.

¿No era esto una reminiscencia lejana y vaga, pero muy simpática de los torneos medioevales, cuando rompían lanzas por su Dios y por su dama esos caballeros tan bizarros como quijotescos que al son de las trompetas de un heraldo se suministraban con gallardía palizas y garrotazos y caían bajo los cascos de sus corceles enfundados, en gualdrapas, sobándose los machucos y peladuras ante el brillante concurso de señores y cortesanos, matronas y nobles, que celebraban sonrientes los golpes y las victorias de los más audaces?

Para las festividades del Patrono guerrero, era natural añadir un simulacro de combate, aunque el rival no fuera sino un infeliz gallo muerto.

Listos los campeones, da la señal el heraldo ocarinas con una matraca o con un tarro y el afortunado caballero, algún indio aniñado, dispara a todo correr para coger el gallo con su diestra, mientras el mantenedor levanta la cuerda y lo burla muy donosamente, con grandes risas y vocearía de la plebe que azuza a los más torpes, celebra la destreza de los más diestros, y grita y patea y pone motes y arma un barullo de mil demonios, como todas las plebes del mundo en tales casos.

Hasta ocho eran los campeones que se disputaban el volátil, pero creo más bien que el honor y la fama, aquella “**clara notitia cum laude**” de que nos habla el filósofo, porque desde antaño el gallo es duro de pelar y de coser y no es cosa de romperse los cascos por atrapar tan flaco premio.

El primero fue un mozalbete boliviano, moreno subido, caballero en un pingo zaino, flaco como esqueleto; de él podía decirse lo de la copla: “Era negro el corcel, negro el arreo, negra también las relucientes armas” y para completar su negrura fue también negra su suerte, pues aquel proyecto de animal tropezó en un terrón y tiró al desdichado por las orejas, por suerte sin romperle ningún hueso.

Un flaco caballero de la región, en un chuncho, uno de esos caballitos cuartagos de triste apariencia, hizo un lucido juego, dio botes y rebotes y paró en seco al animal, llevándose grandes ovaciones de la multitud, pero no el gallo que era lo que más apetecía, a juzgar por su esmirriado aspecto.

La gente se divertía a pasto, llamaba a los campeones por sus sobrenombres: “**No le aflojes, pichuncho**”, le decían a un muchachote fornido que tenía arresto de sobra pero cuyo caballejo patizambo apenas se sostenía en sus patas.

Tres de los valientes lidiadores midieron el suelo con sus cuerpos; uno, el que más prometía, estaba saturado con los vapores del alcohol y recorrió con la cabeza abajo varios metros, dejando un surco en la tierra, lo que denotaba o la blandura de la tierra o la dureza de su cráneo amelonado.

Un carabinero de talla gigantesca fue el penúltimo: Era hermoso prototipo de la raza araucana, parecía un príncipe ante los monigotes que te habían disputado el triunfo.

En una yegua baya, de carrera, hizo proezas de centauro, la manejaba con las piernas con habilidad y pericia consumada; a la segunda embestida atrapó al gallo y salió a todo correr, porque era la gracia, para ganar, dar una vuelta por todo el pueblo asaltado por sus rivales que pretendían arrancarle la presa, aunque fuera despresada.

En medio de la general expectación, como el relámpago que aparece y reaparece en el horizonte, salió, y a los cuantos minutos, distanciado de sus rivales, hizo su triunfal entrada llevando en alto junto con la fusta, el cuello ensangrentado de bípido.

Fué aplaudido con delirio y una de las damas, que hacia como de reina de la fiesta, un vástago de la estirpe de Alanoca, Celia, lo coronó con el

sauce de la victoria, sirviéndole una copa rebosante del elixir codpeño: “Y la más hermosa corona al más fuerte de los vencedores”.

El Circo

Después de la fiesta tradicional, hubo juegos deportivos, carreras de ensacados, saltos, campeonatos de fútbol, todo un programa de pueblo sureño en las fiestas patrias.

En la noche procesión solemnísimas, siendo su mayor lujo el recorrido de todo el pueblo, los cantos, las andas de la Virgen de la Candelaria de la vecina capilla que asistía, según el decir del mayordomo, como invitada.

En la noche una tertulia en casa de uno de los alféreces, con asistencia de las autoridades.

El juez, que se había puesto cuello limpio, como el mismo repetía, para contribuir a la pompa de aquel convite, bailó al son de la guitarra las primeras cuecas.

A pesar de la solemnidad de su aspecto, el juez era de una jovialidad contagiosa, ejercía influjo grande en sus súbditos desde el alto escabel de su tribunal; pero cuando quería descender a la arena, cambiaba como por arte de encantamiento: su mayor goce consistía en divertir a la gente con mímica graciosa y cuando se le calentaban los cascos, aquel anhelo se convertía en locura.

Era espectáculo intraducible, que hacía llorar de risa, cuando tomaba una guitarra y con toda su gravedad de magistrado y su reluciente calva de estadista, hacía arrumacos y dengues y con los ojos en blanco remedaba una canción que en la altiplanicie había oído de labios de una chola:

*No me mates con cochillo
Mátame con tejerás,
Que de un solo rasguñando
Dos heridas me hacieras
Y yo morirás, yo morirás.*

A una de las más pulidas y formales damas de la asistencia, que parecía ajena a todo lo que acontecía a su alrededor, se le sentó al lado proponiéndose hacerle reír: hizo muecas, grito, aulló, dijo chistes malos, le murmuró insulsos piropos, y nada, ella permanecía hermética, hasta que por fin imitó los gestos grotescos de un mono que se busca una pulga, y la criolla no pudo resistir, riendo a carcajadas, coreada por los circunstantes.

En honor de los huéspedes bailan el “Huanu” el baile nacional de Bolivia. Es solemne y triste, con figuras complejas y saludos y vueltas, venias y recitaciones, semeja un baile sagrado de la India, con movimientos

ondulantes de serpiente y una cadencia monótona que guarda armonía con el temperamento racial de los indios del altiplano.

No hay como la alegría efervescente de la cueca chilena que estalla con el tamboreo y los gritos, y los palmetazos, y los repiqueteos, y esa vocería estrepitosa de los que acompañan al cantor, mientras la pareja se despercude, llevando el compás con destreza en un formidable zapateo.

Mientras nuevas parejas salen al medio, y la fiesta sigue su curso con júbilo redoblado, nos deslizamos cautelosamente hacia nuestro amable retiro que espera.

Acaba de llegar del interior, una compañía de circo ambulante, compuesta de tres curiosos personajes: el empresario y clown Loyola, su hijo, un muchachito de once años que hace contorsiones y salta como un cabritillo, y el ayudante, un ruin mozallón, crespo y fornido que discurre como una ostra.

Han puesto su carpa al lado de la Escuela y se aprestan para la función de gala, el 28 de Julio, día de fiestas patrias, en que Chile va a celebrar la libertad que dio a su vecina y ahora rival, la república del Perú.

Él es mestizo, hijo de español y de chilena, quijote y aventurero, ha recorrido con su farándula todo Chile y medio América, palmo a palmo. Con su nariz corva de pico de águila, sus ojos avizores que se esconden detrás de la zarza de sus cejas, su cara totalmente rasurada, da la impresión de un viejo cómico.

Su chicuelo regalón es flacucho y delicado, listo y ágil como un tití.

Cuenta su historia fantástica de aventuras de bohemio, de lucha incesante por el pan.

En poblachos indígenas hacía de médico, de mago, de sacristán, magnetizaba, vendía remedios con ensalmos y los indios poco a poco se le iban acercando, alentados por su semblante que, cuando quiere, toma un sello de bondad y de dulzura encantadora.

Sus artes son infinitas: cuando tiene tiempo hace papel flores de artificio y guirnaldas, entiende de música y en Calama fue maestro de la banda municipal; toca la guitarra y canta tonadas sentimentales, ayuda misa y la canta cuando se le pide sacando a luz unos registros de barítono desorbitado, que no hay más que oír; luego replica como diestro campero. ¿Qué más? ¡Si ese maestro Loyola es un estuche!

Recorrer a pie toda la sierra, como el judío errante, y donde hay un gentío levanta su tienda y se viste su chupa de viejo payaso, se enharina el semblante, con un corcho dibuja las arrugas que fingen carcajadas, y salta la calle, tocando la corneta, mientras va lanzando la tragicómica cueca del payaso, que tiene sus barruntos socialistas:

¡Ay que manchas de pobreza!
¡Ay que cosa tan fatal!

¡Cuántas veces después de recorrer leguas y leguas con sus “monos” a cuesta, por caminos de cabras, se encontraba con que la indiada andaba pastoreando, o no hallaba local o se le emborrachaba el tony ayudante, ¡o le fallaba el cariñoso y respetable público!

Lo he visto después de uno de esos sonados fracasos, aplastado por el cansancio físico, hambriento, enfermo, pero con su ánimo entero, dispuesto a comenzar de nuevo, a reír lanzando sus manoseados chistes como si su espíritu tuviera una coraza de bronce que lo hiciera insensible a la buena o a la mala fortuna.

La Misa

En plena plaza se ha erigido el altar que va a conmemorar la independencia peruana y la acción chilena. Asiste todo el pueblo encabezado por el insignificante grupo de los que aún pretenden el dictatorial gobierno del Rimac; los más preclaros vecinos, comenzando por el incomparable Álvarez, Alanoca, los hermanos Pérez, los Zegarras, todos manifiestan a grito herido y con una sinceridad a toda prueba, su simpatía por Chile, a quien deben el grado de prosperidad en que se hallan.

El capellán, en el momento del Evangelio, les refiere la expedición libertadora que salió de Chile con soldados chilenos, con dinero chileno, a arrancarles de la servidumbre, y recuerda al genial guerrero argentino San Martín que mandaba aquella expedición de titanes que iban a clavar en pleno corazón de América del Sur la oriflama de la libertad.

Canta el capellán el bello himno latino al apóstol:

“Defensor almae Hispaniae”

El cantor Choque entona a todo pulmón el hermoso himno a la Virgen:

María, todo es María,
María todo es por Vos;
Toda la noche y el día
Se me va en pensar en Vos.
Toda Vos resplandecéis
Con soberano arrebol
Y vuestra casa en el sol
Dice David que tenéis.
Vuestro zapato es la luna,
Vuestra vestidura el sol,
Manto bordado de estrellas,
Por corona el mismo Dios.

Estos laquitas o músicos, que tan importante papel desempeñan en las festividades religiosas de los pueblos indígenas, tienen su origen nada menos que en la Madre Patria y se conservan tradicionalmente con el mismo organismo con que nacieron a la vida.

Se ligan con un compromiso formal bajo de la vara vengadora del caporal o jefe que, cuando es enérgico y de malas pulgas, los vapulea con entusiasmo y ellos no chistan, so pena de empeorar la situación y hacer que redoblen los golpes el chubasco.

Hacen sus ensayos con muchos meses de anticipación a la fiesta, en algún galpón olvidado; se traen una imagen de María, le colocan sus velas y ante ella entonan sus cantares con el desentono y los gritos que el caporal les tolera; que cuando el cuitado tiene mal oído aquella música se convierte en el concierto que han de tocar en los palacios del Averno.

Nada menos que en el siglo dieciséis, en viejas y polvorientas crónicas hallamos rastros de estos tocadores y danzarines y musicantes que servían como instrumentos públicos a la autoridad para sus fiestas y corridas o en último caso para meter susto a los súbditos supersticiosos.

He aquí una descripción que trae el maestro Gil González y Dávila:

“Son los danzantes y músicos indios con máscaras vestidos a la usanza antigua española, con ropones de razos y brocados guarnecidos de pasamanería de plata, rapasejos y franjas y a las veces con sobrepuestos de plata de realce, bellotas y alamares y ese ropaje llamado librea.

Llevan también gorra con plumaje o torreones de plata, botas cuajadas de cascabeles y a veces un bastón en la mano.

Continuamente van danzando al son de tambor con que le sigue otro, haciendo a cada dos golpes acelerados una breve pausa o compás y tocando al mismo tiempo una flauta delgada de caña cuyo triste eco atraviesa las entrañas”.

Aunque el moreno o laquita o musicante de la sierra no tiene la riqueza de atavíos de sus antecesores, lleva sus faldellines de terciopelo y sus chupas con bordados de plata y gorros florentinos con plumajes y airones dignos de figurar en el tocado de una elegante de pueblo y los más desengañados de semblante usan sus máscaras de carnaval.

Con mejor memoria que los hijos del Rimac, los belenitas se sienten gratos hacia su patria adoptiva, que consideran hoy como la suya propia y cuando se presenta la ocasión y también cuando no se presenta, hablan con satisfacción y hasta con orgullo de la bandera chilena y de sus glorias.

Cuanto a los demás, a los labradores, a los indígenas, para ellos el sentimiento de la patria es indefinido, solo tienen cariño al pedazo de suelo donde han nacido, a la pampa estéril que conocen palmo a palmo, a su choza de barro donde han hallado albergue para los rigores del invierno.

Aman con pasión su pobre choza, la capilla que encierra sus imágenes familiares, porque ellas constituyen su familia celestial; sus campos

fecundados por el arduo trabajo cotidiano, el rebaño de llamas, y nada les importa un gobierno lejano que tantas veces significa para ellos la cifra de todos los abusos y tiranías.

Sin ánimo de censurar un hecho, por otra parte muy americano, el gobierno del Rimac jamás tomó en cuenta, por supuesto antes de la guerra, esta región estéril donde la vida es difícil y la población está diseminada en larga extensión casi imposible de recorrer; vivían en abandono lastimoso, sin escuelas, ni médicos; apenas con un auxilio religioso que dejaba muchísimo que desear.

Los más ancianos, los que han vivido apegados al terruño, con fuertes raíces, en sus ratos de expansión tienen amargas quejas contra una patria ficticia y cuentan anécdotas y casos que dejan adivinar la hondura del mal.

Una demostración palpable de lo que voy narrando es la indiferencia con que miraron la pasada guerra: de esta región no fue ningún hombre en estado de cargas armas. Cuando pasaban las patrullas recociendo a los servidores, el pueblo estaba en “silencio”, hasta las mujeres desaparecían como por encanto y eso que la mujer peruana es de ardoroso e intransigente patriotismo o mejor dicho patriotería.

A medio día se verificó el banquete oficial que los vecinos daban a las autoridades; hubo una compostura y orden admirables, se brindó repetidas veces por la solución próxima del problema: el Presidente de Chile fue vivado con entusiasmo, lo mismo el Obispo.

Como sello de la fiesta habló el capellán, demostrando que ya la solución estaba resuelta en esa brillante reunión de los elementos más representativos del pueblo, uniéndose en abrazo fraternal, baja el pabellón chileno, todos los habitantes de la provincia.

El tricolor luce en la solapa del anfitrión, el imponderable don Alejandro, quien, después de los postres, se pone sentimental. En tiempos ya perdidos tras la bruma, perteneció al Ejército y por causa de accidentes sobre los cuales él ha echado el velo del olvido, tuvo que salir de mala manera, por eso puede repetir con el Escipión africano: “Ingrata patria, no poseerás mis huesos”.

A las nueve la función de gala, anunciada por Loyola.

Como es de tono en nuestro mundo social, llego un poco atrasado. Al atravesar las callejas silenciosas veo un bulto como de mujer y, acercándome, me quito el sombrero dando las buenas noches; me responde un gruñido de mal humor; era nada menos que un mastín respetable que cuidaba la casa.

Loyola está de desgracia; la mitad de su compañía está enferma: unas tercianas han hecho presa del pobre niño y, ya vestido con sus galas de punto, bordadas de brillantes lentejuelas, tiritita sobre un montón de sacos en las angustias de la fiebre. El pobre le cuida maternalmente y así, llorando le da la quinina, que le va a aliviar. Los gritos del público impaciente

le sacan de sus afanes y como en la opereta, sale a reír y hacer cabriolas ahogando los sollozos”: “Ride, Pagliachi”.

Por dicha, en los intervalos hay un magnífico suplente; uno de los personajes hace que la murga toque un baile y él, perdido ya el centro de gravedad, hace una cómica entrada, danzando una danza clásica y con un quiltro de la cola.

El público pateo de alegría, se asusta el perro y volviéndose con rápido movimiento entierra los colmillos al danzarín, quien lanza un grito y con la mano ensangrentada desaparece por escotillón.

Espíritu Religioso

El espíritu religioso de este pueblo es profundo. Viéndolo en sus prácticas del culto, en las ceremonias, procesiones, uno piensa que aquí se verifica una vez más aquella clásica definición de hombre, animal religioso.

A pesar del abandono en que ha vivido, a pesar del ambiente hostil, de la vida afanosa y selvática que llevan, ese espíritu se mantiene en todo su empuje. La semilla evangélica que sembraron en sus rústicas almas los misioneros españoles se ha desarrollado y ha crecido, y todos sienten la presencia del Señor sobre sus cabezas, y llenan sus días con el pensamiento de una vida ultraterrena, donde han de recibir la recompensa de sus méritos.

Es verdad que la doctrina de Nuestro Señor está deformada, en parte, por supersticiones; que no le dan importancia a lo esencial, a la purificación interior, a los sacramentos fundamentales, a la Confesión, a la Eucaristía, al Matrimonio; que se imaginan que la vida religiosa se caracteriza y se distingue con puras exterioridades, pero también es verdad que en la mayor parte de las cosas, ellos no tienen la culpa.

Han pasado años de años sin ver siquiera a un sacerdote, y los pastores, cuyo recuerdo perdura en ellos, procuraban agradarlos, dando maravilloso realce a las ceremonias del culto, inaugurando las festividades religiosas con soberbias procesiones, con lujo de música, de atabales, de andas, de suntuosos ornamentos, y descuidando lastimosamente el cultivo espiritual, y de enseñar la bellísima doctrina de Jesús, tan fácil de ser comprendida, aun por las inteligencias más pobres.

No hay aldea, por miserable que sea, y por alejada que esté de todo centro, que no cuente con una capilla magnífica, dotada de los ornamentos principales, de altares e imágenes y con una riqueza de objetos sagrados de chafalonía que ha sido causa de la codicia de muchos trajinantes.

Hemos visto en iglesias pobrecitas, en medio de caseríos semiabandonados, un lujo estupendo en ornamentos, casullas de brocado, de

oro de tejido riquísimos, capas pluviales repujadas, ornamentos que son guardados escrupulosamente por algún vecino de importancia, bajo un cuidadoso inventario.

A veces también el tal vecino, arrebatado por la tentación, se ha distraído con los bienes que guardaba, y desafiando al cielo y a la tierra, se ha hecho fuerte con lo ajeno. Pero el caso es develado a las autoridades y el individuo pierde el crédito para siempre y heredando como un legado las maldiciones de todos los que han conocido su perfidia.

Así pasó en el pueblo de Belén con un incensario de plata que un hombrecito guardó para sí, por equivocación; el desprecio infamante le rodeó hasta hacerle la vida imposible.

Como se cuenta de los judíos, que se sentían orgullosos de su templo, y era para ellos lo más caro y venerable de la Santa Ciudad, así acontece con la gente serrana; su templo es el gran lujo de la aldea, lo muestran con no disimulado orgullo hacen notar al viajero distraído aquello que es lo más valioso.

Si la ignorancia religiosa es uno de los males más hondos de la generación presente, esta ignorancia en los pueblos del interior es una catástrofe: tienen barruntos muy vagos de la Iglesia; confunden los sacramentos; los mandamientos de la *Ley* de Dios no los conocen y, mucho menos, los Iglesia, se imaginan que los santos, medallas e imágenes son amuletos que los librarán de los males físicos y morales, y hasta del signo de la cruz han tenido supersticiones. Hay gente de mediana ilustración que participa de estos errores con una buena fe estupenda.

La obra del párroco es grande. Ha de comenzar por enseñar los elementos de la Doctrina Cristiana a grandes y chicos, adaptándose, poco a poco, al ambiente, hablarles en su propio lenguaje, estudiando la mejor manera de darse a entender, buscando comparaciones y analogías tomadas de la vida campesina; ha de infiltrarles de nuevo el hábito de la piedad verdadera, sondeando aquellas oscuras simas donde tal vez, muy en el fondo, halla un ligero resplandor; ha de extirpar con prudencia las supersticiones, las costumbres sospechosas, los vicios ancestrales con que vienen manchando la pureza del dogma y de la moral, quién sabe desde cuántas generaciones.

Cada día ha de armarse de nueva paciencia para comenzar el combate, recibir indirectas, solapados ataques, zumbas, rumores malignos y como quien oye llover, haciendo, a muchas habladurías, oídos de mercader, los oídos más duros y acorazados de la tierra.

Se inician los Catecismos primero para niños, luego para adultos. Los niños son más fáciles, con el hechizo de unos confites acuden a millares, como las moscas. Y hay que hacerles instrucciones breves e interesantes, y enseñarles a cantar, que en esta región tienen afición desordenada por la música.

Ahora medimos la falta que nos hace el no haber sido buenos alumnos de Canto Gregoriano y el haber desoído los consejos y los clamores de don Clovis, el imponderable profesor de canto del Seminario.

El individuo más desentonado, puede educar su oído, a fuerza de paciencia, y de trabajo, y convertirse, de tarro, como éramos nosotros, en armoniosos instrumentos.

Aunque tarde para entonar el “**Mea culpa**” con provecho, dejamos constancia del arrepentimiento, para que otros experimenten en cabeza ejena.

Esta gente tiene pasión por la música; entonan sus canciones con una seriedad asombrosa, como ejecutando un rito sagrado, y dan a sus himnos, aún a los festivos, un dejo de tristeza, que es como el sello distintivo de su temperamento.

He querido enseñar a los dos roncós y viejos cantores, la Misa de “**Angelis**”, de canto Gregoriano pero no les entra, resulta aquello una pelea de gatos, un desastre y hemos tenido que antiguo.

Hay aquí un órgano, ése de que he hablado, con tubos de estaño y soldaduras de cera y ligaduras de alambre; pero suenan solamente unas cuatro notas. Tal vez hace un centenar de años era instrumento de consideración, pero ha pasado ya tanto tiempo, y a fuerza de parches y composturas, aquello se ha convertido en un catafalco inservible.

En el Catecismo, al empezar, atacamos un himno a María. El coro de voces de niños y niñas mantiene el orden y lleva el alto. El conjunto resulta placentero, las voces agudas de los sopranos se unen a las voces de plata de las jóvenes y como se les ha prohibido cantar a los chantres de los oficios, el himno se alza como una turgente cascada de armonías en loor de la Patrona que allí, en lo alto, preside y sonrío a sus rústicos hijos.

Me ha llegado un precioso auxiliar, nada menos que el subdelegado de quien se me había hablado tan mal, como de individuo intransigente y sectario. Me ha referido que en su juventud fue religioso profundo, pero que la vida y sus borrascas y el puchero, exigen echarse la fe a la espalda, y teme él que practicando no le den en la medida que el quisiera ¡Oh heroico Pilatos! ¿qué te has hecho?

Ahora está resuelto a manifestar sus fe y hace catecismo con una constancia y un fervor de catecúmeno. A veces suelta su disparate, para amenizar su instrucción, pero como el tema que se trata en los varios grupos se repite, haciéndose de él una breve síntesis, la cosa no es de mucha trascendencia.

Es un extraño espectáculo ver a la primera autoridad de la región, al representante del Presidente y del nuevo régimen, repitiendo con paciencia grande y con tono de dómíne de escuela los Mandamientos divinos: Primero, Adorar y amar a Dios sobre todas las cosas; segundo: No jurar su santo nombre en vano; etc.

Nos trasladamos con el pensamiento a épocas lejanas, tan lejanas que solo la historia recuerda, en que la iglesia estrechamente unida al Estado, levantaba cátedra de religión y de moral, bajo el amparo del poder público, y los magistrados, intachables, se gloriaban de su espíritu religioso y alentaban con el ejemplo la piedad de los súbditos.

Y los chicuelos van despertando rápidamente y a veces tienen sabrosas respuestas.

Explicándole a un negrillo, simpático como un ratoncillo, lo que era el prójimo, después de hablarle del significado del concepto dómine le repetía: Un borrico, ¿será tu prójimo?

Relucían los ojos del chicuelo galopín y sin arrugarse respondía: Mío, prójimo?...No! es de éste, y al decir esto señalaba con picardía a uno de sus vecinos, de aspecto apavado y de Inca.

Y los apuros del improvisado catequista cuando alguno de la parvada le preguntaba con ingenuidad: ¿Los sacramentos se comen?

Es un consuelo que compensa las fatigas y rabietas el ver cómo se van abriendo las inteligencias infantiles, tan frescas y puras; cómo aquellos corazoncitos inocentes, las flores de aquel oasis, van despertando poquito a poco y van bebiendo la maravillosa doctrina de Jesús; cómo se interesan por las cosas del alma; cómo averiguan y preguntan y se humedecen los ojuelos reflejando la conmoción interna: aquel primer sentimiento cristiano los deja embelesados y uno ve palpablemente que la gracia de Jesucristo se ha adueñado de esas almas, naturalmente cristianas, atándolas con invisibles cadenas al pie del altar.

Cuando cae el día y el crepúsculo pinta maravillas en el cielo, la campana llama a la menuda gente, y bajan de los cerros y del faldeo los rebaños de ovejas, levantando polvareda dorada y los zagalejos, con el olor todavía del rebaño que acaban de dejar al reparo del corral, van brincando hacia la iglesia blanca que les abre maternalmente sus puertas centenarias.

La gente grande también acude para ver a sus vástagos lucir sus conocimientos y celebrar los chistes de los más listos y los brulotes de los que apenas saben persignarse.

Después es la pelea, cuando viene la repartición de caramelos y la rendición de cuentas para premiar con el doble a los que se han distinguido. Hay entonces barullo, gritos, protestas, hasta que al fin termina el incidente con tirar lo que resta a la chuña, en que toman partes hasta los solemnes catequistas.

Un ejemplo de amor fraternal y de comunismo; a dos chicuelos no les tocó sino un solo caramelo, se turnaron entonces: primero chupaba el mayor y luego el más chico, y todos en paz.

En la noche, después de la parca cena, compuesta las más de las veces de sopa, camarones secos, arroz o picante, y té con canela, nos vamos de

nuevo a la capilla para el Catequismo de los grandes; hombres van solamente los jóvenes, atraídos por el canto, y un poco, por piedad.

El capellán procede como con los chicuelos, hablándoles con meridiana claridad, tomando los ejemplos de las cosas campesinas, de los cerros que se cubren de verdor en primavera, de los volcanes, de los llamas erguidas que pasan con elegante silueta, pero a lo mejor la pobre vejezuela, que escucha con los ojos de par en par abiertos, se va sintiendo magnetizada y en lo mejor de una elocuente explicación, de la cual esperaba un fruto portentoso, la oyente cabecea y se duerme, roncando con soberana placidez. Hay que esperar y tener paciencia ¡pobrecitos! Hay que ver: se levantan antes que el sol y después de las duras faenas del sembrío, del riego, de pastorear los rebaños, hacer carbón, subir, bajar, andar leguas de leguas para cuidar la planta tierna, etc. cómo pueden aguantar el sueño a esa hora en que la costumbre de años y años las echaba de rondón al pobre lecho.

Para sacudirles de su modorra, un canto viene de perlas, aunque algunos se aprovechan para dormir mejor, arrullados por esa armonía cadenciosa. Como el agua de riego es muy poca, a algunos les toca el turno durante la noche y no se acortan para pasarla de una hebra en la ruda tarea de abrir los cauces y humedecer la tierra reseca con los soles. La mujer coopera valientemente las labores campestres, riega y cava la tierra como la oradora experta, y hemos visto hasta delicadas doncellas tomar el azadón y preparar los terrones con una fuerza y un vigor de robustos machos.

Primera Comunión

La primera comunión ha resultado una fiesta de las mejores del año, tan solemne y bulliciosa como las fiestas patrias de Septiembre.

Suntuoso desfile de velos y gasas albas como armiño; pequeñas y grandes se han vestido de blanca túnica de las Bodas, ceñida la corona en las sienas, y los viejos y las madres con sus trajes endomingados han presenciado con un alborozo conmodor, el triunfo de la piedad cristiana en ese rincón de sierra, olvidado de los hombres. Hasta setenta jóvenes y una veintena de muchachos se han acercado por primera vez a recibir a Jesucristo en el santuario interior.

Ardía la iglesita como un ascua de oro, desplegando el aire todas sus galas, pobres galas por otra parte, pues allí el culto deja que desear. Y a hacía cerca de veinte años que no se celebraba una primera Comunión solemne; nuestros antecesores no se preocupaban ni mucho ni poco de la cuestión piedad, tenían el encargo de mantener inextinguible el fuego sagrado del odio, un odio inexplicable para nosotros y morían en el

cumplimiento del deber. Sin querer debemos imponernos de lamentables historias que la caridad cristiana me exige silenciar.

Los feligreses, en horas de sinceridad absoluta, raras por cierto, veladamente manifiestan sus quejas.

Oraciones y cánticos, purificados en lágrimas, suben al cielo aquella limpia mañana y nos acuden de nuestra indiferencia y creemos ver resurgir una piedad más pura, más honda, piedad cristiana que ha brotado de la fuente secreta del alma, pasando apenas por los sentidos.

El subdelegado, olvidando antiguos resquemores y siguiendo el ejemplo de aquellas autoridades patriarcales de nuestra República que se acercaban al Altar a la cabeza de sus súbditos en los grandes días, ha comulgado también con devoción.

Luego el chocolate clásico, servido por las madres de familia de una fraternidad íntima; los chicos se repiten varias tazas, como si la piedad y la emoción que experimentan redoblaran el apetito.

En la noche, reunión solemne y Rosario con letanías cantadas.

La voz de los niños, con esa su entonación especial, teje la secular guirnalda de rosas a la Reina y Madre; voz de la niñez, voz del ciclo que canta y reza al mismo tiempo, que tiene la ternura omnipotente de la Virgen María, cuando pide, exige; que agita alas como de paloma para volar basta Dios y allí convertirse en torrentes de bendiciones. Y todos los que estamos allí, cual mas cual menos, tenemos necesidad de impetrar gracias, de clamar paciencia y misericordia, de volcar allí el fardo de todas nuestras miserias para recibir en cambio el vigor misterioso que da Jesucristo a los que se le acercan con la sencillez y la confianza de la inocencia.

Los cánticos tienen sabor a lágrimas, pero efe amor y de ternura.

El grupo masculino quiere también cantar, y un bajo, de voz acatarrada y resonante, infunde pavor con un solo estupendo que nos hace aterrizar de mala manera, cuando tan alto bogábamos en alas de la plegaría.

El frío ha ido disminuyendo. Los días transcurren monótonos, iguales, como los eslabones de una cadena interminable.

Por la mañana misa rezada: de buscar a Juan de la Peña para que la ayude como mejor pueda, pues es de voluntad de oro; asisten tres o cuatro mujeres y algunos varones.

La Andrea abre la puerta con su gran manojito de llaves después de haber protestado del mucho trabajo que tiene que ser; su marido ha bajado al pueblo o hace carbón en la montaña, y ella queda con su campo y con sus guaguas, cuatro mamones que no le dejan respirar tranquila.

Enseguida a los enfermos, o recorro la parte alta del pueblo, cerca de la otra capilla donde se encaraman unas chozas bolivianas de buenos amigos.

A veces me invita a tomar maíz tostado, y en cuclillas en torno del fuego, mascó el fragante grano, seco y agradable como el maní y aquel sencillo acto, además de alimentar, sirve de símbolo de alianza. No hay

medio más eficaz para ganar la confianza de este pueblo que adentrarse en sus hábitos e intimar participando en sus frugales comidas; el pan y la sal. El hogar, reunidos bajo el terroso alero es cuando hablan con el corazón y manifiestan sus virtudes hospitalarias y hasta las rencillas pasajeras con que se condimentan sus guisos.

He asistido a la cabecera del enfermo, un hombre ya maduro que habita en una casita a los pies de la capilla.

Por una puertecita en que tengo que inclinarme llego hasta el lecho, compuesto de pieles de llama y de vicuña.

Allí vive en compañía de su mujer y cuatro hijos pequeños y hasta seis gallinas que se pasean, entran y salen como las dueñas de casa.

Está muy grave: un ronquido estertoroso que le impide sentarse y respirar le va desgarrando el pecho y la vida al mismo tiempo. Una comadre de buena voluntad le asiste con remedios caseros, tan caseros que no le producen alivio alguno.

Concurro con mi escaso botiquín, pensando que el diagnóstico es oscuro, aunque los síntomas de la pulmonía parecen claros: el yodo, la quinina el tilo hacen la fuerza.

Cuando le hablo del alma y de los remedios que también ella necesita, aquel pobre ser dolorido me queda mirando con extrañeza como si le hablara otro idioma. Explico...inútil. –"Después será"– dice. Se siente muy cansado y teme desvanecerse.

La religiosidad supersticiosa de esta raza no basta para que lleven a la práctica los principios cristianos que un día aprendieron. Les falta voluntad temen lo que les puede sobrevenir, y prefieren dejarse arrastrar por su temperamento apático de una abulia inconmensurable.

Aquel hombre murió cuando el capellán estaba de viaje, separado por muchas leguas de distancia; lo llamó con acento desesperado, pero ya era tarde.

El *Latrodectus*

Creía que la altura y lo lejano de aquella aldea no era clima propicio para que se desarrollara el *Latrodectus formidabilis*, el anticlerical que suele prosperar en los climas templados y en una civilización mediocre.

Me he topado con un caso; un anticlerical desdeñoso del cual me habían hablado con cierto supersticioso terror.

Una tarde, cuando reposaba de mis lecturas en mi cuartito, y me deleitaba con los berridos de un chicuelo mimado que tengo de vecino, golpeó la puerta el inesperado visitante.

El medroso enemigo que tenía delante era una simpática persona: joven, bien vestido, de chambergo y cuidado bigote que se retorció con

cierta vanidad satisfecha: en un pueblo como el nuestro era el amigo un dandy hecho y derecho.

Es interesante sondear estas almas inquietas, que tienen sus humos intelectuales y conservan ligeramente barniz de lecturas mal digeridas, y en un medio Social inferior, logran obtener patente de sabios de otro mundo.

Hablamos al principio de cosas indiferentes; él me estudia y yo lo observo, pero como él está impaciente, muy pronto despliega sus armas de combate y, con suficiencia de maestro y con su desdén crónico, pone sobre el tapete la cuestión religiosa. Lo dejo hablar, lo hace con cierta facilidad, pero sin comprender el significado de las palabras, le encantan los términos raros y las frases hechas, se lamenta de que viva entre gente que no le comprende, de un nivel intelectual semisalvaje.

Recuerdo como una pesadilla lo que me dijo aquel alto intelectual de la sierra. Al principio sacó a relucir el sobajeadado infolio de las objeciones contra la Iglesia, contra la Divinidad, contra la Providencia Galileo y la Inquisición, los curas rebeldes y Alejandro VI salieron en orden de batalla con la majadería de siempre, adornados además con vicios y cualidades que les había colocado lindamente el distinguido demagogo, quien de vez en vez lanzaba algunas expresiones nuevas por ej. el culminismo anímico, la idiosincrasia, la mesocracia: a los antiguos habitantes del lugar, solo los llamaba los aborígenes, mirándolos con un desdén superlativo.

Yo le escuchaba pacientemente, corrigiendo apenas ciertos yerros de mayor cuantía y aquel iconoclasta, ya arrebatado por el torrente de su verborrea, soltó cuanto disparate se había almacenado en su cerebro de neurasténico, durante los largos años que había permanecido en aislamiento. Decía frases enteras que no tenían sentido, sentaba proposiciones incoherentes, trazando proyectos para reformar la humanidad. Y pensar que era alma buena, ingenua, vana, si se quiere, pero de una ignorancia incommensurable –no sabía nada de nada, había acumulado lecturas sobre lecturas sin entender jota, porque solo había estudiado en no qué colegio hasta segundo año, y los compañeros y la juventud borrascosa y el dulzarrón de Renán habían hecho el resto.

Se ahogaba en prejuicios, se imaginaba a los frailes poco menos que salteadores de caminos, hipócritas, intratables, mercachifles, y otras lindezas del mismo jaez.

Era el pobre un enfermo del espíritu que necesitaba, más que nada un régimen espiritual sano, porque en el fondo, muy en fondo, se adivinaba un alma bien puesta, con cierta nobleza nativa, con arrestos de vanidad fanfarrona que saltaba de goce cuando se le trataba de intelectual, de estudioso de potente cerebro.

Es increíble el fondo de orgullo que almacenaba en su espíritu este jovencito por haber leído a Renán; hablaba de su diletantismo, de su misticismo, de su filosofía, de su anticlericalismo, y como yo apenas he

leído fragmentos del ex-seminarista, me miraba con supino y profundo desprecio.

Para él, Renán llena la historia de Francia, es un ídolo, colocado sobre el Partenon, más grande que Descartes, que Napoleón, que Bossuet, que todos los sabios de la Francia y del mundo.

¡Pobre de Renán! sobre todas las desgracias que le han venido encima a su memoria, sobre el desdén de sus antiguos admiradores, de Barres, de France, de Domic, le cae ahora esta otra, la de ser interpretado por esta pobre ave de la sierra, este Renán rústico y fanfarrón que, hasta ensaya la ironía a las veces, para parecerse mejor a su maestro: esto ha de ser complemento de su sufrir.

No hay derecho para discutir con ignorancia tan crasa de todo, menos de su ídolo. Como me hablara de Francia le pregunto si ha conocido entre sus curiosidades a Musset y no lo ha oído ni siquiera nombrar. Le cuento quién es y sin ánimo de entrar en discusión, que sería perder el tiempo y la paciencia, le citó aquel verso clásico de Musset:

*«Passer comme un troupeau les yeux fixes en terre
Et Renier le reste ¿est-ce donc être heureux?
Non, C EST CESSER D ETRE HOMME ER DEGRADER SON MAE».*

“Pasar como uno del rebaño con los ojos clavados en la tierra y renegar del resto, de todo ¿es acaso ser feliz?

¡Ocurrencia! Es dejar de ser hombre y degradar el alma”.

Al cabo de un par de horas, algo mareados, por aquel torrente de ideas ondulantes en que habíamos navegado a la bolina, nos retiramos los mejores amigos del mundo; él, anunciando una nueva discusión, yo temblando ante otro alud semejante. Las tardes las dedico a visitar a la feligresía, a imponerme de **visu** de las necesidades apremiantes, a dar confianza para recibir la misma moneda, para, ejercer el oficio de pastor.

No es decible el alborozo con que reciben al Tata. Al principio recelaban, me miraban con ojos aviesos y hasta uno, más audaz, iluminado por la llamarada del alcohol, tuvo la avilantez de preguntarme si era enviado por el Gobierno con fines políticos. Con urbanidad le contesté en tal forma, que le quité las ganas de repetir la pregunta.

Ese oficio del Buen Samaritano que ha de profesar el párroco, como elemental en su ministerio, es de una delicadeza suma; qué de heridas morales que sangran, ha de curar con bálsamo divino, qué de turbaciones profundas, qué de sordos conflictos en que el rencor, el odio, la inquina se vislumbran solamente a través de las pupilas que chispean, de las medias palabras con que ocultan, a miradas profanas, aquello que va minando un hogar, destruyendo una vida, arrancando las virtudes familiares.

Las Tardes

Otras tardes subo a un alcor que en un extremo del pueblo se destaca como para servir de atalaya, –es Sta. Bárbara; desde allí se divisan los caminos, serpientes rojas o blancas que toman el sol, todo el pueblo se yergue a mi derecha, sumergido en una paz profunda y envidiable que se trasmite a las almas y hace el oficio de un calmante, cuando los nervios están de punta y la hermana melancolía viene a acompañar al solitario.

Los campos de sembrío, el hondo valle, la finca de la Virgen que pertenece a la capilla, y ahora está en profanas manos, las ricas tierras de don Marcelino, se divisan desde esa altura.

Desde allí, la vista abarca enorme extensión: la cadena de cerros de lado oriental, vestidos casi todo el año con graciosa veste gris y en tiempos de lluvias con un rico manto verde, limitan el horizonte.

Las tardes tienen allí encanto irresistible; la sierra se va sumergiendo lentamente en los suaves matices con que el sol la engalana, rojo carmíneo en el límite, con gradación de tonos hasta terminar en las aguas con un resplandor indefinible.

La poesía del crepúsculo rodea a cada ser y a cada cosa inanimada o viva, revistiéndola de formas y colores y haciéndolas vibrar en armonía con la hora.

Una extraña melancolía nos envuelve, y quedamos largos tiempo sin pensamiento ni sensación trasfigurados en el momento presente.

Los faldeos y senderitos de la montaña, los blancos caminos, como brochazos de pintura en la sinfonía de la tarde, se llenan de rebaños que vienen a reposar a los corralillos, vecinos a las casas, tarde adquiere una voz a esa hora, los balidos las ovejas, que van apagándose y fundiéndose la sombra y pronto, cuando ella ha colgado su pabellón, las estrellas comienzan su reinado, fulgiendo limpias en la serenidad del aire.

Lamentamos la ceguera de aquella gente rústica que tiene ojos y no ve esas maravillas únicas tiene oídos y no oye aquellas voces clamorosas que quedan resonando en el alma.

El Ermitaño

A veces nos acompaña en nuestra romántica peregrinación un amigo, el ermitaño, que a veces, cuando está de humor, se pone melancólico y, olvidando los cuidados presentes, va a poetizar sobre el peñón y como el Lord Byron de la leyenda, se juzga un trasplantado en tierra extranjera y se abandona a la caricia del ensueño y de la nostalgia.

Es un raro tipo de hombre éste; afortunado, de familia, de talento, con educación brillante, se sumergió en cuerpo y alma en la sierra desde hace

quince años. A esta altura se ha convertido en un bohemio incorregible, feliz en su aislamiento. Ama a los criollos y a los indígenas con toda su alma: para él constituyen toda su familia y toda su riqueza.

Y no es el suyo un amor platónico, que se satisface con permanecer cerca de ese pueblo: El Ermitaño se ha impuesto sacrificios grandes para aliviar la condición de sus amigos; a dos generaciones le ha enseñado a leer, con paciencia de monje, instruyendo y desbastando esas inteligencias rudas y enseñándoles la honradez, la franqueza, el patriotismo, la abnegación, todo lo que constituye el patrimonio de un hombre de bien.

Desgraciadamente, los no en la suya la caridad cristiana, pues a pesar de sus cualidades de barón medieval, no pertenece al catolicismo, sino por una vaga simpatía y una admiración profunda, vive, como si dijéramos, usufructuando de los principios espirituales que un lejano día llenaron su alma: ahora se alimenta ilusiones, se forja hermosas utopías socialistas, soñando con un comunismo nebuloso que haría descender sobre la humanidad un Edén. Alma de poeta y de vidente, este joven, incomprendido de los suyos, pasa en relativa dicha, muy querido de todos los beneficiados, aunque a veces los ingratos se le han cruzado en el camino y le han herido, él sigue su camino jovialmente, mirándolo todo bajo el prisma amable de su filosofía.

Ha tenido su época de minero; ha acariciado un lejano vellocino de oro que lo convertirá, de la noche a la mañana, en un potentado, endeizador de todos los entuertos de la ciudad en que vive. Pero por mala suerte, la beta milagrosa ha huido como un espejismo, a medida que se acercaba a poseerla y, a pesar de sus fracasos, no pierde la fe y como el Anteo de la mitología, después de cada resbalón, al contacto con la madre tierra, recobra sus antiguas energías para seguir rastreando y soñando.

Muchas veces hacemos juntos las **passegiatas** de la tarde y de acuerdo sobre los tópicos esenciales que caen sobre el tapete, o discutiendo amablemente sobre asuntos religiosos y sociales, volamos muy alto sobre las nubes y sobre los huracanes no envidiando a los cóndores hieráticos que vuelan con majestad hacia la región de los truenos.

El compañero acaricia bellas teorías; se imagina que en breve la idea socialista se impondrá espontáneamente por la fuerza de su eficacia; que el mundo tendrá una nueva etapa gloriosa en que los hombres serán más dichosos y la pobreza, barrida de la tierra, nacionalizada la riqueza bajo un gobierno patriarcal de ángeles humanados, vivirá la Humanidad su edad de oro.

Mientras tanto Jesucristo, Él, que trajo al planeta la igualdad de los hombres, seguirá fulgiendo como el astro que ha alcanzado al cénit.

Sentados sobre aquel montón donde antes se levantaba la capilla de Santa Bárbara, la protectora de la agricultura, la que consigue las lluvias en tiempo oportuno, y aparta la borrasca cuando va a dañar a los sembrados,

sentados junto a la cruz, vuelta la mirada al ancho boquete que se abre hacia el mar, y en donde reina siempre el fulgor de la primavera, seguimos divagando tejiendo ensueños, “esbeltos palacios con sueños azules”.

Con la serenidad espiritual de un poeta incorregible que cambie la humanidad y la transforma, y la sublima y sacude los fundamentos sociales y arregla a su sabor a los gobiernos y une a los pueblos con vínculos nuevos, despreciando a las razas degeneradas, de sangre enferma y de músculos relajados, como el artífice que arroja lejos de sí la arcilla reseca y sucia que no le va a servir para su obra de arte.

Santa Bárbara

Belén, como muchos pueblos serranos, siente devoción especial para la santa patrona que tiene poder sobre los truenos y sobre la tempestad. Hace un siglo existía en esa colina la ermita de la santa, y en los días de invierno, cuando tronaban las nubes de las montañas de la Puna y diluviaba, amenazando destrozarse los campos la lluvia torrencial, los fieles subían la colina lloraban a la santa, iluminándola con millares de velas.

Cuando la sequía agosta los sembríos y achurrasca los papales y enflaquece y enyesca a los maizales del faldeo, acuden otra vez a la santa clamándole lluvia, junto con los pajaritos que, al amanecer, la piden de esas nubes esponjadas como algodón en que vuelan muy alto, rumbo hacia el riñón de la sierra.

Los devotos habitantes rodean de algodón a la santa; el algodón símbolo de la nube; le envuelven el rostro y las manos y la espada para que al fin ella rompa, de un mandoble, aquello que le estorba, y los campos sedientos beban el agua que el Señor les ha concedido por la intercesión milagrosa.

Cuando la cosa llega a su colmo, organizan una resonante procesión presidida por el Tata, que va con la Capa pluvial clamando, con la misma vestidura litúrgica, lo que hace falta. La santa camina a retaguardia en andas desmanteladas, rodeada de todo el pueblo que grita, clama y canta. Así suben hasta un cerrillo a tres kilómetros del pueblo en donde hay un ojo de agua que con la sequía del cielo ya se cierra para siempre.

El lugar aquel se llama Misaña, porque el cura celebra misa a campo abierto, colocando en la cumbre a la santa y sumergiendo en el agua el asta del estandarte de Santa Bárbara.

A menudo acontece que la súplica tiene eficacia, y como en el monte Carmelo surge la nubecilla del horizonte y cubre los cielos y los belenitas, como los israelitas de Elías, tienen que bajar como exhalación con el párroco a la cabeza para que no los pille el chubasco.

Del templete de la santa solo quedan hoy día los cimientos; reverdece allí una siembra de habas y cultiva la mayordoma de la santa, Enriqueta Ochoa.

Desde aquel lugar sagrado, que tanto significa para el pueblo de Belén, ya que está ligado íntimamente su historia, pasamos largas horas en muda contemplación del panorama, sintiendo deslizarse la vida pasible de los vecinos.

Los humos de las rústicas cocinas se deslían suavemente en el aire quieto, no llegan canciones rotas, risas de chicuelos que juegan con bulliciosa alegría, regaños de mujeres: frente nosotros vemos levantarse la silueta patriarcal de Patricio Santos, que trajina colgando trozos de carne de llama para secar, haciendo cecina para el invierno. Los sembríos de don Marcelino refulgen al sol con el agua de riego y él, impertérrito, con todas sus primaveras apuestas, deshace los tacos, aporca los surcos, guanea las partes más estériles bajo la tierna mirada de doña Fernanda que le acompaña en sus traqueteos, envolviéndolo en sus cariñosos desvelos.

En el fondo del cuadro se abre una ancha faja entre las montañas oscuras de vegetación, desde allí se ve el cielo más azul y la línea de la cordillera, esfumada, desaparece anegada por la luz deslumbrante del poniente.

Con un libro cerrado en la mano, “Imitación de Cristo,” o poesías de algún vate amigo, pues los estudios graves han quedado para las horas más pesadas del día y para nuestro gabinete encerrado, gozamos los crepúsculos que cada día tienen un encanto nuevo.

Los clásicos y los modernos tienen la palabra en aquellos momentos sicológicos en que es menester ponerse en armonía con la Creación embellecida por el momento. Becquer, Gabriel y Galán, Abel González, Donoso, Jammes, los que han penetrado mejor el encanto y el alma de la naturaleza triunfante, nos dejan oír sus melodías.

Ayer no más el galo melancólico de Vigny, cuyo espíritu diletante se presta para hacer soñar, nos decía, llevando la voz cántate, mientras las nubes y el cielo y el agua susurran:

La nature t'attend dans un silence austere
L' herbé eleve a tes pieds son nuages des soirs
El le soupir d' adieu du soleil a la terre,
Balance les beaux lis comme des enncensoirs.
La foret a voilé ses colonnes profondes,
La montagne se cache, et sur les pales ondes
Le saule a suspendu ses chastes reposoirs.

La naturaleza te aguarda con su silencio austero.
La hierba eleva tus plantas su maraña sombría.

Y el suspiro de adiós, con el sol se despide a la tierra. Suavemente balancea los lirios, igual que fueran incensarios.

Ha velado la selva sus columnas profundas; se oculta la montaña y sobre las pálidas ondas del arroyo el sauce ha dejado deslizar su casto ramaje.

Y luego aquella otra estrofa evocadora del mismo poeta:

«Le crépuscule ami s' endort dans la vallée
Sur l' herbé d' émeraude et sur l' or du gazon,
Sous les timides jones de la source isolée»

Y aunque nos faltan muchos de los elementos del poeta de la “Casa del pastor” para reconstituir paisaje, tenemos lo esencial, el austero silencio la naturaleza que aguarda, y esa luz ceniza del crepúsculo que se ha tendido sobre el valle esmeralda y sobre el arroyo, bordeado de sauces, cuyo ramaje llama Vigny “chastes reposoirs”.

Todos los senderos se han llenado de las ovejitas que vuelven al corral contiguo a la choza, el cerrillo blanquisco de las tórtolas “Palomeque” es solamente un manchón negro y ya se borrado la roca del Kalacamareta hacia el oriente.

Los pastores belenitas, como sus hermanos los que recibieron el anuncio milagroso del nacimiento del Cristo, alegremente, arrean sus rebanos y cantan. Hay en el ambiente una música trémula de balidos y voces, la tarde ha encontrado su expresión armoniosa en ese conjunto vital que sugiere sensaciones nuevas y hace soñar con otra región incontaminada en que el hombre, pastor y poeta, podía comunicarse filialmente con su Dios, ascendiendo gradualmente hasta los cielos en esa hora única del pensar profundo y de la conciencia.

Después de aquel momento indefinible de la lucha entre la luz que fenece y la sombra, lucha que se prolonga largo rato a causa del resplandor que guardan las cumbres, van poco a poco apareciendo las estrellas: la Cruz del Sur, esa constelación que rige la vida de los pueblos serranos, familiar hasta para los niños, adquiere en estas regiones inusitado brillo, la Vía Láctea es un reguero ancho y diáfano que cruza el cielo, involuntariamente la vista se vuelve a la altura para recrearse en esa claridad bienhechora que hace luminosa la noche.

En la casa del magistrado protector se reúne entonces la juventud en filarmónica tertulia; ensayan la música para las fiestas del Carnaval, las serenatas, los Huayños y las canciones de moda.

Alfredo es el maestro, ha hecho el servicio militar, así es que es un hombre de pro, y toca además con regular entonación la guitarra, aunque su voz áspera disuena un tanto.

Otro toca un viejo mandolín, el de más allá el charango, ese instrumento indígena fabricado con la piel seca del quirquincho, como caja

de resonancia; de sus cuerdas arranca el buen Rigoberto las notas de un vibrante Huayño.

El concertar los instrumentos es cosa de aburrir a un santo, pero luego las notas fundamentales están bien; adelante! y los aprendices y musicantes, guiados por el diestro director de orquesta, nos dejan oír sus dulzonas melodías serranas. El charango, en el conjunto, produce efecto, es una nota vibrante que marca los compases y hace destacarse el penetrante son de la guitarra.

Con gran anticipación se preparan las festividades paganas del Carnaval que tienen en toda la sierra una importancia grande y sobre todo en este pueblo donde se juega chaya con entusiasmo trepitoso; con toda modestia me dicen que es como el Carnaval de Niza en Europa, pues acuden de los lugarejos circunvecinos desde muchas leguas a la redonda.

Los músicos viajeros tienen importante papel, amenizan los bailes y en la noche, cuando la fiesta se arde, y la vocería incendia las chozas ellos se unen al concierto con sus voces silbantes, contribuyendo de modo admirable al desorden.

Mientras tanto aforran sus gargantas y afirman el pulso con sendos vasos de puzitunca, que el pródigo anfitrión les escancia.

Carabineros

Las funciones de la policía rural las ejercen los carabineros en toda la sierra.

Belén ha sido favorecido por una suerte envidiable con lo mejor.

Son graves y severos en sus siempre flamantes uniformes grises, polainas amarillas chispeando y el “chafte” y la inseparable carabina, adorno necesario en sus correrías por la montaña inhospitalaria.

Obedecen a la Tenencia de Putre. Con estricta disciplina y conscientes de su valer, se colocan a la altura de su misión de paz y de seguridad.

Causa placer el verlos desfilar en sus corceles bizarros, siempre en parejas como ciertas aves emigratorias, siempre limpios y gentiles, como guerreros de otra época, como esos gendarmes ingleses de gigantesco porte.

Hay raras excepciones como en toda institución humana; algún pajaraco rapaz que ha escondido su ruindad bajo el capote militar. Pero estos son aventados, apenas descubiertos, y van a expiar en lugar sombrío la insolencia de su felonía.

En reuniones sociales alternan con discreción y caballerosidad en las tertulias de alto coturno, manteniendo la circunspección de su investidura, no sin causar estragos en los corazones serranos, siempre fáciles para caer rendidos en las redes doradas de Marte.

En noches de luna organizan juegos de azar, alternando con bulliciosa alegría con los pilluelos y mozos, quienes les demuestran un respetuoso afecto.

Cooperadores en la obra civilizadora de los capellanes, se mantienen en su puesto, saliéndose en contados casos de su papel de guardadores del orden.

Es digno de loa el Comandante Marchant que los dirige, pues ha sabido imprimir un rumbo inflexible en esa institución de tanta trascendencia para estos pueblos, perdidos en la pampa, que solo cuentan con tales abnegados servidores en su aislamiento.

Recuerdo con especial complacencia a los jefes y oficiales Díaz, Tagle, Maggio, Délano, Yamm Gatica, Robles, Maldonado y los suboficiales Villouta, Sepúlveda, Muñoz, Zúñiga.

Los Domingos

Cuesta un triunfo llevar a esta gente a la misa mayor y única que se celebra en la iglesia parroquial.

Después de los tres repiques de regla, las madres de familia se quedan charlando en las puertas de sus viviendas con alguna vecina cotorra y se demoran siglos en emperifollar a sus chicuelos y engalanarse con el concho del baúl, mientras que los varones se escabuyen a regar sus sembríos o se esconden en el Club o despacho de Lucho a echar un párrafo sobre las últimas novedades de la región.

El capellán les suelta a un monaguillo que va con el cencerro, casa por casa, anunciando la solemnidad... ni por ésas.

Luego sale él con una cachaza de viejo pastor, arreando y correteando a los más rehacios.

La misa de nueve comienza por fin a las once, con el quorum casi completo, muchas veces presidido por el subdelegado, cuando está de humor. Entonces en el momento del Evangelio aprovecha el cura para lanzarles una rociada general, regalándolos paternalmente por esa negligencia musulmana que llevan impregnada en la masa de la sangre, mas por desgracia los que se llevan el revolcón son los menos culpables; los otros, los lobeznos, los resfaladizos como anguilas, se han quedado muy sueltos de cuerpos en sus chacras, en sus jolgorios, o durmiendo.

En la tarde hay un catequismo bien repicado, cantos piadosos, reparación de confites y una segunda parte de juegos infantiles la barra famosa ya olvidada entre los vagos de la infancia.

Hay que hacerse niño entre los niños y sacudirse un poco los abriles para menear los zancajos con rapidez sin temer hacer ridícula figura.

Se arma la barra “se chucean” los dos más ágiles y luego, a echar los bofes apresando y dejándose apresar, libertando, prendo barra y vociferando como un galopín de quince.

Los carabineros organizan una partida de football y con una vieja pelota agujereada, reparten canillazos y pisotones y zancadillas como en los tiempos de la edad de piedra, cuando se jugaba con un adoquín.

Cuando la tarde va de caída, visitamos algunos enfermos, pues es la hora de la triste en que los cuitados se revuelcan desesperadas en sus pobres lechos de adobe y pieles.

Los días Domingos, una nostalgia extraña va cayendo sobre el espíritu, tal una neblina impalpable que embotara nuestras energías interiores y nos fuera sumergiendo en un sueño enfermizo de nirvana.

Viene entonces ese opio envenado del romanticismo, que dormita en todo ser humano, en que el “infelix homo” se siente desgraciado y solo y desterrado. ¿Recuerdan ustedes los sonsos gemidos de Rene y Átala que discurren por el bosque y pasan ante las ermitas diciendo unas lamentaciones lacrimosas y femeniles capaces de partir una roca?

Cuéntase que al canto de las sirenas, Ulises, el astuto, se hacía amarrar del palo mayor para no ser cautivado por esos halagos mortales, algo de eso tenemos que hacer nosotros; alejarnos de nuestros propios pensamientos, exacerbar nuestra fantasía acalabrada, variando el tema, echar a andar cuesta arriba hasta quedar con la lengua de fuera, sin ánimo ni para pensar, o acudir desalado a los encases consuelos cristianos que tonifican el espíritu y barren de un solo impulso esas escorias malsanas que se van adhiriendo insensiblemente a lo más recóndito del ser.

El sentimentalismo de los románticos, la melancolía chatobrianesca, la estúpida tristeza que no tiene razón de ser, son enfermedades terribles para el alma y tantas veces mortales; una especie de consunción, tisis que empobrece la sangre y le chupa al organismo interior las fuerzas vivas que le pueden dar el triunfo.

A la oración, algún muchachuelo tocar las campanas del ángelus, que la sierra significan plegarias por los difuntos.

A ese conjuro armonioso que se difunde por el valle e hinche, como onda de perfumes toda la quebrada y golpea las rocas coronadas por la cruz y asciende hasta la cumbre donde se levantan la Apacheta, a ese sonido misterioso uno se siente asido con vínculos de inmortalidad al mundo de lo invisible, hermano de millares de seres que sufren y esperan y aman, esparcidos sobre el ancho haz de la tierra.

Los fantasmas aquellos que perturban, al son el vuelo y una seguridad y la confianza supra terrenal van llenando el ser entero, tal, que si aquel son de bronce y de plata, de la tierra y del cielo fuera la voz del mismo Cristo que vino un día al derramar a los hombres de todas las razas y de todos los climas, a los vivos como los difuntos, al indiecillo escondido entre

los riscos del montañal, como al magnate de la ciudad, ensorberbecida y mal oliente.

Una Visita

Los Miércoles es día de correo, al amanecer llega el cartero, un viejo heroico, tapado de polvo y jadeante, tal como su famélico macho que mordisquea los yerbajos de la calle.

Ha hecho de dos jornadas veinte o más leguas para seguir indomable con su andadura cuartaga otros dos días, hasta el villorrio de Codpa, por caminos imposibles, pedregosos y agrios, como los peores de toda la región.

El pobre viejo llega encorvado, abre el bolsón de cuero, con gesto mecánico, y entrega todos aquellos mensajes del mundo civilizado.

Es día de fiesta; las voces de la familia, de la amistad, las noticias que gritan los periódicos forman un concierto que alegra el corazón. Son noticias añejísimas de veinte o más días y sin embargo se reciben con alborozo como novedades de última hora.

Y mientras el cartero acaricia su bestia y monta con movimientos automáticos, nos damos nosotros un hartazgo de diarios, cartas y revistas, abstrayéndonos totalmente del mundo.

Cuando hay mozos que están en el servicio militar las madres asaltan al impasible viejo y leen sollozando los mensajes de amor que les envía el soldado de la patria y vienen las desilusiones, las ansias, la desesperación de la que nada recibe y todo lo esperaba.

Me anunciaban un día la visita de un capellán amigo que viene recorriendo desde Arica toda la sierra.

La noche siguiente, en las primeras horas, le daba el abrazo fraternal.

Ceremonia de bienvenida en la capilla llena de gente, un saludo y una presentación a las autoridades.

Olvidando antiguas usanzas, habla el recién llegado y niega sus méritos y los derechos a loa, se dice peregrino misionero que va predicando el Evangelio.

Es un sacerdote vehemente de rápido talento, de fácil palabra que va paseando su inquietud por esas serranías y visitando los más escondidos los lugarejos de la Sierra.

La armamos catre de campaña en el cuartel de carabineros y cuando ya comienza reposar, molido los huesos después de la feroz caminata, vecinos principales arman un coro de músicos para entonarle al huésped un esquinazo o serenata, indiscretos en su afán de ser corteses.

Cuando ya le disparan con una canción festiva a boca de jarro, el asendereado caballero, que no está para saludos los echa a pasear fresco, con razones poderosas y comedidas.

Al clarear del nuevo día y está el capellán misionero con el pie en el estribo, rumbo hacia la Puna donde le aguardan aparejados para recibirlo las Doctrinas de la Puna, Choquelimpie, Caquena, Parinacota.

Por desgracia, los del coro ya que tenían el disparo preparado, fueron a perturbar al capellán propietario.

Ha pasado el visitante como un relámpago, y en cada caserío o poblacho, que encontraba en su camino, reunía a la gente, chicos y grandes, y los adoctrinaba con paciencia por un par de horas mientras descansaba su caballo.

Un mensajero llega desalado: un pobre viejo se muere en una choza a cuatro leguas de aquí; está abandonado, solo, sin tener ni perro que le ladre.

A regaña diente ensillamos caballo. El espíritu está pronto, mas la carne es flaca, y no es cosa de darle a esa carne flaca una corrida de baqueta y con alegría, sin embargo la reflexión piadosa, endereza muestra intención y después de propinarnos, para nuestro foro interno, severa reprimenda, salimos de galope hacia la choza del moribundo. Un chicuelo astroso, ginete en una sardina nos sirve de guía.

Subir y bajar cuestas empinadas, bordear torrenteras, hacer equilibrio en senderillas de cabras: después de una carrera desenfrenada, estamos ante la casucha del enfermo.

En un rincón de un cuarto maloliente, sobre pieles y sacos, un anciano se muere chorros. A su lado una buena vieja caritativa la asiste, restándole las preces de los agonizantes y propinándole de tiempo en tiempo una pócima espesa y negruzca como engrudo.

Y aquello ha de ser una medicina embrujada, pues la muerte se apresura. El pobrecillo, con los pies descubiertos, y empalados por el hielo, se agita y de su techo brota el ronquido peculiar de la agonía, ese ronquido que remeda el hervir de una olla.

Le acomodamos en el pobre lecho, se puede conseguir más abrigo, una almohada para levantar la hundida cabeza, hermosa cabeza anciano con unas barbas blancas de nieve y una noble nariz aquilina, afilada aún más por la próxima muerte.

La Extremaunción y la confesión, y luego las medicinas del botiquín misérrimo que nos acompaña siempre: bicarbonato, yodo, quinina, aspirina y otros cuantos remedios fáciles.

Con maña, después de largo interrogatorio sacamos el diagnóstico de los labios de la caritativa cuidadora. Una gripe mal cuidada que se ha transformado en una pulmonía y que el fortísimo viejo cogió después de 15 días de desenfrenada borrachera, con aguardiente de cuarenta grados.

En esos pueblecitos los “meicos” de afición, que abundan, suministran para la pulmonía un remedio digno de figurar en la farmacopea universal. Helo aquí: pillan un gato negro, o conejo o liebre, es preferible el gato,

porque su piel tiene un secreto diabólico; lo estrangulan y después de abrirlo en canal, dentro de la carne fresca, machacados los huesos, le introducen copal, aceite de almendras amargas, mostaza, incienso bendito, palqui y otros ingredientes del mismo jaez; luego ciñen aquella masa nauseabunda a las espaldas del paciente, a manera de un chaleco, y es seguro si el enfermo no tuerce la esquina, ya puede darse por feliz, porque las siete vidas de los gatos se les ha infundido a través de su macerada carne.

Ya los vecinos buscaban en los hogares de las choza cercanas el gato misterioso que iba a apresurar la muerte.

Cuando nos alejamos, antes que anochezca, el enfermo está más sereno, respira con regularidad, la fiebre violenta le ha bajado y hay una vaga esperanza de que salve, a no ser que el engrudo o el gato caigan sobre él.

A los doce días está convalesciente, rejuvenecido; todos los remedios de consuno y la ayuda del Señor hicieron la obra.

Como este caso podíamos citar muchísimos; la miseria, la mugre, la falta de medios, el abandono, y esas medicinas supersticiosas acaban con la vida de la mitad de los habitantes.

Vaya usted a convencerlos de que pueden salvar si le dan a tiempo a la elemental higiene el cuidado que un enfermo grave exige.

Por eso las epidemias son los flajelos mas terribles que acaban con las poblaciones en un dos por tres, como aconteció con Chapiquiña y Pachama en tiempo de la viruela.

Los Cementerios

Hay dos cementerios en el pueblo, uno a de la iglesia en una baldía ladera, asaeteada de cruces donde descansa el polvo de muchas generaciones a pocos pasos donde funciona el juzgado o subdelegación.

Desde la calle principal se divisa este rincón la muerte, tan triste y yermo, que apena el alma. Aquí yacen los abuelos del pueblo y un famoso cura Valdivia que murió en temprana edad después de una fama bien ganada de virtudes. Le hemos rezado responsos junto al sitio donde sus huesos se hicieron polvo hace más de cuarenta años, y junto con nosotros han rezado sus feligreses que le recuerdan.

El otro Cementerio es moderno y está a la entrada, hacia el Poniente, custodiado por un grupo de eucaliptos desmadrados, negros y tétricos como sepultureros.

Hacia allá dirigimos los pasos algunas tardes, siguiendo el faldeo del cerro. En una esquina, junto al arroyo vocinglero que va a regar la campiña, nos sentamos a meditar, a leer, a soñar, a vislumbrar el horizonte y los caminos por donde discurren los rebaños en las tardes hacia los campos verdinegros que se esconden entre los riscos.

Desde este sitio rumoroso, tapizado de grama, contemplamos la ciudad moderna de los muertos donde la vanidad de algunos vivos ha dejado su marca en algún efímero monumento de piedra.

Suele frecuentar estos sitios la Serginia, robusta y hermosa zagala que pastorea un breve rebaño conduciéndolo hacia el monte.

La divisamos internarse con ligereza por entre el breñal y reunir y regañar y acariciar sus ovejillas con su bronco acento muy distante del mellifluido que le suponen Garcilaso y Virgilio a sus hermanas, tan acarameladas y falsas como son las que han fingido en sus églogas los poetas clásicos.

Pero no es triste aquel paisaje, ni deja en el ánimo, a pesar de la vecindad, esa herrumbe malhadada de la melancolía; la lumbre del buen sol embellece las cosas, las siembras de un verde muy tierno de las habas, los potrerillos de alfalfa en flor donde azulean los cardos y refulgen las retamas, la mancha blanca del cerro del frente y las casas lejanas, cuyos techos grises asoman por entre los arbustos.

Unos pichunchos traviesos, los plebeyos chincoles del sur, con el plumaje más brillante y el ademán más pintoresco, jueguan y se persiuguen como galopines en recreo, sin importarles mi presencia; más lejos, en el bardal, los chihuancos grises de la familia de los zorzales, pero sus apariencias son de pobres diablos, pues son más pequeños y más voraces, charlotean alegrando a los grises eucaliptos.

Más cerca, en la orilla misma del arroyo, crece la “retaña” de color granate, florecilla de fragantes pétalos que se balancea con la brisa J exhala su olor, tenue como una oración al Señor.

Al abrir el Kempis oigo sus divinos acentos que me enseñan a servirme de las cosas exteriores para el aprovechamiento del alma:

“Si tu corazón fuere recto, dice, entonces sería cada criatura espejo de vida y libro de santa doctrina.

“No hay criatura tan pequeña y vil que no represente la Bondad de Dios”.

Veo entonces en esas minúsculas florecillas y en las aves y en las nubes que van bogando hacia el mar, espejo clarísimo que me dan a comprender por modo admirable, la infinita belleza y bondad y misericordia del Supremo Señor y me parece escuchar la vocecilla poderosa de esas criaturas que me impelen a amar al “Padre nuestro que está en los cielos” y a entregarme en brazos de su infinita Providencia, que me ha concedido esa hora para gozar plácidamente en ese rincón retirado.

En esta hora tan dulcemente candorosa, la muerte misma representada por los árboles que velan, parecería una cosa apetecible, un descender de la colina hacia el arroyito escondido y luego tenderse sobre la alfombra, espesa de yerbas y flores, y exhalar allí el espíritu, sin un gesto de rebeldía, para sumergirse en el regazo inmenso de Dios, y dejar que la carne se

disuelva y se haga polvo y dé la vida y el color a las flores y sirva de claro lecho al arroyo, mientras el alma, sin trabas ni cadenas vuela hacia la luz del Oriente.

Cuando se desgrana la postrera campanada de la oración y se recogen los campos bajo la umbría y todo el valle se ha llenado con los himnos de la creación al Autor: gritos de animales, resonar de esquilas, voces humanas que vibran en el aire quieto, volvemos a la querencia lentamente, conversando con algún pastor rezagado, sobre sus ovejitas, sobre sus pequeños asuntos, que, para él valen más que el mundo.

Se van encendiendo una a una las estrellas y nos acompañan hasta el hogar.

Sobre nuestra cabeza la Cruz del Sur traza un rectángulo radioso como un símbolo, protegiendo maquel pueblito escondido donde el signo redentor corona las chozas y casucas y está grabado a fuego en la propia carne del corazón.

Callamos entonces, embargados de conmoción interior por nuestra pequeñez y a la vez por nuestra grandeza, y el Padre Nuestro que nos pidieron las campanas, sale limpio y tembloroso del fondo del ser hacia el cielo ya totalmente tachonado de luceros...

“Flotan extraños rumores, en el seno de la noche callada”.

La Escuela

En este villorrio de la montaña he podido comprender mejor la importancia capital que tiene para la sociedad la instrucción del pueblo y la infinita diferencia que hay entre instrucción y educación.

La Escuela es aquí pequeñita, está en una coquetona casuca bajo la sombra de la montaña de la “Cruz del milagro” al lado del Oficial Civil, frente al Cementerio y a la Iglesia. Con estos datos, nadie se pierde.

Además es edificio de dos pisos, tal vez el mejor o al menos el de más ínfulas, perteneció al señor García, el imponderable Subdelegado que ejercía el mando hace diez años con cetro patriarcal.

Al acercarse, se siente el runruneo de los chicuelos que alborotan, como las abejas en su colmenar; mientras la maestra pone en orden el cotarro y deja oír su voz de tiple.

Es escuela mixta: hombres y mujeres se abrevan de la ciencia humana en aquel plantel rústico y aprenden los variados conocimientos del saber humano desde el Ojo del Silabario Matte, hasta la división de quebrados, que es como la Matemática pura, la Metafísica altísima de aquel centro científico.

La maestra tiene que armarse de paciencia suma, de paciencia máxima, para hacer entrar en vereda a aquel abigarrado cotarro en que lucen sus morenos semblantes los criollos y criollas de la sociedad belenita.

A veces, es menester que junto con la paciencia se arme también de una varilla para sofrenar a los más audaces. Y hay que decir, en honor de la verdad, que las chicas son más ágiles y avispadas que los varones; éstos hacen triste papel semi-amodorrados o envían sus mensajes, cuando la maestra se descuida, con los alados vehículos de que se han valido todos los chicuelos del mundo. La maestra ha de enseñarles los rudimentos de la higiene, que sus alumnos como bestiecillas selváticas, ignoran totalmente.

Se les pone en contacto íntimo con el agua que apenas conocen de vista, se les sumerge en la onda del arroyo para que hagan las paces y, por algún tiempo, se les lava la cara para que ellos lo hagan más tarde por su cuenta y riesgo, cuando adquieran pericia y hábito. Es de verlos como llegan, tiesos de mugre, quiscudos, mal olientes, y después de recias abluciones y fricciones violentas van apareciendo otros, tanto que es de temer que la mamita no los conozca cuando regresen de las aulas.

Al principio hay que pillarlos a lazo, acostumbrados como están a la libertad absoluta, a pastorear sus rebañitos en la montaña, a mataperrear sin yugos ni cadenas.

Es para ellos duro tormento tener que someterse a una ley, y, a veces, con la complicidad de los padres, los pillastres burlan la vigilancia pedagógica y recobran la libertad. Ha sido necesario amenaza de multas y la prédica incesante del capellán, acudiendo al convencimiento con lujo razones de sentido común, para que al fin el egoísmo de los padres consienta y coopere a la obra maestro.

En verdad, los padres a veces tienen razón; el año es malo, no han vendido sus productos o se han secado los campos o la cosecha de papas ha sido lastimosa, entonces es menester que el vástago contribuya con su labor para comer el pan y ya lo dice el axioma: “Primero es vivir que filosofar”.

Hay que echar mano del chico para pastorear las cabras y ovejas mientras el padre se va de madrugada a la montaña a hacer carbón.

Aun, en esos casos raros, es necesario sacrificar aun a la madre; que ella pastorea, acordándose de sus verdes mocedades, a trueque de que el vástago se eduque e instruya. Si no lo hacen ahora, la mollera se les endurece y la inteligencia, sin uso, se les enmohecerá y luego serán hombres que no están preparados para luchar por la vida.

La maestra tiene que ser un apóstol para realizar su labor a conciencia, visitando a los padres a sus propias chozas para hacerles palpar los beneficios de la instrucción, dando y cavando en las cerradas inteligencias, hasta que permitan que el chico vaya a la escuela a desasnarse.

Conseguida esta primera victoria, le queda la grande obra, monumental, ardua y oscura como pocas, desmalezar aquella tierra bravía y estéril, romper aquella costra de prejuicios ancestrales, servirse de la idea religiosa y de la idea moral, del asentimiento de nobleza y de la emulación para hacer de nuevo aquel ser, descubriendo con maña y paciencia la obra maestra del Supremo Artífice, el contorno apolíneo que el Creador grabó en aquella basta e informe masa de arcilla.

Por dicha, el Gobierno ha sabido escoger sus colaboradoras en esta acción de redención social; las maestras: doña Anita, Misia Elvirita, Misia Teresita, y otras venerables matronas, así tratadas por el cariño de sus discípulos, han mantenido sus escuelas en el lugar altísimo que les corresponde, y han hecho del capellán un cooperador de su labor, contraviniendo muchas veces alguna misteriosa orden emanada de alguien, que guarda como consigna de combate “guerra hacia el templo, hacia la idea religiosa, hacia el sentimiento religioso”.

En síntesis, reducir a su mínimo esa bellísima enseñanza del Catequismo, que es purísimo manantial de virtudes, de abnegación, de civilización.

El visitador actual de las escuelas de la Provincia, el experto pedagogo señor Riquelme, apasionado de su profesión y comprendiendo la importante tarea que le cabe, ha recorrido vigilante las escuelas, inspeccionado y revisando con cariño las deferencias para remediarlas.

Muchas tardes, antes que abran la puerta a la pajarera voy a conversar con los muchachos, después de presentarle mis respetos a la Maestra, que vigila complacida las travesuras y juegos de su pequeña chusma.

Las chicuelas mayores se pasean a la sombra del muro, las más pequeñas alborotan dando chillidos de alegría al corretearse como avecillas entre el ramaje.

Los granujas más grandes pretenden treparse a la tapia con intenciones no muy santas. Cuando me ven, me rodean y como buenos amigos conversamos y no faltan los caramelos o melcochas escondidas en los profundos bolsillos.

Ahora los chicuelos están limpios; peinadas las hirsutas greñas, en cuanto es posible, presentan un aspecto simpático. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

Llegaron hace poco, cerriles e indómitos, que huían de la gente y apenas articulaban palabras, ahora son personas y las pequeñas indias hasta se gastan su coquetería, echándose su manito de gato y dejándose caer la negra trenza por delante con una pizca de vanidad femenil.

Bendita colaboración del sacerdote y del maestro, de la escuela y del templo, que permite ir modelando con paciencia esas almitas vírgenes, al mismo tiempo que adquieren un barniz de cultura.

Hace cincuenta años, por los rastros que quedan, estos pueblos estaban totalmente abandonados; ni escuela ni maestro, las generaciones se

sevaltizaban y degradaban con pasmosa rapidez. Eran las fiestas, orgias ruidosas en que corría el maldito puzitunca en arroyos y en riachuelos, y los chicos iban bebiendo esos ejemplos de vicios y de corrupción, desde la misma cuna.

¿Qué importaba si en cambio se les predicaba en todos los tonos un odio virulento, enfermizo, hacia el pueblo vecino?

¡Oh maestra lejana que enseñáis como el divino Maestro en la pobre escuelita de la sierra, cómo he recordado la sublime plegaria de la Mistral al ver vuestra obra salvadora:

Dice la Maestra a su Señor: “Maestro, Tu que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra que Tú llevaste, sobre la Tierra.

“Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle ternura de todos los instantes”.

“Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia, que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando de mí cuando me hieren. No me duela la incompreensión ni me entristezca el olvido de los que enseñe”.

Sobre todo está última frase ha de repetirla a menudo la maestra serrana, la maestra olvidada entre los ásperos vericuetos de la sierra; **“Hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto”**. Si no se reviste su ser entero de esa coraza cristiana de la paciencia, si no ve delante de sus pasos figura del Maestro Divino, si no alienta en su corazón la lumbre ardiente de la fe; será una mísera asalariada, una esclava amarrada al banco con fuertes eslabones y nada más, nada más.

La mujer apóstol habrá desaparecido para siempre.

El Servicio Militar

A la edad propicia, veinte años, llama la Patria a sus hijos para que se apresten a servirla en las filas, haciéndose hombres bajo la disciplina del ejército.

Es este servicio militar el complemento de la educación cívica del individuo y, en estas regiones desamparadas, un complemento absolutamente necesario para acabar con la obra comenzada en las escuelas, robustecer el cuerpo y la voluntad.

El cuerpo, gibado por el constante manejo de la azada, se endereza, se infla el tórax estrecho, los músculos se aceran, y vibran los nervios al contacto del sopro nuevo.

El embotado cerebro, amodorrado por la monotonía de la pampa, siempre gris, se vuelve alerta y la visión se hace más amplia y luminosa;

el serrano criollo ha recibido un baño espiritual que lo ha despertado a una vida más generosa, ha conocido otro aspecto de la patria y el roce cotidiano con otros hombres más ágiles, de idiosincrasia diferente, les produce un efecto sorprendente.

Los he visto al partir, tímidos, acorralados; con pavor extraño en el fondo de las pupilas caminaban con sus hatillos al hombro como quien camina a la cárcel y luego los he contemplado en los cuarteles en sus uniformes de brin, erguidos serenos, limpios, conscientes de su personalidad.

Ahora en la pupila hay una chispa de inteligencia y los ademanes no son torpes ni desmañados como antaño.

Puedo citar nombres que no me dejarán mentir: allí esta Pedro Pérez que fue de mala gana, recelando de lo que le aguardaba en aquel mundo misterioso del sur, que solo conocía de nombre y volvió más patriota y orgulloso de su Chile, de sus jefes, de su bandera, cuya grandeza ni sonaba; y como él otros tantos: David Pacci Cocci que por su apellido un florentino del Renacimiento, y es más belenita que el cerrillo de Santa Bárbara, así volvieron los otros: César Santos, Alfredo Zegarra, Serjio Catacora, Arturo León, Rufino Pérez, Filiberto Portales –Muchos de éstos han aprendido a leer en el Regimiento, han escrito sus cartas originales a la mamita y la han hecho llorar de orgullo al ver esos caracteres de patas de gallo, que eran de puño y letra de sus bizarro guainas.

Allá se les ha enseñado a pensar, a discurrir a enhebrar frases con cierto sentido.

Tantos mantenían el cerebro guardado y sin uso como nuevo, otros tenían atrofiada y enferma la voluntad; al contado maravilloso ya chispea en la frente la idea y siente brotar del fondo una secreta fuerza espiritual de que no se creían capaces; ya quieren con eficacia y sienten y penan, en una palabra son hombres y hombres de provecho.

Cuando vuelven a los lares paternos, al rancho oscuro, tendrán iniciativa, se les ocurrirá que todo aquello que están viendo es susceptible de progreso; amarán eficazmente su terruño, esforzándose en sacarle verdadera utilidad a la pródiga madre tierra que, para ellos era estéril nodriza que apenas les suministraba lo indispensable.

El buen amigo Alfredo Zegarra, que en sus verdes mocedades discurría con la destreza de una mula, y que me acompañó como guía en una famosa excursión al valle de Lluta, ahora está transformado, gentil caballeroso; piensa sobriamente, tiene iniciativas y se ha puesto hasta buen mozo después de su brillante carrera militar.

Basta decir en su abono que ha formado un escuadrón de chicuelos del pueblo; los arma de garrotes y les enseña los rudimentos del cuartel, marchas, giros, formaciones, armas al hombro, etc. etc. y aun cuando es verdad que su bizoño regimiento, a veces causa risa, y que al marchar se suelen pisar los talones, también es cierto que aquello progresa y que el

gentil alférez Zegarra va comunicando sus conocimientos rápidamente, y pronto tendrá una aguerrida falange dispuesta a vencer o a morir en el momento del peligro.

Puedo pues decir a boca llena, poniendo por testigo a todos los habitantes de la montaña, aun de los pueblos más hundidos en las breñas, como ser Tignamar y Timar:

El servicio militar obligatorio es una escuela cívica y de civilización integral, insustituible; junto con la instrucción que la Escuela proporciona gratuitamente en todos los poblachos y caseríos, contribuye eficazmente a formar hombres útiles para la sociedad, que de otra manera habrían vegetado como parásitos, adheridos a la gleba, como aquellos tristes campesinos semi-salvajes que vio el filósofo francés.

Un día vi en el pueblo vecino de Tignamar la transformación total de un ser, por ese filtro mágico de la instrucción civil y militar de los cuarteles.

Cito el nombre para testificar y comprobar la verdad del hecho: Recaredo Andía era un indiecillo hirsuto que medraba apenas el sustento cultivando una parcela miserable de sus mayores.

Tenía el aspecto sumiso y encogido de los aymarás: envuelto en su poncho gris y con las greñas hasta los ojos, causaba penosa impresión. Fué al cuartel del O'Higgins, cuando la hora llegó, y al año la transformación estaba hecha. El Ejército devolvía a la sociedad otro hombre en lugar del guiñapo humano que había recibido. Recaredo era ahora un mozallón cobrizo, de ancho tórax, con hábitos de cultura, respetuoso, podía conversar de cualquier tema, sabía leer correctamente y con gallardía llevaba su traje de paño del campesino acomodado.

Cuando regresó, sus padres apenas le conocieron, y el señor Vicario Edwards y el capellán que esto escribe contemplaron asombrados la obra educadora del servicio militar chileno.

Un Velorio de la Sierra

Han venido a buscarme para asistir a un velorio: un chicuelo de una india murió esta tarde de una enfermedad rara; una sorda fiebrequilla que le fue agotando y estrujando como una maldita víbora roja, hasta ahogarle.

Llamaron al Tata para que le rezara sus preces, el Evangelio de San Juan, que desde hace siglos se pronuncia sobre los niños enfermos: todo fue inútil.

Ni las pócimas de medicinales yerbas, ni el gato muerto, aplicado a la espalda... el chico murió cuando se encendían las primeras estrellas; la india lanzó un grito, una especie de salvaje aullido que se escuchó en todo el valle y, estrujando aquel pedazo de sus entrañas contra su corazón, daba muestras de la hondura de su enorme e insondable pena. Y yo que

imaginaba que estos seres impasibles, graves y tristes, no sentían con tal intensidad.

Era al fin madre y todas las madres del mundo, en casos tales se re-tuercen en el paroxismo de su dolor.

Era velorio de importancia, pues los padres del angelito, antiguos vecinos del valle, tenían situación floreciente.

En una sala desmantela colocaron un andamiaje y sobre una mesa alta, el cuerpo del niño adornado con flores naturales, claveles y retamos, papeles y guirnaldas: allí recibiría el homenaje de sus parientes y de los íntimos.

A los pies de aquel improvisado catafalco ardían los carbones rojos, en un brasero de cobre, en donde el incienso se iba quemando y lentamente se desenvolvía humo azuloso y fragante, símbolo de las plegarias y votos de los amigos y de los padres.

En el fondo de la pieza, arropados en las sombras, se agitaba una masa informe eran los dolientes, los buenos amigos que se escurrían como duendes y en la posición predilecta, en cuclillas, rendían el homenaje de su devoción al muerto y de amistad a la familia; lúgubre y lastimero gemido brotaba indefinible de aquella masa humana.

Era un chorro intermitente en que la pena y la plegaria se condensaba en una salmodia de brujas, y uno que otro sollozos; pero allí también estaba la madre, volcada por el dolor, rígidos los brazos, los dedos se crispaban hacia lo alto donde estaba la apoteosis de su hijo, mientras que de los labios entreabiertos nacía un grito inarticulado como la cifra de un dolor indecible.

De vez en vez la puertecita se abría, dejando ver el cielo diáfano, sembrado de estrellas, y con la suave lumbre de arriba se colaba un hielo polar que nos estremecía hasta los tuétanos.

Entraba entonces algún visitante y, silenciosamente, iba a tomar un lugar entre los pensativos acompañantes.

Trajeron un brasero encendido y hubo en todos un placer animal, porque ya el frío laceraba las carnes y congelaba el aliento.

En esto, un viejo indio se puso en pie y, cojeando fue con un cántaro, repartiendo el licor de la ceremonia, un vinillo de la quebrada, espeso y dulzón que se iba deslizado como miel, garganta adentro.

Era el viejo momificado, con hispídeos bigotes y todo el semblante arcilloso y arrugado cual corteza del árbol. Los contertulios bebían ávidamente en el mismo vaso, mirando al angelito y decían por turno, después de limpiarse los labios, el saludo de ritual: ¡Que sea en buena hora!

Con aquel néctar negruzco, rebrillaban los ojos con fulgor extraño y se redoblaban los gemidos, y un sopor y una laxitud rara iban invadiendo a los dolientes y más de alguna vejezuela, dulcemente arrobada, se daba a roncar como sí se hallara en las mismas antesalas del paraíso.

¡Oh! era muy feliz allá arriba el angelito, iluminado con las luces amarillentas de los velones, entibiado por el rescoldo del pebetero y aromado con el incienso que chisporroteaba al consumirse y más de algún indiecillo, que asomaba su roja nariz por entre la bayeta materna, debió mirar con envidia al compañero glorificado que hasta sus pies caramelos y colaciones para endulzar la breve jornada.

Algunos, impacientes o ajenos al tumulto emotivo que dominaba a la concurrencia, hablaron en voz baja y un sordo cuchicheo, susurro del viento entre las cañas, llenó el ámbito.

Alguien trajo el charango y lo entregó a un forastero que en un rincón observaba y callaba envuelto en un amplio poncho de alpaca, color plumizo. El semblante impávido de aquel hombre, que no había visto otras veces, se animó, sus ojos deslavados, llamaron breves instantes y acariciaron el instrumento indígena con verdadera voluptuosidad.

Hubo largo silencio; calló la india y, como por arte de encantamiento, se apagaron todos los –rumores; solo algún chisporroteo acompañó los primeros sonos del tocador: **¡Chungun! chungún –chüingun– Chungun ¡chungun chüingun!**

El forastero aquel miró las estrellas, al techo, luego se ladeó hacia el túmulo y con voz quebrada y áspera que, a pesar de todo tenía un secreto encanto, una conmoción del alma, entonó sus endechas al angelito:

¡Ay! tan bonito el angelito
¡Si ya ja ya jay
Más bonito el arroyuelo
Que corre el monte
¡Si ya ja ya jay!

Era la tetra rústica e incoherente, con truncas frases y unos requiebros finales en el tono que habrían merecido un reflicha en otra ocasión, pero aquella vez, en aquel ambiente heterogéneo, que trascendía a lágrimas, iba aquella endecha trágica conmover hasta la última fibra de la entraña.

¡Que más se querían las mujeres para soltar el trapo a florar ruidosamente, y algunos, que se habían repetido el espeso licor de Codpa, le seguían con fervor llevando la nota alta. La pobre madre, desgarrada por su tormento, se sacudía estrujando los sollozos en su garganta.

¡Qué fuerza extraña tiene la música, que secreto poder lleva en sus ondas para alcanzar hasta los límites del espíritu y adueñarse totalmente del ser con dominio absoluto e incontrastable. Aquella melodía simple, arrancada del primitivo instrumento incaico, y por una mano poco diestra, fue suficiente para conmovernos y sojuzgarnos a todos los presentes; todos quedamos traspuestos, escuchando al cantor que, con su tono áspero, pero que brota de lo más íntimo, fue desarrollando su canción junto con los espirales de humo que se levantaban del pebetero.

Ya la india estaba más serena, ahora Lloraba blandamente, como si una mano piadosa hubiera tendido sobre ella para acariciar su desgarrada alma.

La fe religiosa hizo el resto; una de las doncellas que asistían, de a noble extirpe de los Alanoca, se arrodilló y rezó un Padrenuestro con fervorosa devoción, Padrenuestro que fue coreado por los asistentes.

En época lejana, nos cuentan, esa fe robusta de ahora estaba manchada y deslustrada con supersticiones de grueso calibre. Reinaban las brujas con sus ensalmos y ojeaduras y hacían su agosto amenazando y enredando a los pacíficos moradores de la sierra. Hoy no se conocen; las brujas son ellas, doncellas de alma pura, que socorren a los pobres y enseñan el catequismo, y en el hogar y fuera de él se mantienen modestas y hacendosas, dignas herederas de las virtudes maternas.

Seguramente quedarán aun supersticiones en el alma campesina, pero como flotantes girones de un sudario; ahora la fe crecía y se adentraba en los espíritus e iluminaba y consolaba con divina eficacia: allí estaban la mujer y el viejo momificado rezando con un ardor y una confianza que contagiaban hasta a los indiferentes, hasta a ese señor calvo y solemne que mostró reverencia a la fe de los demás con sus ademanes y con su silencio.

No faltó una nota cómica para terminar la ceremonia; ese mismo señor calvo y solemne con esas mondas calvicies que conmueven el ánimo, se quedó dormitando al calor del brasero, ya entibiada su sangre con las repetidas libaciones, la música lo tenía sin cuidado, aun le servía para arrullarle su sueño; qué le iba a llegar al espíritu, envuelto como estaba en la espesa capa de tejido adiposo. Algún son más fuerte del charango o algún grito menos armonioso del rapsoda lo estremecieron, y el cuitado, creyéndose en una reunión de otra naturaleza, y sin despertar del todo, rompió con bronco acento:

¡Cantemos las glorias del triunfo marcial
Que el pueblo chileno obtuvo en Yungay!

Hubo un desconcierto atroz; gritos de protesta, carcajadas mal contenidas. Los dolientes no salían de su asombro imaginándose hallárselas con un demente.

Salimos del rancho; en la bóveda de una diafanidad de cristal hay un milagroso florecimiento de estrellas, la Chascosa (la brilfadora) el astro de la noche tiene un fulgor, como jamás lo había visto, y sobre el negro cerco del Panteón rojea Marte con sangriento destello; sigue corriendo el glacial vientecillo, hecho de nieve y tal, que martiriza la carne y hace castañetear los dientes, más en aquella hora está saturado con las flores de la sierra.

Y pensamos con el poético pensar de los serranos que una estrella se ha desvanecido en la claridad del sol y se ha marchitado para siempre una flor de la montaña.

De Gramática

Los habitantes de estos villorrios de la sierra, por poca o nula cultura que tengan, pronuncian el castellano mucho mejor que nosotros los del sur, silabeaban las palabras, hacen sonar las dees y las eses finales, a veces colocan el “pues” con picaresca elegancia y se burlan de los que nos comemos letras y suprimimos vocales con esa despreocupación elegante de nuestra gente, desde el roto descamisado hasta el diputado con levita.

Como he visto sonreír a más de alguno de mis oyentes, me voy fijando más en mi pronunciación y la hallo desastrosa. Comienzo entonces una auto-educación para no atropellar con tanta desfachatez las reglas de la ortología. Sin embargo he de renunciar a ello, no resulta; uno se siente como con zapatos apretados o con cuello estrecho y con cierto afeminamiento que no sienta a nuestra dura modalidad. Y me quedo con la libertad de siempre para hablar como todos los de mi región, respetando por otra parte los fueros elementales del idioma.

En cambio de esa pronunciación sonante y vocalizada, los nativos la han emprendido contra la sintaxis, haciendo en ella verdaderos estragos y con perfecta inconsciencia.

Para empezar, el verbo saber está convertido en auxiliar del mismo valor que ser o estar; V. gr. Para decir: este señor se han llegado o curado, ellos dicen, arremilgadamente: “Había sabido marearse”.

Es el verbo **get o go** de los ingleses y que se usa para todo; “Este caballo ha sabido espantarse”; “aquella cacerola ha sabido estar rota y saliendo”, “mi pasito había sabido caer enfermo enteramente”.

Y es tal la majadería, que de tanto en tanto oírla después de pocos días, uno se contagia y sabe aburrirse, sabe dar una ronca, sabe dar de consejo, convirtiéndose en un sabihondo de tomo y lomo.

Son inclinados a los diminutivo los, empleando en su léxico una infinidad: cuando le preguntan a una india cuántos hijos tiene; responde con seguridad: “**Unito o tresito o ningunito**”.

Para las distancias disminuyen los adverbios para indicar cercanía: Vgr; **Allacito, aquicito, ahorita, mañanita**.

Luego demuestra su cariño o su timidez apechugando con el resto de los vocablos tiernos: mi tatita, la ñañita, la mamita.

Usan también palabras de pura cepa castellana y con mejor propiedad que entre nosotros, así el verbo halar ese significado de alzar o empujar.

Un chico acusa a su hermana que lo empuja y dice: “Mamita; Rigo me está jalando (aspirando la h del verbo).”

Hálame esta mesa.

He oído mucho los verbos, **malograr-amañar**, por adherirse o plegarse, **charar**, por pedir prestado aupar por levantar.

El aymará va disminuyendo en casi todos los poblados: en Belén habrá cincuenta personas aymaristas.

En total, en toda la región del departamento, incluyendo la Puna, es decir los pueblos de Choquelimpie, Guallatire, Parinacota, Caquena, Timanchaca se contarán unos ochocientos o más hombres que hablan solamente el aymará.

La palabra aymará quiere decir, según los más entendidos intérpretes; **“Idioma de lejanas naciones”** se ha producido la sincope de las siguientes palabras: ay de haya; **ma** de marca y a de **aru**.

Es considerado por los etnólogos, por los lingüistas y filólogos como uno de los idiomas mas antiguos y nobles de América, y tal vez del mundo; hasta le atribuyen la particularidad de haber sido el idioma sagrado de los Incas, con el que daban sus decretos reales y se comunicaban con los príncipes y letrados, dejando el quechua para el grosero vulgo.

Los Incas primitivos, aquellos misteriosos hijos del sol, cuya autoridad indiscutible como emanada del Astro, Soberano y dios, el Inti, habían adoptado para sus ordenanzas y decretos el riquísimo idioma, mientras que el pueblo esclavizado se batía en sus conversaciones y en sus lamentos con el quechua, adoraba en su quechua y hasta solía sublevarse en quechua, idioma plebeyo, pero de mayor suavidad fonética, que el idioma de la nobleza.

La caída de los soberanos incas y la disolución de la corte, derramó el idioma por todo el altiplano y con gran facilidad por la semejanza de construcción y por esa fama de nobleza real con algo de religioso que llevaba consigo, ya que no tenían la sombra del soberano, hijo del sol, presidiendo sus destinos, había que conformarse con el idioma.

Es considerado el aymará por el americanista Acosta, como el sánscrito en las lenguas primitivas, una especie de idioma perfecto, de donde han salido todos los demás y por esta razón ha imaginado muchos que el aymará, ya desarrollado en toda su potencialidad, se convirtió en una semejanza con el quechua.

Se funda el sabio americanista para segurar tesis de la riqueza y antigüedad de tal idioma en una serie de razones de las cuales tomamos solamente tres, las que consideramos más fuertes:

1ª- Según los estudios etnológicos e históricos del altiplano, aquella región donde floreció el pueblo más culto y más comercial, era ocupado por gente de la raza aymará que conservaba en sus momias y monumentos los caracteres raciales, tal como existen ahora en esa raza.

Los Huacos y monumentos son los más antiguos y llevan las inscripciones en idioma aymará.

2ª- Los nombres aplicados a las cosas de uso familiar y a los animales tienen sonidos guturales y cacofónicos que guardan íntima relación con la naturaleza del objeto o del animal nombrado, en una palabra, son más onomatopéyicos.

3ª- Los nombres que se han aplicado a las montañas a los ríos, a los volcanes, en general, casi todos los nombres geográficos son aymarás, conservándose tal cual fueron en su origen o con muy pequeñas corrup-telas, con la curiosa circunstancias de guardar relación estrecha, natural analogía con el lugar o con la montaña.

Y por último, aquella pre-histórica civilización de Tiawanacu, tal vez la más adelantada y la más memorable de todas las regiones de América, se halla en tierra aymarás, con inscripciones tumbales y figuras que recuerdan la raza y el idioma.

Contentémonos con saber que el misteriosa idioma, sobre cuyo origen y riqueza y extensión disputan acre e inútilmente los americanistas y etnólogos y lingüistas constituye la huella de uno prodigiosa civiliza-ción, cuya grandeza y profundidad no podemos ni vislumbrar, y esto en plena cierra.

Han quedado pues flotando en el altiplano, como girones de riquí-simo manto real, de púrpura, las voces de este idioma, áspero, gutural, y a la par de extraña ductilidad para expresar quién sabe qué delicados matices del espíritu, y, aunque no podemos medir la extensión de esa cultura y su profundidad, dejan sin embargo adivinar esas voces enorme civilización histórica. Aunque esa púrpura real es ahora un sudario, hace comprender demasiado que perteneció a un cuerpo gigantesco que lo llevó con gloria a través de un continente.

Pasó el pueblo aymarás, como han pasado el imperio asirio, el persa, el griego y el romano, y nos ha dejado, como la incógnita de un enigma indisoluble, el idioma; les queda a los intérpretes y a los que viven bus-cando en el pasado, la solución de esa incógnita.

Lo que podemos afirmar que es un idioma endiablado más difícil que el alemán, que el griego y el hebreo; es áspero y gutural, se raspa la garganta con esas haches, jotas, ges que están diseminadas con profusión, aun en las más dulces palabras.

Villamil sostiene que es el idioma más pródigo de expresión y de vocales, que convierte a todos los seres de la creación en seres con vida, y hace verbos a millares, de tal manera que el más infeliz indio tiene una abundancia de términos para expresar una idea, hasta con los más deli-cados matices de sentimiento. Es un consuelo poseer tanta riqueza de palabras ya que apenas tienen que comer y con qué vestirse.

Ahora que estamos en pobreza suma, sería ganancia para nosotros enseñar el aymarás a nuestros legisladores para que nos regalaran lo que nada les cuesta; palabras y palabras.

Una muestra de su dificultad es la enumeración: hasta, diez vamos regularmente, pero cuando hay decenas y centenas la cosa se complica.

Maya es uno, pusi es cuatro, tunca es diez; por tanto el cardinal cua-renta es pusi tunca como quien dice, cuatro y diez.

Este número es muy popular; los indios era tigres para el alcohol, y no les gustaban grados inferiores, se tiraban al cuarenta como mínimo; de aquí el **pusi-tunca**, es un número clásico y el aguardiente se transformó para ellos en un reconfortante **pusi-tunca** que los dejaba mejor que nuevos.

Para contar cantidades mayores es necesario tener una tranquilidad de espíritu grande, así él número ciento ochenta me ha costado sudores repetirlo. Hagan la prueba; **Pataquimsakallcotunkaini**.

Por otra parte, los indígenas son altivos cuando se trata de su idioma, y el que se aventura a raspase la garganta con las guturales lo ha de pronunciar lo mejor posible para que le entiendan, pues en esto las tienen tiesas con los ingleses.

Me enseñaron a preguntar la distancia que mediaba de un pueblo a otro. En mis viajes, al indio que me topaba le deserrajaba a boca de jarro la preguntita. Al principio me miraban y se sonreían o murmuraban: “**Haniwa unanchaña**” que más menos quiere decir: “No te entiendo ñato”.

Mi pregunta era: Acata marcaru caicau tupus iitji?

Que se analiza así: Acat - cuántas.

Marcáru – De aquí

Tupus – Leguas o topos

Útji – hay.

El error mío era no hacer zumbar las ka en caicau. Cuando la pillé, los indios ozosos respondían, pero era el caso de que la respuesta dejaba en ayunas.

Uno no se ha de confiar demasiado cuando le enseñan el léxico, que a lo mejor se lo pitorrean en forma indigna.

A un personaje nuestro le pasó un caso gracioso.

Le pidió a uno de sus compiches que le enseñara alguna frase de galantería para disparársela a las doncellas que, como sus hermanas las belenitas del Oriente, van a la entrada del pueblo a buscar agua con su cántaro al hombro.

El gentil mozo se colocó en posición estratégica y en romántica actitud, preparado de mampuesto para granjearse, con su donaire, la voluntad de las serranas.

Dicho y hecho; pero ¿cuál sería su asombro al ver la cara airada y los respingos que respondieron a la almibarada frase aymará que les soltaba el galanteador con la más escogida de sus sonrisas?

Dos veces le pasó, y cuando se lamentaba de su mala fortuna y del agrio carácter de sus interlocutoras, se le rieron en su cara, porque aquella frase, en la cual cifraba su triunfo, era nada menos que una burla grosera e hiriente.

Les decía sonriendo: “Amuki laparara, imilla” Que en buen aymará quiere decir: “Cállate, chiquilla piojosa”.

Y no mire con mucho orgullo y desvío el pulcro idioma castellano al colega de la altiplanicie, alegando lo limpio y esclarecido de sus blasones latinos.

He hallado sin esfuerzo muchas palabras de uso corriente entre nosotros, tomadas del léxico indígena. Así guagua viene de **huahua** y quiere decir, “**niño de pecho**” en aymará; **huacho**, de huérfano en aymará.

Charqui –es cecina o carne seca y salada. Paila –es fondo. **Carachi** –es grano o sarna. **Lapa** –es piojo.

En la región la palabra camanchaca admitida por la academia es tomada y formada con raíz aymará, de **casi–chamaca**.

Así y todo, se recomienda a los que se internan por la sierra con misión especial, a los sacerdotes, capellanes, a las autoridades, no se vayan ayunos del idioma, siquiera pronuncien las frases más usuales, tómense el trabajo de estudiar las raíces y verán, con mejor claridad, la sicología de la raza que no se entrega así no más a cualquier advenedizo que es desconfiada y recelosa por temperamento, y que abre de par en par las puertas de sus chozas y de sus almas al que les va a hablar en el lenguaje materno, aunque más no sea el gutural e intrincado idioma de los Incas.

Episodio Trágico

He vuelto a mi rincón, después de las nueve, porque nos detuvimos jovialmente con el mayordomo Cutipa, arreglando la gloriosa miseria de la sacristía y los zurcidos manteles del altar.

El cielo está limpio de nubes y radiante con la claridad estelar, y como es lógico, aumenta el hielo de la noche, ese hielo que hace destrozos en las chacras y que marchita y seca las habas y empuja bajo las mantas a los seres humanos.

En las dos callejas que llevan a mi mansión no hay un alma. Sin embargo, frente al despacho de Salomón una luz rojiza se filtra por las junturas de las puertas. Es seguro que el infatigable mercader cuenta sus escasas ganancias o riñe a su hijuelo, ese turquito, pierna de Judas, que hace estragos entre la parvada belenita.

De repente me hallo de manos a boca con mi buen amigo Humberto Bustos; es un criollo de rejo que, en ocasiones, a pesar de su mancadura, se las tiene tiesas con el más pintado. Ahora está alegrucho, pues viene de una visita de cumplimento. Me pregunta: –¿Qué le pasa, mi capellán?
–Estoy entumido.

Con sus dos brazos sin manos me estrecha y me dice con cariño: Yo lo abrigaré contra mi corazón.

El zunquito Bustos es un hombre de valer. Caritativo patriota y de gran corazón, siempre está dispuesto a acudir en auxilio de los que sufren,

por eso, aquella frase afectuosa no me causa admiración y sería capaz de entregarme su poncho para que no sintiera frío, y eso que su poncho es su lujo y su regalo.

He recordado el trágico episodio de su vida y que fue causa de su desgracia.

Se aprestaba el pueblo para celebrar la fiesta del Patrono, el venerable Apóstol Santiago.

Matronas y doncellas belenitas habían traído del campo ramas y flores para adornar las andas que lo iban a pasear en triunfo por las calles de la ciudad.

También los hombres contribuían con su trabajo, preparando las camaretas para el momento culminante. Humberto Bustos, entre todos, trabajaba también con ahinco.

Todo listo, llegó la hora de la procesión.

Una señora llamó a Humberto para que llevara los tiros de dinamita al sitio donde se revientan, un aislado peñón, a un tiro de piedra desde donde lanzan el estampido de saludo, pero Humberto puso mala cara, tenía otras cosas que hacer, estaba ocupado. Le insistieron y por fin aceptó.

Llevaba preparada la mecha, listo el fulminante, y ya en la altura, cuando la procesión se ponía en movimiento, estalló un formidable tiro y resonó al mismo tiempo un ¡ay! desgarrador. El fulminante había reventado, cuando aun le conservaba en una mano, y se le había adherido fuertemente, destrozándole totalmente las dos manos.

Sin sentido fue llevado a su casa.

Mientras tanto la procesión seguía su curso. Al regresar el cortejo, y al pasar frente a la mansión de Humberto, se vió un extraño espectáculo: el herido, vuelto en sí, atribuyendo su desgracia a un manifiesto castigo del santo, por su mala voluntad para servirle, salió a la calle y levantado en alto sus ensangrentados muñones, que chorreaban sangre, clavaba su mirada dolorida en la faz del santo, pidiéndole perdón a gritos.

A nadie le cupo la menor duda de que aquello era castigo del inexorable Patrono del pueblo que, como santo guerrero, manejaba a sus devotos con rigor.

El carácter de Humberto se dulcificó y se fortaleció con aquella aventura; su piedad fue creciendo y es ahora un varón de provecho, abnegado y compasivo, que refiere a quien quiera lo que él considera un castigo.

Día de Difuntos

El día de Todo los Santos hemos engalanado la capilla con todos sus lujos, sacando a relucir esos candelabros de latón y esas columnas de madera de las fiestas de primera clase.

Como en ocasiones semejantes, se han forrado con ramas verdes las dichosas columnas, y sobre la repisa de Nuestra Señora del Carmen, bellísima repisa de estilo churrigueresco, con fino laboreo, y con un encaje de madera roja y verde, sobre esa repisa, hemos colocado los claveles rojos y blancos del jardín de los Ajata.

El día ha amanecido triste; gasas de nieblas - flotan sobre el cerro de la Cruz y la sombra de los nubarrones de la Puna se ha extendido como fatídico agüero sobre el pueblo y sobre el valle.

Se prepara la región de la montaña para su tétrico invierno.

Desde temprano marchan escuadronas de nubes escuadrones de fieras grises que van a su madriguera.

Muy lejano, muy lejano, ha redoblado el trueno con su artillería de grueso calibre.

La naturaleza influye sobremanera en el ánimo de los nativos. Aunque hemos echado a volar los Alelukas de las campanas, invitando a la gloria de los bienaventurados, la nube de arriba y la proximidad de los difuntos, cuyo reinado se acerca, han helado la sonrisa en los labios.

Después de la misa mayor, han doblado las campanas anunciando al pueblo que las sumas de los difuntos toman posesión de su antiguo hogar.

El sonido de las campanas es largo y sollozante, dijérase un gemido prolongado por el viento serrano y repetido y balanceado por el eco de la montaña, velado ahora bajo los tules de la neblina que asciende.

¿Habéis oído esos versos tristes, que tanto evocan, del raro poeta norteamericano Edgardo Poe? En ellos habla de unas campanas de hierro y bronce de su país natal, que hacía surgir un mundo de espectros de esa región que se prolonga más allá de la tumba.

Dice: “Las campanas de hierro suenan tristes –con monótona y lenta melodía– y sus acentos funerales llenan –el alma de letal melancolía”.

“Todos piensan en lo breve de la cara vida humana –en el lóbrego misterio del incógnito mañana– escuchando como dobla, como gime, como llora la campana funeral, la campana aterradora que recuerda a la conciencia que el placer no es eternal”.

Los habitantes de esta sierra, cristianos a machamartillo, han sintetizado su creencia en el Purgatorio y en las ánimas que lo pueblan, en esas fiestas del día de difuntos, materializando en sus rudos ingenios a las almas y redoblando en esos días las oraciones y los sufragios por los seres queridos que ya no existen.

Un respetuoso temor los domina en estas horas.

Las dos callejas se ven desiertas: uno que otro peatón se aventura, calladamente, pegado a los muros, en tanto que las dueñas de casa con sus ayudantes preparan las viandas para los difuntos.

Creen a pie juntillas que a eso de la oración las almas que andaban vagando por los alrededores se acercan a sus mansiones y allí comen de

sus manjares predilectos. La Omnipotencia y la Misericordia del Señor les permiten, en este día que salgan de sus horridos calabozos y que vayan de juerga por el mundo de los vivos.

Por eso, en todo la octava, las dignas matronas y las delicadas doncellas agotan en el fogón sus artes culinarias: de allí salen aquellas frutas de sartén, exquisitas hojaldres y bizcochuelos, tortas, bollos y queques, y luego los platos fuertes que constituyen el ideal de los gastrónomos: aquellos picantes rojizos, esas espesas cazuelas doradas, o emparedados, los camarones al jugo, y hasta los advenedizos y latigudos tallerines.

En la sala principal de la casa se arma la mesa de la ceremonia. Adornada de flores y humeando las viandas, y en bello desorden las galletas y las masas y panes de dulce, todo es una invitación a la gula.

Llegan las visitas, con semblante apropiado a las circunstancias, y los de la casa los atienden con singular gentileza. Cuando han recordado al difunto lo o han conversado de cosas triviales, les ofrecen de lo que hay con profusión sobre los albos manteles bordados; y las visitas, doliente o no, como que no quiere la cosa, van engullendo suavemente aquello que agradó al difunto.

En esta solemne ocasión hacen una chicha de jora, (de maíz), de muy agradable sabor, chicha fresca y de un matiz turbio, tirando a rubio, que paladean con fruición los nativos, a pesar de que no tiene pizca de alcohol.

Es de buena educación en tales casos, que el visitante se ponga de pie y quede un momento abstraído, como en oración, y luego murmure una plegaria en honra del alma del difunto, y que se le responda: ¡Que sea en buena hora!

La gente maleante, los galopines y forasteros, hacen su agosto en estos días, pues llenan la tripa, en honor de las almas de los que ya no existen, y hacen la ronda, casa por casa, murmurando plegarias o haciéndose que rezan.

Después de largo crepúsculo, llega la noche, como enlutada soberana, en cuya negro capuz apenas luce alguna estrella. Las puertas de la iglesia están abiertas de par en par y así permanecerán toda la noche.

Severo catafalco se alza al medio, está ornado de símbolos y emblemas tumbales: calaveras y Canillas cruzadas, semblantes diabólicos aplastados por el vencedor de la muerte, dibujos primitivos, que tiene la ingenuidad de las pinturas y trazos de las catacumbas.

En torno del catafalco, las familias que quieren, eligen sus tumbas, pequeños túmulos llenos de siemprevivas y guirnaldas y cirios para velar al difunto o los difuntos del hogar. Antaño, ante el triste simulacro de la muerte, colocaban frutas y guisos, las que más apeteció aquel cuyo recuerdo está en la memoria de todos; pero esta costumbre, tan pagana, de tan crudo materialismo y, tan reñida con el ideal cristiano, es combatida discretamente por el Tata y se suprime de una plumada.

Todo el pueblo ha acudido: viejos y mozos, veteranas que apenas chancletean, y niños que dan primeros pasos rodean los túmulos con la misma idea piadosa: rendir un homenaje de amor y plegaria a los que ya no existen.

Bendito sentimiento de inmortalidad, que levanta el espíritu y consuela, que reúne a las almas en un solo impulso de fraternidad y estrechamente abraza a los vivos y a los muertos, a la viejecilla indígena que apenas alienta y al mozalbete, ardiente de salud.

Fulge la iglesita, iluminada con las luces agonizantes de las lamparillas y con el fulgor amarillento de millares y millares de cirios, se difunde por el ambiente, henchido de lágrimas, el sacro aroma del incienso.

Después rezar el Rosario, coreado por los fieles, con más devoción que de costumbre.

Esta escena tan emotiva, tan sencilla, de un sentido cristiano tan profundo, ha sido narrada en verso por un poeta italiano, Páscoli, y con tanto colorido como si hubiera asistido a esa reunión piadosa de los rústicos campesinos que en torno de un túmulo, el día de los muertos, rezan el Rosario recordándolos.

Pinta el poeta un cuadro de costumbres toscanas, cuando en la noche de los difuntos, el viejecillo y la abuela con los nietos, se reúnen para conversar con los seres queridos, que ya no están en la tierra, pero que han acudido aquella noche sin luna a recibir ese tributo de oraciones y de lágrimas.

La armonía intraducible del italiano, y ese deja melancólico que el dulce Páscoli sabe dar a sus composiciones campesinas, admirablemente lo adaptan para pintar el sencillo cuadro.

He aquí dos estrofas de esa composición, que no he resistido colocarlas aquí:

«E forse (io non odo non sento
che il fiume pasare, portare
quel mormure al mare d'un lento
vegliardo la trémula voce
che intuona il Rosario e che pare
che venga da sotto una croce,
da sotto un gran peso; da lunge -
Queí poveri vecchi bisbigli,
Sonora una romba raggiunge-
col trillo dei figli de' figli.
¡Oh morti. Pregaron anchiessi
la notte dei morti, per quelli
che tacciono sotto i cipressi.
Pasarono... Sopra la luna
che tacita sembra che chiami.

lo vedo passare un velo, una
breve ombra, ma bianca, di sciam.

(La notte dei morti)

El capellán les habla procurando poner en sus palabras la sencillez y la emoción evangélica. El tema de la plática es el de la fiesta: “Concédeles, Señor, el eterno descanso y brille sobre ellas la perpetua luz”.

Esas almas de los que han muerto en la paz de Jesucristo, van a terminar de purificarse para entrar al Reino que Dios les tiene reservado, a un lugar de expiación, al Purgatorio.

Esas almas no tienen necesidad de alimento, no están sujetas a las miserias de los humanos, viven otra vida más pura y más alta, solo desean oraciones y sufragios. Por eso, en estos días santos, no es extraño que ellas se acerquen a nosotros y nos pidan, con clamores, un recuerdo. Ese es también nuestro destino final, no el destino de las bestias nos rodean y nos sirven, del borrico que lleva nuestra carga, del caballo que nos conduce a través del desierto.

Terminada la jornada de nuestra existencia terrena, deshecho nuestro cuerpo y convertido en un puñado de polvo, volará el alma después de purificada hacia el seno del Señor.

La claridad y la belleza del Dogma cristiano es para ellos otro horizonte nuevo que se les presenta, en la noche espesa de supersticiones en que viven sumergidos. Pero es necesario dar y cavar mucha y con paciencia para dejar brecha en esa tupida maraña de creencias y errores, que han venido forjándose desde tiempo inmemorial, ayudado tal vez con la complicidad de buena fe del que los debía guiar.

A eso de la once vamos en peregrinación al lejano Cementerio, con hachones y linternas.

Lentamente subimos, faldeando el cerro, por un senderillo al lado de la acequia que riega las siembras. Más adelante, luces rojas horadan las tinieblas, señalando el camino.

Casi todas las tumbas están iluminadas y los deudos, sombras en medio de las sombras, van rezando con ejemplar piedad, junto a los huesos de sus parientes y amigos.

El capellán cumple su ministerio; y por una larga hora dice los Responsos por aquellos que duermen en el solitario rincón, bajo la sombra de la cruz, y ya pasada la media noche, vuelve a la capilla del pueblo, platicando plácidamente de altos temas religiosos, acompañado con el grupo de fieles, sobre cogidos de emoción.

Sobre la masa negra de lomas y cerros que ondulan hacia el poniente, Sirio ha surgido, rompiendo las nubes con su fulgor de diamante y aquella luz que llega de lo alto es un mensaje de amor y de esperanza.

Toda la noche velan los deudos, que han levantado las tumbas en la iglesia, y rezan rosarios interminables, por todo lo que no han rezado en el año.

Al día siguiente amanecen, mustios los semblantes; las bandas de morenos, desde temprano, entonan con sus instrumentos los aires más lúgubres y dolientes de su repertorio.

Después de las misas de rúbrica, nueva peregrinación al Cementerio.

Vamos primero al del pueblo, ya henchido de habitantes. Aquí descansan los antepasados del pueblo, los fundadores de las familias, los viejos párrocos, algunos de los cuales están enterrados en la fosa común.

Se renuevan entonces los Responsos para todos, yendo de tumba en tumba con el agua bendita y el hisopo, elevando las plegarias oficiales de la Iglesia por eso cristiano que hace luengos años no han recibido sufragio alguno.

Han pasado tres horas, ya ni el sacristán ni el Tata dan más, y la gente incansable e importuna pide nuevos Responsos para el tatarabuelo, abuelo, padre, madre, compadre, etc., etc.

En la tarde envían los obsequios tradicionales, los biscochos y las tortas y panecillos como un dulce recuerdo de las almas ausentes.

A esa misma hora hay un Ágape fraternal en la plaza ante la iglesia.

Presiden las autoridades, rodeando al Pastor. Cada familia prepara algún guiso, por piadosa obligación, así es que aquello se convierte en un banquete interminable, en que el imponderable picante hace llorar con más o menos enternecimiento a los comensales noveles. Y si fuera un solo guiso... los picantes se suceden, en fastuoso desfile, y hay que probarlos, porque las familias que han armado su cocina muy cerca, espían con ojos inquisitoriales y se sentirían heridas en su dignidad si alguien les despreciara lo que han preparado, agotando sus conocimientos culinarios.

Algunos de los comensales se comportan a la altura del banquete: concienzudamente van sirviéndose de todas las viandas; serios y dignos como si el cejar en el combate les comprometiera la honrilla.

Por suerte, se ayudan con pan los y en los intervalos, los invitantes recorren las mesas con enorme jarras de chicha de jora, y esto les da aliento para continuar la jornada.

Entretanto, muchos dolientes rondan la plaza solicitando plegarias por sus muertos y obsequiando a los amigos con galletas y bizcochuelo que han fabricado con sus manos pecadoras.

Ha terminado el Día de difuntos; la Compañía de morenos se despide, casa por casa del vecindario, tocando sus zamponas y flautas y danzando en vertiginosa danza; ésta es la Cacharpayita, o el adiós hasta el año siguiente.

Por último, hay que despedir a los difuntos que han visitado, como huéspedes de honor, el pueblo, y a eso de la media noche, en bulliciosa comparsa van hasta las afueras y allí, después de largos cantos y parabienes

mutuos, derraman el vino y la chicha que ha quedado y que sería un sacrílego robo destinarlos para otros usos profanos.

Desde mi lecho oigo el lejano vocerío de la Cacharpaya y pienso en la bondad de este pueblo que en sus alegrías y en sus duelos, recuerda a sus muertos y continúa la tradición de sus antepasados con una perseverancia ejemplar.

Bien ha dicho uno de nuestros pensadores: “un pueblo sin tradiciones, sin fuertes raíces en lo pasado, es un pueblo muerto”.

Queda ahora a la autoridad, al sacerdote, al maestro levantar esas tradiciones poniendo en ellas alguna espiritualidad, algún ideal cristiano y desbrozar lo impuro y grosero y pagano y que se ha ido mezclando y ha ido creciendo paulatinamente.

El Pachayampe

¡Vaya usted a averiguar el significado etimológico de la palabra ésa, aymará de pura cepa!

Lo pregunté a mis técnicos consultores y ni lo sabía el patriarca On Tiburcio, ni la Petronila que habla un aymará clásico! Sólo estaban de acuerdo en que era aquello una fiesta y de las más sonadas del valle.

Su objeto es ayudar al mayordomo de la iglesia en las siembras que hace en el terreno que la comunidad le da, para que haga los gastos del culto.

Por tanto, es fiesta religiosa social, con música y cantos a lo divino y a lo humano, danzas y licores al por mayor.

Los dos mayordomos se unen para hacer los gastos, porque la cosa cuesta caro. Ahora están de turno el imponderable Sebastián Cutipa y Silvano Mamani con sus respectivas caras mitades.

El terreno elegido es una parcela, que dicen, muy rica, en el sitio llamado **El Romeral**, distante sus quince cuadras del pueblo.

En la víspera se trasladan los mayordomos a regar la tierra para alistarla para el gran día.

Por la mañana sale entre retumbos de camaretas y cohetes, la alegre comparsa de mozañones y garridos donceles en sus borricos enflorados, llevando en árquenas y aneadles la semilla de papas o habas que van a sembrar.

Van ellos también, como sus grises y pacientes rucios, con flores en los sombreros o con festivos trajes de Carnaval; es un desfile pintoresco celebrado con gran vocería y carcajadas por los pobladores, mientras recorren todas las calles en ese dulce trotecito asnal hasta desembocar al campo, ya dorado por ese otoño **sui generis** de la sierra.

Esa tenue melancolía de la estación de las siembras, comunicada más que todo por los espesos nubarrones que se ciernen sobre la Puna, está

aquí temperada por el regocijo de la fiesta próxima. Todos los belenitas están trajeados con sus atavíos de lujo y las matronas y doncellas llevan a cuestas sus lliglias multicolores.

Después de almuerzo se encaminan todos hacia el sitio de la fiesta; las mujeres llevan en pequeñas andas al Niño Dios en una urna de cristal: Va envuelto con un poncho de vicuña y con chalina gris, para que el aire helado no le hiera sus delicados miembros, y así El proteja de las escarchas y hielos del invierno a la siembra, que en su nombre se va a realizar.

La gente de pro va a caballo. Veo a don Marcelino y su reposada mujer doña Fernanda, la ilustre prosapia de los Catacora, Arturo Astigueta va en su potrillo negro, que agita como penacho su cola nerviosa y, como en las solemnes procesiones de las metrópolis, al final, medio guerrero y medio cucalón gris y blusa kaki, la cruz violeta grande para condecoración, siempre de magnifico efecto, va pausadamente el capellán a presidir aquella ceremonia semi-pagana con su presencia y sus bendiciones.

Dos carabineros sostienen con bizarría los bríos de sus corceles con el riendaje de parada; son ellos del cortejo real, como la escolta principesca que da a la comitiva un aire de grandeza. Acompañan a la autoridad y al subdelegado, don Graciano Bernaldes Riesco que va cabalgando un indómito potrón de pura cepa andaluza.

Hemos llegado por fin al faldeo abrupto donde se divisa los primeros labradores.

Hay que dejar los caballos y descender con agilidad por un rodado de pedrezuelas sueltas que se deslizan junto con el excursionista. Los jóvenes turcos también asisten con devoción, no fingida, acompañándolos el magistrado de luciente calva y otros personajes de igual prosopopeya.

Ha comenzado la faena; el galán labrador, en mangas de camisa, elige una guayna o huaña, de compañera, que le lleva en un saquillo o atado las semillas que él va a arrojar al surco ya abierto.

Están las damas coronadas de flores, así como los varones, y todas ellas, bajo la mirada materna, esperando al que las va a alegir de compañera.

Él se acerca, ella acepta sonriente y le coloca el obsequio, algún lazo de seda, algún ramillete oloroso o un billeteito azul o joya de similor o el modesto papel con que la puede adquirir.

Diez a quince parejas van recorriendo los surcos con gran algazara, sudando y riendo el varón al ahondar el surco, y ella, con melindres, echando la semilla, Todo esto bajo la mirada vigilante del Mayordomo, que es dueño de casa, y de sus esposas que vigilan el lunch y el vino para cuando la fiesta termine.

La siembra ha durado unas dos horas; la morena tierra ha cubierto de nuevo el surco y las parejas coronadas de nuevo con flores frescas, fragantes Flores campesinas, cogidas allí mismo, conversan y se aprestan para la danza del ceremonial.

Las guitarras, manejadas por los maestros Choque y Zegarra, el bajo con carraspera y el tenor abaritonado, dan los primeros compases.

El sol está resbalando hacia el mar y ha manchado de carmín y de oro viejo los cerros vecinos, la ladera de Palomane, que es el obligado albergue de las tórtolas cordilleranas, a esa hora del atardecer; y el Músico, la poética florecilla estrellada, da un perfume tenue que el viento pródigamente esparce. Descendemos hacia el fondo del barranco, echándonos hacia atrás para no rodar. Me ha hablado Alanoca de un Cementerio indígena, que en un hueco del roquedal del frente, se mantiene intacto.

Si no me lo asegura un entendido, no lo creería: hay una pirca breve de piedra roqueña, piedra azulina que llaman, ala de mosca, y ése es el signo.

¿Con qué objeto buscaban esos endiablados vericuetos para descansar después de la muerte, esos nuestros originales aborígenes?

¿Cómo podían llevar hasta esas cumbres tajadas, hasta donde ni las cabras llegan impunemente, los restos mortales, momificados en vida, de sus antepasados? ¿Habría alguna creencia supersticiosa, alguna tradición incaica?

Ignoramus-Ignorabimus.

Lo cierto es que divisamos, con ojos escrutadores aquel sitio sagrado, y ni se nos ocurre siquiera inmortalizarnos como aquel Lord Carnavon que descubrió, con el sacrificio de su vida, la tumba del Faraón Tu-tank-Hamon.

Volvemos atrás y hallamos la fiesta que se arde. Se ha formado una ronda y los mozos y mozas, graves varones y solemnes y robustas matronas, tomados de la mano, como colegiales, van danzando en torno de los músicos cantores y saltando con extraña agilidad.

La danza es lenta y ceremoniosa y armoniza maravilla con el canto, alargado en las notas finales con tremendos calderones.

Gira a veces hacia la derecha, a veces a la izquierda, acompasadamente.

Cantan:

«Pachayampe
¡Ouilaquí Yampe!
Quimsa Rosas
Tay Pillampe

La traducción del Coro es así:

Cantemos con alegría
Cantemos con frenesí
Con tres rosas en la mano

Luego sigue la letra indígena:

«Si tu huay
Sara quitu versull
Versull ñaipftio ukama.

Cuando cesa el coro, los cantores, a todo reventar, con los tendones del cuello que estallan, dicen su estrofa y por suerte en claro castellano:

«Ahora sí que cantaremos
Ahora si que bailaremos.
Y zapateando duro el suelo
La razón arrancaremos.

Arriba corazón mío
¿Para cuándo es el valor?
A más en tierras lejanas
Disimular el dolor.

Y luego el barítono ateneriado, con relamido teno lanza su declaración fragante de albahaca:

¡Paloma desmemoriada!
Recorre tu pensamiento
Yo soy el que te adoraba,
Que te adoraba en un tiempo.

Qué bonita corre el agua
Por bajo de los almendros
Así corriera mi amor
Si no hubiera malas lenguas.

El último verso estropeado nos recuerda aquella clásica estrofa:

«Arriba de aquel cerro,
Había dos toros peleando
Uno era colorado,
El otro se las echó pa bajo como un diablo

Mas, después de unas cuantas vueltas el ritmo de la música se apura, los cantores esfuerzan su voz, y los danzantes van siguiendo el compás acelerado hasta convertirse aquello en una danza vertiginosa, enloquecida, en que varones y mujeres brincan y giran rondando hasta marear.

Tras de un rato largo se han detenido, agobiados y sudorosos, los musicantes y bailarores y se les reparte la chicha de jora espumante o el turbio vinillo de Pintatane.

Al reanudarse la ronda, toman parte en ella los restantes de los mirones y con la autoridad y hasta con los guerreros impasibles, que contemplan rosca, hay que dar una vuelta ¿no bailó acaso u danza sagrada el rey David? Y ésta es la ronda tradicional, infantil y serrana.

En un intervalo los peregrinos se sirven manjares que les obsequia el mayordomo, carne fría, tostada, churrasco y el indispensable picante que, a pesar de todo, nos conmueve y quemándonos el gajate y el paladar, arrasa nuestros ojos.

Sin saber cómo ni cuándo, de improviso, ha venido la noche como el tenebroso ladrón bíblico, pero los niños no cejan, el picante vientecillo de la altura y la alegría comunicativa, que estaba embotijada en las cántaras, los empuja a continuar la zarabanda, aleonados por los infatigables cantores de garganta de latón.

Ya sumergidos en las sombras, se verifica la despedida. La ronda se pone en movimiento y estrecha a cada uno de los personajes asistentes, y quieras que no, han de beber unos sorbos de un aguardiente de altos grados.

Y la dulce e imperativa violencia nos obliga a probar del contenido, y de un solo envión, mientras que la ronda gira y canta y las voces chillonas de las danzantes gritan: ¡Picha Picha!

La farándula recorre en danza loca todo el recinto de la ceremonia y los alrededores, atrapando a los incautos que, sea cual fuere, ha de tomar jovialmente la broma, so pena de pasar un mal rato y atraerse sobre su frente el rayo de la pública indignación. Es el caso de decir con el poeta filósofo: “Nadie puede librarse de este trago, que sea rey que sea Papa”.

Terminadas las provisiones sólidas y líquidas, se organiza el regreso; las madres llaman a sus hijas a grito herido, porque aquella hora es propicia para las aventuras de ultratumba y los diablos azules que se encerraban en los cueros, andan sueltos por la montaña.

Antes que las sombras nos traguen, galopamos hacia la querencia. Por suerte, mi pesado bridón de arrastre se sonríe del peligro y se lanza, con pasmosa seguridad, aun en los pasos difíciles, en negros desfiladeros enmarañados de ramazón. Las hojas filosas arañan el rostro y hieren el olfato el aroma espeso de la sierra, el olor del surco abierto y esos aromas delicados de las yerbecitas que, a esa hora exhalan su perfume, tan suave como el de un pomo oriental.

Muchos romeros nos han precedido y hay que gritarles para que se aparten del camino, no sea que por su torpeza o la nuestra nos vayamos a acriminar.

A Dios gracias, el poderío de la “**Aruma**” la noche fosca, está temperado con el suave claror cristalino de los astros y con ese bendito fulgor de la Chascosa que, como siempre, ya es está de turno sobre la bravía cumbre hollinada del Ancoaque.

Las lucecillas rojas del pueblo nos hacen señas entre los arbustos y los centinelas del cementerio, los negros eucaliptos, se inclinan a nuestro paso dándonos la bienvenida.

Dichosa fiesta la que hemos presenciado; maridaje extraño de un diluido paganismo de danzas y flores, músicas embriagadoras y licores no embriagadores; imágenes con cirios encendidos plegarias fervientes, ¿quién podrá comprender lo que piensan los peregrinos y los danzantes, la parte sagrada y noble de aquella ceremonia y el fermento humano con superstición y fetiquismo?

Al platicar seriamente con el mayordomo, que ha costeado las viandas y ha corrido con los gastos, me ha dejado con un palmo al asegurarme que aquella siembra ni siquiera le dará para lo elemental; pero él está orgulloso del buen éxito, el Niño Dios ha recibido un culto digno y los romeros y la comparsa han pasado en compañía placentera bajo la bonachona sonrisa de la Andrea y los acordes melancólicos del sin par Choque.

Y la fiesta trae cola. Al siguiente día las huañas han de obsequiar a sus galanes para demostrarles que ellas también son de valer y en el santo conjunto regiamente harían el papel de dueñas de casa. Al mediar el día han de mandar algún postre fabricado de su mano o guiso o fruta de sartén con firuletes y guirnaldas y cuando suenan las doce y el astro toca al cénit y la compañera no se ha dado por aludida, el galán muestra ironía enviando un propio con una bandeja y en un nido de flores un sapo o una lagartija.

Por eso vimos con pena que la iglesia en la mañana del otro día se hallaba desierta y desiertas las callejas, mientras que humeaban los hogares y lanzaban calientes bocanadas los hornos.

Todas las damas belenitas, así la garrida Serginia como la frondosa misia Petronila, se afanaban y ceñían y amasaban y batían y soplaban y embetunaban para no merecer la sanción del sapo o de la lagartija enflorada, remate y sello de la famosa fiesta Pachayampe.

El Invierno

Mientras que las regiones de la costa se caldean con el sol ardiente de la canícula, ha caído el invierno sobre la sierra.

Un toldo ceniciento cubre de nubes el cielo, y hacia el oriente, el horizonte está negro y pasa a intervalos sobre las nubes el estrépito de hierro del trueno, junto con el lívido resplandor del relámpago.

La tristeza del invierno, con su formidable cortejo amilana al forastero, que solo busca para su solaz el brasero y el abrigo, mientras el criolla sonríe, porque el invierno para él representa su alimento, la fertilidad de sus campos, la cosecha de abril.

Casi siempre por la mañana luce el sol, y está el cielo tan limpio y tan azul, que uno olvida la estación en que se halla.

Sobre los campos, henchidos de verdura, y sobre las siembras, papales y maíces y habales, corre una brisilla primaveral que entona el ánimo,

y los chates, con el pechuelo rojo, los culisculis salen de su aislamiento y chillan y picotean con la alegría de pilluelos que han recobrado la libertad. Mujeres y hombres recobran también el libre albedrío y van cantando por las laderas, enderezando los entuertos que la lluvia de la noche ha causado, recogiendo los animales, vigilando las faenas de aquella estación.

A medio día, el panorama cambia rápidamente, como si de súbito levantaran el telón y el paisaje primaveral, con alegre decoración, azul verde y gualda, se esfumara por arte de tramoya, y quedara todo gris ceniza, las alturas encapuchadas de nubes, un cierzo picante, corriendo y circulando con insolencia y mustia la gente, mirando avanzar los últimos pelotones de nubes que se aprestan para la escena invernal.

Luego llueve. La lluvia, primero sumisa apenas va rayando el aire oblicuamente, como diciendo, con permiso, más luego, desatada y a raudales, con audacia de catarata, está escurriéndose por las acequias y las goteras de las casas, entonando su canción, monótona, llena de melancolía.

La quebrada poco a poco se convierte en torrentera, se encharcan las cuatro callejas del pueblo, haciéndose intransitables; uno que otro audaz se aventura a desafiar el agua y, chapaleando por el lodo negruzco, y emponchado en su Castilla, va a las compras donde soñoliento espera Salomón o su cónyuge.

El invierno sin embargo tiene la ventaja de hacer amable el hogar. Como no falta el carbón barato, a seis pesos la carga, el brasero está henchido y chispeante como joyel de rubíes y, en torno, la familia, la madre que teje o cose para su desarrapada plebe, la vieja abuela que dormita con el huso delante, cabeceando junto con el gato roncador, y la hija, que trajina preparando el agua del tacho o quemando azúcar o romero.

Verificase una vez más y lo que canta la canción inglesa del Año Nuevo: **“Sweet is te smile home”** Es dulce la sonrisa del hogar.

Pensamos entonces en la belleza sobrehumana del hogar cristiano, esa estrecha comunión de las almas, que se unen con el vínculo de la misma y del mismo amor, la alegría y la paz que brotan de los seres, amparados a la sombra del Cristo, padres que sonrían contemplando a los hijos felices, y los hijos, bulliciosos e inocentes, que juegan bajo la mirada cariñosa que vale para ellos más que todo el mundo.

Y pienso en la ruina que caería sobre ese hogar cuando el Paganismo insolente se enseñoree sobre las leyes y haga triunfar la diabólica invención del Divorcio.

El hombre, hecho el amo, y buscando en la mujer solamente objeto para su lujuria. La mujer, entristecida, esclavizada, siempre bajo la amenaza del repudio, como la sierva antigua, y los hijos, huérfanos, tristes, barridos por la tormenta que azota el hogar, viendo que sus padres desfilan a su vista aguijoneados por la fiebre del placer, y el Cristo, el dulce Cristo

que preside soberano y cautivo, arrojado como intruso mendigo por esas manos sucias y ganchudas que le aullan con rabia: “Fuera, Fuera”.

Cómo revoletea por nuestra memoria al considerar la felicidad de los hogares cristianos, la estrofa del poeta del norte, Longfellow:

“De los tejados de la aldea suben columnas de humo azulado que, como nubes de incienso, se levantan de cien corazones satisfechos en la paz del hogar”.

Considero entonces que el poeta aquel, cuya dulce fisonomía siempre evoco, tuvo presente, al escribir este canto, algunas familias de este pueblo, cuyo tesoro principal no está en los graneros ni en las despensas, sino dentro del corazón y consiste primero en la fe religiosa y en la ternura y el amor que los une.

En mi desmantelado rincón suelo aislarme del mundo y a solas con la imagen del Señor de la Columna que me acompaña, hago excursiones provechosas hacia dentro de mi espíritu, que, muchas veces, cuando zumba la lluvia y lloran los tejados y va gimiendo el viento, está lleno de sol, aunque más no sea el sol melancólico del invierno.

Es bella imagen la del Señor de la Columna través de la pátina verdosa con que el tiempo ha manchado la tela, se divisa el cuerpo flagelado del Maestro, con sus miembros lívidos, también sangrientos, lívidos los brazos por la atadura de los cordeles, y el apolíneo torso de Aquel que fue el más hermoso de los hijos de los hombres. Sin embargo, el semblante luce una serenidad, una calma divina, es luz interior, tamizada por el dolor tal, que subyuga a quien le mire.

El artista que ha trasladado al lienzo esa imagen supraterránea del Cristo sufriente, del Cristo Dios que irradia consuelo a través de su carne lacerada, ha sido sin duda un cristiano que amaba, algún español que sintió en aquel destierro la fuerza redentora que brotaba del Maestro en la noche de la flagelación, y así como Velásquez, el vidente, “lo amaba, lo amaba”.

Hallé ese lienzo entre un montón de escombros bajo los informes restos de una antigua sacristía; lo llevé al campo y con cariño hice que la corriente del arroyo lo bañara, y se obró el prodigio; la imagen del Señor surgió vacilante de aquella vieja descascarada pintura.

Pachama

Una de estas tardes hube de ir al vecino caserío de Pachama y aproveché que no llovía.

Una neblina húmeda se amontonaba en la ramazón de los árboles y coronaba las cimas violetas del lomaje. En tanto, sobre la Puna rugía un temporal deshecho.

Me acompaña un experto guía, emponchado y con reluciente capa de agua por lo que “**potest cotingere**”.

Los vibrantes colores de la primavera se hallan ahora apagados y marchitos con la neblina cenicienta, los arbustos gotean de sus desnudas ramazones, llorando de nostalgia y se esconde el camino.

Hemos llegado a un paraje de austera belleza: un montón de peñascos, cubiertos de musgo y con manojos artísticos de cortadera o cola de zorro. De la entraña brota un claro manantial que, en el silencio, eleva su canción de oro. Es una nota de alegría en aquel cementerio que aplasta el alma. Sobre el bello promontorio, aislado como un ara, se yergue la Cruz de los caminos, la Cruz que ampara al caminante con su gesto de bendición ya cuando sale, tembloroso de esperanzas y con la angustia del adiós que le agobia, ya cuando torna al hogar, transido de fatiga con las ansias de abrazar pronto a los seres queridos.

Casi al frente están las deformes cumbres tajadas de Ancoaque –Gente Blanca– mole imponente, sombría, a esa hora, como peñón infernal. Por su ladera sube el camino de Tablatablena que lleva hacia el Poniente.

A trechos galopamos, no sin recelo; poco cuesta para que los pingos tropiecen y nos rompan la crisma en aquel terreno accidentado.

Al cruzar una vertiente, que viene de las a cimas, veo que el compañero tuerce la cara y sumerge la cabeza bajo el amplio cuello del poncho, pasamos por los peñones negros donde, otrora búhos dominaban. Con poco esfuerzo imaginativo vemos, convertidos en piedra, por virtud de algún maleficio de Satán, a esas aves agoreras que en la noche tempestuosa lúgubrementemente ululan hacia camino a compás del viento: pocos son los que se aventuran por esos parajes, campos de brujería, según la imaginación popular.

Haciendo de tripas corazón, bajamos la quebrada sin mirar atrás.

Ahora va el camino a media falda, camino estrecho de tierra suelta que veces se desmorona con el casco del caballo. Muy en lo hondo, corre un arroyo Entre guijas y rocas filudas... ¡pobre de que cayera!, no quedarían intactos y huesos.

Con pavor recuerdo una escapada providencial en que aquél paraje. Íbamos a dejar a cierto señor de campanillas que había visitado el pueblo y yo piloteaba el bote, muy orondo, caballo en el Chinchorro, un barroso enorme, apercheronado, bueno para arrastrar cureñas en el plano y no para hacer equilibrios mulares.

Nos entendíamos en una charla interesante, cuando quedé helado de espanto el solemne Chinchorro resbalaba, arrancándome de la silla –un grito y no supe cómo y cuándo me hallaba en el arzón con de la silla. Un trozo de senderos había desmoronado, y en tal forma, que el resto de la comitiva hubo de apearse para avanzar por aquel malpaso.

El villorrio de Pachama es de escasos habitantes, y pasa la mayor parte del año en despoblado. El caserío, desmilitarizado, solo tiene enhiesta la torrecilla y la capilla parroquial.

Chozas sórdidas y una que otra casucha de adobes se divisan, al cruzar en medio de unas pocas enormes que sirven de vanguardia al poblacho, en otro tiempo floreciente.

Al divisarme repican los granujas sacristanes y van acudiendo los habitantes de todas las hondonadas y de las rucas para tratar puntos de importancia.

Quieren, a toda costa, trasladar los penates con sus lares, es decir, camas y petacas, con la capilla su santo patrono San Andrés, a otro llano abrigado donde ahora también albergue, el lugar de Chapiquiña a pocas leguas de aquí.

El centenar de habitantes, que componen este pueblo, llevan una simpática vida gitana, a pleno campo, ya se albergan en las chozas de Chapiquiña ya alzan sus tiendas en Pachama, donde celebran a San Andrés, el patrono.

Hace las veces de caudillo y señor, un menbrudo indio de las altas montañas, un tal Terraza, caudillejo aventurero y de fácil verba que hasta sabe manejar el Código, con sus respuntes de tinterillo, y a su gente, a quienes se ha impuesto por su y astucia, con ínfulas de matón.

Los gritonea, arrugando el entrecejo espeso, y ellos, sumisos, acuden a su vozarrón prestan pleito homenaje.

En alta voz me refería la historia de los que llegaban: éste es hijo de un cuatrero, este otro es un pillo de tomo y lomo, aquella vive como Dios manda.

Qué lengua manejaba aquel hombrote malandrín, daba grima. Van llegando al recinto con la cabeza gacha los viejos y mozos y las doncellas y chicuelos.

Me muestra a una pobre moza con las mejillas hechas una compasión: lepra sangrienta y purulosa, que causa horror, le corroe. Me dicen, era hace pocos meses una hermosa joven, alegría del pueblo, por sus virtudes y por la bondad natural que le nacía de su alma.

Le brotó un granito, sin saber cómo ni cuándo, por supuesto que no se quedó tranquila con su mal, buscóse ungüentos y remedio indígenas de rara invención; total que a los pocos meses la desgraciada estaba inmirable.

Venciendo la natural repugnada, fui a hablarla a decirle alguna frase de consuelo y comprobé con asombro que aquellos hinchados labios, que habían perdido toda forma, sonreían.

El corazón se angustia al contemplar la miseria moral y material en que esta pobre gente vive sumergida. Llevan una vida solamente corporal y qué bellas almas se encuentran a cada paso; almas candorosas, dóciles,

tierra virgen que podía ser cultivada con amor, por cualquier hortelano, y que se enmaraña de maleza y de en venadas yerbas y se convierte en estéril pajonal.

La mirada del Señor Jesucristo se ha tendido sobre esta multitud silenciosa que aguarda una voz y un corazón que la resucite y la adoctrine.

Y ha resonado una vez más el acento divino que dijo un día: “Es mucha la mies, pero son pocos, poquísimos los operarios. Rogad al señor de la mies para que envíe nuevos operarios a su viña”.

En tanto, desde muy lejos llega, traído por el viento del Poniente, un aullido angustioso de lobo carnicero que husmea carne fresca para saciar sus fauces.

“Entretanto, esperamos y qué el caudillejo serrano dictamina como único amo de la grey.

Antes que anochezca, hemos subido a nuestros caballos.

La lluvia se ha descargado con ímpetu, lluvia espesa de invierno que nos envuelve como cendal húmedo y nos entristece. Una india anciana, se ha acercado a nuestro caballo y muy seriamente, como en un ceremonial, nos ha disparado, a boca de jarro, un puñado de rosas, es la despedida a usanza de la región.

Eran botones de rosa, apretados, duros, que nos habrían lastimado la frente al recibirlos; de todas maneras se agradece.

La lluvia nos rodea, implacable nos ahoga, nos echa encima el horizonte, y en las cumbres lejanas, parece gemir y sollozar.

De nada nos sirven las Castillas; el agua las trasmina y se escurre, hipócritamente, entre pecho y espalda; pronto estamos calados y como sumergidos en el fondo de un pozo turbio, borrado el camino, estrujados por esos hilos de la lluvia. La imaginación voladora aumenta el tormento fingiéndonos el rincón abrigado, las brasas que rojean y hasta el roncar acompasado del gato.

Después de dos largas horas, divisamos el esfumado paisaje del villorrio y con un gesto bizarro emprendemos un trote largo, acuciados por el frío y el hambre.

¿Telepatía?

No hay mucha imaginación en la gente serrana; no existen leyendas ni consejas fantásticas como en los campos del sur. Viven, dándose de cabezazos con la pampa, enorme y gris, o cavando la tierra, rabiando tras el pucherete. Por esto la fantasía esta aherrojada, y los más audaces solo sueñan en las quietas Nirvanas de la coca, donde obtienen, a poca costa, el alivio de sus dolores y ese ficticio y mórbido adormecimiento de los morfinómanos.

Una fría tarde en que me había recogido a mi lecho muy temprano, a media vigilia sentí sobre el techo de zinc de mi cuarto un fortísimo estruendo, como la caída de un cuerpo. Di un salto Y escuché. Nada, el viento de la montaña andaba vagando por las calles, anegadas en la noche.

Ha de ser un gato, me dije; volviéndome al otro lado me quedé dormido como bendito.

Al siguiente día había olvidado el episodio del salto del gato cuando veo a la dueña de casa que me mira con aire de mal fingida compasión.

Quiere hablarme y no se atreve. Por fin me dice:

–¿Sintió anoche?

–Por supuesto, no soy sordo.

–Lo compadezco, ¡pobrecito!

–¿Qué? ¿Se me ha destapado acaso mi dormitorio?

–Pero ¿No sabe?

–Si no me lo dice,.... ni esperanza...

–Cuando va a suceder en esta casa alguna des-gracia, alguna muerte, cae, de no se sabe dónde, un cuerpo sobre el techo del pobrecito que va servir de víctima.

Hay muchísimos casos: cuando se murió la Fulanita, cuando se mató Zutano– (Aquí vienen los casos pavorosos que ponen los pelos de punta, los omito en obsequio del lector).

Venía aquí de moldes un sermoncito de circunstancias sobre la superstición y sus consecuencias, los daños que acarrea al alma, y cómo es un signo de ignorancia religiosa etc. etc. se lo dije abreviado, y como epifonema, les hice anotar el día y la hora del porrazo.

Pasó una semana.

Hube de hacer rápido viaje a Molinos, viaje trágico, a lomo de un mancarrón ético, que daba cada tropezón que mordía polvo de la carretera, zangoloteando al jinete como en desecho temporal. En aquel viaje de triste recuerdo, sin cocaví y con un baqueano que no sabía la ruta, íbamos a pernoctar a la vera de un cementerio, en pleno camino, pues ya cabalgadura y jinete desfallecían de cansancio. Felizmente, ladridos de perro guiaron nuestros pasos hacia una casa habitada y el caballero don Emilio Herrera, con una caridad de Samaritano, nos dio de comer y nos cedió su rincón blando para que nuestros huesos magullados hallaran pasajero descanso.

Aquella misma noche supe la nueva fatal que me hería en medio del pecho: Alejandro Vásquez Valdés, gentil compañero de cámara en la Artillería, sonriente muchacho, estudioso y de claro talento, había muerto casi de repente por un acontecimiento fortuito que todavía recuerdo con horror.

Hacia poco, lo había dejado convaleciente, tiernamente cuidado por su madre que velaba día y noche por la vuelta a la vida de aquel hijo suyo, bueno como el pan y que tenía ante sí, en la marina, bellissimo porvenir.

Un error, una medicina que le iba a dar la salud, convertida en un segundo en veneno mortal. Y después la agonía dolorosa.....

Averigüé el día y la hora del trágico desenlace y pude comprobar con estupor que era aquella noche fatal del aviso.

¿Coincidencia extraña? ¿Telepatía? ¿Comunicación de las almas a través del espacio por milagrosa permisión de Dios?

Ignoramus-Ignorabimus.

Dejo constancia del hecho como un fenómeno que aún no me explico y como homenaje de afecto al joven marino.

La Visita del Pastor

El pueblo está de fiesta. El día anterior ha llegado, a revienta cincha, un propio, trayendo la nueva feliz. Llegaría al siguiente día el Obispo de la grey, Monseñor Edwards desde Socoroma, en donde na alojado.

Chicos y mozas se reparten por la banda a sega las ramas verdes y a coger todas las flores que hay abiertas.

Hay que exteriorizar de algún modo la alegría que no les cabe en el cuerpo.

Jamás han visto un Prelado. Una viejilla, encarrujada de arrugas, refiere que hace cincuenta años pasó un monseñor Torres, en pleno invierno. Era un pastor anciano que se detuvo tres días en el valle y doctrina de Belén y después de administrar los sacramentos y predicar, siguió con su comitiva rumbo hacia Tignamar. Aquel día de la partida nevó, y en tal abundancia, que, según un cronista dé la época, la nieve alcanzó varios codos de altura.

Pretendieron disuadirle de continuar el viaje, pero el Pastor era un apóstol, de carácter encendido de amor por las almas, puso los arreas a su mula blanca, episcopal, y a pesar del gesto de sus familiares, al amanecer emprendió trote hacia la montaña.

El pueblo hace divagaciones sobre el nuevo Pastor que las visitará. Don Jorge lo conoce, aún más, es su amigo de antaño y procura dar cabal idea del sacro huésped; todo lo reúne dice, bondad, corazón, talento, juventud, generosidad e hidalguía y como resumen de su juicio, añade es de extirpe sajona, pertenece a la rama Edwards que, antaño, vino a Chile, se aclimató en este suelo americano y en este privilegiado rincón del mundo ha dado a la patria diplomáticos, estadistas, médicos y prelados.

Y a grandes rasgos traza el retrato físico y moral del que viene en el nombre del Señor.

Ya les habría hablado el capellán sobre el significado de tal visita: “es como el Pastor que va hacia sus ovejas, con las manos llenas de beneficios y el corazón henchido de amor; representa a Jesucristo el Buen Pastor que anda, día y noche, por los breñales y quebradas tras la lejana y extraviada ovejita que bala hacia el cielo, pidiendo amparo. Y vería seguramente la faz picaresca del abuelo y patriarca don Tiburcio, que sonreiría a través de sus barbales canos con sonrisa muy poco corderil.

A pesar de todo, temen no alcance hasta ellos están tan lejos y tan escondidos entre sus riscos. Recuerdan aquel chasco: lo esperaban y habían mandado un brillante séquito para acompañarte: La señal era un disparo de revólver; se oyó el disparo y el pueblo en masa acudió al callejón ante el río.

Tres jinetes del galopaban hacia ellos.

Volteaban las campanas y hasta las camaretas estaban tronando Y..... eran los mismos mensajeros que regresaban pretendiendo dar una broma.

Súbita enfermedad del Prelado le impidió alcanzar al pueblo de Belén. Esta vez por iniciativa del subdelegado suplente, don Jorge Streeter, han arreglado en un santiamén el camino que sube del riacho, ampliándolo, y no hay siquiera una piedra.

Brilla el caserío como una maceta de flores; arcos y guirnalda se levantan con profusión en la calleja principal donde está la casa elegida: la del anfitrión por excelencia, el ilustre Alvares.

“**Ya viene**” dice alguien, y se produce el pánico. El repique vibrante vuela desde el campanario, pasa el río y sale al encuentro del Pastor, como el primer saludo del pueblo.

El aire está limpio, apenas una que otra alba nubecilla boga hacia la Puna, cual paloma mensajera que precede al que trae “**la paz a los hombres de buena voluntad**”.

Al llegar al alto donde la Cruz, enguinaldada abre sus brazos invitando al viajero a entrar bajo el cariñoso hospedaje belenita, se destaca en la atmósfera clara y azul de esa tarde primaveral la arrogante figura del Obispo, caballero en su negro corcel episcopal de batalla.

Y lo de “**corcel de batalla**” no es figura literaria para adornar la frase no, mil veces no. El espectador, recuerda al ver al Obispo guerrero, la figura de esos Priors mitrados, esos famosos y resonantes Prelados de la Edad Media que, llevados por el ardor de sus almas heroicas, acompañaban a los ejércitos en tierras de infieles y que alzaban el lábaro blanco de Jesucristo y la Cruz episcopal para defender las poblaciones famélicas que encontraban a su paso.

El Vicario Castrense cabalga como diestro jinete: erguido el busto, sin tiesura ni encogimiento, firmes las piernas, da la impresión de que hubiera hecho un curso de equitación en nuestra brillante Escuela de Caballería.

Cuando sale, en brioso galope, en demanda de un pueblo lejano, o se resuelve uno a dejar la piel en el camino siguiéndole, o le deja pasar adelante moderando el aire de la marcha.

La consigna episcopal es ahorrar camino y tiempo, meterse por quebradas hondísimas, correr vertiginosamente por el llano pedregoso, y llegar, cuando recién acaban de iniciar los ornatos para la recepción solemne.

El corcel negro de Putre, que usa en sus viajes, es un noble animal que bien merecía capítulo aparte: perteneció al cura fantasma, ese señor Martínez que pasó como misterioso relámpago por la sierra, dejando tras sí un rumor de consejos y leyendas, que ya se las quisiera el Arcipreste de Ita.

Hoy día sirve a su señor, el capellán de Putre quien le regalonea y mima con el cariño del árabe por su corcel favorito.

Primero, es un temor reverencial el que domina a la gente belenita ante el Pastor, se le acercan, silenciosos, le escuchan, reflexionan.

La franqueza y jovialidad suma del Obispo, su alegría juvenil, su corazón abierto de par en par, que deja ver al que no tiene telarañas todos los tesoros que encierra, le ganan la confianza de todos y hasta loa más reacios y culebrones se van acercando, totalmente entregados.

Es hermoso verlo rodeado de chicuelos, granujas y grandotes que le escuchan con respeto y devoción extrema, pero los chicos son más audaces y saben con quien tratan.

Un mocosito, que apenas alentaba, se le acercó con pasmosa seguridad y como quien le habla a su taita o a su camarada de juegos le dijo, tuteándolo, con encantadora inocencia “Dame galletas, se me acabaron”.

Es dura la jornada. Llegando a la iglesia un saludo del Prelado y una instrucción sobre la breve misión que va a comenzar.

Viene en seguida el imponerse de las necesidades espirituales y morales, el conocer personalmente a los principales del pueblo, el oír las quejas, las rencillas, los enredados asuntos que le van proponiendo.

A las seis de la mañana todo el mundo de pie y después de la meditación de regla, a las Confirmaciones, Confesiones, Matrimonios, Bautizos.

La misa última es la del Prelado, precedida de la Doctrina y con una Homilía apropiada a las circunstancias.

La oratoria evangélica y sencilla del predicador se adapta maravillosamente al auditorio; nadie, ni el partorcillo más humilde ni la más ruda criolla, dejan de percibir la belleza cautivadora del dogma cristiano. Y hay que ver las dificultades que un encuentra para escoger los símbolos y las comparaciones gráficas que entren sin mayor dificultad en las mulleras herméticas de aquella gente.

En las catequesis y en las homilías salen a prestar su concurso los asnillos simpáticos, el sufrido llama, las siembras, la cosecha, el riego, los sonoros maizales, las bravas cuestas; nadie deja de entender esas comparaciones

tomadas de objetos familiares, de tal manera que la palabra divina va llenando los espíritus con su eficacia múltiple; el Pastor arroja la simiente al surco que él mismo ha abierto en los corazones y el Señor hace el resto.

Todo el día la capilla está llena de gente; lobos y lobeznos, que solo sabían aullar en los agrios roquedales de la Sierra, vienen ahora como la fiera de Gubbio a tender su patita peluda en signo de alianza.

Lo más triste es que el Jefe se deja para sí todo el trabajo; secretarios y familiares contemplan con un palmo de narices la actividad del Prelado, estrechado y sofocado por la turba, mientras que ellos al garette esperan sentados ocasión de entrar en la lid.

A las doce, un breve intervalo para almorzar; almuerzos regionales con viandas preparadas por algún cocinero importado. Levantados los manteles, de nuevo a la iglesia, porque la gente aguarda.

En los cuatro días de permanencia en la villa, ha sido fecunda la labor episcopal; más de doscientas cincuenta confirmaciones siendo que los habitantes son doscientos ochenta, matrimonios innúmeros, solo quedan en su encastillado baluarte un mahometano, que rinde culto a Allah y una dama, cuyo novio anda en el servicio militar.

La gente se halla feliz; quiere prolongar la estada de aquel grato huésped algunos días más, pero no es posible, la villa de Tignamar lo espera ansiosa.

Le ha ofrecido el pueblo con la autoridad un homenaje sugestivo, una “**Aguatía**” una comida indígena, a pleno campo, condimentada según la vieja costumbre aymará.

En el potrero de la Virgen, perteneciente a la Capilla, se verifica la popular reunión. Todos están sentados sobre el tapiz verde de mullida yerba; los notables en torno del Prelado, y los demás formando una amplia rueda.

Muy cerca, han abierto el hoyo y lo han caldeado con piedras, mantenidas al fuego por largo rato. Luego, envueltas en hojas, encierran las viandas que se van a cocer de esa primitiva manera indígena, cordero, papas, camotes, y los choclos, suaves como leche y dulces como miel: el **Aguatía** es un facsímile del Curanto chilote.

Al poco rato, una leve humareda se levanta de aquel rústico fogón; es la señal de que todo está listo.

Avanza entonces el anfitrión, el muy ilustre juez y subdelegado don Jorge Streeter y con emoción da la primera barretada y se comienza a despejar la incógnita, porque aquel humillo diván vuelto un perfume sabroso que reconforta el ánimo.

En fuentes primitivas se extraen aquellas piernas de cordero doradas y jugosas, esos costillares morenos que exhalan fragancia tan rica más sabrosa que la del jazmín y del floripondio, y las papas asadas, con cuero y todo, servidas a puro dedo, ellas hacen las veces de pan.

Es una fiesta para los gastrónomos, sobre todo a la vista de esos chochos, famosos en todo el valle, blancos y aromados que hacen sonreír de emoción al anciano don Marcelino, uno de los personajes más sufridos para mascar el rico y sabroso grano.

Aquí se podía decir mejor que en las crónicas gacetilleras; la fiesta se desliza en medio de un ambiente de familiaridad y de confianza encantadora. Las bromas del Pastor se repiten y vuelan de boca en boca, y las carcajadas se desgranán, joviales e interminables, y los momentos pasan sin sentir.....

En esa democrática reunión tan llena de expansiones, tan íntima y sencilla, hemos visto una vez más relucir una virtud que siempre ha dominado en este pueblo; la fraternidad, la unión verdadera fundada en el amor. Jamás la murmuración procaz, la injuria, el rencor: las bromas estallan, pero solo para hacer reír, apenas rozando la epidermis; cuando alguno “se afarola”, la broma se detiene al punto.

El Obispo ha conocido este otro aspecto atrayente del pueblo belenita y se ha sentido cautivado, como si el espíritu religioso y cristiano produjera en las almas la comunidad de intereses, la comunidad de ideal, y esa inefable hermandad de los corazones que los reúne como bajo uno solo y único hogar.

Ha partido de nuevo el Obispo misionero en busca de otras regiones, perdidas en los altibajos de la sierra inaccesible. Le sirve de edecán secretario el incomparable capellán Escobar, cuya bizarra silueta trazamos en pasada crónica en el viaje al Santuario de Livilcar. Va pechierguido, soberbiamente bien sentado, se inclina con gracia ante las aclamaciones de que es objeto: también le ha de tocar de las flores y ovaciones del Pastor.

Sin embargo, una nubecilla opaca le nubla el semblante; su corcel, negro como la noche de la Puna, ha doblegado su altiva cerviz árabe y, ya no dobla su crinoso cuello como antaño, ha sido vencido en buena lid por el caballo regional del Pastor y aquel corcel suyo, propio es su todo, su afán, todo su legítimo orgullo, casi, casi como un miembro de la su familia.

Los belenitas van a dejar a la comitiva hasta el alto de la cruz: mujeres y hombres, chicos y grandes, cabalgan en sus jamelgos y asnos y mulos.

Se alza la voz del Obispo impregnada de honda emoción, se despide y hasta vuelta del año, cuando torne el invierno y se tienda sobre la montaña.

Hay una conmoción súbita, va a dar la bendición. Se dobla las rodillas y se inclinan las frentes y asoman lágrimas en los ojos; y la mano ungida traza el signo de la cruz sobre ese pueblo que ha conocido la dicha nueva por algunos días.

Luego el descenso rápido y el galope y el polvo que envuelve al viajero que ha venido en el nombre del Señor.

Resultado de aquel viaje; más de trescientos kilómetros recorridos en quince días y las poblaciones de Putre-Socoroma-Chapiquiña, Pachama, Belén, Ticnamar, Timar, Timanchaca y Codpa visitadas.

Mil quinientas confirmaciones –Cuatrocientos matrimonios –Trecientos bautizos –Más de mil Comuniones.

La Patria ha obtenido su gaje de importancia; las poblaciones indígenas, la gente que fluctúa en el límite de dos o tres nacionalidades, han conocido, hasta el secreto santuario del corazón, a un Obispo chileno, patriota hasta la última fibra del ser y ese Obispo que les ha dado a vislumbrar la grandeza y el poderío de la nación y les ha hecho sentir la necesidad de amar a esa Patria que les protege, les ayuda, les educa y les envía sus heraldos del espíritu: el Obispo y los capellanes que todo lo sacrifican, todo lo dejan atrás, para acompañarles en sus agrias soledades y socorrerles en sus necesidades del espíritu.

Itinerario del Párroco

EL ITINERARIO QUE EL PÁRROCO DE BELÉN SEGUÍA HACE CIENCUENTA AÑOS, PARA CELEBRAR LAS FESTIVIDADES RELIGIOSAS EN LOS DIVERSOS PUEBLOS DE LA REGIÓN

De los recuerdos y documentos que nos han dejado los Párrocos de la Doctrina de Belén, es interesante leer aquel en que trata del camino que ellos andaban al atender el servicio religioso de la Sierra de Arica.

“El año Nuevo, I.º de Enero, se celebra la Misa principal en Putre y se va a decir la segunda a Socoroma, a cuatro leguas de distancia.

Se vuelve en seguida a la capital de su parroquia, Belén, hasta el 22 de Enero, que ha de trasladarse a Putre acelerar con Vísperas solemnes del santo Patrono San Ildefonso, que es el 23 enero, basada en la cual, regresa a la capital a celebrar la fiesta de la Virgen del Milagro, en su ermita, una capilla que está en lo alto, al lado de la parroquia. Esta fiesta se celebra el día de la Candelaria y es con Octava del dos febrero hasta el 9; después se van seguro, a la misma fiesta, permaneciendo allí hasta Ceniza.

Como quiera que la Semana Santa un año se celebra en la capital de la Parroquia y otro en Socoroma y quince en Putre. Pasada está, el cura ha de celebrar dos misas el día de Pascua, aunque es larga distancia.

La Santa Cuaresma se hace quince días en Belén, quince en Socoroma y quince en Putre. Pasada ésta, el Cura ha de celebrar dos misas el día de Pascua, una en Belén y la otra en Socoroma, aunque es larga la distancia.

En la Cuaresma, que llaman chiquita, tiene el Párroco que hacer ocho días en Pachama, ocho en el valle, algunos en la capilla de Sora (hoy destruida) y quince días repartidos en toda la Puna. La Puna comprende los pueblecitos o caseríos de Choquelimpie, mineral de plata, Guallatire, Parinacota y Caquena, advirtiendo que el día de la Santa Cruz, el 3 de

Mayo ha de estar en Parinacota y bajar el 15 de mayo a Putre para la fiesta del Patrono San Isidro.

Pasada la fiesta de San Isidro, que es solemnísima, ha de encaminarse a Belén, para el Corpus Christi, que se celebra en el día propio, y la octava se hace en la Dominica infra octava y luego se va a Socoroma a celebrar la misma. Concluido ésta, se va a Putre, donde pasa la solemnidad, también con su Octava respectiva.

Baja en seguida al Valle, a la región donde se hallaba entonces la capilla de San Cristóbal en Sora, donde antes solía haber alférez que corría con tal fiesta.

Vuelve después a Belén a aprestarse para las fiestas del Apóstol Santiago, el Patrono, que se verifica el 25 de Julio. Algunas veces se celebra la festividad de Nuestra Señora del Carmen en Socoroma, el 16 de Julio.

Permanece allí en Belén hasta el 6 de Agosto que celebran la Ermita del Milagro o del Niño que se conoce ahora con el nombre del Salvador, la fiesta de la Transfiguración.

Antes del 14 se encamina a Putre, para celebrar con la pompa que pueda y con Exposición de S. Divina Majestad, la fiesta de la Asunta o el Tránsito el 15, y allí permanece hasta el 28, que sale para Caquena a la fiesta de Santa Rosa, el 30, con Vísperas solemnes y permanece en este lugar atendiendo los caseríos vecinos hasta el 8 de Setiembre, que ha de estar en Parinacota, para exponer la Divina Majestad y hacer la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora el 8 del mismo mes.

El 15 pone rumbo hacia Choquelimpie, el mineral, que tiene buen número de fieles bolivianos; allí celebra la Octava de la Natividad y está hasta el 20 que debe hallarse en Huayatire a pasar la fiesta de la Virgen y ha calcular el tiempo para llegar a la festividad del Rosario celebrada en Socoroma con pompa singular el primer Domingo de Octubre y el 4 el día del Patrono San Francisco.

Baja en seguida a Belén, a celebrar los dos Patronos con las acostumbradas vísperas: El Rosario y San Francisco. Esto dura más o menos hasta el quince o después en que se encamina hacia la capilla de Molinos a celebrar del 15 al 16 a Nuestra Señora de la Natividad que tiene generalmente Octava.

A fines del mes, toma rumbo hacia Belén para hallarse en la capital para la fiesta de Todos los Santos y para la solemnidad de los Fieles Difunto el 2 de Noviembre. La segunda Misa de difuntos la ha de decir en Pachama para continuar al día siguiente a Socoroma y luego pasar a Putre y celebrar en esos días las Misas que se llaman del Cristo.

Estos días de Noviembre son de reposo; el cura puede elegir cualquiera de las poblaciones de sus dilatados dominios para adoctrinar a las gentes y hacer sus catequesis, con tal de que el 29 esté en Pachama para cantar las Vísperas de San Andrés, el Patrono, hasta el 7 de Diciembre que ha

de bajar a Belén para las fiestas de la Purísima Concepción y se quedará hasta Navidad, día grande.

En la tarde de ese mismo día seguirá a Socoroma para decir la Misa el siguiente día, y el tercero en Putre para permanecer allí hasta el Año Nuevo y comenzar de nuevo la jornada”.

El viejo documento de donde tomamos estos apuntes curiosos tiene la fecha de 1870 –es decir cincuenta y seis años, y terminan con esta invocación **“Quiera Dios N. S. dar fuerzas y valor al pobre Cura que sirve esta laboriosa Doctrina para que cumpla con exactitud el Itinerario y directorio que va apuntado, que es el único, que debe llevarse”**.

GUALLATIRE

Ha llegado el Capellán a la mísera aldea de Guallatire, al pie mismo del Volcán donde viven los indios del norte.

Constituyen la aldea, hasta cincuenta casonas de adobe que se arrebujan bajo la torre parroquial.

Un arroyuelo, con pretensiones de río, pasa por un costado y, después de cruzar bofedales y llanos, va a desembocar en el Lauca.

El Gobierno de Chile tiene bajo su bandera a esos pueblos seminómades, de rudimentaria civilización, los ha colocado bajo sus leyes soberanas, les ha enviado sus magistrados, maestros y capellanes que les visiten, en una palabra, les ha inyectado un soplo de vida.

Hace como de jefe, Cayetano Colque, que es de pura ascendencia aymará: cobrizo, de pómulos fuertes negrísimo cabello y ojos un tanto oblicuos.

Colque ha ido a la cabeza de los suyos, a recibir al que viene enviado por el Obispo Castrense.

Una banda de pitos y queñas arranca sus tristes melodías al primitivo instrumento, y un viejo bombo marca con furia los compases.

El capellán, rendido de fatiga y de soroche, baja de la mula, casi cortada, y recibe el homenaje de sus nuevos fieles y el abrazo de paz.

Colque cuenta su historia: era un indiecillo semi salvaje que vivía entre los bofedales en una vida de bestia; el Gobierno lo tomó bajo de su protección.

El Subdelegado Streeter Vicuña, antiguo oficial del Ministerio, con una paciencia admirable, le enseñó los rudimentos de la lectura, algo de geografía y, junto con un grupo de serranos, lo educó para la vida, abriéndole las puertas de la civilización.

Colque ha quedado, por esto mismo, nombrado jefe; sabe leer correctamente, conoce las leyes de la patria y hasta recibe los diarios de Arica, que aunque fiambres y con meses de atraso, constituyen el único contacto que tiene con la civilización.

Ha implantado en su gente hábitos rudimentarios de higiene y de limpieza y ahuyentó para siempre a los antiguas “**meicos**”, especie de

brujos, hirvientes de supersticiones que medraban con la ignorancia de la pobre gente.

Cuando se haga el recuento de los operarios chilenos que trabajaron en dignificar y levantar al indígena de la sierra, figurará el nombre de Streeter como uno de los hombres abnegados y silenciosos que la patria destacó, junto con los capellanes y aquellos magistrados heroicos que han sembrado el bien y la verdad sin esperar recompensa.

La Historia Antigua

Un viejo Mamani, momificado y paralítico, que pasa sus últimos años a la puerta de su choza, cuenta de cómo se estilaba la administración antes que Chite fuera el poseedor de esas tierras desoladas, hace de esto sesenta años.

Caciques políticos se adueñaban del Gobierno de los pueblos de la montaña, y como habían ascendido gastando buenos pelucones, se resarcían con impuestos y gabelas sobre la indiada.

Comerciaban con la coca y el alcohol, el veneno verde que adormece y hace soñar con una Nirvana de placeres, y el veneno hirviente y líquido que corre por la sangre y sube hasta el cerebro, embotándolo y entorpeciéndolo, hasta convertir al hombre en bestia de carga.

La coca maldita y el alcohol ponzoñoso han sido las dos plagas que han venido minando la raza por luengos años.

Los gemidos de las víctimas no llegaban a las ciudades del altiplano, donde el cacique mercachifle tenía medios de ahogar cualquier deseo de justicia.

Las fiestas religiosas de antaño, como ser, las solemnidades del Apóstol o las fiestas cívicas y tradicionales del Pachallampe y el Carnaval terminaban con orgías ruidosas que duraban días y días.

Los párrocos, casi todos de sangre mestiza, de la masa común del pueblo, se consideraban impotentes para atajar el mal y dejaban correr el raudal negro de supersticiones y de vicios ancestrales.

Ahora la coca está prohibida. Suele pasar, de tarde en tarde y de contrabando, pero el alcohol tiene encima todas las penas de la ley. Jamás de ve ahora esa larga caravana de llamas, que llevaban los tarros de veneno para acabar con la abandonada raza.

La obra más duradera nuestra ha sido llegar al convencimiento del indígena, clavarles la idea, por medio de la repetición, martillando una y mil veces en la dura cabeza: alcohol, veneno-coca, veneno.

Las nuevas generaciones ya no experimentan ese interno agujijón de la carne, la sed de aquella lava, las ansias bestiales de sentir correr por las arterias el líquido corrosivo que mata y embrutece.

En cambio, la escuela les ha abierto una puerta de luz, sobre horizontes cuya existencia ni siquiera sospechaban.

Ahora el indio se cree hombre, puede opinar, puede sentir, tiene un pensamiento que le dignifica, y en las asambleas hace respetar aquel concepto, suyo propio, producto de su nueva educación.

El que visita la sierra, después de algún lapso de tiempo apreciable, verá la diferencia enorme y cómo aquel pueblo que parecía dormido, pueblo de niños que vivían en la infancia, sumergido en un fárraga espeso de supersticiones y de ignorancia y de mugre, ha despertado y siente el anhelo de progreso y toma parte en deliberaciones y se ocupa de asuntos de civismo y de patria, lee diarios, y confía en otros hombres superiores que le dirigen y que velan, providencialmente, sobre el futuro que les aguarda.

El Volcán

Es el Volcán Guallatire el protagonista de la fiesta.

Se levanta como un cisne albo, dominando las alturas vecinas y ceñido con la diadema de soberano, la fumarola, que: el Hacedor le ha asignado por su belleza y por su misericordia.

La leyenda indígena cuenta de él, que es un galán enamorado, que pretendió de amores a una cumbre vecina, una de las Payachatas, y fue vencida por el Sajama; por eso el desgraciado lanza resplandores de furor en las noches de invierno.

Cuando el día está claro y sopla, suavemente el viento, la fumarola parece el penacho de un casco de combate, pero en las noches oscuras aquel penacho se vuelve sangriento y se sacude con rabia como si el galán guerrero fuera a lanzarse contra su odiado rival.

En sus faldeos hay abundantes minas de azufre, y también, según algunos soñadores, famosos filones de plata y de oro, capaces de enriquecer al que tenga pana para trepar, sin marearse, hasta la cumbre.

El indígena lo mira con respeto y con amor y lo saluda cada mañana, estudiando su fisonomía.

En tiempos muy lejanos, lo adoraba como a una pequeña divinidad protectora, pero cuyas iras había que temer.

La Aldea

Guallatire se puebla de gente y resuena con gritos y músicas y quenas en contadas épocas del año, en las grandes festividades religiosas, o cuando algún acontecimiento extraordinario reúne a sus habitantes, cerca del Volcán y bajo los derruidos muros.

Los otros días la gente vive diseminada en la llanura o apacentando los rebaños de llamas y alpacas o en las parcelas de sembradío, cuando hay un terrenito que pueda ser cultivado con cierta esperanza.

El indio recorre la pampa enorme, calcinada por el sol y barrida por los vientos, con un paso elástico y sereno, con una calma tal, como si la eternidad fuera su dominio.

Su cara terrosa, la mirada profunda, sus ponchos de lana, que él mismo ha tejido, le dan extraña semejanza con el paisaje y lo confunden con él por curioso mimetismo.

En la pampa se halla en su elemento; relampaguea la mirada con brillo de placer y se lanza a bogarla como un bajel aparejado, con las velas henchidas por el soplo marino.

En la aldea se encuentra como aherrojado, triste, enfermo y, en las noches de luna, deja escapar su tristeza por el extremo de su rústica quena.

Han contado que algunas quenas son fabricadas con huesos de difuntos, por eso tienen esa melodía soñolienta y trágica que penetra hasta los tuétanos, pero ésta es una mentira de los poetas, que no tiene fundamento alguno en la realidad.

Una noche escuché la melodía de la quena. Era compuesta de unos pocos tonos, largos, melancólicos, pero tenían alma y sentimiento.

La tristeza de una raza, proscrita desde hace siglos, parecía flamear en aquellos sonos trémulos que mecían el augusto silencio de la montaña.

El Indio y el Llama

Han pasado por el caserío, rumbo hacia la Pampa de los volcanes, algunos arrees de llamas, guiados por el indígena pastor.

Extraña semejanza y armonía entre el amo indígena y el siervo irracional.

El indio es sufrido y silencioso y puede recibir, inmutable, por días y meses, el azote de las lluvias invernales; él llama tiene la paciencia como cualidad dominante, solo sabe quejarse con humano gemir, cuando pesa demasiado la carga o cuando recibe golpes o injurias; ambos son parcos y fuertes y candorosos y se deleitan en el adusto paisaje de la pampa.

Ambos recorren, con lento andar de sonámbulos, pampas y desiertos, bajan a las oscuras quebradas, por donde apenas murmulla un leve chorrillo de cristal o trepan las cúspides soberbias, visitadas solo por el rayo y el cóndor, los dos soberanos de la Sierra. Y van rumiando sus sueños.

Por eso se completan admirablemente.

Cuando sopla el viento de la tarde y los queñuhales sacuden sus cortezas desprendidas, como los harapos de un mendigo, y escuchan los ensalmos del huracán; cuando van cundiendo las sombras de los volcanes y se enrojecen, de sangre fresca, las dentadas cresterías y la fumarola del

Guallatire es el penacho real de un guerrero, el pastor indio y su confidente, el llama, se acercan y quedamente sé contemplan: son como dos seres huérfanos, abandonados a su destino, como dos amigos que mutuamente se confiaran sus secretos.

Y mientras el indio, aterido, calienta las manos resacas sobre los tizones, el llama, con sus ojos hermosos y limpios de niño, interpreta su desventura y soledad, gimiendo sumiso.

En noches de invierno escala la cumbre el horrísono huracán: llamea la roca, herida por el rayo, y se derrumba estrepitoso, como carro de artillería, el estampido del trueno.

Indios y llamas, en confusa mezcla, hermanos en las jornadas y en los descansos, se apelmazan sobre la roca dura, pegada la cara al suelo, dejando que ruja sobre ellos la ira de Dios. Encomiéndense entonces, con férvido acento, a sus patronos celestiales: Santiago, el Apóstol de las Españas y de las Américas, a la Virgen de las Peñas, que mora en Livilcar, o a la Madre de Copacabana que levanta su trono cerca del lago.

Cómo sueñan entonces los desventurados en el abrigado ranchito de la Puna, donde la india les aguarda, el tacho hirviente y los hijuelos que se revuelcan en las pieles de carnero, igual que larvas humanas.....

La Fiesta

La Banda de músicos, que tiene el solemne título de Compañía, ha pasado toda la santa noche tocando sus zamponas en torno de una hoguera.

La iglesia muy pequeña y desnuda de ornamentos, tiene como principal lujo una gran lámpara de fierro, cerca del altar, que brilla ahora como una ascua de fuego con todas sus luces encendidas.

El pueblo entero ha concurrido, con el Jefe Colque, Mamani, Cáceres y la dama más linajuda de la región, la Petronila que luce unos enormes aros de bronce que le cuelgan de las orejas hasta los hombros.

Todo el mundo se encucilla, muy cerca del presbiterio, donde se va a verificar: la ceremonia, la bendición de diez imágenes de Santiago Apóstol, el querido patrono de la Sierra, el que combate contra el Infierno.

Un artista español, que era además falte, fabricó las imágenes famosas. Son todas iguales: el santo, con una gran patilla negra y rizada, ojos saltones, que causan miedo, gobierna su caballo tordillo, levantando en alto la formidable espada.

El sacristán Antonio Zegarra, que sirve también cuando viene a cuenta, de secretario privado, de cocinero, de guía y arrenquín, coloca sobre la mesa la caballería celestial.

Será ella la que proteja al pueblo y a la sierra entera, en los años malos; la que apartará los temporales de la Puna y luchará, formidable,

contra Supay y Mekala, los dos bandoleros del Averno y raerá la lluvia en tiempo oportuno y ahuyentará la peste que arrasa los sembríos y rebaños.

Los españoles que adoctrinaron la sierra, dejaron, como recuerdo, junto con una fe ardiente y consoladora, gran devoción por el Apóstol guerrero.

Casi no hay choza ni casucha que no cuente con su flamante Apóstol caballero, al lado del Señor en su gloria.

El Capellán ha bendecido las imágenes explicándoles del mejor modo, lo que ello significa, el símbolo cristiano y su belleza; lo escuchan y parecen comprender, pues los gestos y ademanes son tan gráficos que harían entender a un sordo de nacimiento.

Luego, entre Álvarez, el compañero de jornada, y Zegarra y algún Mamani aficionado, han destrozado las antifonas y los cánticos de la misa con una alevosía y un entusiasmo contagiosos.

La religiosidad de esta gente es profunda y, aun cuando está mezclada con supersticiones y hasta con ritos paganos, los dignifica y levanta y les consuela íntimamente.

En la espantosa soledad que le rodea, el indio levanta su corazón al Señor y se siente seguro y acompañado, y deja escapar de sus labios, quemados por el sol y el viento, la queja y la confianza que aliviarán su pobre pecho oprimido.

Por eso considera el capellán, como el mejor amigo, y lo que no dice ni a su propia conciencia, se lo cuenta al sacerdote que le visita en su rancho.

La Partida

Quién tuviera la dicha de que perdurara en la retina y en el ánimo todo este paisaje de amanecer, en esta mañana última que me despido del Caserío y del Volcán y de sus contornos.

Cuenta el incansable viajero Mauricio Barres, con ese lenguaje suyo inimitable, que una joven indú, que iba a beber en la corriente misteriosa del Ganges con el cuenco de su mano morena, vio con estupor que el agua movediza se solidificaba en un globo magnífico, y «se globo copiaba fielmente el paisaje fluvial, el río, las altas yerbas y la montaña.

Bebiera yo del agua de nieve que corre por el cauce de piedra y para siempre me recrearía con éste paisaje asoleado: el arroyo de cristal, las casucas oscuras que se apiñan en torno de la blanca torrecita parroquial y la pampa gris verdosa, las montañas doradas por el buen sol mañanero, los indios humildes que rodean la Compañía de morenos y deslumbran con sus mantas multicolores y, dominándolo todo, severo y majestuoso como el monarca de la Sierra ceñido con su casco, de guerrero antiguo, el Guallaire, el enamorado galán que tan mal parado quedó en su pasada

aventura. He vivido yo con esta buena gente muchos días y en estrecha intimidad, participando del pan y de la sal del rústico condumio, he creído conocer sus oscuras penas de seres huérfanos.

Todo el pueblo se agrupa para acompañarnos basta un kilómetro del caserío: allí está la novia Petronila y la vieja Dorotea y Mamani, el brujo y los vástagos de los Quispe y el gran Colque, el jefe, tan grave en su alta dignidad de Celador de la región, y el caudillo moral de los zagales, rodean la Compañía, que hace sonar las zamponas y quenas y tambores entonando un aire lúgubre, apropiado al momento.

Algunas mujerucas van agobiadas de crías, llevan al menor a la espalda, como un rollo de soldado, y los otros pequeños se aferran a las sayas carmesíes, trotando como terneros detrás de sus madres.

Nos detenemos junto a unas rocas enormes que custodian la entrada, como rojos centinelas del Volcán.

En un intervalo en que la música se ha detenido se alza la voz de Colque para despedir al viajero.

Con elocuencia viril expulsa, parcamente, su pensamiento, diciendo más o menos: montaña, en donde vivimos con nuestros rebaños y nuestras familias, tan lejos de la ciudad.

Hacía muchos años que no venía un ministro para hablarnos del Señor bueno y también de la Patria de la cual pertenecemos.

“Porque somos chilenos y nos sentimos chilenos, tanto yo como mi familia y mis compañeros. En Chile hemos aprendido a leer y escribir y nos hemos hecho hombres honrados; por eso recibimos con gusto grande la visita y las noticias de la gente del sur.

“Ahora estamos muy contentos por tu bendición y por los consuelos que has derramado en esta lejanía, donde vivimos desamparados, al frente de la nieve de la cumbre y de las fieras y de la esterilidad de la pampa.

“Dios te lo pagará y el apóstol Santiago, cuya imagen bendijiste y los niños que acristianaste pedirán al Señor para que vuelvas pronto y para que el Obispo jefe tuyo, te mande visitarnos, porque vivimos tan solos”...

La última frase la pronuncia con un sollozo que le brota muy de lo hondo y que humedece mis ojos y hace soltar el trapo a llorar al blando y tierno subdelegado y, como nada hay más contagioso que el llanto, la escena se vuelve patética, porque las viejas indias y la parvada de chicuelos acompañan y gritan, y para cerrar la compuerta de tantas lágrimas hay abrazo general...

De un salto, arriba del caballo; y antes que el sol pique más fuerte, picamos los flacos lujares de las bestias... y al desierto, que nos aguarda y nos llama con la voz de sus vientos para recibirnos en su seno amplio y desnudo.

No olvidaré, sin embargo, la iglesita blanca, enladrillada con rojo ladrillo, limpia y sonora como una moneda de cobre recién acuñada, y

con sus santos de rostros exangües y fieros, con su gallarda cabalgata de apóstoles, y con su Niño Dios, quiteño, que me consoló y conmovió y con su pueblo de indios extáticos que se acurrucan en actitud de adoración, y que, por breves días, constituyeron mi rebaño de elección.

Epílogo

La obra que Chile ha realizado, en menos cincuenta años, en toda la región norte hasta el límite del Altiplano, en la región de los lagos, en Puna, en las aldeas perdidas en la montaña, sencillamente asombrosa.

Quien haya seguido, sin prejuicios, estas crónicas deshilvanadas se habrá convencido de ello hasta la evidencia.

Primero, vinieron los heraldos, los capellanes militares a quienes el Pontífice y el Gobierno confirieron la misión de evangelizar estas abandonadas regiones y civilizarlas y que han trabajado sin descanso, con una abnegación y un ardor y un patriotismo, que ojalá conozca la Patria algún día.

Con el Obispo Vicario a la cabeza, no solo recorrían, a lomo de mula, dos o tres veces por mes, toda la enorme región inhospitalaria, sino que, cuando era necesario, se quedaban en algún caserío o aldea para sellar la obra.

Los capellanes párrocos fijaban su residencia en algún pueblo oscuro, cabecera de una región, y allí convivían con sus fieles y les enseñaban la higiene, la moral, la vida sana, arrancándoles con paciencia las supersticiones que deslustraban sus creencias, dignificándoles la vida con hábitos de civilización, y hasta alegrándolos, con reuniones musicales y sociales, que les hacían palpar el que la cultura y el progreso eran cosas apetecibles y no estaban reñidas con la existencia.

El alma serrana, poco a poco se abría a estas verdades evidentes, que podía contemplar con claridad de sol, y una luz nueva lucía en los cerebros amodorrados. El indio no es torpe y conoce, con instinto certero, a aquel que quiere hacerles él bien.

El capellán les hablaba de la Patria y despertaba en sus oscuras almas esos relámpagos de amor y de reconocimiento que les hacían estallar en himnos de júbilo y besar la mano, como la cifra de su gratitud, del que la representaba.

Para esto el capellán tenía que hacer acopio de paciencia y de heroísmo; cada día pedir al Señor para llevar su fardo, e inspiración a la Patria que le confiaba esa misión, bella y noble y a la vez dolorosa y que entrañaba un renunciamiento cotidiano, y el abandono de sus hábitos de comodidad y de holgura y de sociabilidad, para vivir allí, clavado en las cumbres, en la soledad de su ministerio.

Ahí están los nombres de Eufrasio Montero, que murió a consecuencia de los sufrimientos de la Pampa, Cartagena, Juan de Dios Avaca, Carlos Álvarez, L. Felipe Escobar, y el Obispo Vicario Edwards que visitó toda la región, ocho ó diez veces compartiendo las fatigas de sus capellanes.

Las escuelas, diseminadas en toda la extensión, como faros de luz luchan con las tinieblas y convencen a los viejos recelosos de la importancia y de la necesidad de la instrucción. En todos los pueblos, aun los más lejanos, hay un bello edificio que Chile ha construido para instruir, para educar, para llevar el nombre de la Patria y de la civilización hasta las cumbres más ariscas.

Los maestros han cooperado en todas partes a la obra religiosa, se aliaban a los párrocos y, de consuno, se entregaban a la ardua y bella tarea de sembrar, edificar, arrancar la semilla mala que el indio había cultivado en su abandono.

Los maestros chilenos son dignos del homenaje de la Patria.

También las autoridades que el Gobierno ha destacado en los diversos pueblos, han hecho comprender que arriba jamás había deseos de tiranía ni ánimo de explotar al súbdito. Siempre Chile ha dado mucho más de lo que ha podido obtener.

La autoridad, ya sean los Intendentes o Gobernadores, Subdelegados o Inspectores de Distrito, han tenido la consigna de mostrar a sus dirigidos cual era la orden que recibían de sus altos jefes, hacer respetar las leyes, amar a la Patria y reconocer los derechos de todos los ciudadanos.

Jamás la esclavitud, ni el atropello, ni el servilismo que solían crecer en época lejana.

Las fuerzas armadas de Chile, los Carabineros, custodiaban los caminos y los limpiaban de contrabandistas y malhechores, para que los habitantes pudieran recorrerlos tranquilamente y entregarse así a las faenas de la paz.

En algunos poblachos escondidos donde los seres humanos apenas podían subsistir, los Carabineros compartían su pan con el serrano viviendo con ellos en plena armonía.

Por eso hoy día, las poblaciones de Belén, Putre, Socoroma, Ticnamar, Timanchaca, Pachama, Guallatire, Codpa han reconocido la obra eficiente y duradera del Gobierno Central, se sienten fuertemente resguardados en sus intereses y levantan en sus casas modestas el pabellón de Chile que los cobija y los protege y es para ellos el símbolo tangible y poderoso de una Patria que jamás los ha abandonado.

De aquí que el caballero inglés M. Rowes, Administrador del Mineral de Choquelimpie dijera: “La obra civilizadora que ha efectuado Chile en estos territorios áridos, no solo merece el homenaje de América, sino de la Humanidad”.

TIERRAS GRISES

INTRODUCCIÓN

ARICA

Antes de entrar a las Tierras Grises, donde la tristeza del desierto y la melancolía del indio han hecho su mansión, llega el viajero al puerto de Arica, que abre su pequeña rada azul bajo el peñón del Morro.

Rada acogedora y cariñosa, con su isla blanca de mármol antiguo, “el Alacrán”, y los acantilados de la Lisera donde va la onda tibia a deshacerse en espuma murmurando una vieja endecha.

La simpatía del primer puerto de Chile, geográficamente primero, pues es el pórtico de nuestra costa ilimitada, esa simpatía de persona cordial y modesta que sonríe al viajero mostrando sus tesoros, no se olvida jamás.

Una pulcritud y una limpieza de casa solariega es la impresión primera, y luego viene la seducción del cordial hospedaje, la bonhomía de sus pobladores; el gesto amigo, caballeroso, franco, que nos hace sentirnos en el propio hogar... El Hotel Pacífico, todo blanco, como de mármol, símbolo del carácter del pueblo que acoge, abre sus puertas de par en par invitando a entrar, y a pocos pasos, la plaza, galana maceta de flores, la roja y violada bugainville que se tiende como un palio de púrpura, y los jardines que en torno de la enhiesta roca suavizan el adusto contorno, como si sobre un rostro de guerrero floreciera la sonrisa de un niño.

Aquel clima siempre primaveral, sin los cierzos de Junio ni la lluvia impertinente de los crudos inviernos, ni los hielos de Agosto; aquellos frutos riquísimos de las tierras del sol, la naranja azapeña, la mejor de América –por no decir del mundo– y los guayabos y la chirimoya y los plátanos y los dátiles de Arabia y el maíz dulce y blanco y la caña de azúcar... los buenos negritos del Mercado sonríen mostrando sus mercancías; y aquellas callejas que suben hacia el faldeo en suave pendiente y el templo altivo con su torre ogival de nítida línea impecable, y por la calle de Colón, que va hasta la antigua fortaleza del Morro, la imagen votiva de la Virgen del Carmelo, que irradia paz y amor maternal velando el sueño de soldados, peruanos y chilenos, que allí cayeron luchando por sus pabellones y duermen ahora confundidos en el mismo regazo.

¿Quién podrá olvidar aquel puerto chileno, vigía de los mares, tibio y acogedor como un nido, fuerte y viril como una antigua fortaleza, suave

como el aliento perfumado del azahar, y altivo como la roca, enhiesta y parda, en cuya cúspide flamea la invencible, la inviolada, la pujante...

¿Quién podrá olvidarte Arica, tierra sagrada que bebiste la sangre de los leones chilenos y arrullas su sueño inmortal y abrazas, con el mismo gesto amoroso, a dos pueblos hermanos, otrora enemigos, pero unidos ahora para siempre en las lides de la paz?

Merecería la historia de Arica un historiador de alto coturno, que supiera manejar con la misma destreza la pluma y el laúd, pues los hechos que la hacen brillar en la gris monotonía de la pampa son esclarecidos: son gestas heroicas en que la multitud se alzó por un noble impulso hasta la cima del heroísmo.

Ya en la conquista del imponderable fidalgo don Pedro de Valdivia suena su nombre: era una pascana, albergue de caminantes, en donde hallaban un abrigo un fogón y algunos indiecillos caporales que brindaban los austeros dones de su pobreza; luego llegan a los reales oídos la placidez de aquel sitio escondido y la hospitalidad de sus cuatro habitantes, cuando –a mediados del siglo dieciseis (1560)–, el gran monarca de las Indias, el austero Felipe II, le concede como una gracia el título de Ciudad –con mayúscula– con su Cabildo de un Alcalde y su Alférez Real y demás oficios, y para que tan nutrido y esclarecido cortejo no se fuera en banda, ordenaba enviar del tesoro del Perú doce familias conspicuas para aumentar la población.

Pero no andaba con fortuna el Monarca; un sino aciago perseguía sus actos, los mejor intencionados; como si eso esperara el cielo para descargar sus inclemencias sobre el desventurado portezuelo, los terremotos se abaten sobre ella con ímpetu de venganza increíble, y no uno que otro sino como en serie...

Penosamente se alzan las casucas de un solo piso sobre los amontonados escombros, cuando de nuevo revienta la ira de otro terremoto, o el mismo mar, tan sumiso y comedido de ordinario, se yergue como fiera hambrienta, fuera de su lecho secular, para dar su zarpazo hasta donde llegan las rocas que lo encierran.

Corre la gente hacia la cumbre implorando al Señor en el único templo que en la plazoleta abre sus puertas, protegiendo, mientras que la onda hirviente, ya saciada, se va retirando hacia su lecho.

Era Arica la puerta obligada por donde pasaban las riquezas fantásticas del Potosí: cargamentos de plata en barra, acomodados sobre los lomos de “**los carneros de la sierra**”, los pacientes llamas que agrupaban en los tambos esperando que manos mercenarias los descargaran, y junto con la plata, caía sobre Arica un río de azogue de las minas de Guancavélica. En los anales del virrey figura un don Pedro Valencia, comisionado especial para recibirlo, y lo hizo con tal escrupulosidad que lo dejaron de Corregidor durante ocho años.

Como debía acontecer infaliblemente, aquella riqueza estupenda despertó la codicia de los aficionados a apropiársela con poco trabajo; le sobrevino entonces al zarandeado puerto la prueba del asalto a mano armada.

Los piratas del Pacífico, en raudas embarcaciones, aparecían de súbito en la rada, y en sus botes, bajaban armados hasta los dientes y con esa serenidad y fiereza los amos tiránicos, echaban a sus barcos vacíos toda la plata que cabía.

Llamaban a la aldea **el puerto de Potosí**, y como ya la coronada villa tenía fama en Europa de poseedora de tesoros incalculables, los filibusteros y los bandoleros de los mares alistaban sus veleros bergantines y siguiendo derroteros ignorados, escondiéndose en las ensenadas bravías o empujados por los huracanes, iban a recalar a la dormida bahía azul...

Arica, tan pequeña en esa costa enorme del Pacífico, brilla en las primeras cartas geográficas, y los datos que dan las relaciones primeras de viaje y los libros de bitácoras de los pilotos aventureros, la señalan como el puerto más meridional de la, misteriosa América.

En 1577 la visita ese curioso tipo de bandido hidalgo, condecorado por monarcas y halagado por princesas reales, Sir Francis Drake.

Después de sitiar a la Perla del Pacífico, Valparaíso, la inmortal, y haber saqueado la real capilla, robándose los vasos sagrados, siguió su ruta aventurera.

En Coquimbo lo rechazaron con la pérdida de un hombre; porque estos curiosos aventureros tenían una muy especial concepción del valor y de la hidalguía. Cuando podían, a mansalva, degollar y robar sin mucha molestia, no titubeaban; pero cuando la víctima se erguía dispuesta a defenderse matando, los heroicos aventureros, con una discreción muy honrosa, que tal vez no consignaban en sus fantásticos memoriales, presentados a la Reina Elisabeth, alistaban las velas, disparaban cuatro arcabuzazos y se hacían a la mar maldiciendo la porfía y mala educación del criollo que ignoraba las reglas de la etiqueta...

En aquel viaje encontró Sir Francisco, en la bahía de Arica, tres buquecillos de mala muerte; los saqueó prolijamente y sin ninguna molestia, pues a bordo no había un alma; la tripulación había bajado a tierra a reposar.

De tal guisa, el heroico pirata condecorado fue corriéndose hacia el norte, cogió un barco a porradas, el Cajafogo; en un dos por tres se adueñó del cargamento avaluado en sus doscientas mil libras esterlinas, y después de correr otras aventuras, fue recibido como un triunfador magno por la muy noble soberana.

La fortuna del audaz corsario tentó a otros marinos si no tan valientes, al menos tan piratas y ladrones como el sir condecorado.

En la última decena del siglo dieciséis se echa al mar Sir Tomás Cavendish, otro noble cortesano tronado, quien intenta rehacer su fortuna agotada, por medio de esos asaltos tan cultos y progresistas a la América inocente.

Tal vez la fama del carácter dormilón y juerguista de los ariqueños entusiasmó a Sir Tomás, quien, al principiar el mes de mayo, caía sobre un barco viejo que acarrea vino, muy cerca de **Arica**.

Los ariqueños, experimentados, se apercebieron para la defensa, ya estaban plenamente despabilados, amontonaron sus escasos armamentos, fusiles de chispa, arcabuces y culebrinas del tiempo de Ñauco y armaron a los ; milicianos y a los cuatro vecinos, y tal alboroto formaron en sus idas y venidas y desfiles y carreras, que sir Tomas, con una prudencia que le honra **“no se atrevió a desembarcar, pues la gente le pareció aguerrida y provista de armas”**; entonces mandó a negociar a un parlamentario que barruntaba el idioma, quien, enarbolando la bandera blanca en su embarcación, bajó a tierra sin ser molestado y ofreció, con gestos y medias palabras, el rescate del barco mediante el pago de unos cuantos montones de plata en barra.

El capitán de la fortaleza, previa consulta de su gente, que permanecía escondida y metía bulla como podía, con el objeto de despistar al corsario mensajero, respondió con lacónica bravura: **“Nada de rescate, arreglaremos cuentas de otra manera más rápida”**.

Cavendish hizo una reverencia a los audaces, y como era lógico, incendió la presa en la misma bahía habiéndola previamente despojado de todo lo servible, y siguió hacia el norte.

A pocas millas, se topó con un inocente barquichuelo que Chile mandaba al Callao a avisar que andaban moros en la costa. La correspondencia fue echada al mar, saqueada la bodega, y averiguado su contenido haciendo cantar a los tripulantes con el tormento, “les atenaceó los dedos con la cigüeña”, y en premio de que hubieran dicho la verdad, les perdonó la vida, con hidalguía admirable, desembarcándolos con toda delicadeza en la bravía playa y hundiéndoles el cachucho.

La bizarra conducta de aquel capitán heroico, que triunfó del corsario, imprimió carácter en los sucesores, quienes mantuvieron muy en alto la fama de Arica, la muy leal y valiente villa americana.

En los siglos posteriores, la ciudad va creciendo como la espuma; ya no es la fama del oro la que atrae a los aventureros, sino los productos de la tierra: el plátano, la chirimoya, el camote, el ají y el algodón, que en los valles se da con profusión tropical, y aquel clima tan suave, que invita al viajero a quedarse dulcemente adormilado mientras le arrullan las olas.

Los encomenderos, que fueron los antecesores de nuestros hacendados y recibían de gracia del bondadoso Corregidor Real enormes predios, se dieron a la agricultura con ahínco, y el valle de Azapa y el de Lluta fueron convertidos en un ancho caudal de verdura donde se daba

el ají, que iba a surtir la cocina de la metrópoli, y en menor proporción sembraron alfalfa y plantaron viñedos y olivares para regocijar a los buenos súbditos de las regiones vecinas.

Caseríos y villorrios iban brotando con el mágico don de la verdura, caseríos que hoy no existen ni siquiera en ruinas; así recuerdan los anales Huacoacan, Lora, Camorosa y Livilcar, que alza aún hoy día sus murallones carcomidos y sus viejos torreones anunciándole al viajero que todo aquello es ahora una reliquia **solamente de su invencible gente**.

La ciudad ha olvidado su histórico pasado de gloria; no le acontece como a tantos que se alimentan con los resplandores y los pergaminos de los antepasados, resplandores y pergaminos que son muy poco nutritivos; Arica vive de lo presente, crece y progresa con viriles arrestos guardando sin saberlo el ánimo de los que se defendieron hasta el extremo límite contra el corsario.

Allí están, la guerra del Pacífico, los soldados de las dos naciones que combaten: los chilenos, que han recibido la orden del general en jefe de tomarse la plaza de Arica y a cuya cabeza está el león indomable del Ejército, Pedro Lagos; y los soldados que resisten, los peruanos, atrincherados en sus reductos, abroquelados en su fortaleza de granito, defendidos por sus cañones y sus minas formidables.

Los asaltantes deben obedecer, porque no se ha oído decir que un soldado desobedezca en el campo de batalla, y en cincuenta minutos, dan la carrera vertiginosa hasta la cumbre donde flamea el pabellón; y los peruanos deben resistir, y resisten con toda la pujanza de que son capaces; por eso caen jefes y soldados envueltos en sus uniformes, y cae Bolognesi, héroe austero y noble, coma los héroes castellanos dignos de la leyenda.

Por eso duermen en esa tierra parda de las cumbres donde está el peñón, que avanza hacia el mar; duermen como camaradas y hermanos apoyados en la misma almohada común, los soldados de Chile y los del Perú, los que siguieron la tradición de altivez de los primeros ariqueños y que supieron defenderse contra los piratas y los mantuvieron en jaque, cuando ciudades orgullosas caían en sus garras.

Ahora vivimos en días de plena paz; los cañones y las fortalezas están desmontados; los guerreros se dan la mano con los antiguos rivales; y el cuartel, que era fortaleza, es ahora una casa solariega donde viven los soldados del Morro que lo guardan y lo muestran orgullosos como reliquia del pasado.

Al lado del Morro se levanta el Instituto Comercial, establecimiento modelo, en el cual se forma para otras lides pacíficas la alegre muchachada del norte; y hasta vienen a sus aulas hospitalarias jóvenes de Bolivia que fraternizan y se funden en el grupo chileno y reciben la misma instrucción y beben en la misma fuente de Juvencio que les remoja el alma y el cuerpo.

Liceos y escuelas de niñas mantienen la cultura y desenvuelven sus programas, recibiendo la voz de orden de la metrópoli, y esa enseñanza gratuita, con sus clases de religión, que sacerdotes hacen, se da también en las pequeñas escuelas que hay en Lluta, Azapa, las Maitas; y en todos los villorrios del interior de la provincia.

Hacia el norte de la ciudad se halla la estación del ferrocarril de Arica a La Paz, estación término de una de las obras más atrevidas de la ingeniería chilena; ese ferrocarril que cruza el altiplano para llegar a La Paz, la capital de Bolivia.

La línea aquella, obra del capital y de la ingeniería chilenos, cruza el fértil valle de Lluta y los cuarenta kilómetros, se remonta hacia la yerma llanura, y por desfiladeros vertiginosos y hondísimas quebradas y, metiéndose en túneles hondos, va a llevar al pueblo hermano de Bolivia un saludo de Chile. Ahora aquel ferrocarril, en la parte que pasa por tierras bolivianas, pertenece al Gobierno del altiplano y es costeadado por él.

Arica se siente orgullosa de su ferrocarril internacional que le da vida intensa con los productos y los pasajeros que el país hermano envía al puerto, y así, como el movimiento que le imprimen los extranjeros, turistas y comerciantes, que van a visitar los veneros de riquezas mineras que encierran las montañas bolivianas.

Otro ferrocarril curioso sale de Arica, el ferrocarril de Tacna, que da una graciosa vuelta por la pampa antes de llegar a la villa **“dormida entre granados”**. Haciendo contraste con la vertiginosa rapidez del juvenil ariqueño, éste es mesurado, grave y lento, como que es el decano de los ferrocarriles de América; por eso, las viejas locomotoras jubiladas van jadeando y rechinando con ruido de ferretería hasta caer rendidas a su arribo...

Una sociedad comercial inglesa lo explota desde tiempo inmemorial, y no ha de ser tan claro el negocio cuando lo mantiene en su incaica inmovilidad.

A un kilómetro de la plaza hacia el norte, muy cerca de la playa, se alza el cuartel de la Artillería Velásquez. Severo edificio solitario, de austera y a la par grandiosa arquitectura. Su color gris, los amplios ventanales, las almenas de su frontis, los rastrillos donde se guardan los instrumentos de la guerra, todo cómodo, noble, con la austera elegancia que corresponde a un cuartel, lo colocan como uno de los primeros edificios militares del país.

Era aquella región, en otros tiempos, un antro donde se desarrollaba, fértil, el paludismo, el espectro amarillento que habita los pantanos y cae de súbito sobre el mortal descuidado y lo estrangula sacudiéndolo con la fiebre hasta matarlo a pausa.

Ya ha huido el paludismo, perseguido en sus reductos por el cordón sanitario y por el ataque incesante de la Sanidad chilena, de tal manera

que hoy figura Arica en las estadísticas como uno de los puertos más limpios de la América del Sur.

¿Personajes de Arica? Para estampar sus nombres haría falta un libro entero; de tal manera son numerosos y selectos los que allí viven encariñados con esa tierra buena y con ese clima temperado y grato que hace amable la existencia y le comunica una extraña suavidad: clima que debió tener la vieja ciudad imperial de Capua, que enredaba las almas en sus redes sutiles y las desarmaba arrancándoles uno a uno los aguijones del rencor y del odio.

Aquí las horas se deslían como una columna delgada de humo azul, con suavidad sedeña, y hay un ritmo igual para alivianar el trabajo del día: el operario de la faena material y el operario intelectual sienten cercana la hora del término, y el hermano y el amigo que aguardan para ir en plácida charla interminable a recorrer la playa de la Lisera donde el otro amigo inmenso, el mar, despliega sus ondas y sus rumores.

Divisamos figuras conocidas: el buen sajón, de alma chilena, don Carlos Gierke, patriarca de Arica, va a dar su vuelta a encontrar en su camino a su amigo el doctor Aravena, sonriente e irónico, que con el mismo donaire dice una broma o pronuncia una sentencia absolutoria en su tribunal inapelable de médico jefe de la sanidad ariqueña. El incomparable capellán Flores, la cifra de la gentileza y bonhomía, o el viejo señor de los valles de Lluta convertidos en vergel por su paciencia, don Pancho Lopehandía, o don Juan Kesler el antiguo juez soberano del Rosario, y don Manuel Araya, alma de tribuno y de periodista, y el Director Zúñiga que modela ciudadanos en su almacigo de comerciantes honrados; y don Carlos Blanlot, el caballeroso y simpático abogado que mantiene la charla con su chispeante donaire, y la familia Cunneo, vinculada con la suya, que posee los ricos predios azapeños, y la figura excelsa y altísima de don Luis Schmidth, que dio impulso grande al Ferrocarril de Arica a La Paz y que como Alcalde vinculó su nombre a toda obra de adelanto edilicio, y el Estado Mayor de todos esos capellanes que sirvieron a Dios y a la Patria con gallardía de caballeros y entusiasmo de apóstoles, como Bernardino Abarzúa, el orador de hierro y de fuego, Carlos Alvarez, Eduardo Oyarzún, Ambrosio Scholz, de sajona apariencia, pero tan chileno como el que más, y en pos de ellos, el jefe, el Obispo Edwards, que fue el protector de la ciudad desde el momento que asumió su cargo de Vicario General Castrense y fundó la biblioteca pública y acompañó a las autoridades en todas las campañas de bien público, desde aquellos tiempos en que gobernaba el infatigable e integérrimo magistrado don Luis Arteaga, y tantos otros que van desfilando evocados por la pluma del capellán cronista.

Y así, las nuevas siluetas que siguen discurriendo por sus calles llenas de luz, son personajes que asoman la faz, al principio con aire

desconcertado, pero que luego toman el ritmo interior de aquella vida sosegada y patriarcal, y se sumergen en el temperado ambiente del primer puerto chileno del norte.

Y basta de Arica, que si fuera uno a decir todo lo que ella encierra no habría cómo terminar...

*

Las notas que el cronista ha perjeñado fueron tomadas de carrera cuando un imperioso deber lo empujaba a recorrer la sierra en todas direcciones, a lomo de caballo o de mula, para llevar un mensaje de la Patria grande a esos villorrios enclavados en la abrupta y yerma montaña.

Por eso, apenas se envuelven en ropaje literario; lo indispensable para la decencia.

Indios y criollos, personajes solemnes y arrieros sencillos, le dejaron un recuerdo de simpatía, una frase de cariño o un simple apretón de mano, y eso basta para que hayan comprometido el afecto de un capellán chileno que ha tenido como su mejor blasón servir al hermano y por él servir a la Patria, la madre del alma, cuya prosperidad y cuya grandeza constituyen la más alta inspiración para su pluma de cronista.

PUTRE

De los varios caminos que llevan a Putre, hemos elegido el más fácil, el ferrocarril hasta Puquios y luego el sendero de herradura, por la quebrada de Narancagua.

En pleno Agosto, época de nuestro viaje, nos recibe en la altísima estación un soroche benigno, un hielo siberiano, y el signor don Giuseppe Guerra, jefe de la casa Cánepa.

Los cuatro viajeros que vamos a internarnos hacia la sierra parecemos fantasmas, envueltos en nuestros ponchos oscuros, con bufandas hasta los ojos y sombreros hasta las orejas y, a pesar de todo, tiritando como asaltados de tercianas.

Al ingeniero jefe le ha dado un patatús en toda forma, de puna o soroche, y el pobrecito, pálido como difunto, da hondos quejidos y allá va eso...

La gentileza del egregio signore Guerra nos empuja hacia su mansión, donde una pulpería honesta nos alimentará y unas cuantas piezas “**pá alojados**” nos abrigarán durante la noche.

Como hay muchos viajeros, además de nosotros, nos depositan a varios dentro de cada cuarto, y como nos han aconsejado no comer para evitar que aquel malestar siga su curso desquiciador, nos recogemos en los blandos lechos con una cruz en el estómago y el vacío absoluto en nuestras vísceras abdominales.

Al día siguiente, después de una noche triste, estamos poniéndonos los arneses de campesinos para principiar la jornada. Un guía viejo, de la prosapia de los Cutipa, ha ensillado los jamelgos y aparejado su macho para la jornada; y a la verdad, no es muy atrayente el panorama por donde la vista se espacia; solo divisa una sábana gris, arenosa, y en el fondo las nevadas cimas del volcán Futre, a cuyo regazo vamos a pedir amparo.

Después del negro café hirviente que tragamos con el pie en el estribo, nos lanzamos, en suave y armonioso galope, hacia la pampa que nos espera para estrecharnos y envolvernos en su manto de polvo y ceniza.

Un flamante magistrado nos acompaña: es un novicio en el arte de viajar, pero está envalentonado con el optimismo del buen yanqui Swett

Marden, su maestro; ya veremos si le resulta tal optimismo, cuando se tope con la Esfinge de la trágica Pampa y le falte la tierra bajo sus pies.

Después de media hora de recio galopar, liemos avistado la famosa quebrada hondísima de Narancagua, cuyo recuerdo vivirá en el ánimo toda la vida.

Al principio la cosa parece de juguete, uno sonrío para su fuero interno, porque la tal cuesta la han pintado al inexperto como un desfiladero sangriento que requiere “pana” para los que se aventuran por ella.

La primera parte no ofrece peligro; la pendiente es suave, y ancha la senda, pero cuando van trascurridos sus tres cuartos de hora de descenso, la cosa se complica, los jamelgos resbalan, patinando, y uno, por más que tenga el corazón recio y la cabeza firme, siente que la víscera se le alborota en su jaula y que se alargan los ojos mirando lo hondo desde donde sube un murmullo fresco que, con su frescura y su promesa, no le quita al ánimo el susto que le va invadiendo todo el ser.

A cada paso, el caminillo tuerce con violencia, de tal manera que por poco uno no se precipita junto con las guijas y la tierra suelta que se derrumban al paso del caballo.

Como el guía se ha quedado arreglando la enjalma de su quisquilloso macho, campeamos por cuenta propia confiando yo en el ángel protector de los caminantes y el magistrado en su maestro sajón, el Swett.

La quebrada es soberbia; fajas de diferentes colores se extienden a lo largo de ella, denotando las diferentes capas geológicas y los minerales que han entrado en la composición de la roca, desde el cuarzo hasta el verde o rojizo cobre. Es caprichoso el caminillo; cruza en zigzagues, se hunde, baja y sube, da vueltas; ya se empina hasta una joroba, ya se hunde para volver a seguir en espiral. A nuestro frente hay una huella, como la dejaría una apancora en la arena de la playa, y por allí tendremos que trepar, si Dios no lo remedia.

Para consolarnos, nos recreamos en el paisaje y nos sumergimos en él como en un baño reconfortante; aún que no de belleza riente, tiene su encanto especial; tiene grandiosidad, tiene horrores que nos encogen el ánimo, lleva un sello de austeridad como los manchegos campos que nos describió el maestro Cervantes, y hasta lo que deja adivinar en sus entrañas, los minerales que han de correr, igual que ríos caudalosos. Esa roja corriente de cobre que ha de dilatarse a pocos metros de la superficie es capaz de cautivar el apetito de algún Patiño de la tierra chilena.

El amigo juez no está para disquisiciones, se ha apeado de su corcel policial y, cabizbajo, porque me dice, tiene los riñones molidos y los calambrones se han aposentado en sus tiasas pantorrillas, va cayendo y levantando con un ademán que apena el alma.

Avistamos, por suerte, el agua consoladora que va fugitiva en su lecho de rocas y limpios cantos; ella nos dice una canción festiva, capaz de volver

la vida a una peña. Es increíble el poder de sugestión del agua corriente, voz amiga que incita al caminante a continuar hasta llegar a ella, sentirla bajo su planta y bebería, aun cuando tenga desabrido o amargo sabor.

Bebimos nosotros y nuestros jamelgos, y con el cuerpo más liviano y alegre el corazón, vamos repechando la cuesta.

Nos hemos demorado dos horas en llegar de nuevo a la cumbre.

Bajo el Gobierno de Chile, los intransitables caminos de la región se han arreglado y, ahora, el arriero o turista o caminante no expone en cada vericuerdo su vida. Cuadrillas de camineros y de peones los recorren con sus barretas y palas para ponerlos al día apenas notan un derrumbe.

Lomas lejanas, de un ocre violento, rompen la línea armónica y más lejos todavía, como en el confín, la pincelada azulosa de los montes de Puna.

Es monótono el camino y la marcha, y mucho más con la fatiga y el hambre, porque esta vez, como tantas veces, el arriero y guía se nos queda aparejando su macho mañero, y era él el que nos traía el modesto cocaví.

Adelante! Nadie se ha muerto de hambre y si, muchos se han muerto de cansancio, y trepamos y descendemos, con rabiosas ansias de llegar.

Luego viene la quebrada de Ancache de la cual apenas conservo vago recuerdo: allí se yergue a la manera de un torreón una casona antigua que domina los valles. Hasta doce majuelos con alfalfa florecidos alegran la vista y el espíritu; las familias antiguas de los Molles, Aranda, Blanco, Huancas posee cada cual sus majuelos. Algunos caballos sacian el hambre y nos contemplan desde lo alto de su orgullo; en ese momento los envidiamos, pues el hambre ha arreciado: mísera condición humana que ha de necesitar nutrir su máquina para que camine. Con razón, no sé qué santo varón, de acrisolada virtud, lloraba amargamente cuando tenía que sentarse ante las viandas de su parca cena.

Al cabo de un largo trotinar, después de cambiar las mil posturas para ir machucando el asnillo por partes iguales, divisamos algo como una estatua ecuestre, de ébano, que en un promontorio está quieta en actitud de espera y escrutando el camino.

A todo esto el sol ya se despide; ha tendido un tapiz de oro sobre los cerros y sobre las cimas, suavemente; ha ungido, como caricia santa, al volcán que ha enrojado de placer, y a nosotros, que bogamos en nuestros esquifes, nos ha dejado hundidos en la sombra y en el frío nevoso que se levanta de la sierra.

Apretamos el paso, azuzando a las bestias que saben responder del mejor modo a la cariñosa insinuación. Se nos ha juntado el jinete del negro corcel; es un mensajero indio que cabalga su potrillo como un centauro: nos tiende su manita negra y nos sonrío, y esa sonrisa amiga nos reconforta todo el ser.

¡Con qué alegría nos recibe la gente!; suena la murga tocando una marcha triunfal; el subdelegado, el juez, el doctor, toda la crema del

pueblo—y hay que advertir que hay mucha crema— nos saludan como a viejos amigos, y hasta hay besamanos como en los lejanos tiempos de la caballería medioeval. Y las campanas ríen y cantan; desde lo alto, saludan a los dos pobres viajeros que apenas pueden con sus huesos.

El origen del nombre de Putre

Si estas páginas tuvieran pretensiones científicas hablarían de la diversidad de opiniones sobre la materia —**tot opiniones quot capita**— pero como nuestro objetivo es narrar solamente, nos atenemos a la que nos parece más bello y tiene su pulgarada de poesía.

Había en un extremo del pueblecito unas rocas en forma de gruta, de bellas apariencias, que dominaban parte del valle y por allí se filtraba el agua, gota a gota, con un ruido cristalino que decía: “Pit, pit... de allí se arregló el vocablo o se le aplicó el conocido verbo de “**putiré**”, que quiere decir caer la gota de agua con leve chasquido armonioso. De allí a Putre no hay más que un paso, y un económico del tiempo, contrajo la dicción y nos quedamos muy serenos con Putre.

Altura de Putre: tres mil quinientos treinta metros sobre el nivel del mar. En esas regiones se respira con fruición extraordinaria, aunque el frío es a veces violento; entra el aire oxigenado y satura hasta la última fibra; i por eso, para los débiles del pulmón, para los tristes, ya heridos por el primer zarpazo de la trágica, pálida y exangüe tuberculosis, es el clima ideal que los deja, al cabo; de poco, renovados y acerados como si una nueva sangre joven les hubiera limpiado las miasmas pútridas y barrido los hórridos bacilos de Koch.

Habrá cien casas en las tres o cuatro callejas del pueblo, que conserva la misma fisonomía de antaño, cuando I era el obligado paradero de los arrieros y de las tropas que pasaban a Bolivia y al Perú.

Entonces si que era **don pueblo**; dos o tres tambos de importancia acogían a los fatigados muleros y a los personajes que se aventuraban; se llenaban las callejas de hombres y de animales.

Las montañas rodean la planta de la ciudad, formándole una cintura dominadas y regidas por el volcán Putre, envuelto en su alba veste.

El hermoso volcán es el amigo y el compañero de los putreños; se le ve de todas partes, erguido y soberbio, coronado de nubes o luciendo unos joyeles y unos mantos de grana con que el sol lo decora, que ya se lo quisiera el Príncipe de Gales para su coronación.

Con todo, hay que temerle, pues es él y no otro, el que nos comunica en las noches azules de invierno un hielo polar: el frío vencedor penetra por todos los rincones y resquicios; no le importan ni los ponchos ni las gruesas frazadas; sigue su camino hasta posarse sobre los huesos y

convertir al cuitado en un témpano que se acerca al fuego para no morir aterido.

La planta de la ciudad es amplia, y hay recuerdo de que antaño hubo hermosos edificios que hoy conservan solamente el frontis de piedra. Los antepasados, herederos de los fundadores, han muerto, y las familias de ellos no conservan ni el recuerdo de su pasada grandeza; viven tranquilos cultivando sus chacras y sembrados como en el mejor de los mundos.

Un arroyo bullicioso recorre todo el poblacho dándole vida con su murmullo; si no fuera por él, diríase un pueblo muerto, pues apenas se divisa, a medio día, alguna silueta indígena que cruza en silencio la calleja.

Al sur, haciéndole frente al volcán, se yergue la montaña de Auñita, de basalto rojo, con labores naturales, estrías de sombras que realzan su belleza; detrás de él se levanta el Sillacollo, un cerro gris oscuro que le han dado tal nombre, porque aseguran que tiene forma de silla, y aunque el viajero, por más que ponga en aprietos su magín, no le encuentra tal semejanza, pero alaba, sin embargo, la buena voluntad de la gente para hallar símiles tan peregrinos.

Muchas de las familias que hoy cultivan sus tierras o pastorean sus rebaños en el llano, son originarias de la altiplanicie. Vinieron en épocas de sequía buscando el sustento para no morir; el cielo no llovía ni una gota de agua y la tierra era un yermo amarillento donde no crecía ni brisna de yerba; hasta los pájaros habían emigrado a otras regiones hospitalarias.

Putre los acogía entonces con benevolencia; había campos de riego, fértiles rincones del llano, faldeos de la montaña donde con poco trabajo la tierra ubérrima producía abundante cosecha. Y allí se acomodaban a buen viaje, levantaban los cuatro horcones de la choza a la vera de un arroyito y con poquísimo trabajo tenían el alimento indispensable: la papa, el maíz de grano dulce, y la alfalfa para los ganados.

Se quedaban entonces para siempre. Muchas de las familias que moran en los contornos, hembras y varones, llevan grabados a buril, en el ancho semblante, los rasgos típicos de la raza habitadora del altiplano: los Huancas, los Blancos, los Salsuris, los Quispes, etc.

Obra Civilizadora

Pero lo que hay más digno de admiración es la obra civilizadora de los capellanes, obra que no se ha detenido un punto en trabajar sobre el alma indígena, cultivándola con una tesón rara, y esto no solo lo hemos visto los que nos hemos detenido a observar varias fases de esta labor, sino que ha desbordado hasta merecer de las autoridades administrativas, en general parcas en alabanzas, un aplauso justiciero y ardiente.

Así el ex-Gobernador del Departamento don Emiliano Bustos, magistrado íntegro y lleno de espíritu de equidad¹⁸, envió al capellán González una nota bellísima en que celebraba la acción del humilde funcionario sacerdote, con palabras calurosas que deberían ser conocidas de todos.

El capellán Arturo González ha sido párroco largos años en el Obispado de Concepción, donde ha dejado fama de pastor entusiasta; es de carácter jovial, franco, de una abnegación piadosa que lo empuja a afrontar cualquier sacrificio por sus feligreses.

El capellán ha formado estudiantinas de jóvenes, buscándoles maestros para que les enseñen los instrumentos principales; ha vigilado paternalmente la formación intelectual y religiosa de esas almas inculcando los hábitos de honradez y piedad cristiana.

Y la juventud, que es la flor de un pueblo, ha respondido al llamado de su jefe espiritual: los huraños jovenzuelos de antaño, las zagalejas que andaban por los breñales, a salto de mata, llevando al desgaire la revuelta cabellera y huyendo del agua fría como del mismo demonio, ahora, dejaba la bayeta en el fondo de la cajuela y del arcón, y limpias y peinadas, han tomado la vigüela o el mandolino para concertar los sones y dar serenatas y lucir las dotes musicales en fiestas patrióticas y religiosas; y los desaliñados galanes, emponchados, que ocultaban su mirar bajo la negra maraña del pelo crecido, ya van muy pintiparados y aliñados y usan traje de paño y sombrero de paja, y al cuello un pañuelito remolón.

Y esto es lo de fuera, lo que ha revelado el trabajo espiritual, efectuado paulatinamente en los corazones: el trato social ha saltado una octava, el lenguaje se ha refinado y los modales de urbanidad se han ido desenvolviendo y dignificando hasta alcanzar lo que está palpando el viajero, por romo de mollera que sea.

De la estudiantina, cuyo primer ensayo en público pude presenciar con asombro, se pasó a las romerías a los pueblos vecinos donde eran contempladas como de seres de otras regiones por sus antiguas compañeras de andanzas.

Se efectuó una visita para organizar una fiesta de importancia; los artistas se armaron con sus mejores galas, cintas y colgaduras, y llegaron una tarde en sus palafrenes o para cautivar con sus cantos; y el triunfo superó a toda ilusión: cantaron y hasta danzaron en la romería dejando a los vecinos con un palmo, por el donaire y el señorío con que dominaban cánticos y canciones populares.

Escribieron los Estatutos, arrendaron un local, enarbolaron un estandarte y, puesto nombre al rocín, salieron por esos trigos como otros Quijotes

¹⁸ Emiliano Bustos León, fue después-Intendente de Tarapacá y luego de Cautín y más tarde, elegido Ministro de Fomento, desempeñó una labor eficaz. Es actualmente Presidente de la Caja Agraria.

serranos, a buscar socios que participaran de los beneficios múltiples de la institución, beneficios positivos y reales tan dignos de ser tomados en cuenta como los de la caballería andante de los pasados tiempos.

Cuentan, para sus conquistas, con un señor doctor, que es un verdadero estuche por sus variados conocimientos, el doctor Jofré, quien ejerce las funciones de secretario.

El tal secretario es un verdadero lujo en aquella despoblada región; escribe con soltura, como que ha sido periodista en sus verdes mocedades; habla con elocuencia en las veladas y banquetes, y cuando es menester, recorre las poblaciones con sus medicinas para aliviar los males del cuerpo.

En su borrascosa juventud bohemia fue cleróforo de fuste, pero cuando los años amortiguaron los ardores de su sangre, y vino la cultura sólida a ocupar el lugar de la pedantería lugareña, sus sentimientos se afinaron y se abrió su espíritu a una sociabilidad benévola; y fue, al correr de los años, espléndido colaborador en las tareas del cura.

Estampar aquí los beneficios de tal asociación sería cosa vana y pueril; los socios ejercitan las virtudes sociales, la ayuda mutua, la cristiana caridad; se van educando y puliendo con el trato diario; y así se desarrolla el sentimiento de solidaridad.

Es de ver el aspecto serio y noble de los nuevos socios, y cómo se van trasformando y educando con increíble rapidez, a compás de los otros miembros del hogar, los chicuelos que se desasnán en la escuela y las zagalejas que se entonan y hacen resonar sus concertados instrumentos.

Y esto no es todo; el capellán González con su cooperador el capellán don Luis Felipe Escobar, que lo era de Belén, organizaron una sociedad de socorros mutuos que no hay más que ver.

Ardua tarea ha de ser para un pastor enseñar a esos seres que, más ineptos para la educación, están como aletargados por un sueño secular; embotada la inteligencia por falta de cultivo, han de vivir en una especie de sopor lánquido, en una abulia extraña que los hace manejarse más que por movimientos conscientes de la razón, por una especie de instinto elemental.

De aquí que la obra del director de almas haya sido por intuición la de educar la voluntad, más que el entendimiento; la de sembrar hábitos morales, imponer un régimen higiénico de vida, antes que sacudir esa inercia y esa abulia, productos de la raza, del clima y de las generaciones de generaciones que han permanecido en el mismo plano y en el mismo supremo abandono.

Por esta razón Franz Tamayo, el literato y el poeta boliviano, que bien conocía las uvas de su majuelo, al hablar de esta gente de blando carácter y de ingenio elemental, dice lo siguiente, que da a conocer en donde debe fundarse la obra del pastor: “La grande base pedagógica del indio debe ser Su carácter y su moralidad. Es sobre ese terreno donde el

pedagogo debe construir. Resulta entonces que la pedagogía en este caso debe ser más bien una obra de paciencia y de método que de inteligencia y de razonamiento puros.

“Si queréis llegar a la inteligencia del indio debéis dirigiros sobre todo a su voluntad y a su razonamiento.

“La base se operaciones en el indio es su carácter; en el mestizo su inteligencia. Por otra parte, la pedagogía de ambos ha de encaminarse a colmar las deficiencias de cada cual.

“Así necesitamos contener su tendencia al aislamiento interior y estrecho, a la concentración morbosa que se traduce en sentimientos antisociales”.

He aquí por qué, aquella tarde que contemplé con vista de ojos, ni cegados por la parcialidad ni aumentada la visión por el lente de la complacencia y del compañerismo, lo que estos humildes misioneros de la Vicaría hacían por la patria, sin que casi nadie se percatara de ello, y recibiendo tantas veces como único salario una despectiva sonrisa de algún infatuado quídam; me conmoví por ello íntimamente y prometí para mi fuero interno cumplir en primera oportunidad esta deuda, señalando esta labor fecunda y modesta que lleva impresa, í como signo de valía, la huella del sacrificio, labor de todas las horas y de todos los momentos que va difundándose con lentitud y con firmeza, y que merece la gratitud de la patria y el sincero reconocimiento de los favorecidos por tal don.

Hemos recorrido con el Oficial del Registro Civil, don Clodomiro Ronce, las dos callejas del pueblo visitando sus monumentos, la iglesia blanca que en la plaza sirve de refugio a la piedad de los hombres, el cuartel de carabineros donde hace la guardia el aguerrido cuerpo que resguarda la frontera, la escuelita particular donde el joven Vicente Martínez enseña los rudimentos del abecé a unos simpáticos negritos de cabeza blanda como la cera.

Se nos ha venido encima el crepúsculo, y vemos hacia el poniente un toldo violeta de nubes que se tiende hacia las azules cumbres del horizonte; nuestro guía nos señala con su dedo extendido un punto ideal y con emoción, nos dice: “Allí está el mar”.

Nada vemos, por más que aguzamos la pupila, pero adivinamos al amigo lejano, el mar, terso y azul, de nuestra costa dilatada, y desde allí, separados de su presencia por montañas y derrumbaderos y desiertos, le enviamos un saludo. Nos aseguran que en los días serenos se divisa con claridad, y que en las calmas augustas del crepúsculo se oye su lento y ronco jadear.

Le decimos entonces, procurando no plagiar a Quintana:

“Salve fiel amigo de Chile, compañero de sus conquistas y paladín de sus victorias; desde esta cumbre serrana te saludamos como a nuestro Prometeo

encadenado, pues de hecho lo estás a nuestra vida entera y a nuestra gloria. Séños propicio”.

Vamos a visitar a Ochoa, uno de los prohombres de la ciudad, producto genuino de aquel pueblo.

Como quien no dice nada, Ochoa ha instalado, gracias a su empuje, una pequeña industria de tejidos.

A orillas del arroyo ha colocado un telar, movido por fuerza hidráulica con un aparato de su invención; allí muchachitas indias tuercen lana de alpaca, hilándola rápidamente, y en unos rudimentarios telares, tejen ponchos y bufandas de una urdimbre, aunque basta, muy resistente y de hermoso colorido.

Tiene trabajo de sobra; lo que le falta son capitales y operarios para dar mayor desarrollo a su industria.

Filiberto Ochoa

Filiberto Ochoa con su semblante humildito y sus bigotitos lacios, la mirada lánguida, y sus ojos apagados, puede engañar a cualquiera, pero hay que conversar con él para conocerlo. De relativa ilustración, habla con claridad y soltura, y expone con franqueza sus proyectos. Conocedor, como el que más, de la historia de Chile, siempre ha vivido bajo su pabellón y no hace un misterio de sus vehementes deseos de que la soberanía del tricolor chileno sea pronto una realidad.

Otras dotes adornan a este hombre sencillo y bueno como el pan: tiene una voz de barítono bastante agradable, ama su terruño y su hogar con toda su alma, y es leal para sus amigos y para sus superiores con lealtad ciega.

Al volver, nos topamos manos a boca con una anciana centenaria, un montoncito de charqui de color terroso, que toma el sol a la puerta de su choza, mientras que su tataranieto se revuelca, desnudito, jugando con un gato comido de arestín; es una típica indígena.

La viejecilla tiene una despreocupación encantadora; nos contempla haciendo pantalla con su mano esquelética, de hinchadas venas violadas, y sus pobres ojos hueros, revueltos, sin pupilas ni pestañas, no aciertan a distinguirnos.

A grito herido la interrogo, y la pobrecita distiende sus labios descoloridos en una mueca de calavera; ha querido sonreír. Luego hace un esfuerzo para hablar y de lo hondo le sale una voz desteñida como si hablara desde el abismo de los siglos. Vive solo corporalmente, su alma cumple el plazo, encarcelada en su cárcel de huesos y pellejos, esperando la hora libertadora y que caiga aquel mísero tabique que la separa de la luz.

Le muestro el crucifijo, y vuelven a distenderse sus labios marchitos y ha vibrado un resplandor en lo profundo de aquella mirada viscosa; lo ha conocido y lo ha saludado con regocijo.

Para llegar a esas alturas y en tal estado, casi, casi no valdría la pena vivir; así y todo, aseguro que si le preguntara, se agarraría a la vida, y qué vida, como un náufrago.

¿Y no es esta una ley universal, que el hombre se apegue a su mísera vida aunque ésta se le vaya escapando a raudales por todo el ser deshecho?

Mientras que el chicuelo gorjea y le tira la cola al gato celebrando sus maullidos, pienso que habría tema para una Dolora, con bastante miga filosófica, y con pesar me despido de la viejilla que me ha hecho meditar un momento sobre el pasado.

Luego vamos a la mansión señorial de don Cloro, que está frente a la mole del Auñita; es una casona antigua de espléndidas apariencias, la mejor de la población.

Todos los viajeros se hospedan bajo el techo hospitalario del amigo Ponce, quien se desvive por atenderlos con una cortesía de castellano viejo.

Por su casa, un sí es no es triste, han desfilado autoridades civiles, militares y religiosas, intendentes, gobernadores, obispos, y han recibido una hospitalidad cariñosa y franca que no ha dejado que desear.

La casa aquella, construida por arquitectos criollos, y según el gusto regional, tiene un aspecto de claustro; la primera pieza amplísima, con una ventanuca que da a la calle y al monte, produce la impresión de un locutorio conventual con mucha penumbra y mucho silencio.

La iglesia, con su torrecita separada, donde las campanas llevan la voz alta en los acontecimientos culminantes, está encalada de blanco y decorada por el industrioso artista Ochoa.

Las antiguas imágenes, que ponían miedo en el corazón con sus caras foscas y sus barbas revueltas, han sido trocadas por los capellanes y gracias a la munificencia del Obispo, por bellísimas imágenes modernas que elevan el ánimo.

Hace luengos años, un capellán quiso introducir algunas reformas en las fisonomías de ciertas beneméritas imágenes, un San Jerónimo ceñudo y un San Miguel de enorme casco, y hubo una escandalera y vocería que, por nada, arde Troya y sale encumbrado el Tata.

Los capellanes han comprendido que es deber de ellos elevarles el concepto religioso y extirpar los errores y supersticiones que afean la doctrina de Jesucristo que profesan.

Les han enseñado que el culto que el cristiano ofrece a las imágenes, que la oración que los labios profieren, no se detiene en esas imágenes, en la madera o en el yeso o en la piedra, sino que sube hasta el trono donde el santo mora.

Esas imágenes hacen las veces de piadosos recuerdos para mantener la atención y recoger el ánimo; son como los retratos de las personas queridas, que el hombre conserva con cariño para evocarlas cuando están ausentes.

Estos conceptos, repetidos una y mil veces y bajo diferentes formas, y con símbolos y comparaciones familiares, al fin se graban en la mente y, poco a poco, la idea religiosa se depura.

El pueblo ha cedido de buen agrado y tanto más, cuando ha visto las bellas imágenes que ocupan el sitio de las antiguas y rudimentarias esculturas.

La reflexión ha hecho el resto; todos se han sometido a las decisiones precisas de los enérgicos y a la vez bondadosos Tatas.

La reforma se ha extendido también a las ceremonias del culto; recuerdan los nativos aquellas procesiones de Semana Santa, que salían entre gallos y media noche, y en las que participaba toda la gente con los varones vestidos de blanco, que hacían las veces de sayones o de personajes en los pasos de la Pasión.

Todo el pueblo formaba en el fúnebre cortejo, y ocupaban lugar preponderante las andas del Señor sepultado.

En cada estación se detenían, rezaban breve plegaria, cantaban y los comedidos alféreces brindaban, primero a los cargadores de las andas, luego a los varones y después a todo-el concurso, sendos tragos de ponche.

Se comprenderá que la procesión aquella se iba alargando y eternizando hasta el amanecer, y los más devotos y los más sufridos y ardorosos en su devoción salían primero alumbrando el camino y retornaban totalmente alumbrados. Era aquello un sacrílego abuso y los capellanes con energía lo suprimieron de una plumada.

Jurasi

A unos cuatro kilómetros de Putre, hay unas vertientes termales de cuyas maravillosas cualidades medicinales se hacen lenguas los vecinos.

Hemos ido a visitarlas de un galope; el camino es malo, lleno de piedras y hondonadas, que no han recibido jamás la visita de algún caminero.

En una cuesta áspera, nos topamos con el afamado manantial.

De dos caños ocultos en la profundidad de la tierra brotan aquellas corrientes que tienen su origen en alguna capa volcánica; una de ellas es sulfurosa y la otra ferruginosa y, ambas combinadas, producen efectos para el reumatismo y las enfermedades infecciosas del estómago; han referido los panegiristas casos extraordinarios como el de un señor a quien llevaron en camilla con sus extremidades hinchadas y rojas que le impedían moverse. El paciente lloraba de dolor, habitó la ruin casita

donde han labrado en la roca viva un estanque, se bañó una semana y las aguas de Juvencio le volvieron la salud y la alegría.

En esa agreste soledad existen tres seres a quienes considero los invisibles guardianes del milagroso sitio, seres austeros que no exigen ni alimento ni vestido y son fieles hasta la muerte a la misión que el cielo les ha confiado: no son ni brujos, ni encantadores, ni turistas, son tres eucaliptos desgredados que parecen vestidos de andrajos y se inclinan ante las aguas sulfurosas como para decirles algún ensalmo, cual si ellos fueron los tres magos de la abandonada región.

Cuando sopla el viento serrano que viene desde las cumbres más altas, ellos se agitan con un rumor largo, y sus ramazones se sacuden acompañando la acción al sonido como de embrujamiento.

El huracán los empuja en estafalarías reverencias y les dobla la esbeltez de sus talles y pretende arrancarlos rabiosamente de aquellos sus dominios desiertos; pero ellos se mantienen arraigados por sutiles raíces de acero a la costra de tierra vegetal: se tuercen hacia la tierra enrojecida como si fueran epilépticos.

Pasa la hora tormentosa y ellos recobran el dominio de sí y erguidos y fieros se envuelven en la púrpura del sol con gesto desdeñoso para continuar eternamente la misión de custodios y de índices de aquella quiebra rocosa en que brota el agua de salud.

El agua está muy caliente, cuece un huevo a los cinco minutos y desuella a un cristiano a los diez, y para el sabor es mejor que la Panimávida y que la de Vichy.

Un buen amigo indígena nos ha ayudado en la tarea de llenar el pequeño estanque y enfriar el agua, removiéndola con un palo.

Pasan dos horas y creemos que ya uno puede experimentar sus efectos maravillosos y curarnos en sus ondas de cristal de las magulladuras y molimientos del viaje, y realmente un calorcillo tónico nos circula por todo el cuerpo, enrojece los músculos y nos arranca en pocos minutos todo el cansancio y la “macurca” que nos tenía a mal traer.

En esto el doctor, con tono enfático, como un orador parlamentario ante el concurso de sus admiradores, nos endilgó un discurso sobre la composición de aquellas aguas milagrosas y sus propiedades, y cómo se imponía que el Gobierno, patrocinador de toda obra destinada a aliviar las miserias de los ciudadanos, debería construir allí mismo un grandioso sanatorio y una línea de ferrocarril y un hotel.

Y con esa base que el doctor nos daba, levantamos tales proyectos de construcciones y soberbios monumentos y hoteles, que si pudieran algún día realizarse, Jurasi, el microscópico rincón de la montaña, pasaría a ser el primer balneario de Chile.

Por suerte nuestros fenomenales proyectos y planos para lo futuro, solo quedan en la etérea región de los sueños.

Dejamos sin embargo constancia de la virtud de estas aguas, y que bien vendría que los munícipes arreglaran el camino y construyeran alguna pajiza choza para albergue de peregrinos enfermos, o que algún ricachón excéntrico, compadecido de la dolorida humanidad, legara unos cuantos pesos para dejar habitables los baños termales y con ello, si no se inmortalizaba por los siglos de los siglos, pasaba raspando.

Tranco a tranco, regresamos a la querencia plácidamente conversando, mientras avanzaba el crepúsculo dorando las cimas altas y arrebolando el cielo en los lindes del mar.

Algunos pichunchos granujas nos despiden desde los chilcayes con su trino repiqueteado.

Desde esa cima del montañal, a que hemos llegado, divisamos los tres seres vigilantes, envejecidos y negros por la distancia y la hora, y nos confirmamos en nuestra opinión primera: son ellos las señales vivientes que el cielo ha colocado en Jurasi.

SOCOROMA

El camino a Socoroma es espléndido; sube primero en zig-zag sin violencia, y, desde arriba el panorama se va dilatando y embelleciendo y los potreros convirtiéndose en vergeles y el pueblucho de Putre, transformándose en una nivea aldea de idilio.

Es mucha cosa ver el mundo desde la altura; la perspectiva finge matices discretos, borra deformidades, suaviza agrios contornos, y la buena luz del cielo, mejor que un pincel de magia, da pinceladas maestras con el verde violento de la campiña, el añil del cielo, el plomizo de los caminos, el rojo atenuado de las escarpas y el indefinible de las aguas que corren, espejeando lo que a su paso encuentran.

Antes de dos horas, nos hallamos al frente del caserío que, desde el sitio donde nos hallamos, se nos presenta como un castillo feudal.

No con la imaginación calenturienta del Quijote inmortal, que tomaba las hosterías y posadas del camino por formidables fortalezas, comparábamos nosotros, desde lo alto, aquella mole cenicienta con un castillo medioeval.

Con poco trabajo hallábamos las partes principales de esas pretéritas fortalezas en aquel caserío; los torreones altivos con las oscuras saeteras, la torre del homenaje que lo era el campanario de la iglesia, en una riente explanada, y el puente levadizo y la portada y el rastrillo y el ancho foso que rodeaba, y de yapa, un monte enhiesto; a cuya sombra lucían los edificios los claros-oscuros, sombras y luces de un agua fuerte de algún maestro clásico como Rembrant. Y los socoromeños, para corresponder a su señorial morada, se mostraban a la manera de belicosos señores de horca y cuchillo, pues se mantenían cara a cara ante los jefes y levantaban pendones contra las autoridades, ya fueran éstas civiles o religiosas. Así se cuenta de un señor Humire, de rancios abolengos, que fue primero amonestado por su Pastor y luego, excomulgado a velas apagadas, por no sé qué cuestiones largas de contar; y, sin ir muy lejos, hoy mismo los señores principales han defendido los derechos de su iglesia contra un, señor vecino, por un, engorroso asunto, de unas chafalonías sacras.

El Obispo intervino para arreglar las cosas del mejor modo, pero los taimados señores de horca y cuchillo por esas; no cejaron ni un ápice, encerrándose en un mutismo displicente que daba grima.

Nos detenemos ante el portalón de la casa del inspector de distrito, señor Vega, quien nos atiende con gentileza y nos lleva a visitar la escuela, regentada por su esposa doña Ana. Y doña Ana es una joven pedagoga que mantiene su colegio en un orden y un esplendor maravillosos; orgulloso nos sentimos de tal colegio, donde los indiecillos están limpios y lustrosos, y las chicuelas con sus trenzas peinadas, y sus immaculados trajecitos dan indicios claros de que aquella infantil mesnada se ha asimilado lo elemental de la civilización, la limpieza del cuerpo, que tantas veces es signo de la del alma.

Interrogamos a los chicos sobre los diversos ramos que la maestra les enseña; la seguridad y el aplomo de las respuestas, todas satisfactorias, nos confirman en nuestra idea primera: esa “mestrita” de la sierra, menuda y de ademanes infantiles, ha sabido comprender en toda su belleza el apostolado de la educación y no se contenta con cumplir puntualmente sus pesadas labores, sino que educa, forma los corazones y las almas y les infiltra con paciencia las virtudes cristianas y el patriotismo y la honradez y la laboriosidad.

Célebres también son los campos de Socoroma por la papa que en ellos se cría, la más sabrosa/Suave y blanca de toda la Sierra. Ello se debe a la virtud de las aguas que llevan disueltas sales de magnesia y sulfato de aluminio y otras sustancias químicas que abonan la tierra y adoban la patata, que es una bendición.

Si la papa es así, se ha de calcular fácilmente qué pebres se fabricarán en los fogones, y qué prodigios culinarios harán esos cocineros montareces, cuando la papa es el elemento indispensable.

Por esos papales anda perdido un cocinero real, un verdadero artista en la materia; tan diestros en preparar un panqueque, como armar una cazuela a la chilena, de esas que nos producen la nostalgia de los campos del sur: por eso los socoromeños se muestran orgullosos de su hombre, lo muestran a los viajeros y lo prestan a los villorrios vecinos cuando hay algún acontecimiento notable. Es lástima que no recuerde su nombre, para consignarlo en estas líneas como un homenaje.

A falta de periódicos que llevan las noticias del día a todos los oídos, está todavía en uso en esta tierra el pregón, el anuncio de viva voz. Para este oficio se ha hecho el pregonero, cargo honorífico que las autoridades lo obsequian a algún vecino que, además de buena voluntad, tenga vozarrón respetable.

Avisaron mi llegada al funcionario, un indio joven, bronceado, pitado de viruelas y además ciego, que obedecía al poco poético nombre de Cayetano. Llegó Cayetano sonriente y, como viejo amigo, me tendió la

mano preguntando sobre las noticias que iba a comunicar, hora de misa, procedencia del viaje, cita a los vecinos.

Guardó en su memoria las nuevas que iba a desembuchar, miró con sus tristes ojos hueros, la cumbre y, requiriendo su garrote, que le servía de Lazarillo, se trepó a una peña del extremo del pueblo, y, sin más ni más, con un retumbante vozarrón, comenzó la tonada, haciendo retemblar el aire con el armonioso idioma de la Sierra.

Cada período de su discurso lo adornaba con un ringón rango lastimero, que era de soltar el trapo a llorar.

Cayetano repitió dos o tres veces su pregón y, con la conciencia del deber cumplido, se fue a merendar su picante, antes de dormir. En las grandes solemnidades va acompañado por un secretario privado que le guía y entonces, su estilo y su voz suben algunos grados en consonancia con la fiesta.

Una Huaca

En los anales de Arica ha sonado ya hace luengos años, el nombre de Socoroma con motivo de unas huacas que habían sido descubiertas y que encerraban tesoros fabulosos, ante cuya presencia, los de Aladino, el de las “**Mil y una**”, eran una pata de jaiba.

Las huacas son sepulturas de indígenas, muchas de ellas en forma de pirámides, fabricadas de adobón o de piedras. Es una palabra **quechua** que primitivamente significó **cono o pirámide**.

Las apariencias externas de las huacas son las de un cerrillo, pues se disimulaban las gradas con capas de tierras.

Creían los indígenas a pie juntillas, como todos los pueblos del mundo, en la inmortalidad del alma, imaginándose que los espíritus, unidos a los cuerpos, necesitaban hacer larguísimo viaje por la región de las sombras. Por eso enterraban a cada cual con sus provisiones indispensables y con una bolsita de coca, trozos de carne tostada, y las armas para los combates de ultratumba: el guerrero debería tener su carcaj lleno de flechas de coligue con el extremo de sílice, cortante como el acero; el artesano lleva su cuchillo de cobre, **el tumi**, que es afilado como navaja y los utensilios de su profesión; las mujeres, con las ollas y vasijas de barro de curiosos dibujos, con esos misteriosos símbolos de la Trinidad, y las damas principales, con los abalorios de plata y hasta de oro, aros y pendientes de valor, agujas de espinas de pescado, algunos instrumentos de madera cuyo uso aún se ignora, y cántaros finísimos para el aguaron unos colores tan firmes que conservan todavía un hermoso matiz.

Los cadáveres, casi sin excepción, se hallan en cuclillas; a veces están amarrados con cuerdas vegetales, y mantienen los brazos en cruz, vueltos los puños hacia el pecho.

Hemos visto que algunos llevaban aferrado en la mano algún talismán, un trozo de piedra con algún grabado, y tenían el cabello caído a los ojos o sujeto por medio de espinas de pescado.

Como el terreno es salitroso, la carne se ha secado, y los rostros conservan imborrable en los oscuros rasgos del semblante, el último gesto con que la libertadora muerte los sorprendió o el asombroso la dulce quietud del sueño.

Seres humanos como nosotros, que vivieron su vida sin complicaciones ni raras inquietudes, nacieron, sufrieron, amaron en íntimo contacto con la naturaleza, y en las horas de angustia tras de las nubes, buscaron en los palacios del Sol, un consuelo para sus males, y cuando la hora sonó, se recostaron para dormir el sueño del cual no se despierta sino en el día de la ira.

¿Para qué perturbarlos, alabeándolos de sus lechos de tierra, para qué' dejarlos allí expuestos a la curiosidad de los hombres?

En la historia interesantísima de El Corregimiento de Arica, por el doctor Dagnino, encontramos la petición de un blanco, de un español, que solicitó y obtuvo facultad para desenterrar los tesoros de una famosa huaca de Socoroma, el 27 de Mayo de 1630.

Se llamaba el español Manuel Sánchez Durán. y era hacendado del valle de Lluta.

El documento en cuestión es curioso y dice así:

“En la ciudad de Arica, en 27 días del mes de Mayo, año de 1630, Manuel Sánchez, de esta ciudad, se presentó ante el capitán Juan Baustista de Ureta, tesorero de la real hacienda y teniente general de corregidor y justicia mayor de esta ciudad, y manifestó que tenía noticias de una huaca que dicen tiene dentro un tesoro, que se entiende, será de plata y oro y otras cosas de valor, la cual está en el guaico de las chacras de Socoroma de esta dicha jurisdicción, en el cual pueblo viejo de indios de Socoroma; la cual está arrimada a la barranca del río en la plaza del dicho pueblo viejo; y pidió a su merced del dicho señor teniente que, en conformidad de las cédulas y provisiones de Su Majestad y demás ordenanzas que de esto tratan, le dé licencia para poder labrar la dicha huaca, que, hallaba, está presta de cumplir con lo que su Majestad mande”.

La autoridad dio el anhelado permiso al teniente Sánchez Durán, para que pudiera buscar la huaca, “con calidad que la ha de comenzar a labrar dentro de un mes de la licencia, prosiguiendo la labor de ella por la parte que le pareciere, hasta haberla labrado y hondado— de cuatro estados de hondo y de largo estando obligado a tenerla poblada y que la labre de ordinario con dos negros y cuatro indios con apercebimiento que no la cumpliendo, se dará por despoblada a cualquier otra persona que la pidiere”.

Del resultado de aquel sueño, nada dicen las crónicas: seguramente el teniente volvió a su hogar pobre y descamisado para seguir algún otro rastro y mantener encendida la esperanza en otra fabulosa riqueza, que si el hombre no anhela doradas o verdes esperanzas que alimentar en su magín, la vida se le convierte en un páramo.

He aquí la razón por qué durante la velada que pasamos en Socoroma, al amor de la lumbre, mientras afuera corría el viento ululando, nosotros escuchábamos las consejas de los contertulios, las ruinas de la aldea antigua petrificada por el cielo, por algún horrendo e ignorado, crimen o las aventuras tenoriescas de Indalicio, alias “el Indio leso” en su lejana y borrascosa juventud de arriero serrano.

TIGNAMAR

Don Nolasco, el sin par subdelegado del villorrio, me enviaba un mensaje de saludo y una galante invitación a celebrar en su ínsula la fiesta de la Asunta, como llaman los regionales a la fiesta del Tránsito de la Virgen, que es la solemnidad patronal del pueblo.

Para hacer más formal y apremiante su llamado, nos envía el vehículo que nos va a llevar: un ético caballejo de filudo lomo, puro pellejo y cola. Un indiecillo lo arrastra del cabestro y nos interroga con la mirada.

Nos da compasión por nuestra ya tan aporreada humanidad, que lleva a costas leguas y leguas; pero el gesto amigo del subdelegado invitante, cuando nos rogaba que le acompañáramos; la pobre gente, que ha confiado en la voluntad del Tata, infatigable; todo es una fuerte incitación, y aceptamos.

El subdelegado aquél, es todo un patriota; hombre ya cuarentón, se ha encerrado en su poblacho y con su colega y amigo, el juez don Fernando Tobar, gobierna su plebe con la misma prudencia, discreción y tino que un mandatario de alto coturno.

Cenceño, fornido, de gran vozarrón, se ha hecho amar de su pueblo, quien adivina la bondad de alma que se oculta en esas hirsutas y bravías apariencias.

Don Nolasco ríe jovialmente, dejando escapar por entre sus bigotes el raudal de su inagotable risa; nos dice que es radical, pero católico, y pertenece a este partido, porque es necesario en todo tiempo, comer con apetito; además está de novio, y solo espera una oportunidad para contraer.

A este modelo de magistrados serranos, es a quien vamos a visitar en nuestra excursión apostólica. Junto con nosotros van algunas familias de Belén; los Catacora, unos tres Zegarras, León, Alanoca, Don Alejandro y su cuñado don Emilio Santos y otros cuantos de la turba.

Las familias arrear con sus “cacharpos” y “monos” y los varones amarran en sus pellones y enjalmas, las “viscacheras” y las alforjas para el condumio imprevisto.

Juan de Peña

Como heraldo de la comitiva hemos designado a don Juan de la Peña. Cualquiera, al leer tal nombre, se ha de imaginar un hidalgo “de los de lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor” y ni por un instante imaginará que, bajo el nobiliario apellido, se esconde un indio aymará de aspecto bizarro, algo hirsuto, moreno aceitunado, con rebeldes crenchas hispidas que le invaden hasta cerca de la frente.

Juan de la Peña está enjaezado como un correo incaico; sus llicgas lujosas le cuelgan, atadas a la espalda, con mantas que le han de servir de lecho, y en una bolsa está lista la coca que va a alimentar la brutal resistencia del primer mensajero del pueblo.

Este Juan de la Peña, es curioso tipo: ha emigrado de las sierras del altiplano, huyendo de su hogar, barrido por un viento tempestuoso, y ha hallado albergue y trabajo y amigos en el socorrido Belén, en donde ejerce los oficios de pastor, sombrerero, sacristán y peón, según las circunstancias.

Algunos, sin conciencia, lo han explotado, pero él no protesta ni se queja: “El Tata Dios le envía los nublados y los soles, el pan y la coca, y basta, y cuando hay fiesta sonada se reconcilia con sus semejantes, sumergiéndose en la Nirvana silenciosa y lacrimante, con los vapores del alcohol y la anestesia de la ambrosía de su tierra.

Es íntimo amigo de las autoridades y del Tata y les guarda una fidelidad conmovedora; recibe cabisbajo sus reprensiones y consejos, y como signo de sumisión absoluta e incondicional, besa la mano que le presentan.

“¡Oh indiecillo menguado de la Sierra, prototipo de una raza en decadencia, llevas en tu ser todas sus virtudes, y sus vicios: la fidelidad, la abnegación, el sufrimiento y el servilismo, la pereza, la desconfianza.

Tu sangre, ennegrecida con tantos años de cautiverio y de esclavitud moral, va corriendo con sobrada lentitud para alimentar tus músculos de arcilla, pero hay en tu espíritu un dolor tan hondo, tan humano, tan desolado como si la inmensa aridez de la sierra pesara como lápida sobre tu estrujado corazón.

Hoy he evocado tu imagen y he sentido muy cerca latir un corazón bueno y humilde, que se dejaría matar sin murmurar una queja por servir a tu señor, el Viracocha que preside tu destino terrenal”.

Pronto vamos galopando hacia el norte, a tomar el sendero de la montaña.

Los más mozos de la cabalgata se lanzan con ímpetu a la punta, a lucir sus cualidades de jinetes o la destreza elemental de sus “chunchos”, como llaman despectivamente sus enemigos a los caballos nativos del valle.

Va el camino faldeando la sierra; es angosto y pedregoso y se eleva paulatinamente. Desde allí podemos divisar el vallecito de Yactire, donde

unos alfalfales de esmeralda y dorados sembrados de trigo, ponen una nota alegre en el conjunto grisáceo.

Muy lejos, una choza de pastor rompe la armonía: una delgada columna de humo azul nos indica que algún ser humano prepara su “chupe” a esa hora temprana.

En Yactire, tienen sus cercos los hermanos Santos y los Astiguetas, de la estirpe belenita, y envían sus peones a regarlos y revisarlos un par de veces por semana.

Una tarde, casi al anochecer, nos perdimos en aquel rincón florecido; con mis vacilaciones introduje las dudas en el ánimo del baquiano que me guiaba.

Me dejó plantado en medio del camino, y al trote, volvió a tomar el rastro de algún arreo de mulas que nos había precedido.

Husmeó el aire, tendiendo el cuello hacia el viento –que soplaba a nuestra espalda, a la manera del perdiguero, cuando buscaba el rastro de la pieza herida; luego galopó hasta perderse tras una colina escueta, al cuarto de hora le vi venir de nuevo, siguiendo la huella, cogida al vuelo. Tenía su caballo fatigado por la veloz carrera y miraba el rastro semiborrroso, oculto para los ojos profanos; estábamos salvados, había hallado el camino antes de anochecer.

Antes de penetrar en plena montaña, pasamos por las rocas que se abren a un lado del camino, conocidas con el nombre de **Tojotojone**; son curiosas y extrañas, tienen graciosas grutas y concavidades, como si el agua, filtrada en épocas geológicas muy lejanas, hubiera labrado con incansable tesón.

La gota de agua constante y silenciosa, y luego los aludes que se desencadenaron de las enhiestas cumbres, terminaron la obra.

Por allí pasan todos los viajeros que vienen del sur o del poniente, y las duras pezuñas de los mulares y de los borricos de carga han pisoteado millares y millares de veces aquel sendero. Por eso Streeter ha lanzado una bella idea a los belenitas: colocar en uno de aquellos nichos naturales un Crucifijo de gran tamaño para que los caminantes, que van a correr tierras con sus tropillas y los que aventuran por la pampa bravía, como sobre tablones, sobre el afilado lomo de un mísero caballejo, confíen al Señor, suficiente, sus cuidados y sus esperanzas, entreguen al Cristo amigo el hogar huérfano y los desarrapados chicuelos, que aguardan el pan del mañana, y los que regresen al rincón querido, vean lo primero al Señor enclavado en el tosco leño que les tiende los brazos ensangrentados para estrecharlos contra su corazón, a ellos que son los más peregrinos y los más desamparados de sus hijos. Bella idea en verdad. Quiera Dios que la realicen.

Y hétenos aquí trotando con gran serenidad por el polvoriento camino bajo un sol tibio e inofensivo todavía, pero que a las claras, promete futuro esplendor.

La lucida cabalgata va diseminada, según las inclinaciones y los genios; algunas amazonas azotan a sus palafrenes y hacaneas (“para darles un nombre poético que les sienta, a esos pobres pingos, que si usted les quita el nombre se quedan en el puro esqueleto”). A mi lado una anciana lleva su alazán alborotado, y lo peor es que el pobrecillo es tuerto, y no sé cómo se las compondrá para no tropezar con los peñascales del camino.

El veterano don Chumas se zangolotea en su caballo tordillo, en un trote asperísimo que le va machucando todas las fibras. ¡Es claro!, si aquella pobre bestia, derrengada y crinuda, con apariencias de lobo marino, está pidiendo a gritos jubilación con sueldo íntegro. Pero el buen veterano no afloja; como que él es incansable para el trabajo y le saca el jugo a sus fincas, vende pan y hace charque y prepara sebo, y teje y hace mantequilla y queso, y siembra y quema carbón y vende guano y carnea reses, y pastorea llamas, y cosecha chalas y papas, y comercia con los marchantes, y manda a sus siervos al pueblo, quiere que su bestia vejancona le sirva hasta el postrer aliento, y por eso la pobre jadea y echa el quilo, respondiendo con fidelidad heroica al llamado de su exigente y tiránico señor.

Pasamos a su flanco, y él apenas nos mira; va preocupado seguramente de sus peladuras y machucones y de capear del mejor modo los golpeteos insufribles en la enjalma durísima.

Aunque los romeros, que van en jubilosa comitiva, son gente de buena catadura, católicos a las derechas, nos asalta a veces la duda del objetivo final de tal peregrinación: es la Asunta o el olorcillo del picante y los redobles y rasgueos de la guitarra sandunguera.

De nuevo surge al espíritu la interrogación apremiante: ¿Por qué en la mente indígena van inseparables las dos ideas: el jolgorio y la solemnidad religiosa, el alcohol y el incienso?

Fuera de toda duda, los jefes de antaño seguían plácidamente la corriente o le daban alas, considerándose impotentes para oponerle un dique eficaz.

Venían de la masa común, estaban formados y educados en ese mismo espíritu rutinario y casi materialista y hallaban que era saludable mantener al indio sumergido en ese negro caos de superaciones y de fiestas. Además, aquel nivel ínfimo del infeliz serrano, solo hallaba plena satisfacción dando rienda suelta a sus goces brutales, atrofiados el corazón y la mente para elevarse a otras regiones más puras y serenas.

Y la máxima única habría sido no cejar jamás o perecer en la demanda, instruir sin cansarse, día y noche, con esa paciencia indomable de los misioneros de verdad, estudiar la idiosincrasia del hombre en la situación y acomodarse a esa idiosincrasia para irlo sacando poco a poco de aquel estado de vergüenza.

Otra causa y no la menor era que el Tata solo ha ido a esos abandonados caseríos en la época de la solemnidad; según el decir de la gente,

“cuando hay que correr la fiesta”; el resto del año aquéllos quedaban en el más absoluto y triste desamparo. Jamás primeras comuniones, predicaciones instructivas y morales, reuniones para tratar asuntos relativos a la higiene, a las comodidades, al gobierno local.

Por las conversaciones tenidas con la gente que nos acompaña, gente ingenua que nos habla sin prejuicios ni reticencias, uno se explica muchos problemas que aparentemente no tenían solución y hay que ahogar en lo hondo una condenación a velas apagadas de aquéllos que fueron directa o indirectamente culpables de aquel estado afrentoso.

Y... ¡al galope! que el tiempo urge, la caravana ha subido y bajado quebradas y nos lleva gran ventaja.

Muy lejos vislumbramos la silueta empequeñecida del indio: ha emprendido un trotecillo cansón que le hace tragarse las lenguas como el gigante de los cuentos infantiles.

La montaña nos recibe con huraño gesto de reina salvaje.

A pesar del sol, que va caldeando los faldeos y rebrillando con fulgor de oro puro sobre las cumbres grises y rojizas, la áspera monotonía de la sierra nos envuelve como un manto. El paisaje se nos mete dentro del ánimo y apaga toda nota de alegría y de dolor. Por suerte, no somos novicios en el arte de viajar, podemos interpretar la grandeza uniforme de la serranía y espolear la imaginación para no amorrodarnos en esa quietud extraña.

Al galope tranquilo, vemos pasar cerros y hondonadas, donde la vegetación participa del gris ambiente; yerbajos esmirriados y secas varillas claman hacia el cielo insensible por algunas gotas de agua. Los cactus gigantes, verdosas serpientes tropicales, se yerguen, como hipnotizadas, hacia la cumbre, tal si un Fakir las dirigiera desde lo alto con la mágica varilla de los encantamientos.

A veces en lo hondo, divisamos un fresco manantial que va corriendo y cantando a la sombra de los chilcales, con la inconciencia de un niño; matas de cola de zorro o cortaderas elevan sus albos penachos, abanicando el agüita infantil que alegra el corazón con su música.

Ganas nos dan de dejarnos caer allí cerca, atar el caballejo, ya espumante de sudor, y sumergirnos con el cuerpo y el espíritu en ese manantial bienhechor. Pero el escándalo que se levantaría.

La gente honrada y de bien, en estas regiones altas, huye del agua fría y corriente como de mortal enemigo. Viejas conozco yo que jamás han mojado en el líquido santo sus carnes momificadas.

La mugre se cultiva con el esmero de una tradición secular, que se remonta a tiempos prehistóricos.

Y los lujosos Incas se daban sus baños espléndidos en tasones de mármol y limpiaban sus palacios y sus mansiones como pulcros romanos.

Hemos cruzado Lupica, un simpático vallecito sembrado con dos chozas de importancia; en una de ellas mora el poderoso señor Jacinto Alanoca, tronco de la estirpe alanoqueña; anciano y todo, cultiva con su mujer y sus vástagos numerosos aquella tierra de sus mayores. Hace pastorear sus rebaños en el alto y se da la gran vida con la serenidad de un cacique y la filosofía de un califa.

A las pérdidas, baja al pueblo en su cuartago obscuro, hace las compras y brinda con el vino codpeño a la salud de su pueblo y de su mesnada.

Aunque renguea un poco, no hay mortal más feliz que él. Es seguro que ya ha emprendido el viaje sagrado a Tignamar, ya que como cabal serrano no deja tiesta sin solemnizar con su presencia.

Después de una media hora de viaje, hallamos a un grupo de romeros que nos aguardaban a la sombra de una roca, roca fresca que hasta tiene humedad y vegetación y asientos naturales y es para nosotros una asilo seguro contra el sol que ya domina sin rival sobre la enorme llanura y sobre el bravío montañosal.

Los previsores jefes llevan en sus morrales: limonada, agua y hasta fruta, de tal manera que aquella paradilla es providencial; se aprietan las cinchas y se acomodan las enjalmas y los nobles brutos seorean y descansan para seguir la marcha.

Don Chumas se ha apartado del trato de la gente con su cara mitad, y golosamente ha extraído de sus capachos de cuero un pollo flaco, cabezas de cebolla y media botella de vinillo generoso y ¡qué tigre! hasta un postre, una chirimoya madura, cuyo jugo al partirla le chorrea el mismo codo. Nos contentamos con mirarlo comer, y antes que la hiel se nos reviente, partimos al trote.

Entre tanto, Juan de la Peña no se ve; interrogo, indago; nada, un jinete lo vio hace rato descansando en un recodo, entre las rocas, después nadie lo ha visto. Comunico mis dudas a Zegarra, pero éste sonríe: “Las cosas tuyas, dice, ese lagarto jamás se extraviará, ha venido de Bolivia a pie y es capaz de andar quince días comiendo solamente coca”.

Y es la verdad; poco rato después lo vemos brotar como del suelo y secarse el sudor con el dorso y emprender el trotecito consabido, de perro zorrero, hasta alcanzarnos; está fresquísimo y tal vez mejor que nosotros, ha dormido un rato, ha mascado tostada (maíz tostado) y listo está para llegar al fin del mundo.

Aquel esmirriado indio, flacucho, feo como quiltro, comienza a causarme admiración y se me va convirtiendo en héroe, tan digno de la inmortalidad como aquellos hermosos griegos que obtenían el triunfo y la honra de ser cantados por Píndaro en aquellas soberbias Maratones de la historia.

Ya veo a mi Juan de la Peña con traje blanco, como un moscardón en leche, y coronado de laurel y con la lliglia a la espalda!

Un empresario norteamericano podía venir a estas serranías a cazar a algún futuro vencedor de la Maratón mundial y hallaría media docena de inmortales, capaces de darle ciento y raya al corredor más liebre, con tal que le proporcionaran para sostenerle un tambor de coca, un tarro de alcohol y una fanega de tostada.

Mientras así pienso, Juan de la Peña se me ha perdido otra vez. Tomándome la delantera, ha cortado por lo más sano y, como la recta es más corta que la angulosa, lo veo desaparecer en una hondonada, confundido con la arcilla de donde procede.

A esa altura, dos cóndores gigantescos, macho y hembra, van planeando sobre nuestras cabezas; a veces quedan extáticos, con las alas enormes extendidas, como si estuvieran clavados en el raso del cielo, pero luego se elevan y airosamente trazan un zig-zag, digno de los ases de la aviación.

Me figuro que los dos señores del cielo y del montañal nos miran con lástima no exenta de desprecio: somos para ellos intrusos al atravesar por sus dominios, arrastrándonos en nuestros caballejos de juguete, mientras que ellos se beben el sol, aspiran el aire oxigenado y, con ojo experto, recorren las cumbres más lejanas. Han bajado centenares de metros y el negror de sus alas y la centelleante gola nívea de los cuellos se distinguen con claridad, pero aquello es solo un instante, la pupila ha visto algo; se remontan en elegantes espirales y se alejan hacia la Puna, hasta desaparecer tras un picacho elevado.

Venados

El ojo escrutador, aquilino, de un compañero ha divisado la silueta grácil de un venado en el faldeo de la obscura montaña del frente. Miro, remiro y nada. ¿Qué ojos tiene esta gente? La pupila se agudiza hasta lo increíble al contemplar la quieta e inmóvil serranía, cualquier accidente del terreno, cualquier desviación, un animalejo que cruza la roca o el aire, es cogido al vuelo, mientras que nuestros pobres ojos, cansados de leer las páginas de los hombres, se envejecen y gastan arrugan y se convirtiéndose en los fanales marchitos de un muerto. Los invidio de buena gana y les cambiaría, aunque fuera por poco, esa lectura tantas veces inútil y vacía a cambio de esa otra maravillosa lectura en el gran libro en que aquellos escrutan día y noche con solo abrir los ojos.

Por fin, doy un grito de júbilo, he visto también la esbelta figura de un venado: levanta la cabecita esbelta y avizora; nos ha visto porque se ha vuelto hacia nosotros, tendiendo las orejas para percibir todos los ruidos, luego con un salto desaparece entre la maraña.

En las tardes bajan los venados a beber al riachuelo que por allí corre cerca, y cuando las quebradas se secan, llegan casi hasta los sitios más cercanos del villorrio.

En Yactire, en un majuelo de alfalfa, los carabineros tiraron a una manada y cayó herida en plena frente una soberbia hembra. El hijuilo quedó a su lado sin atinar a huir, mientras el resto emprendía vertiginosa carrera. Era un venadito arisco, de rubio pelaje, que los carabineros se llevaron al cuartel como botín de combate.

Hicimos esfuerzos grandes para domesticar al animalito, todo inútil; nos miraba con sus limpios ojos infantiles, llenos de tristeza, y tiraba del cordel con ímpetu, y cuando estaba de mal humor, daba unas pataditas de impaciencia, que daban ganas de comérselo con cuero y todo.

Luego le vino una tristeza mortal, dejó de comer y cuando lo soltamos al campo moría de consunción y de pena por la cueldad humana que lo había arrancado de sus agrestes soledades.

En esta época suelen verse manadas hasta de siete y ocho que cruzan en rauda carrera por las gargantas estrechas, o se yerguen en las cimas empinadas, huyendo del hombre y acercándose a los manantiales escondidos que ellos bien conocen.

La carne del venado es sabrosa y de pulpa rosada y gorda, pero hay que saber prepararla, apenas el animal es sacrificado, pues se desprende un aroma raro de las entrañas, cuando se tarda en hacerlo, y este aroma repelente satura toda la carne hasta hacerla incomible.

Los gastrónomos adoban unos jamones y unos lomos de venado, dignos de figurar en la mesa más delicada de un "gourmet".

Nos hemos quedado atrás, aún son el peligro próximo de coger una insolación; llamea nuestra espalda, nos arde la frente, pues el sol se muestra con nosotros con hostilidad, y el camino y la montaña devuelven el calor centuplicado: "**Tout se tait - L'aire flamboie et brille sans haleina**", y nosotros compasivos en demasía para con nuestro hermano el caballo, pagamos el pato de las bodas.

Divisamos luego el cerro de Vinco, de abrupta ladera, con un caminillo de cabras para los aficionados al alpinismo.

Sin embargo, poco ánimo tenemos de contemplar panoramas y de preguntar por los nombres de aquellos sitios, ahora pintorescos a fuerza de sol.

Con todo, hay vericuetos henchidos de verdura, fragantes escondrijos donde algún ojillo de agua mantiene la vida y el color. Nos placería descansar un rato a la vera del camino y colocar el cuerpo en sombras y cobrando alientos, pero hay que alcanzar el resto de la comitiva que apenas se divisa, aún cuando más no fuera al heraldo de mis pecados que, con el cocaví al hombro envuelto en trapos, va con su par de kilómetros de ventaja.

Más nos está vedado el reposo; como el Judío errante nuestro destino es caminar ciegos y sordos, saturados del polvillo gris que parece una prolongación de la tierra.

A Dios gracias, hemos llegado a la hacienda de don Graciano Bernal, “La Cháveta”; aquí el panorama se dilata, reverdecen los campos y los buenos rebaños de ovejas alegran la vista del viajero.

La llanada duerme bajo el sol y las ovejillas y corderos, al amparo de los setos, dejan de pastar, aplastados por el bochorno enorme de la siesta.

La Villa

Un jinete, entusiasmado con la proximidad del arribo, clava espuelas a los ijares y corre locamente cuesta abajo, con la inconsciencia de un gringo; lo imitamos apechugando por una laderita donde hay una migaja de sombra.

Ya albea a la distancia el caserío de Tignamar; ahora el camino va por el plano, camino sureño con tapiales y potreros alfalfados, y para hacernos la completa ilusión-de que estamos en plenos campos del terruño, algún buey pacífico de enorme testuz, nos queda mirando con mansos ojos graves.

Estos caseríos de la montaña, de lejos, fascinan al viajero, quien, fatigado de cuerpo y de espíritu, por las leguas de subir y bajar y, ¡hay que ver qué legüitas!, aplastado por la gris monotonía del paisaje, ve de repente emerger del fondo una ciudad toda blanca, con blancor que deslumbra, como si el padre sol se complaciera en envolver con su radiosa lumbre, aquella nívea doncella serrana. El viajero entonces se alborozaba; sus ojos cansados de recrear con aquel oasis, y la fantasía, que cabalga un potro más veloz que el viento, adorna a su sabor a la ideal ciudad donde los huesos hallarían un mullido rincón y el ánimo podrá compartir impresiones con otros seres humanos que más o menos anden en dos pies con-soltura.

Tignamar es rinconcillo agreste; ha podido ser otrora refugio de contrabandistas o nido de águilas, donde posaban en sus andanzas aventureras los montoneros de la Sierra; ahora es un poblado agonizante.

Se escuda de los enemigos naturales, el frío y las lluvias y hielos del invierno, en su profunda quebrada con acantilados muros y la obscura montaña del Marqués, donde duerme el sueño de los justos un mineral mitológico, quebradero de cabeza de más de algún Quijote minero.

Espinos selváticos y agrios, y arbustos trepan la ladera vertical tal como si fueran seres humanos que van luchando con la furia del viento triunfante y con el soroche. Al poniente se alza un barranco de paredes rojizas, cruzado por secretos senderillos por donde suben las tignamareñas por agua, con sus cántaras al hombro.

El pueblcillo ideal que habíamos visto en sueños se ha esfumado; en su lugar se nos presenta la aldea en su triste aspecto.

Aquellas níveas casas son en realidad míseros ranchos, con techo de paja negruzca, sórdidos por dentro, hasta lo increíble. A la memoria

se nos viene la palabra del Señor, al hablar de los Fariseos, “**Sepulcros blanqueados**”, hermosos y blancos por fuera, pero que ocultan la podredumbre y los gusanos”.

No extrañamos; tantas veces hemos visto en la vida a hombres que a **prima facie**, como el caserío de Tignamar, nos parecían una maravillas de talento, de bondad, de virilidad, y al acercarnos a sus almas engalanadas con tan lamidas y pulcras apariencias, nos hemos ido de espaldas ante el viscoso pudridero en que el gusano era el amo y señor.

El repique algo tardío, pero en cambio jubilante de las campanas, nos acoje: voces plateadas como de niño vuelan del viejo campanario a nuestro encuentro, mientras avanza en orden de batalla el orfeón de zampoñas y quenás, encabecado por el flameante subdelegado don Nolasco y el Juez don Fernando.

La gente del pueblo se ha ocultado: es piadosa tradición que cuando hay visitas, los tignamareños se metan debajo del encatrado, por eso lo llaman el pueblo de los brujos.

A veces alguna desgredada cabeza asoma sin embargo por entre los resquicios de las puertas.

Incontinenti, nos vamos a la iglesita situada en un extremo del pueblo. Está abierta de par en par; en su fondo está el pobre altarcito, desnudo y limpio como el pesebre de Belén; en el retablo, un Cristo antiguo de faz dolorida nos invita a orar.

Es limpia la iglesita; está enladrillada con rojos ladrillos y encalados los muros; deja una impresión de pobreza digna y de ingenua piedad que nos llega al alma.

Una Leyenda

A un lado de la iglesita hay un peral, muchas veces centenario; la india más vieja de los contornos, una que cuenta un siglo largo de talle, lo conoció igual, eso que ya le atribuían otro siglo.

La tradición de ese árbol es tenebrosa: cuentan que en esos años lejanos de justicia sumaria y terrible, cuando el representante del rey era señor de horca y cuchillo y ejercía los derechos con poder absoluto, los criminales eran ahorcados en el tétrico peral.

Reuníase el jurado en la plazoleta y el taimado prefecto real, con un gesto, hacía suspender al culpable a las ramas, mientras que el pueblo se reunía, temeroso, cerca del cadalso para acatar la voluntad soberana representada por el flamante mequetrefe que presidía el tribunal.

En esos oscuros tiempos muy poco costaba para hacerse reo de ahorcamiento, puesto que el real representante en esos riscos no tenía fiscalización alguna y podía estrangular a toda la indiada; los gritos y sollozos de los agonizantes no llegarían al mar.

El pueblo mismo participaba de esa crueldad fiera y empujaba a los verdugos, cuando era menester ahorcar a un presunto culpado. El caso del comerciante español es sugestivo.

Era un buen español que recorría la sierra hasta los más escondites lugarejos comprando ganado, sobretodo llamas, “el carnero del desierto” de los godos.

Era muy querido por su formalidad y honradez, y su carácter era jovial y amigo de las chanzas. Hacía tirar-piedras a los tiosos indios hacendados, mucho de los cuales, mientras servían de blanco a sus chirigotas, se la habían jurado...

Para atraerse la buena voluntad de los nativos, les llevaba regalitos: abalorios, aros de similar, colgajos collares de vidrios; todo lo que ha servido para empalicar a los indios desde el descubrimiento de América y aún antes, hasta nuestros días.

Una vez volvía a su mansión, después de haber efectuado grandes negocios. Estaban llenas sus petacas de onzas y pelucones, y el brioso pingo se doblegaba bajo el peso de las alforjas, atiborradas de coca, y de riquísimo queso de oveja que le habían obsequiado sus clientes.

Allí compró una hermosa partida de llamas y alpacas, que el indio ayudante iba arreando hacia Timanchaca, donde había de pernoctar. Había salido con el crepúsculo, muy bizarro en su cuartago obscuro que hacía corvetas y ondeaba su cola de plumero.

Saludó con un gesto a los pastores que regresaban con sus rebaños y tuvo frases galantes para las indiecillas zagalas que se quedaban boquiabiertas contemplando su gallardía de príncipe.

Pero, para su mal, casi a la salida del pueblo, unos llamas que pastaban en los vecinos potrerillos se mezclaron a su ganado, y el indio, sin percatarse de ello, siguió arreando hacia el Poniente, apresurado, ya que la luz se iba.

Un vecino vio entre el ganado del godo viajero los llamas de los habitantes, “**entropados**” y sin más ni más, rabioso, imaginando un plan de venganza, ya que había sido uno de los zaheridos por el gentil comerciante, corrió al pueblo y avisó:

“El godo, llevándose robado ganado del pueblo; yo he visto todo con mis ojos”.

Gran revuelo en la población; el representante toca a rebato, retíñense los más robustos pastores y sin ensillar, capitaneados por el celador, un gigantón feroz, salen a mata caballo para cortar el camino al robador.

Le hallaron a legua y media del pueblo, cuando ya tomaba la altura y se aprestaba para pasar la noche en una pascana.

Sorprendióse de aquella extraña cabalgata y soltó sonora carcajada cuando vio los aprestos bélicos, el trabuco y los garrotes que esgrimían sus perseguidores.

Sosegadamente hizo ver al jefe la equivocación: él no era un ladrón de animales, ya tenía bien sentada su fama de honradez; poseía bienes y tierras para que pensara manchar su honra con un pingajo. Esos animales se habían **entropado** por la torpeza del conductor.

Todo fue inútil; el que hacía de jefe, el gigantón de marras, ordenó que ataran al español, pues no creía en sus palabras: “Era comerciante y por esto mentiroso”, repetía el taimado indio con lógica infantil.

Cuando vio el otro la cosa seria, tuvo un gesto de angustia y dejó de sonreír. Juró y volvió a jurar y puso al Apóstol Santiago y al Crucificado, por testigos de la verdad de sus palabras, mientras el indio lloraba mesándose el cabello a los pies del caporal.

A pie y atado codo con codo, al lado de su negro caballo, volvió al poblacho el que hacía poco había salido, tragándose los vientos de pura dicha.

El pueblo lo esperaba y, tan voluble y tornadizo en sus favores, le recibió a grito herido, befándolo e insultándolo como a un criminal. No tuvo ni un defensor donde contaba hacía pocas horas tantos amigos como habitantes; el Tata se hallaba ausente.

Reunióse el tribunal y condenó al infeliz comerciante a velas apagadas, a la horca, y a ser quemado su cuerpo en castigo de su felonía.

Al punto se efectuó la sentencia fulminante. Mientras el comerciante lloroso recordaba a la patria lejana, a sus hijos que le esperaban en su hogar, y en aquel supremo trance encomendaba su alma a Dios, las mujeres y los varones y hasta los chicuelos corrían a traer ramas secas y chamizas y chalas para encender la hoguera.

La fiera humana, cruel como tigre, se había desencadenado y estaba encarnada en esa muchedumbre aulladora que quería sangre humana.

Con la misma cuerda de su montura fue alzado, y cuando estuvo en la alta rama del peral macabro, balanceándose, ya agónico, violeta el rostro y las órbitas fuera, encendieron el montón y las llamas dieron cuenta en breve de aquel pobre que confió en su buena fortuna.

Hasta hace pocos años, consumido por el tiempo y los remordimientos, quedaba uno que, siendo granuja, trajo ramas secas en aquella noche de crimen.

Vilanche

Esa misma noche, cuando los inconscientes verdugos se calentaban en la hoguera siniestra y cuando llegaban los sabuesos que traían el ganado de llamas del reo, se verificó la ceremonia indígena del “Vilanche” que hoy apenas se usa y muy ocultamente en los pueblos más indígenas y escondidos de la tierra.

¿Qué es el Vilanche?

Sangre derramada en expiación de crímenes, purificación del ambiente por medio de la efusión de la sangre de un animal.

De las costumbres idólatras, inmemoriales, de los indios, costumbres que han recibido a veces cierto barniz cristalino, se conserva todavía ésta del Vilanche.

El que preside degüella a la víctima, el llama, la alpaca o el cordero expiatorios, y con destreza le arranca el corazón y va rociando con la sangre caliente la tierra, los muros adyacentes al lugar en donde se ha verificado el sacrificio.

Y la explicación del símbolo cruento es para los aymarás de una sencillez sublime. Dicen: “Tatay, es una costumbre muy añeja. La tierra tiene también hambre y sed y se enoja con los crímenes de los hombres, hay que darle de beber sangre fresca y hay que aplacarla con sacrificios de muerte”.

En realidad, en épocas de epidemias, cuando el hambre de la población se deja sentir en años estériles, el Vilanche se repite en los pueblos, a hurtadilla de los blancos y del Tata. Hay que evitar que la tierra hambrienta, que los campos irritados descarguen la cólera y el hambre matando a los humanos y saciándose con cadáveres.

Por supuesto que el ritual del sacrificio va acompañado con libaciones de alcohol y con meriendas, y a veces, según las tradiciones de la región, con algún banquete sagrado y las danzas en torno de la hoguera en que se han consumido los restos de la víctima.

En el alma indígena se amalgama, con la doctrina de Jesús, un fermento de viejas supersticiones antiguas, como si se hubiera echado un vino purísimo en una vasija de greda que guardó mostos ácidos de otras cosechas. Al culto del Señor, a quien invocan con la plegaria cristiana, unen amor fervoroso a la tierra, nodriza y madre generosa, que les nutre con sus jugos y les abriga con sus fuegos y les esconde de la llama quemante del astro Sol, y les embellece los caminos con sus florecicas olorosas.

Por eso el indio se alborozaba en las primaveras, transportado de un goce íntimo, que le va corriendo con la sangre, tal si la savia vegetal le subiera por las raíces a los músculos y a las entrañas redivivas.

De aquí que le vengán impulsos de abrazar a esa tierra bienhechora que le ama y locos anhelos de satisfacer injurias y ofrendar un don precioso, la sangre, cuando ella está irritada y tétrica y vengadora.

El Vilanche es pues sacrificio expiatorio.

La Recepción

Pretendemos hablar con el Mayordomo Primero: está con el alma ausente, pues ha bebido desde hace dos días; lo mismo que pasa con el

ayudante y con sus respectivas consortes. Se ve que este es un pueblo que conserva con amor las tradiciones; hace más de cincuenta años le aconteció lo mismo al Prelado de Arequipa que visitaba a su grey.

Al bajarnos del caballo, un simpático indiecillo nos coge de improviso y a “**lo pobre**” nos descerraja una alocución alusiva al acto.

Averiguamos el caso; es un conscripto que acaba de salir de las filas y tiene a flor los conocimientos nuevos y las palabras sonoras y elocuentes que aprendió en los cuarteles; allí se contagió con el mal y ha vuelto flamante con gran acopio de verdades y convertido en orador de pelo en pecho.

Un tumulto de airados gritos atrae nuestra atención. Nos acercamos, y los ojos asombrados contemplan un curioso espectáculo: un grupo de indígenas tiene acorralada a una víctima y la amenaza y la increpa con roncadas voces en aymará, que si el aymará es áspero en la dulce conversación familiar, se adivina como ha de ser en las lides callejeras, cuando talla el vocablo calibre –Algunos puños amenazantes se levantan hacia el pobre indefenso; nos acercamos aún más... y ¡Santos cielos! la víctima de aquel “boche” improvisado es nada menos que nuestro heraldo, el andariego e imponderable don **Juan de Peña**.

Nos constituimos en amables componedores de los buenos oficios y pedimos razón del suceso. Juan de Peña nos la da con lujo de mímica, salpicándonos con su húmeda elocuencia. Era el caso que nuestro heraldo se indignó porque la recepción no había correspondido al enviado que venía en el nombre del Señor.

No le habían dado aún alojamiento; era muy escasa la banda y gran parte del pueblo se había escondido; encaramóse entonces a una piedra del camino y, aprovechando el pánico, y que la gente se reunía, les lanzó una arenga formidable en el idioma clásico, y debió ser elocuente, pues rugió la plebe y la vocería se hinchó como una ola v, si no acudimos a tiempo, la elocuencia irresistible de aquel defensor del derecho ajeno le habría atraído sobre sí una lluvia de bofetadas, de palos y dé piedras.

Lo arrancamos de allí y lo metimos en un escondido portal, mientras la gente se apaciguaba.

La coca hacía el milagro de transformar al pacífico y mansísimo serrano en una fiera acorralada. Una dulzura nueva le corría por, la sangre, se le encandilaban los ojuelos de ratón, y cuando la traicionera embriaguez le llegaba al cénit, soltaba el dique, el borbotón de palabras que se le atropellaban dentro de la garganta.

Ya la gente había salido de su madriguera; habían vuelto al corral los rebaños de llamas y ovejas, y se había esparcido por el valle y por el lejano montañal la quietud sedante del crepúsculo. Crepúsculo que no vimos aquella vez y del cual hacemos gracias a nuestros amigos, pues las andanzas tras los mayordomos y sacristanes y demás funcionarios sagrados nos robó todo el tiempo disponible para la muda contemplación.

Vimos llegar en eso a una alpaca regalona, la niña mimada de los habitantes, así como era el lobo de Gubbio, ya convertido en doméstico. Iba el animalito muy erguido y gentil, deteniéndose en todos los grupos, investigando con femenil curiosidad lo que había de nuevo, metiendo sus naricillas húmedas y arriscadas, con una coquetería, como para servir de modelo al sexo bello de Tignamar.

A nadie le llamaba la atención aquella entrada; algunos la acariciaban; los pilluelos la tironeaban con impertinencia, y ella seguía su paseo con mesura y dignidad, ajena al tumulto, como dijo el poeta galo:

“Hacía su jornada distraída, sin escuchar el murmullo levantado a su paso”.

Como la procesión se imponía, antes que se hiciera más de noche la sacamos con el apresuramiento con que nos empujaban los mayordomos, quienes habían vuelto del campo de batalla en mejor estado.

Sale la procesión entre dos luces; la luz del crepúsculo que se prolonga, incendiando el horizonte, y las cumbres con rojizas pinceladas, y la luz de los cirios procesionales, luz amarillenta que forma un halo de misterio en torno de las andas de la Virgen.

Un coro de cantores rompe el sortilegio de la tarde con sus himnos en loor de María.

Las viejas estrofas del “**Oh María**” ascienden con vibrantes alas sobre el caserío silencioso y rebotan en la muralla de rocas del frente, y van a despertar los ecos milenarios de la mole negra del Marques, ya coronada con una que otra tímida estrella que parece asomarse sonriente a la fiesta de María.

Aprovecha la ocasión el sin par de la Peña para meter su cuchara y, cuchara de lata, porque su acento es disonante y hiere alevosamente la armonía, mas, ¿qué importa, si la fe mueve sus labios e hincha su pecho en oleadas de entusiasmo místico?

La procesión recorre las dos callejas del caserío, y mucha gente se le junta; paulatinamente va engrosando como el río que recibe en su lecho el caudal de los afluentes.

Los pastores, que lo son casi todos en el pueblo, han regresado de sus predios lejanos y aún, oliendo a tierra y ovejas, se incorporan al movimiento.

Entretanto el frío de la tarde hace daño; lleva la brisa en sus alas nieve pura que nos hiela el aliento y nos hace temblar comunicando hasta la voz un trémolo de magnífico efecto.

Cantadas las vísperas, empleando para el caso a falta de un pebetero mejor un incensario “**sui generis**” arreglado de tarros vacíos de conserva; se apagan las luminarias y vamos en peregrinación a buscar el rinconcillo en donde dejaremos reposar el cuerpo macerado durante la helada noche que se nos deja caer.

Es una chocilla de barro con una entrada que en vano se da las trazas de puerta, que no le creemos aunque nos lo asegurara el mismo anfitrión. Allí está el catre de adobes, adosado al encalado muro, y las pieles de ovejas, alpacas y llamas que nos servirán de colchón y de “tapas” como llaman a las frazadas los nativos, amén de una botella que hará de palmatoria y un cajón de parafina, de velador. Y de esta guisa, nos sentimos tan felices, como el mismo emperador de las Indias.

En un rincón de aquel cuarto redondo han amontonado unos sacos para que el secretario, que, como tal se ha presentado Juan de Peña, arroje su aporreado esqueleto.

El condumio nos espera en casa del hospitalario caballero Menés o cosa parecida (solo sé que tiene nombre egipcio). Conocemos al anfitrión; es flaco, de mirada aviesa como un lobeznó; bajo su ralo bigotillo asoma su risa socarrona; su cara mitad, ancha y solemne, sonrío confundida y satisfecha de saludarnos.

La noche limpia de un azul oscuro es funesto presagio de la helada que nos va a aplastar, pero las estrellas nos consuelan con su centelleo de vida. Sobre el cerro del Marqués se levanta un aspa de la Cruz del Sur e ilumina suavemente la cumbre donde la mina de leyenda tuvo asiento.

Historia

La fantasía se complace en evocar la llegada de los aventureros godos hasta ese caserío indio, tras el vellocino de oro, las cabalgatas bizarras en mulas pardas de la región y los soñadores aventureros que rodeaban al Capitán en cuya fisonomía, de líneas nobles de la rancia progenie de los Conquistadores, brillaban con la fiebre de la codicia los ojos enfoscados bajo las tupidas cejas, aves de rapiña que ojean la presa desde su madriguera. Las dudas y la esperanza, que se suceden como las olas del mar, hacen sonrío al cuitado, iluminándole todo el ser o le sumergen en un sombrío mutismo.

Recuerda la crónica de Arica la petición al Virrey, marqués de Guadalcazar en los términos siguientes: “Muchos días ha que tenemos avisado a V, Excia. como, en un asiento nombrado Ticnama o Tiquinama, en los altos de esta jurisdicción, se han descubierto unas minas, cuyas labores se han continuado sin cesar; y desde algunos meses a esta parte se ha ido agregando alguna gente y de modo que hay hasta el presente diez españoles y hasta veinte indios”.

“Entre ellos han hecho posturas a la mina de Su Majestad en precio de mil pesos, por tiempo de tres años y las traemos en pregones para rematarla a su tiempo, conforme a las ordenanzas”.

Las minas, a juzgar por la crónica Me donde tomamos estos datos eran excelentes: los mineros reunieron los materiales para hacer ingenios

y molían los metales en unas piedras grandes llamadas “marcos” muy semejantes a los batanes para moler el maíz.

Usaban el procedimiento del azogue para extraer la plata; por eso para obtenerlo los mineros se dirigieron a los oficiales reales pidiéndolo con instancias, pero éstos, que tenían instrucción especial de los representantes del rey para el empleo, fueron enviados al virrey para que él concediera lo que pedían reforzando el empeño con la alabanza de la mina en estos términos: “Muchas personas que han ido a ver este asiento alaban mucho la riqueza de los minerales y les parece que ha de ser cosa de mucha importancia y permanente; y lo que hace esto más creíble es ver ocupados y perseverar en sus labores a algunos mineros de fama particularmente a uno que se llama Nicolás Carrillo”.

Terminaban la nota con estas palabras sugestivas: “Nos parece que si V. Excia. se sirviere mandarles dar algún azogue, que sería para ellos animarlos y mucha ayuda para entablar este asiento, de donde se puede esperar mucho acrecentamiento a la real hacienda y se podría mandar poner aquí fundición, porque mientras no la hubiere, no se quitará ninguna plata y cuanto sacasen los mineros la ocultarán”.

Dice esta crónica, que es de don Teodoro Blanlot R., que el tal mineral tanto prosperó al cabo de poco tiempo, que el corregidor de Arica tuvo que mandar un teniente y alcalde mayor de minas para que lo dirigiera y administrara justicia.

Esta aldea, o mejor, caserío, está situada a 140 kilómetros de Arica al este, durante la colonia dependía directamente del repartimiento de Codpa.

Los datos estadísticos tomados el año 1751 por el Virrey, Conde de Superunda don Joaquín Javier de Cárdenas son los siguientes:

“El pueblo de Tignamar tiene treinta y dos indios, de los cuales se rebajan tres por ocupados en distintas faenas y ministerios y quedan a la paga del real tributo veintinueve que a razón de tres pesos por tercio (semestre) deben enterar ochenta y siete pesos”.

Por lo expuesto, se ve que este pueblecillo –haciéndolo pueblo con una benignidad grande, fue en tiempo lejano asiento minero con exiguo número de habitantes, la población ha acrecentado convirtiéndose en paradero de arriería.

Sus habitantes hoy se ocupan en el arreo de carga y de carbón para los pueblos vecinos; llevan y traen mercaderías a Codpa, Timanchaca, Timar, Belén, y el resto, mujeres y chiquillas, pastorean los rebaños durante el día y al anochecer se recogen a sus chozas.

En 1873, cuando el obispo Iltmo. Sr. José Benedicto Torres hizo la formidable jornada de la provincia, recorriendo a lomo de caballo la enorme distancia de su obispado, Tignamar lo recibió en palmas, pero,

según el cronista eclesiástico que le acompañó, chistoso y' socarrón, digno émulo del Arcipreste de Hita, el mayordomo salió al camino "emponchado y semibeodo" saludando al Pastor con sus más equilibradas reverencias mientras caía la nieve, a manera de "copos de algodón" subiendo hasta más de una vara, cosa nunca vista. Allí administró el santo Sacramento de la Confirmación; pernoctó, tomó el aguacaliente del desayuno para entonarse, y al siguiente día Martes 15 de Julio, continuó su jornada hacia Codpa, deteniéndose antes en Cobija donde hay una misérrima capillita.

El año 24, el señor Obispo y Vicario Castrense chileno, cincuenta años después del paso del Obispo Torres, el día 18 de Febrero, liada su solemne entrada al caserío acompañado de su secretario de visita Pbro. don Luis Felipe Escobar. Día de llovizna.

El pueblo jubiloso lo recibía como jamás ha recibido a Pastor alguno, tendía los mantos multicolores y las lliglias por todo el camino hasta la iglesita, y daba gritos de regocijo sin otro medio humano de manifestar el amor, el respeto y la fe religiosa que flameaba en las almas y en los rostros.

Noche Triste

Dice el proverbio inglés: "**A night will soon be gone**" "una noche pasa pronto"; esto me consolaba ante la que iba a transcurrir en aquel desolado páramo.

Ya me habían prometido los directores de la murga que pararían la música, si música podía llamarse-aquello, a las once de la noche.

Las funciones del alférez comenzaban aquella misma tarde; de su cuenta corría la alimentación y la bebida de las gentes, y más que todo, de los musicantes, terriblemente sufridos para ingerir alcohol y caldear la garganta en la helada noche.

Cerca de la casa en que moraba prendieron una hoguera, y se inició la danza en torno, ya como manifestación de alegría desbordada, ya para calentar el cuerpo entumecido.

De incógnito, envuelto en los pliegues de mi "Castilla", recorro los grupos y me acerco hasta la ronda.

Un enviado del alférez dirige la maniobra de la danza; ordena a los músicos, quienes, aceleran o retardan la armonía acompañando aquel monótono baile lleno de cabriolas. Veo sin asombro en medio, tomado de la mano con una india, al mismísimo subdelegado; democrático hasta el heroísmo; quiere, como dice un conocido orador "**acercarse al alma del pueblo y oír las palpitations de su corazón y vibrar con él** en la misma vibración y participar de sus llantos y de sus alegrías". Realmente ahora, más que vibra, brinca como chicuelo, participa de sus alegrías; ya correrán las horas y lo veremos participando de su llanto.

De repente, alguno de los danzantes, mientras se detienen los sonos de las zamponas lanza a todo pulmón un sonoro ¡Viva Chile!, con repiquete. Es ya el selló inconfundible de chilenidad, es la incorporación definitiva a la raza, pues en estas horas de bullente alegría el hombre no reflexiona, echa afuera lo que le nace de la entraña y su grito es la expresión más elocuente de su íntimo sentimiento.

Cuando regreso a mi rincón, ya Juan de Peña está hecho un ovillo durmiendo. Y para mi desgracia, se verifica lo que temía; apenas he cogido el hilo misterioso que me lleva al palacio de Morfeo, y me interno en sus arcanos aposentos y trabo relaciones con los seres de-ultratumba, y viene a mí aquel marqués o capitán general que descubrió la mina y me habla con gentil apostura, con su mano enguantada en el puño de su tizona vencedora, así como los sombríos caballeros del Greco., siento un gruñido y vuelvo a la realidad, Juan de Peña ronca con furia salvaje: ya es una locomotora que resopla y se caldea, ya es un carro de artillería que truena, por un camino empedrado, ya es un gruñido sordo de gatos dentro de un saco.

Echando mano al arma única de que puedo disponer en las altas horas, le disparo con un zapato.

Nada; luego con furia le arrojo a la cara mi indignación a falta de otra cosa y ya que se me han concluido los zapatos: ¡Juan de Peña! ¡Juan de Peña!!

Al mucho rato se da vuelta; tiene el sueño de un tronco; le vuelvo a gritar a todo pulmón y me responde por fin con una serenidad "sanchopancesca":

–¿Qué hay, Tata?

–Estás roncando como un salvaje... si sigues te echo afuera.

–Ya no hago más, Tata... ¡perdón!

–Afórrate en los sacos o cambia de postura.

No habría alma para echarlo afuera, porque el hielo es polar y uno tiritita a pesar de las pieles y de las mantas.

Al poco rato, la naturaleza recobraba su dominio y el feroz ronquido volvía a zumbar en la mísera estancia, ya era una sirena enloquecida, ya el trueno horribilísimo de la Puna; aquel menguado indiecillo se había trocado en una máquina roncadora de potencia sobrehumana.

Aquella noche glacial y eterna me reí del proverbio inglés que me había consolado, y entre jaculatorias piadosas apostrofé la impavidez sajona que es capaz de hallar breve una noche de la sierra.

Fiesta Aguada

Al amanecer, cuando los primeros cantos del gallo saludan el día, me he quedado levemente traspuesto, más no contaba con la huéspedica: la

banda de morenos, convertidos para mí en negros curiches, estallaban en una furiosa diana, estridente y alevosa, tanto como los ronquidos del secretario Peña y, como si fuera poco, las camaretas disparan y las vocingleras campanas me sacan en vilo fuera del lecho: Hay que lavarse en el arroyo de un modo pintoresco, en cuatro pies, y lanzarse a camppear a los sacristanes y mayordomos que han de correr con la fiesta.

Llega humildemente el primer mayordomo, espantada ya la mona. “Tata, todo corriente” frase sacramental que se traduce: Todos los ornamentos están completos y listos para el sacrificio.

Hay que cerciorarse de visu, si la afirmación del despabilado mayordomo es verdadera; mas, veo sin asombro –a todo se acostumbra uno en éstas andanzas– que falta el alba, la sagrada vestidura indispensable para la Misa y faltan también las vinajeras.

Damos vuelta la sacristía, llamamos a juicio a mayordomos y mayordomas, alférez y cuidadores, todos están azorados; y por más que buscan no hallan. Por fin, han caído en la cuenta que hace un año se llevaron el alba a un lejano santuario de Timanchaca, distante de allí cinco leguas.

¡Caso de conciencia! O se dirá la misa así, en esa pobreza más evangélica y franciscana, pobreza mendicante, con una vieja casulla deshilachada, o la fiesta se agua y se suprime la misa y toda solemnidad en castigo de da desidia y de la falsía de la gente.

Día de la Asunción, fiesta solemnísima para la Iglesia y además día domingo, día de precepto; ¿castigaría con la omisión de la misa a tanta gente buena que ha venido con el exclusivo objeto de comulgar?

Hago de cuenta que me hallo en medio del desierto de Sahara, rodeado de tribus salvajes. ¡Qué la Virgen me perdone y la Iglesia supla lo que falta, y adelante!

Pero no se da han de llevar muy pelada, pues como quien les dice flores, con sosegado tono; ahogando la indignación ante la santidad del lugar y la solemnidad de la hora, en lugar del panegírico, de miel, el celebrante les suelta una filípica a la manera de Savonarola.

Sin embargo, la indiada queda impávida, y oye, como quien oye llover, inmóviles, con sus caras de cartón-piedra y de terracota; solo se agita la barba de chivo del prohombre Zubieta, y uno que otro rostro mayordomesco se inclina, dejando pasar sobre la testa humillada, el chaparrón.

Procesión

Se ha verificado en ese rincón de la montaña lo que decía Jules Simón sobre el culto católico: “Bastan cuatro murallas blanqueadas, una mesa de madera y un sacerdote rodeado de un grupo de hombres para que el culto a la Divinidad tenga toda su grandeza y su eficacia divina.

“En todas las ceremonias religiosas del Catolicismo hay una imagen viva de la presencia de Dios y de la piedad de los hombres; y esos cánticos, esos ritos, esas vestiduras en una sociedad realista que no tiene ni formalidades ni tradiciones, rompe con tanta violencia con todo el resto, que uno no se siente el mismo hombre que antes en su presencia”.

Jamás hemos hallado en nuestras correrías mayor pobreza, mayor abandono, pero en cambio jamás tampoco nos hemos sentido más cerca del Pesebre y del Calvario ante el Dios Hombre, desnudo, sobre las pajas o sobre el cruento madero, y alzamos la Hostia aquella vez coa temblor de emoción íntima que nos estrangulaba la voz dentro del pecho, al Cristo Hostia que allí de nuevo, ante ese grupo de rudos cristianos, renovaba el misterio de su sacrificio y bendecía dejándoles el don de su paz y de su consolación.

Y es evidente que el sentimiento religioso es lo que hace a esta gente, abandonada en sus serranías y en sus tristezas, el que la vida tenga para ellos una finalidad, un sobrehumano aliento que les consuele en sus miserias materiales y morales.

Arrancadles la idea religiosa, arrasadles el templo y lanzadlos al trabajo abrumador de la Sierra, al pastoreo, a la arriería y en poco tiempo tendréis el último extremo de la degradación humana.

La Procesión tradicional sale del Templo, con la misma antigua pompa; el alférez y su dichosa consorte, toda empavonada con las amplias polleras de sonante color amarillo, huevo de pato, van tras las andas.

Las demás señoras de la crema lucen los más escogidos colores del arco iris; verde limón, rojo encendido, salmón, y tan erguida y pintiparadas como las damas de campanillas de la aristocracia santiaguina.

Una forastera de Codpa, toda de blanco, camina en el centro con su esposo, un erguido mozalbeta moreno que la luce como a sér de elección, y se ve que las matronas tignamareñas la miran con torvos ojos ya que la recién llegada es bizarra y canta con voz atiplada que perfora los tímpanos.

Unas cuantas fornidas mozallonas se han aferrado de las andas de la Patrona Asunta, y se colocan en posición estratégica, formándole guardia de honor las visitantes de Belén y de los lugarejos vecinos; es una honra principesca cargar aquellas andas.

Una voz poderosa entona las estrofas de un canto original:

Sagrada María
de mi corazón,
Tú eres la esperanza
de mi salvación.

Estrella divina
consuelo sin par.

Eres de los cielos
Reina principal.

Canten compañeros
el Santo Rosario
el glorioso triunfo
de su novenario.

Danos, Madre mía,
aliento y valor
guarda tu corona
y logra la flor.

Eres protectora
de los caminantes
seguro refugio
de los novenantes.

Hoy con grande asombro
Llegáis a triunfar
Subiendo a los cielos
con felicidad.

Estos de Tignamar
hijos desvalidos
te van repitiendo
todo su penar.

Las ingenuas estrofas de aquel himno primitivo de algún devoto, siguen desenvolviéndose a medida que la Procesión avanza.

¿No es ésta como la quinta esencia de esta raza despavorida que va girando por la sierra y por los desiertos grises y por los caseríos aplastados, el penar, un penar hondo que le va royendo incansablemente las entrañas como roe el cáncer la carne enferma, como roe el buitre al sér que el Hado encadenó sobre la roca?

Penar de día y de noche, arrugar los ojuelos brillantes de lágrimas, enturbiar el gesto, con la mueca dolorosa del niño huérfano, para que alguien se compadezca de él y le abrigue y le arrulle y le aduerma.

Por eso se vuelven con tal ímpetu de cariño infantil a la Madre del cielo, la única, la grande, la inmortal “mamá”, la tierna “mamá” que les atrae y les oprime para que aquel lloro ululante se ahogue en su regazo, ancho y suave, y sus brazos maternos la amparen de la crueldad humana, del frío cierzo de las cumbres, del sol despiadado de todo aquello que del cielo y de la tierra y de los hombres les va va a herir.

Es clásico el viejo cantar indio con que’ las madres hacen dormir a sus niños:

“En noche tormentosa fuí concebido me asemejo así a la nube que -preñada de amarguras y de tristezas - desátase en lágrimas al menor soplo de la adversidad.
“Naciste en triste albergue, niño mío, mi madre cantaba dándome el pecho.
“La lluvia y la tormenta fueron tu cuna.
Abandonado y solo, erré al azar buscando un alma cariñosa..
¡Ya nadie se apiada de la miseria mía!
“Maldito sea mi nacimiento!
Confunda Dios mi vida...
“Maldito sea el mundo... maldito, todo!!!

Hay, sin embargo, algunas paradillas ante los altares-improvisados en el cruce de los caminos. Al regresar, el alférez recibe la especial bendición y el agua bendita que con el hisopo le brinda el Preste.

Zubieta

Más tarde hemos conocido al patriarca de la región, Zubieta, simpático viejo de barbas de chivo.

Nos mira con mal disimulado orgullo: es un potentado, tiene rebaños de ovejas y de llamas, la mejor casa, tierras de sembrío y vive tan feliz como lo puede ser un sultán en su reino.

Sus ojillos desvelados nos miran a través del matorral de sus cejas blanquecinas. Su respuesta ya es famosa por su concisión.

Al quejarnos indignado de lo que pasa de la desidia y de la pereza de la gente, se rasca su barba enmarañada y dice sordamente: “Debe ser! ¡Debe ser!”

Nadie le saca otra respuesta: Debe ser! si el mundo se viene abajo, si la cosecha se pierde, si sus múltiples hijos se malogran; él, como síntesis final, lanza su estribillo estoico: “Debe ser”, podría equivaler a este otro: “¿Ya mí, qué...” ?

Ha seguido ruidosa la fiesta, dos o tres llamas carneados lucen al sol la roja pulpa, frente a la mansión señorial del invitante, amén de cuatro corderos y un par de lechoncillos tiernos.

Ha corrido como agua el licor codpeño, y ya dan pruebas de su fortaleza y potencia los que han ingerido en abundancia. Vemos a huéspedes y nativos confraternizar en franca camaradería, mientras que se arde la sala del festín y las cuecas serranas estallan y los hualños se suceden y las parejas brincan y voltean y chocan al son de la zampona y de la quena y del charango.

Mientras contemplamos la típica escena y los ringonrangos de los danzarines más afamados de la comarca, una viejecilla color de tabaco, con más arrugas que un campo arado, se arrastra y nos brinda un calabazo lleno de chicha de jora. Aceptamos, como es lógico, pero tiritando. Aquel

licor de color amarillento y turbio, aquel tiesto donde se han posado los labios de todos los contertulios, nos da mala espina.

¿A qué sabe aquel licorcillo sospechoso? Algo agrio y picante que hace cosquillas. Hemos de haber hecho un gesto muy feo, porque la vejezuela ha sonreído mostrando sus mondas encías.

Después nos han referido cómo hacen aquélla, y es sencillamente espeluznante: Dos o tres ancianas, que ya no sirven para los domésticos quehaceres y –para esto tienen que ser antediluvianas– se colocan en torno de una vasija, mastican entre sus gastadas encías el maíz, preparado de antemano, y cuando ya está hecho papilla, lo colocan en la vasija; guardan aquello con sumo cuidado; fermenta, o madura y al poco tiempo, a la segunda luna, tenemos rica chicha de Jora.

Danza Criolla

Bailan también el huayño, el baile aristócrata, de graves inclinaciones elegantes, con figuras señoriles; baile antiguo, seguramente heredado de un pueblo de más adelantada civilización, que ha perdurado hasta nuestros días por un prodigio inexplicable.

La codpeña, que domina por su majestad y por su gallardía, y aún por el mismo corte moderno de su traje, es invitada a danzar.

No se hace rogar, al punto se coloca al frente del galán, que le va a hacer compañía; un indiecillo cobrizo, cara de ídolo antiguo, de airosa chupalla blanca y pañuelo al cuello.

Después del preludeo, breve y sumiso, como para dar confianza a los que van a luchar en la lid de Pterpsícore, cambian de posición sin mirarse, y pronto comienzan las figuras; corren, zapatean, se inclinan, ella, tímida, como recelosa, él, más rendido, avanzando o retrocediendo, según las circunstancias, mientras el charango suena con melancolía y las voces con dejo de tristeza indefinible van deshojando los versos sobre la criolla pareja.

Después del baile han entonado la canción del huayño, “La Paloma agreste” tan honda de sentimiento, que va calando más y más en las entrañas hasta saturar el ser de indefinible t amargura.

Le letra, en el idioma de ellos, es así:

“Imallarak cay cuyacui
Quita urpillay
Chicachallan chica sinchi
Munay cuyuna”.

He hallado la traducción que dice más o menos lo que sigue:

“¿Qué viene a ser el amor
Palomita agreste
tan pequeño y esforzado.
¡Desamorada!
Que al sabio más entendido,
Palomita agreste.

Le hace andar desatinado.
Desamorada,
Palomita agreste,
Amanece el día
Que yo me vaya.

Alígera golondrina,
Palomita agreste,
Enséñame tu camino
Palomita agreste,
Desamorada.

Para irme sin que sientan,
Palomita agreste,
Y salvar de mi destino.
Palomita agreste,
Amanece el día
Que yo me vaya.

En estas poesías sentimentales, vestigios de pasado romanticismo incaico se conserva, desvaído por el tiempo, el sentir de la raza, de esa raza que se aduerme blandamente al son de su cantar, como los moros con la dulzaina.

Uno de los presentes, uno del montón, cuyo semblante no vemos, pues lo ocultan los que se sientan delante, ha sollozado:

Aquella melodía dulzona, que ronda muy bajo, ave cansada de volar, ¡le ha recordado tal vez algún amor doliente, alguna “palomita agreste” que le dejó plantado en el camino; y nosotros para no ser indiscretos y porque aquello es estúpidamente contagioso, nos alejamos a nuestro encierro.

Me han llevado una ciegucecilla huérfana, la Ubalda, de unos catorce años, que el pueblo protege; como puede, cada familia contribuye con algo a su manutención, y sus patrones la explotan, haciéndola pastorear en los potreros cercanos y hasta la maltratan cuando la pobrecita se queja.

Lleva la ciegucecita impreso en el semblante enflaquecido las huellas de un hondo sufrimiento; sus turbias pupilas se levantan a la luz con dolor indecible que llega al alma, sin embargo; en aquella ruina juvenil luce la sonrisa de la resignación, pues cuando delante de ella cuentan sus

desgracias, su orfandad, su miseria que le cerca y le urge como garra que se le hincara en la carne, ella sonríe. ¿Para qué quejarse, para qué llorar, si los hombres que la rodean, los forasteros, los nativos, los parientes no la comprenderán jamás?

Por eso, esa sonrisa, tan delicada como la de una mártir, se ha esteotipado en sus rasgos infantiles, y el dolor y la inocencia refulgen en ella como los dos sellos inconfundibles con que Dios marca a sus hijos de predilección.

Es piadosa; de honda piedad natural, y ya que la vida de la naturaleza, la vida del mundo se le escapan a su comprensión, ella vive en su vida interior intensamente, y está latente Dios en el santuario limpio de la almita blanca.

¿Quiénes son sus padres? Ni ella ni nadie lo sabe. Como que en esa aldea perdida en la montaña han alcanzado tal adelanto que existe el matrimonio con disolución del vínculo, es decir, el hogar está destruido en sus cimientos, pues de las catorce familias, son incontables los huérfanos. Lo demás es la barbarie pura.

Los niños sufren las consecuencias; andan por allí escuálidos, entristecidos, buscando inútilmente un alero que los acoja y los abrigue del brutal egoísmo humano y del hielo de la naturaleza.

Una Aventura

Por este caserío, hace cuatro años pasó un grupo de personajes que acompañaban al capellán Montero, que ejerció la cura de almas en Codpa y ha muerto ya soñando con sus rústicos feligreses.

En esta ocasión recorría la sierra llevando a todas las poblaciones el consuelo religioso, ya que en ese tiempo no había capellanes fijos que ejercieran el cargo de párroco como lo hay ahora. El Obispo le había encomendado esta difícil misión.

El tiempo era tempestuoso; espesas neblinas descendían de la Puna y quedaban pegadas a los campos por largo tiempo; había pestes malignas y morían hombres y animales.

En esta áspera excursión le acompañaban dos ingenieros de la firma Franke y Julián, un inspector de Policía y un asistente.

Anduvieron centenas y centenas de kilómetros por caminos sin caminos trepando cuestas y bajando barrancos profundísimos, exponiendo la vida a cada paso. La patria lo exigía y no había qué vacilar.

Alojaban a veces en chozas indígenas o a pleno aire o bajo la bóveda de alguna gruta.

En Tignamar estuvieron una noche y un día, y casi al alba emprendieron la jornada con rumbo a Timar para continuar a Codpa.

Desgraciadamente el ordenanza y guía se les quedó quien sabe donde enredado en los zarzales del camino.

A las cuatro horas de seguir un senderillo, se hallaron extraviados y totalmente; había diversos rastros y el tiempo era oscuro y no conocían ningún camino.

Fácil es escribir la palabrita **extraviarse o perderse**, pero experimentar en cabeza propia lo horrible de su significado, es otra cosa!

Cae luego la noche implacable, y se funden los caminos bajo su manto y viene primero a la mente, después a los labios, el concepto lúgubre; ¡extraviados!

O el viajero se detiene en medio de la ruta y hace un lecho en la arena húmeda y fría o sigue su marcha angustiado sintiendo en sus entrañas esa desolación enorme, esa agonía cuyo tormento no puede concebir quien no la ha experimentado.

¿Os habéis hallado alguna vez en medio del mar, cuando cae sobre las aguas mugidoras la neblina, y el barco parece palpar, trepidando con todos sus motores como un ser de carne, estremecido por el pavor, y el crepúsculo blancuzco se espesa más y más, y turba el silencio el angustiado grito de la sirena que brama interrogando las tinieblas?

¡Qué solo, qué desamparado se siente entonces el viajero!, y si no confiara en una Providencia bondadosa que ampara a los navegantes enloquecería de pavor.

La Providencia de los caminantes alienta también a los que van extraviados, guiados por instinto de los fatigados jamelgos; la neblina de las altas sierras, neblina viscosa que se va espesando y va penetrando todo el cuerpo con su hielo mortal; tentáculos invisibles parecen detener los pasos de las cabalgaduras que tiritan, amosgando las orejas para orientarse en aquel ambiente espectral.

Andan así toda la noche: van pasando con lentitud las horas interminables y ni un indicio ni una huella que les pueda servir de señal.

Casi al amanecer, con la luz difusa del alba divisaron la torre de una capillita, en un recodo de la montaña: era Timanchaca, lugarejo donde se venera la imagen de Nuestra Señora de los Remedios.

El triste villorrio, incrustado en plena sierra, estaba agobiado por una epidemia terrible que ya había visitado a otros lugarejos vecinos; estaba agobiado por la viruela negra, y cada día nuevas víctimas caían fulminadas por el mal, sin auxilio humano de ninguna especie.

Era un clamor anhelante el que exhalaban los pechos indígenas buscando en el templo algún consuelo piadoso. Algunos vagaban por los caminos como idiotizados creyendo sentir en la carne la mordedura ponzoñosa.

En esta ocasión llegaron nuestros viajeros al poblacho. ¿Dónde hallarían asilo para descansar, siquiera un breve rato, y tomar alimento para desandar lo andado y continuar la interrumpida jornada?

Imposible era en las chozas donde el contagio se respiraba en el aire: tres cadáveres se velaban muy cerca de allí y había muchos enfermos, ya en estado semiagónico. Decidieron buscar un rinconcito en la capilla y permanecer bajo techo hasta el amanecer, y mientras buscaban la llave y campeaban al mayordomo, salía a hurtadillas el capellán Montero.

No había vacilado un instante; a pesar de que se sentía mal, pues era muy precaria su salud, y era anciano y el temor amilanaba a los más esforzados: la caridad de Jesucristo habla más alto, y sin sacarse ni los arreos de montar se acerca a los moribundos tendidos sobre la carroña ya con el estertor de la agonía, y les da los elementales cuidados para el cuerpo y los auxilios religiosos para el alma.

Así recorrió esos tugurios inhabitables, pestíferos; aquellos pobres indiecillos lo contemplaban como al ángel de la caridad que descendía, gracias a sus clamores, a ungir sus cuerpos en el santo óleo y aliviar sus corazones oprimidos.

Al amanecer, apenas con unos sorbos de café caliente, huían de aquel cementerio de vivos y, para colmo de males, se descargaba una lluvia torrencial acompañada de granizos. Los truenos rugían en la región de la Puna: era como si los demonios, encabezados por el cruel genio de la montaña, Achachila, señor del granizo y de la tempestad, los pretendiera aplastar contra la negra mole, porque habían tenido la audacia de salvar algunas víctimas de sus garras.

A los dos días llegaban a Arica después de haber pasado por Codpa, y el misionero apostólico y el patriota de ardiente corazón caía al lecho presa de gravísima enfermedad, de la cual no salvó.

El Adiós

Ha pasado el día con más rapidez de lo que imaginaba; el Patriarca Zubieta ha enviado un mensajero de su tribu a buscar el ornamento que falta; son cinco horas de viaje, pero lo tendremos en nuestras manos.

Como le he mostrado cara agria, para hacerle ver nuestro disgusto por su desidia, el pobre viejo, de buen corazón, quiere hacernos olvidar el mal rato y nos invita a su casa, una de las mejores del caserío, con un techo de calamina y piezas entabladas, lo que constituye un lujo asiático en esos andurriales.

Para congraciarse con sus huéspedes nos da algunas frutas del valle, naranjas de Azapa, las últimas de la estación; naranjas riquísimas; dulces como almíbar y jugosas, las primeras del mundo, según dicen los viajeros y, pacayes, delgada vaina que guarda dentro una especie de algodón dulce, fruta sin gracia alguna, que comemos solamente para dar fé.

Muy cerca de allí hay un horno, y felizmente a esa hora está listo para dar su fruto: el pan del horno calentito de bello color dorado.

Tienen arte los criollos para amasar y preparar una hallulla grande y sabrosa que recién sacada da una fragancia mejor que de Atkinson.

Los forasteros son valientes para el pan; sin más preámbulos, a riesgo de quemarse, reciben de la Melchora el don nutritivo.

Entretanto Juan de Peña se ha perdido; lo busco por todos los rincones y encrucijadas, y por fin le hallo en un ángulo de la sala del festín donde el alférez festeja a sus invitados.

Juan de Peña ha caído denodadamente en la lid. Pero hay que llevarlo a un lugar donde repose y como no olvido la noche triste que me ha hecho pasar, le voy a conseguir un hospedaje.

En vano recorro los galpones, las chozas, las dos pulperías o despachos y hasta la escuelita donde actúa el imponderable don Fernando; no hay lugar ni hueco alguno.

Por fin, me dan una esperanza: casi al frente hay una pieza donde van a descansar muchos forasteros y tiene Jo principal, un techo seguro que proteja del hielo nocturno. Me asomo y veo un confuso hacinamiento de gente: familias indígenas que se tienden sobre una estera para la comida de ¡la tarde, chiquillos que se revuelcan en el suelo, grupos de hombres que charlan en cuclillas. Como quién echa un fardo, les lanzo a Juan de Peña para que le den un rinconcillo, pero no quieren recibirla y con descortesía me lo arrojan afuera; suplico con insistencia, hay discusiones, pero triunfa el buen sentido y la caridad, y me lo dejan en un resquicio de la cuarta sobre la dura tierra que lo abrigará durante su reposo.

La procesión será de noche; me lo han pedido los mayordomos y así se hará.

El crepúsculo ha encendido sus fanales. Veo el panorama desde las afueras sobre una altura que domina todo el valle.

Los matices naracados del cielo han revestido con su belleza toda la montaña, las pardas crestas de los cerros más lejanos, las dentelladas rocas, el valle hondo donde se recogen los rebaños: el color violeta es el que domina, tiñendo con una prodigiosa gradación unas nubecillas que navegan hacia el mar.

Dar una idea de esa milagrosa sinfonía! sería vana pretensión; ni pluma ni humano pincel podrían hacerlo.

Nuestros amigos los tignamareños ya han encendido la fogata de la noche y comienzan su danza, resuenan las zampoñas acompañándola briosamente.

Vemos entonces con relieve sorprendente toda la ruindad humana, su pequeñez, su miseria.

¿Quién pudiera arrancarles de esas tinieblas degradantes en que viven hundidos sin levantar siquiera la cabeza al cielo?

¿Quién pudiera inyectarles en el alma, encadenada y ciega, un ideal; ahuyentarles las superaciones que les cercan ensombreciéndoles el alma, y alegrarles la vida...?

Y civilizarles enseñándoles a conocer a Jesucristo, el único que puede redimirlos?

Se ha corrido el maravilloso telón y va la noche, soberana, la noche de nieve con su centelleo estelar y su hondo silencio nos envuelve, y borra nuestra angustiada pregunta.

Rojea la hoguera pintando con su lumbre los semblantes cobrizos de los que danzan, y sigue da zampona derramando su tristeza sobre el caserío, débilmente las campanas nos llaman a nuestro deber para la última procesión del día.

Decimos entonces, con Papini, sin pronunciar palabras, apretándonos el corazón para que no nos venda:

“Tú ves, Jesús, cómo es grande nuestra necesidad... cómo es amarga y verdadera nuestra angustia y profundo nuestro desconsuelo”.

“Todos tienen necesidad de tí, aún aquéllos que lo ignoran y aquéllos que do ignoran mucho más que aquéllos que lo saben”.

Y esos ruidos disonantes que escuchábamos, voces humanas y roncotes de tambores, se resuelven en un grito que desgarrar la pobre carne lacerada y amedrenta las sombras: “Sálvanos Señor Jesucristo. Ven a nosotros, que tu poder no ha muerto...!!”.

CODPA EL VIAJE ESTUPENDO

A las ocho de la noche nos esperan las cabalgaduras que nos van a llevar a Codpa, la villa austral de la provincia ariqueña; Codpa la orgullosa, que tiene sus afamados viñedos, los que dan el espeso licor de la región; Codpa, de nombre breve, más de resonante fama, por el carácter hospitalario y gentil de sus habitantes de antigua cepa peruana; Codpa, la rival antigua, si no de Arica, al menos de los pueblos de la sierra montañesa de Belén, la ciudad del pan; de Timanchaca, Ja villa del Santuario; de Putre y de Tignamar y Socoroma y Pachama y otros tantos villorrios y caseríos indios que rinden vasallaje a la ínclita ciudad de la quebrada.

Familias patriarcales han echado sus raíces en esa rica lonja, desde los tiempos de Ja Colonia, y se han ido sucediendo las generaciones, guardando sus rancios pergaminos y un secreto orgullo de jerarquía.

Cuando alguno dice: “Mi familia es de Codpa y yo nací en la quebrada de Ofragía, cerca del estero”, es como si dijera, “mi familia es de cepa talquina, desciendo yo de los virreyes del Perú, y tengo un tío que era Auditor de la Real Audiencia”; y hay que inclinarse ante tanta nobleza de buena ley y decir sin ironía ni empacho, como cumple a buen caballero: “Me complazco en ello” o “a mucha honra” o cualquiera frase del mismo jaez que indique sumariamente la cortesía del reconocimiento.

Hay, pues, anhelo grande de conocer a esa soberana ‘de montaña y de quebrada, soberana, perezosa, que nos brinda en los veranos una rica uva azucarada, gusto a mieles y un higo blanco y sabroso y el néctar rojizo de sus cosechas... ¿Y la distancia? ¿Cuántas leguas nos van a salir por el desierto arriba, con sus sorpresas de camanchaca y cerrazones y la angustia de la sed?

Dios Dirá...

La caravana es corta; el Obispo Jefe, que ha mandado ensillar el jamelgo clásico, el Charol, el piafador árabe, todo negro y lustroso, con la pequeña cabeza inteligente, el cuello crinado y la mirada relampagueante

y secos los remos braceadores; el secretario, un laico adormilado, tieso de piernas y de ademanes, y que hará en la visita el papel de notario y escribiente y se llama Cortés; un guía indio que conduce la mula de la carga; un ordenanza, bueno como el pan, diestro en excursiones y aventuras de sierra, Alcántara, cuyo nombre solo evoca los senderos de la Puna que él conoce como la palma de su mano, y el capellán cronista.

Noche primaveral nos ha tocado, llena de aromas salinos y hasta con un dejo a la Isla del Alacrán. Sobró los cerros vecinos al Morro de Arica va surgiendo la luna menguante, blanqueándonos apenas el camino y dándonos el augurio de un viaje feliz.

Mi caballo es el Dragón, un mulato revoltoso que va en castigo, pues ha saltado y brincado el otro día más de lo que su condición de siervo le permitiera... Ya le veré cuando la noche y el desierto le reciban en su regazo...

Resuenan los herrajes sobre el empedrado de la principal calle y más de algún curioso asoma al camino la faz curiosa para ver desfilar a lo que se figura un escuadrón armado, pero no espantamos a nadie: ponchos oscuros de Castilla nos envuelven totalmente; el guarapón oculta el rostro; y los rollos sobre el arzón, nos dan la apariencia de pacíficos excursionistas, caballeros de la Patria, que vamos en silenciosa misión de confraternidad.

Un sereno, frente al Hospital, es el último habitante soñoliento con que tropezamos; nos mira impasible y como quien se da vuelta para el otro lado, sigue el curso de sus serenas divagaciones.

Cuesta contener los impulsos briosos del Dragón; al olisquear la llanura cerca del camino de Azapa, se encabrita, tasca el freno y quiere precipitarse en la desenfrenada carrera que ya conoce. ¿Cuántas veces lo he llevado a media rienda hacia las Maitas de Azapa donde ha de encontrar sabrosa alfalfa y los dulces guayabos que le deleitan sobre toda ponderación?

El Jefe ha medido la fuerza de su caballo retinto, dándole un quiño al secretario, todo encogido y mojigato, que quiere quedarse atrás con su pobre pingo policial.

Aquel sendero rojizo de Azapa, enjuto y limpio, aderezado como camino nupcial; el lujo del imponderable Gobernador Emiliano Bustos, que en él se mira, corno en la pupila de sus ojos, nos invita y acucia para el galope, y ya que no ha de ser siempre la norma del buen jinete dominar instintos de velocidad y domesticar potrones, suelto la brida al Dragón y afirmo chapas...

La caravana las emprende de a cuatro en fondo, con la tranquilidad de conciencia del que va a dar un paseo de lujo.

Galopamos a ciegas, firme la rienda, para no salir de la línea señalada y sacudir la flojedad de los miembros -que bien quisieran distenderse, laxos, para el reposo nocturno. Ha de imperar la voluntad y dar la orden cortante al cuerpo -el hermano asno- y que obedezca agachando la cerviz... "Pues ¿no quieres caldo? La taza llena..."

Recuerdo Bélico

Rumbeamos luego hacia el sureste, dejando el camino azapeño y torciendo hacia el mar. A un lado quedan los cerros “Chuños” que levantan sin ganas sus redondeadas cumbres... cerros que vieron los vencedores de Arica en aquella homérica batalla del sitio en tiempo de la Guerra del Pacífico: constituye grupo selecto el que ha recibido del General Baquedano la orden lacónica: “¡Tomarse la plaza!”.

Que no hay municiones, que la distancia es grande, que los cerros son de arena y las fortalezas están minadas, que los enemigos vigilan en sus fuertes altísimos. No importa: dos jefes indomables están empeñados en que la fortaleza caiga, y caerá, pase lo que pase, y eso, que según la historia: “No había un solo punto en aquel lugar que no estuviera fortificado e inexpugnable”.

Los soldados del tercero de línea acampan durante la noche del 6 de Junio en esas hendiduras que apenas se divisan; la arena forma montículos y hondonadas entre las cuales los hombres pueden esconderse y pueden disimularse las armas.

Al frente se alza el Fuerte Ciudadela, erguido como centinela avizor; en lo alto flamea la bandera del Perú; es el objetivo primero de aquel asalto. Amanece el día 7 de Junio, y con la primera lumbre del día, lumbre lechosa y triste, los soldados de dos batallones avanzan, agazapados para dar el asalto con todo el ímpetu de que son capaces y para sorprender al enemigo que duerme y que cree que todo el regimiento se halla en Azapa pues allí han quedado encendidos los fuegos del campamento.

Alguien los descubre cuando ya están a boca de jarro.

Resuena el grito de alerta, revientan los cañones, las minas se van encendiendo con infernal algarabía, y se traba la pelea cuerpo a cuerpo: lleva el roto el puñal con que ha destripado los sacos de las trincheras y allí se desenvuelve la batalla horrenda con gritos de estupor y gritos de rabia.

El roto es invencible y es irresistible, cuando ha entrado en calor y le arde en la entraña la llamarada araucana. En cincuenta y cinco minutos, tiempo increíble que la historia ha recogido con asombro, todo el Fuerte está tomado; en el Morro Gordo flamea la bandera de Chile, y Bolognesi, el Comandante peruano de la plaza, héroe de verdad, ha entregado la espada con que defendiera hasta el último instante aquel sagrado promontorio.

Mientras marchamos por esa tierra arenosa, vislumbrando apenas la cúspide del gran Morro, que da al mar, vamos recordando este episodio tan hermoso de nuestra epopeya... Sacudamos entonces a Lagos, ese hombre austero, que parece tallado en la piedra roqueña de esa cantera inagotable de la raza, y el comandante del 4.º, San Martín, a quien se le ha levantado un humilde monumento cerca del sitio en donde cayera agonizante.

Llega muy apagado pero real, porque el viento sopla del poniente, el rumor de la resaca al azotar la playa en la Lisera.

Guardamos silencio, porque ya nos iremos alejando de la costa, internándonos hacia la pampa inmóvil, ahora, toda envuelta en una húmeda neblina, y el mar ya no es el inseparable compañero de jornada, escuchándolo es como si escucháramos una voz amiga.

Como la noche es obscurísima, cuando logramos sentir bajos los cascos del caballo tierra dura, emprendemos un trotcito lento y militar para ahorrar camino y tiempo...; más en breves momentos, la arena triunfa y lo invade todo y hace jadear a los corceles, ya que nuestra impericia los acucia para que se ensayen siquiera como para una marcha larga.

Nos sumergimos de nuevo en la noche profunda y cada momento sentimos apartarnos más del aire libre, de la luz, del contacto con la gente, como si fuéramos descendiendo a un pozo negro. Sin embargo, las estrellas y la luna nos acompañan débilmente, pero así y todo, parecen irradiar esperanzas y buenos augurios..., a pesar de que la lumbre no alcanza a aclarar todo el misterio que tenemos a nuestra vera: los chilcales y las plantas marinas que se agazapan, los peñascos de formas extrañas, que fingen siluetas de hombres o de monstruos, centinelas escalonados por todo el camino formidable.

Al principio se conversa lánguidamente sobre cualquier tema; se recuerdan las distancias, las paradas y descansos de la horrible jornada; se evoca a los amigos que han quedado y, a toda esa buena gente que nos aguarda ansiosa en la villa señorial.

A veces trepamos siguiendo de cerca la mula del guía, otras vamos resbalando por una suave pendiente de "pinerolo", pendiente arenosa donde los pingos se pierden hasta las corvas, para tocar fondo allí donde el indio impassible nos espera para reanudar Ja marcha.

Oirás veces creemos oír algo como el son de una esquila lejana que brota de alguna hondanada y que el viento balancea antes de entregar aquel eco de ultratumba... ¿Será ilusión? ¿Será realidad?

Por esos andurriales suelen internarse los arreos de mulas o de llamas a buscar la carga del néctar codpeño, o algún indio, que guía su tropilla lentamente, ya que en los días caniculares, cuando el sol enciende todo el desierto, ellos dormitan en un resquicio, haciendo toda marcha imposible...

Pero las más veces son ilusiones de los sentidos, las ansias que al viajero tiene de hallar un camarada o esa campanilla de plata que los viajeros ilusionados llevan consigo para las jornadas eternas.

Ya las conversaciones no dan para más; los ojos se cierran blandamente; vienen voces lejanas de alguien que interroga, como si estuviera bajo la arena con la boca llena de ella y así hablara. Es la una de la mañana, lo ha dicho el arriero mirando el reloj de los astros que no engaña, y a esa hora estamos sumergidos en el pozo sin fondo en los días normales...;

han sido aflojadas las riendas, y el Dragón ha tomado una marcha lenta y tranquila que no deja que desear: sus antiguos bríos de corcel de guerra han pasado a la historia...

A las tres de la mañana se ha levantado una neblina, blanquisca y sutil, que nos impide ver el camino: el arriero conversa con el ordenanza Alcántara; se ofrecen mutuamente cigarrillos...Vemos encenderse la luciérnaga roja que brilla cada vez que alguno la lleva a los labios y traza una parábola, pero es todo tan lejano, tan irreal, que se va confundiendo con los sueños...

El Obispo parece dormir; va quieto, con la cabeza caída sobre el pecho ¿reza?... ¿duerme? Después de bajar otro “pinerolo” de arena y de darnos de cabezazos y tambalear como en pleno temporal desencadenado, entramos a tierra firme.

El Jefe echa una ojeada, da una orden, y emprendemos galope rítmico, cansado, monótono... Apesar de que el terreno es blando, hay ocultos guijarros o agujeros de vizcachas; algunos tropezones de los pingos nos desarzonan; dejamos caer la huasca para hacer creer a los pingos abusadores que estamos despiertos y, ¡adelante!; nos queda la Pampa estupenda, de infinitos kilómetros, la que está señalada con las calaveras de los mulos y borricos que cayeron en la jornada.

En esos arreos de mulas y llamas y asnos, que se aventuran por esos mundos inmóviles de inmovilidad lunar, algún borriquillo no se apertrechó de agua en el último manantial del camino, antes de llegar a ese ardiente Limbo de las desesperación, vino la sed a hincar su garra en la pobre entraña asnal y a la fatiga del primer momento sucedió el tormento feroz, la desesperación, la locura y luego a las dos horas el total y absoluto aniquilamiento; el rebusno espantoso de la muerte.

El arriero, sin mirar atrás, con el fatalismo petrificado de la raza, ha seguido su marcha mascando el bolo de coca empujando sus sueño, trunco ¿Habría algún pensamiento, alguna idea o juicio bajo esa frente estrecha y esas enmarañadas quiscas en dónde parecen ocultarse liebres y gazapos?

¿Será este hombre algún distinguido pongo del Altiplano? Son los pongos, los esclavos modernos que se adhieren al predio, por ocultas y tortísimas raíces, y al vender el amo aquella tierra, vende también los pongos a plena conciencia. Seres esclavos, marcados por un fuego candente en el alma misma, que arrastran en extraño sopor una existencia de miserias.

Muchas veces cuando él no mira, yo lo contemplo, aprovechando el leve resplandor del cigarrillo que le ilumina los ojos de esfinge.

Le interrogo sobre sus asuntos de familia, sus padres, la choza que en el villorrio edificara, y él, para responder, tantea, dice alguna frase rara, tal vez en aymará, y luego suelta un chorrillo de palabras suaves, infantiles, llenas de ingenuidad.

El indio no es torpe, como se ha creído: sus facultades intelectuales están dormidas, aletargadas, sin uso, como si alguno se quedara en su sillón un par de años o más y las piernas se negaran a sostenerlo en el momento dado. Edúquenlo, con afecto paternal, como se educa a un niño de cortos años; estúdiense métodos en que se una a la vez la dulzura y la energía, la paciencia y la fuerza, y pronto se verá el resultado.

Con mi manía de conocer de los labios criollos, que no saben mentir, historias curiosas de la región, leyendas que han florecidos en esos campos vírgenes, como intolerable majadero, voy extrayendo, en diálogo socrático, curiosas aventuras que el arriero me cuenta en lento hablar. El lector los puede pasar de largo, pues poca relación tienen con la relación de este viaje.

La Aventura del Subdelegado

Me ha referido la aventura del subdelegado Ayala, acaecida hace pocos años, cuando se iniciaba la obra de chilenización intensa.

Por empeños directos o imposiciones, fue nombrado subdelegado este señor Ayala que, después de haber fracasado en diversas actividades industriales, se creía con especial vocación para ejercer el cargo de autoridad. Hay ese prejuicio hondamente arraigado en el vulgo y en la clase media; cualquier ser humano, por destituido de cualidades que esté, puede ser un intendente ideal o ministro o presidente de la República.

El mismo ambiente, el prestigio del poder, el nombramiento que le envían desde la cumbre del Gobierno, le dará lo que le falta para ser funcionario perfecto.

Nuestro héroe recibió con júbilo su nombramiento de subdelegado de Codpa; dio sus bártulos y, lleno de ilusiones, fue a coger el barco que lo llevaba a la Jauja del Norte, que para él se presentaba como el primer peldaño de sus ascensiones.

No poca sorpresa fue la suya cuando al desembarcar le dijeron que la villa de sus pensamientos no se hallaba en ninguna línea de ferrocarril ni de tranvías, y que para arribar a ella le era imprescindible cabalgar en una mula, atravesar el desierto, y después de la trágica marcha obtenerla como un galardón.

El infeliz se decía: “¿Será posible que en este siglo del aeroplano existan todavía estas aberraciones del progreso?”.

Resignóse, y hétenos aquí al ex-lechuguino, caballero en un pingo de la Policía, armado de su tongo gris, de chaqué y de sus largas piernas tiesas, que avanzan desgarbadamente sobre el cuello de su resignado jamelgo.

Le tocó conducirlo al mismo guía que ahora nos mostraba el camino a los capellanes de esta caravana. Hermético el guía, gárrulo y charlador el funcionario futuro, no hicieron buenas migas.

Salieron de amanecida por ese mismo camino que ahora llevamos.

Cuando ya llevaba caminado unas cinco horas, con el mismo tranco infatigable de la mula, el viajero novato se desesperó quiso camppear por su cuenta, y galopar un poco aprovechando el terreno duro en algunos sitios. El indio se opuso, el viajero porfió, rabió y salió ion la suya: a un galope regular se fue alejando de su implacable sombra.

Galopó mucho, la figura del indio fue desapareciendo; era minúscula; luego una rayita, luego, un punto pequeñísimo en la sábana enorme.

El subdelegado flamante, que venía a imponer nuevos métodos de gobierno en sus súbitos serranos, se extravió en la ilimitada esterilidad de la pampa. Cuando quiso juntarse al guía, primero lo esperó en un recodo del sendero, y luego retrocedió para buscarle llamándole con angustiado grito: el indio parecía tragado por la tierra.

Comprendió demasiado tarde su imprudencia: solo, angustiado, hambriento, dejó suelta la rienda a su corcel para que por su instinto lo guiara a través de la inmensidad inmóvil; pero el pobre bruto, que estaba tan cansado y flaco que a penas le quedaba instinto, se detuvo resuelto a morir allí mismo, como tantos de sus colegas de infortunio: los pollinos y llamas que habían dejado sus huesos en aquel cementerio.

De todos sus conocimientos profundos del arte de gobernar, de su filosofía de la vida, de sus industrias, solo le restaba una leve noticia que logró sacar del indio impasible: al lado del camino interminable, llamado de “la Vuelta grande”, existe una profunda quebrada, la cual posee como tesoro máspreciado, un pequeño manantial a cuya vera crecen dos higueras macilentas.

Husmeó aquel sendero y al divisar la quebrada honda, dió un grito, ¡estaba salivado! y era solo el comienzo de sus desventuras...

Descendió semiarrastrando la arenosa cuesta, jadeaba su pobre caballo y ya parecía caer, fulminado de fatiga; por suerte un aliento fresco se levantaba de lo profundo, invitándole a seguir.

Siguió por el fondo, guiado por la ilusión del agua, pues sus fauces ya no podían más, resacas por la fiebre.

Ya de noche, dio por fin con el manantial; desgraciadamente era tan esmirriado y pobre, que apenaba el alma; algún arreo de mulas lo había agotado, pues solo quedaba un charquito cenagoso que se disputaron caballo y caballero. Las dos higueras aquellas, como dos brujas, custodiaban el misterioso manantial, cubriendo con la sombra fuerte, envenenada, aquel paraje extraño donde crecía una yerba amarillenta.

El caballo murió aquella misma noche, mientras el infeliz Ayala invocaba a todos los santos del cielo, hacía mandas, devorado por la fiebre.

Para arrullar el hambre, mascaba las correas de la montura, trozos de enjalma y las migas y desperdicios de mendrugos que le quedaban en sus

pobres avíos, y luego las emprendía, como exquisito postre, con la yerba aquella, amarillenta y las hojas de la higuera.

Las pesadillas le cogieron y sintió aquella noche que el genio maléfico de la Sierra, el Supay de la Puna y sus contornos, le venía a visitar para invitarle a bailar con él la zarabanda de la muerte.

Al amanecer salió a orientarse, sin atreverse a apartar mucho del bendito manantial: la prudencia más exquisita acompañaba ahora a sus actos.

Colocó señales, amontonó piedras para dirigirse y luego pretendió trepar hasta cumbre, pero le abandonaron las fuerzas y tuvo que tenderse, al caer el día, con el desaliento más profundo. Se imaginaba que la muerte le estaba rondando y ya estrechaba los círculos contemplándole con los ojos quietos, extáticos, sin párpados.

Dos águilas que volaban hacia la montaña lejana descendieron a lo hondo, vertiginosas; tal vez ya olisqueaban el cadáver, luego viéndole vivo, de un solo impulso, verticalmente, se elevaron y tomaron rumbo hacia La Puna.

Tercer día; una somnolencia extraña le cargaba los párpados, los miembros laxos, la boca amarga, la respiración anhelante; a veces sentía en el abdomen y en el estómago indefinible malestar...; desnudo de medio cuerpo, había izado la camisa hecha girones, como una banderola que pedía auxilio.

Al amanecer del cuarto día, lo vio el arriero que andaba hacía veinte horas en su busca: estaba exánime; lo cargaron como a un cuerpo muerto, dándole antes unas gotas de coñac.

Esta fue la odisea del subdelegado Ayala, el que iba ascender desde el último peldaño hasta la cumbre del poderío. El indio se había taimado, no quería salir a campearlo, porque había adivinado en aquel señorete a un enemigo. La autoridad hubo de amenazarle con prisión y multa para resolverle a salir en su busca, y después de dos días, el indio dio con él en el estado que referimos.

El infeliz quedó herido por mucho tiempo del pánico a la muerte. En sus pupilas oscuras brillaba, en el fondo, extraño azoramiento, como si aún sintiera el aleteo cercano de la Intrusa.

Renunció a su puesto en la villa de Codpa, dispuesto mil veces a morir de hambre en la ciudad, que a pasar de nuevo por el tormento. El mismo me completó los datos que el guía me diera aquella noche en su curioso monólogo Incoherente.

Otro curioso viaje ha quedado en los anales de Codpa, el del marino John, de nuestra Armada.

Descendientes de alemanes, tenía él dos rasgos fundamentales de la raza sajona: serenidad heroica, calma, paciencia para hacer las cosas a la perfección, espíritu nada romo para coger, después de hondas cavilaciones, el busilis del problema y cierta innata adaptación en todo los ambientes,

y un exterior que correspondía a sus prendas anímicas: cabello rubio, ojos azulencos, color rojizo de la piel; parecía gritar a todos los vientos su nacionalidad.

Recibió la delicada comisión con la misma entereza que si le hubieran dicho: “Vaya al Ministerio a buscar su pasaporte”. Y era la comisión asaz, delicada, capaz de poner en apuros a cualquiera que no tuviera su entereza, y el hábito de obedecer hasta el heroísmo.

No había subido jamás a caballo; su corcel único había sido su buque, cuyo manejo y avíos conocía a las mil maravillas.

Rechazó espuelas y botas como adminículos indignos de un marino, y luego no se acomodó con los estribos que imaginaba estorbos para el jinete ideal; y apenas con las riendas, que, de buena gana hubiera suprimido. De esta guisa, como el más perfecto sajón, emprendió la feroz caminata.

Es claro que sufrió lo indecible; el trote y el galope le producían trastornos intolerables; la silla inglesa era para él un potro chucaro; la misma calma hermética del compañero, el guía, le causaban malestar; pero con la fría voluntad de trabajar por la Patria, cumplió su cometido después de un viaje de dos días trágicos, en que cambió no solo la piel de su cuerpo sino hasta el modo de andar.

Trasladó a la equitación los términos marinos: de babor y estribor, abordaje; cuando se detenía, “anclaba”, y “zarpaba” al emprender la marcha.

Con los riñones hechos papilla, y el hígado apabullado y las posaderas deshechas, se derrumbó en la primera casa de Ofragía, en la casa hospitalaria de la viuda de Caqueo; allí quedó el cuitado sin menear pata, hecho una llaga viva, como un San Lázaro; pero con el ánimo intacto para continuar la jornada apenas pudiera alzarse de nuevo su esqueleto.

Aquel marino de ascendencia sajona, pero tan chileno como Prat y Condell, cumplió bellamente su cometido; recorrió la sierra y sus quebradas en una quincena de días, sonriente y transformado por los soles y los vientos.

El Desierto

Al lado se extiende la quebrada de la Higuera, el teatro de la aventura del subdelegado Ayala. A esa hora es una avenida de sombras más densas, que se abren o estrechan, según las sinuosidades del terreno.

Me he acercado a contemplarla de cerca, pero mi pobre corcel amusga las orejas y retrocede, como ante un cadáver. Es en realidad una especie de cadáver insepulto, con su misterio y sus ruidos subterráneos y la sombra espesa que lo cruza y el pavor que siembra en torno.

Los indios Harneros, cuando van de anochecida por sus bordes, dicen sus plegarias a los protectores divinos, al Apóstol Patrono de las Españas y

al Señor de la Columna y a la Virgen de Timanchaca, y para despuntar las supersticiones ancestrales, que en sus almas dormitan desde siglos, echan sus frases y agujeros a los señores del Averno, al conjunto de divinidades aymarás que, según el decir de las gentes, tuvieron su imperio antes de la llegada del Cristo, y que ahora vagan desorientadas y errantes, llorando el perdido reino de otro tiempo.

Este desierto amplio, y henchido de tristeza, apenas bordeado de una vegetación de cementerio, amarillenta y deshilada, es la gran prueba para los que osan llegarse a la soberana tropical: ya el agua se ha agotado, el sol, el viento y la arena candente son los soberanos. El color blanquecino hiera la pupila y el sol ejerce el dominio absoluto hasta que llegue el tercer dominador, el viento, el implacable, que en lo hondo muje como fiera enceldada, y en la superficie levanta torbellinos y sacude la leve capa arenosa y envuelve a la mísera caravana en estrecho abrazo, ahogándola, estrujándola, derribándola.

Los pobres asnillos, las mulas y los caballejos, de plebeya stirpe, caen para no levantarse más... primero se detienen, husmean la sabana enorme, buscando cualquier efluviio de humedad para beberlo: la garganta y los belfos y entrañas reseca y fiebra das, no resisten más; los ojos se nublan y el arriero impasible ve que uno de la compañía le abandona. Si está cargado, le alivia de la carga para echársela a otro lomo resistente y con el fatalismo aymará, con el hábito de lo que ya ha ejecutado tantas veces, sigue la marcha formidable, sin mirar atrás, mientras la pobre bestia, abandonada, lanza gemidos o rebuznos hacia el cielo de añil, impasible ante su agonía...

Todo aquel desierto de la "Vuelta grande" está sembrado de esqueletos ya limpios y albos por el gran depurador del cielo...

Galopamos con verdadero frenesí, como si unas ansias de llegar nos acuciaran el alma; comunicamos nuestra angustia a la cabalgadura, enterándole sin misericordia los espuelines en sus flancos fatigados.

Vamos en dos grupos, adelante el Obispo, muy dueño de sí, muy sereno, algo desencajado el rostro, pues la trasnochada se nos viene derramando en todo el semblante. El "Charol" inclina la cabeza orgullosa entre las patas con su elegancia habitual, tan campante como si galopara por una calle de Arica, mientras el pingo mío, tan ensorbecido hace poco, ahora lanza, a intervalos, unos gemidos de fatiga, que fueran parte a ablandar entrañas más blandas que las mías. Atrás galopa Cortés, reducido a guiño humano: tiene descalabradas las entrañas y a cada golpe del áspero bruto que le ha tocado en suerte hace un gesto de tanta comicidad, que sería digno de reír en otras circunstancias.

El indio, con su cara de terracota, no deja vislumbrar impresión alguna. Le veo echar una ojeada a sus acompañantes, por lo bajuco, y aunque no estoy cierto de ello, me imagino que en estos ocasiones se ha de vengar

da estos blancos y de todos los blancos que crucen la estéril llanura. Aquí demuestra él la superioridad estúpida de su físico, la fuerza de sus huesos, la sobriedad y resistencia bronceada de las entrañas aceradas y anesthesiadas por la coca.

Comprende uno entonces, sin necesidad de hondas cavilaciones ni de consultar códigos ni autores, esa tristeza india que parece roerle los huesos y que el aymará lleva a cuesta, aún en sus más ruidosos jolgorios. La pampa ilimitada, monótona engendrador de tragedias, le rodea, lo estrecha en su rancho miserable; la pampa le presenta siempre los mismos colores de la tristeza, el gris en todos sus matices, gris de la paja brava, de la ceniza, de la arena candente; el gris se lo mete la naturaleza pollos ojos hasta en el plumaje de los pájaros, y el color del agua, y en la piedra de las cumbres y en la piel de los llamas. Y vaya usted a decir frases graciosas, metido en esa grisalla infernal, con ese sol incandescente y bajo el implacable azul del cielo, que, para su perra suerte, es también tan gris como los otros elementos enemigos. Es como sumergir a un cristiano en una caldera, hirviente, y luego pedirle algún jocundo epitalamio o una letrilla cómica.

Lástima produce esta pobre gente, abandonada a su miseria, enferma de mortal melancolía, sumida en sus prejuicios seculares, destinada a vivir, pegada a una tierra estéril y yerma, tal como los cactus y las tolas que interrumpen el paisaje.

Sicologías

He querido asomarme esa noche de viaje al fondo de esa alma india en los breves relampagueos de sus diálogos de incoherentes frases, de la breve mirada que me ha echado, mientras decía su rítmica relación; pero la pequeña pupila brillante, chispa de azabache en el fondo marfil, ha guardado, recelosa, su secreto; almas hurañas que se esconden en su envoltura, siempre desconfiadas de los blancos, pues por la experiencia que viene, heredando y por los hechos, aprendieron en el tráfico sangriento, que en cada blanco hay un enemigo.

Para el pobre arriero, baquiano y arrenquín, toda la vida será una jornada monótona y eterna, por el camino muerto, color de ceniza, en su mula soñolienta, seguir siempre .la senda vieja, luchar con las neblinas y los soles y los vientos y un día cualquiera, igual que el asnillo sediento o la mula estropeada, detenerse en medio de la llanura impasible, calcinada y feroz, y entregar la vida al Autor, con el mismo gesto de hurañez impasible. ¿Y será esto vivir?

El lívido amanecer del desierto no es parte para alejar las tétricas obsesiones del indio paria; se difunde claridad lechosa por el cielo, y las

líneas sinuosas del camino se van dibujando y se ahonda más la mancha negra por donde corre la quebrada solitaria. Sigue entre tanto el galope, eternizado en el mismo vaivén, el mismo jadeo, el panorama idéntico, como si hiciera una media hora, que hubiéramos emprendido la jornada.

A veces, nos asalta un vértigo de velocidad; se nos ocurre que vamos extraviados; que no nos movemos del sitio; que las pezuñas del jamelgo se van enterrando allí mismo y el día nos va a sorprender galopando en un mismo lugar, y vendrá la noche y otro día, y nosotros galopa que galopa, sin llegar jamás. Hemos de sacudir la cabeza y golpearnos la frente para que huyan esas negras ideas capaces de producir la locura a corto plazo.

Nos ha hablado el arriero de un dichoso palo que se alza en la mitad de la llanura, lo llaman el Palo del gringo, es el único índice señalador de caminos; allí se detiene la recua de llamas y de mulas y la caravana de viajeros y el piquete de gendarmes que van corriendo la Sierra; un suspiro de alivio exhala el acongojado caminante, se afloja un momento la cincha a la mula, estiran las piernas los aporreados jinetes, se hace fuego entre unas piedras que otros caminantes dejaron y, si no lo estorba el viento, se puede despuntar una siestecilla a la sombra esquelética del imponderable Palo del gringo.

Aquel alto lo llaman también “el Corralón”, porque en lejana época, cuando una locura de minas asaltó a los habitantes de esos parajes, pensaron haber encontrado un “chiflón” maravilloso y comenzaron a estudiar el panorama para hacer casas para mineros y llevar los elementos para la futura mina, de riqueza faraónica. Levantaron una especie de corralón, labraron un pozo y acarrearón del fondo de la quebrada agua salvadora, porque dio la casualidad que allí al frente estaba la higuera misteriosa que abrigaba bajo su fronda maléfica el manantial. Y resultó lo de siempre: el chiflón era de viento, el corralón se destruyó, se acabaron las calaminas y solo quedó, como testigo impasible de aquel sueño, el palo aquél, insignificante, pero que es un índice que se alza a las nubes, dando aliento al viajero agonizante y comunicando un resplandor de esperanza a los que la van perdiendo.

Ya el alba ha triunfado; pero en el horizonte la bruma impide la plenitud de la luz, y ésta que va acompañándonos es la luz cenicienta de cadáver: el sendero inmóvil se tiende hacia la lejanía e invita. El friecillo picante del amanecer nos reconforta y apechugamos, con la parca comida de las alforjas, como un desayuno.

Aventura

En aquel mismo sitio, en una jorjada de ingrato recuerdo, se le cansó la mula a un compañero de andanzas, al ingeniero Rivas.

Mientras el guía contemplaba impassible la escena, Rivas desensilló la cabalgadura, le empañó los lomos y el belfo hirviente, con el agua fresca de su caramañola... todo inútil, la pobre mula agotada, apenas da tranco y la hora avanza, el crepúsculo invernal se nos ha echado encima y se viene levantando la temible camanchaca del desierto, esas gasas impalpables que envuelven en cendales de muerte a caballo y caballero, y lo extravían y lo desconciertan o lo impelen a las quebradas o hendiduras.

Pedimos auxilio al guía; el mocetón tan bestia como el macho que cabalga, permanece inmutable, mira a la mula, nos mira a nosotros, y se encoge de hombros como diciendo: "Y a mí qué". El ingeniero debe llegar a Arica esa misma noche; ante su dolorosa angustia le ofrezco mi pobre caballo, que se mantiene en las cuatro, porque Dios es grande; tiene intenciones de sacar por fuerza de la silla al indio para que Je preste su macho; pero el indio, previendo algo, se ha adelantado sacando -de la cintura un machete imponente que coloca con suavidad sobre el arzón.

¿Qué hacer en tal trance? Rivas me impone de su proyecto; como mi caballo va mejor, me he de adelantar, si es posible al galope, para avisar en Arica que vuelvan en su auxilio esa misma noche, con bestias de refresco.

Parto como un loco azuzando a mi fatigado jamelgo. El indio me sigue sonriente; detrás de mí, queda Rivas a pie, empujando la mula que apenas da tranco, creo divisar en los ojos del pobre náufrago el brillo de las lágrimas.

Aquella tarde corrí como no he corrido nunca; mi pobre mulato, por merced divina, comprendió la situación, sacó fuerzas de flaquezas y galopó sin tino hasta cerca de las diez de la noche, hora en que caía derribado ante la posta de Carabineros, a la entrada del puerto.

Parte al punto la pareja auxiliadora y lo encuentra a pocas cuabras del punto de partida, exánime, al lado de su mula agotada; solo al amanecer pudo llegar a Arica después de la aventura.

Con la misma monotonía se desenvuelve la segunda parte de la jornada: apresura el sol su carrera y, a diferencia de lo que acontece en las ciudades, aquí sin estorbos y con la cooperación del desierto, luego caldea y se ensaña sobre los míseros mortales que le desafían.

Ya los, ponchos, y chalinas y abrigos, estorban y van quedando en la carga zaguera. El galope se alterna con el trote y la marcha, y los desiertos y las pampas se van sucediendo interminables. Allí está la Pampa Negra, tétrica, con sus candentes arenas oscuras y las hoyadas donde las vizcachas han hecho madrigueras y palacios, dejando el camino como una de las calles santiaguinas, cuando han caído en manos de las diferentes compañías industriales con diversos pretextos se ocupan en destruirlas.

Después de correr la Pampa Blanca por un caminillo duro, que resuena, como si galopáramos sobre una cripta de piedra, nos dejamos

caer a la Quebrada de Carza, que en sus partes más profundas se gasta una hondura de mil quinientos metros.

El sol está vertical y nos maltrata con rigor inusitado; las bestias echan humo, barnizadas de sudor, y a nosotros nos sacude una angustia intraducible en el lenguaje humano.

¡La envidia con que miro al indio siempre igual, carne momificada, y calcinada y tostada como una costra de cuero y de tierra; por eso las avispas y jerjenes, que en algunos parajes vegosos les pican, usan unos agujijones tan agudos y penetrantes como para atravesar cuero de chanchó! La naturaleza sabia los ha provisto de un instrumento apropiado, por lo cual imagino no ha de ser pequeño el gusto de alguno de estos bichos cuando se topan con la carne blanda y suave de un civilizado; entonces el agujijón se les sumerge hasta “los gavilanes” y la pobre víctima siente la clavadura en el mismo hueso”.

Tal nos aconteció esta vez. El Jefe dió la orden de yantar bajo la sombra inverosímil de un maitén tísico que se ha bebido toda el agua de la cisterna para crecer, y allí ha quedado haciendo equilibrios, aporreado por los huracanes y atontado por el sol canicular.

Sacamos las alforjas preparadas con providente tino por el capellán Flores. ¡Qué hombre generoso y bueno el capellán! cómo velaba por sus amigos maternalmente y sin aspavientos ni bullas. El, por su propia mano, iba depositando en el fondo de esas alforjas viejas, que él usara en sus andanzas heroicas, todo un almuerzo para padre prior: o un pollo escabechado, relleno con cebolla y huevos, o un trozo de tocino fragante, o sandwich o el vino de Pintatane, espeso y capitoso, capaz de hacer charlar al mismo impasible y hermético arriero; hay que aclararlo con agua del Tacora, so pena de atorarse.

Viene luego la Pampa de Carza y el trágico sendero, por suerte, solo un par de kilómetros, que va a desembocar cerca de la Quebrad-illa. Aquí los pingos patinan y se ponen largos clavando sus herrajes y pezuñas en los resquicios, y el jinete, como navegando en pleno temporal, se marea y siente el zumbir de la caída violenta, y gime y se encomienda a todos los santos de la corte celestial, y se entrega al instinto del rocín o del mular, que en estos casos es el triunfador en la arriesgada liza.

Al llegar a la cuesta de Hospicio, nos encontramos con la comitiva oficial que va en busca del Jefe y de su cortejo: dos carabineros, de flamante uniforme, el capellán del Vallé y tres caracterizados vecinos, entre ellos don Maximiliano Nieto, el más gentil y corpulento terrateniente de la región.

Saludos ruidosos, hurras, manotones, abrazos...

Un criollo flacucho enarbola una bandera chilena que, en esa altura y en las circunstancias actuales aquello es signo de buen augurio.

Una Leyenda

Como el pingo mío cojeara, ofrécenme cambio y acepto como el que cambia de postura en el lecho, y vamos ahora por el desecho atravesando quebradas entre rocas agudas y caminos estrechos, como veredas de contrabandistas.

El compañero que me sirve de sostén en aquella jornada final es un carabinero jovenzuelo, jovial y listo, que me va contando una historieta de entierros por aquellos parajes.

Supo por un viejo pastor de Codpa que en los tiempos lejanos de la dominación española visitaban el puerto de Arica y sus contornos los contrabandistas: llegaban, como banda sanguinaria de foragidos, y en un dos por tres limpiaban de oro y de plata no solo los bolsillos particulares sino las arcas fiscales, arrasando con cuanto metal precioso había.

Con olfato de aves de rapiña, husmeaban el botín en el aire y con vertiginosa rapidez lo arrebatában en un guiñar de ojos. Sus excursiones alcanzaban hasta la misma villa señorial de Codpa, pues bien, en una de esas, comerciantes españoles de la aldea, al saber la amenaza de un asalto, corrieron con sus cargas de plata, chafalonía y oro hacia la misma quebrada que vamos recorriendo y las guardaron en un rincón entre breñales y rocas; pasó el peligro y el viejo que guiaba la recua volvió a buscar el entierro y gritó al grupo que le seguía: “Se me le olvidó”. ¿Fue invención suya o fue de hecho un olvido de su pobre cabeza desmemoriada? Nadie lo supo ni jamás se ha sabido. Los dueños del tesoro estrujaron al viejo guía, llevándolo hasta la cárcel; todo inútil, una melancolía extraña se apoderó del guardador infiel, melancolía que le condujo a muerte.

La historia quedó palpitando en los labios de las comadres y de los patriarcas ilusionados, hasta llegar a esos risueños labios militares que no le dieron al parecer importancia; sin embargo, ha asomado en los ojos del muchacho el deseo...

Muchas veces, criollos desocupados, viejos codiciosos, alguna comadre trapalona, armaron grupos de investigaciones hacia el tesoro escondido, las cargas de plata que la desconfianza de los ricos guardó; pero la quebrada ha sido fiel, los derrumbes de los inviernos, los aguaceros del verano y las avenidas han cubierto todo vestigio.

Breve se nos hace la senda con la curiosa charla del amigo. El capellán, como niño alborozado en su caballo overo, se adelanta y luego lo lanza a todo galope a nuestro encuentro.

Con qué ansias nos aguardaba desde hacía meses; desde una semana preparó al poblacho para aquella visita, limpiando las callejas, pintarrajeando las fachadas y dando una manito de gato hasta de la misma iglesuca centenaria cuyos muros y techo están perforados por los murciélagos.

Ha conservado en su espíritu la jovialidad bulliciosa de la infancia, por eso retozan en él las carcajadas que repercuten entre las rocas oscuras y escandalizan a los ecos envejecidos de la quebrada.

Ha venido también a saludar a los huéspedes el viejo señor de Cachicoca, don Urbano Aruquipa, que posee viñedos copiosos que suministran caldos espesos y dulces; un néctar del Olimpo, según los entendidos. El señor de Aruquipa, que ha de descender de algún cortesano de los Incas, pues lleva la sangre india, con mucho garbo, la noble y azul, nos habla de sus posesiones y de sus viñas con más orgullo que de sus hijos, y levantando por encima del poncho el índice moreno, traza un círculo enorme para indicar la vastedad de sus tierras.

Y luego, con el aire zandungero de su redomón, avanza para prestar vasallaje al Obispo.

Panorama

¡Hurra! Desde la altura de la Cruz se abarca toda la quebrada con sus caseríos y aldehyuelas; es un río de verdura que corre en suave pendiente hacia el mar; a veces se dilata formando ensenadas mullidas, y otras, prosigue bajo el acantilado, cortado a pique.

¡Qué variedad de verdes, desde el virgíneo y plateado de los olivares, hasta el chillón de las vides y las higueras centenarias, que forman como una empalizada de honor. La vista se recrea y goza intensamente sin querer apartarse un punto! Afuera de aquella riada está el blancor deslumbrante de la llanura, asoleada, estéril, cuajada de dunas y montículos y asaeteada sin piedad por el astro.

Galopan alborozados los pobres jamelgos y el Dragón siente en las entretelas de su animalidad un ímpetu extraño; espera el agua y el pienso tras la homérica jomada.

En Ofragia han levantado el primer arco y está la avanzada del pueblo para ofrendar el homenaje de sumisión al señor y padre del espíritu.

Hay gritos devotos que apenas se alzan de los labios y alguna voz aflautada dice un Hosanna.

En la primera casa del pueblo nos detienen: es la señora viuda Caqueo y Valdés que nos presenta su don. Hay que bajarse, saludar, recibir un discurso, aceptar la copa no muy cristalina con el néctar de selección, preparado de antemano, que hay que beber de un tirón, y elogiarlo, y paladearlo y ser presentado a la parentela de Caqueo, unas damas más o menos caqueas, de la crema del pueblo y sus contornos.

Me ha tocado un rincón de la sala, en un muelle diván tan invitador al sueño, que de buena gana dejara a un lado toda conveniencia social, y me sumergiera en blando sopor: son quince horas de fatiga y de zangoloteo y la trasnochada está vivita y coleando.

Se despiden; aclamaciones, brindis, cumplidos soñolientos y ¡adelante!

Recuerdo, como en una pesadilla, la última etapa, los saludos, discursos, vivas, chicuelos que corren a la par del caballo, los arcos que se suceden en profusión armónica. Han aprovechado cada paso, las puertas de tranca, casas de terratenientes, viejas ranchas de indígenas, para edificar aquel ingenuo homenaje, desde el pilar forrado de verdura, hasta la solemne y complicada construcción arquitectónica.

Frente a algunos se hallan los autores muy campantes, con la sonrisa en los labios, esperando ansiosos la propina de un elogio.

A las cuatro de la tarde nos encontramos frente al último homenaje oficial de las Escuelas, con sus maestros y profesoras, y las niñas de uniforme blanco. Ya estamos al frente del pueblo; casucas centenarias con corredores amplios, enladrillados y su patizuelo español y callejas con limpias veredas, y en la plaza, el Campanario parroquial con las campanas que se han vuelto locas saludando al que viene en el nombre del Señor.

Un arroyuelo bullanguero, que va diciendo su festiva canción, le hace coro; tiene sus puentes de ladrillo y sus pasos a nivel con piedras y ramas.

Otra granizada de discursos: habla el maestro y el oficial civil, y una niña declama una poesía muy apavadita, con el tono monorítmico que enferma, con que todas las niñas de todas las escuelas chilenas vienen declamando desde la Colonia hasta nuestros días.

¡Qué desesperación! ¡Cómo diríamos a toda esa buena gente que se mata por hacer una obra galante y agradable y granjearse la voluntad del Prelado!:

“¿No comprenden que estamos ya semi cadáveres, de fatiga, de hambre, de sueño, de macurca?”

“¿Se imaginan ustedes, almas escogidas, que entenderemos alguna palabra de todos esos elogios que nos van tejiendo a porfía?”

¡Qué compasión nos viene sobre la víctima recordando cuando nosotros somos los victimarios y cogemos a un huésped de honor y lo nacemos turumba a discursazos y a galanterías provincianas!...

La Escuela

Por suerte termina el alud a tiempo; una especie de murga toca una marcha militar y van desfilando las escuelas, a paso de parada.

Tienen la marca de fábrica de todas las escuelas chilenas, de las buenas y abnegadas maestras que se afanan día tras día por educar la plebe alborotadora.

Son los chicuelos de tipo indígena; la sangre aquella de la raza aymará, está mezclada con sangre de blancos; por eso lucen los semblantes cierto aire avisgado y los ojuelos son vivaces y hay gestos de picardía y curiosidad,

aunque los pómulos salientes y la color aceitunada tiran hacia la Sierra con más ímpetu que una yunta de bueyes.

Las maestras han de desarrollar una »labor intensa y continua para encender en esos pobres espíritus la chis-pita del deseo, el amor al estudio, el afán por que esos proyectos de hombres se esfuercen por llegar a serlo de verdad algún día.

Dos obstáculos se oponen a ello: la familia, que pretende aprovecharlos desde la infancia y uncirlos al yugo y hacerlos trabajar en las rudimentarias faenas agrícolas, el cuidar las viñas, aporcarlas, podarlas, cosechar el fruto; y el otro obstáculo es el clima, clima enervante, tropical, que inyecta junto con el sol un efluvio de dulce pereza.

Vienen deseos vehementes de reposar, tenderse a la sombra de alguna fronda verdegueante, y quedarse allí arrullado por la suave corriente perezosa del agua, oliendo la yerba buena y el tomillo como cualquier Titiro melifluo de égloga. .

Y entonces se entabla la lucha cruenta de la disciplina escolar, la ley, el maestro, el carabinero para ir de Heredes a Pilatos, recogiendo a la grey estudiantil -que se escabulle por los vericuetos de la quebrada, amparada por la desidia paterna y los breñales cómplices.

La Escuela mixta del Fisco abre sus puertas coloniales en la plaza del poblacho; da la sensación precisa y clara de una pajarera, pues el runruno, abejo y alboroto no cesa un instante.

Por la ventana abierta se «divisa la ancha silueta de la maestra que dirige el compás del estudio cuando los muchachos, clavados en sus pupitres de a cuatro en fondo, recitan la lección con el sonsonete machanguero del tiempo de Mari-Castaña.

Por un hechizo de aquella tierra tropical, el tiempo se ha detenido en la quebrada dormilona, y los métodos pedagógicos y la mansión y las bancas y pizarrones guardan armonía perfecta.

No sería del todo insensato que los pobres criollos que allí pacientemente se desasan, bajo la férula de un buen maestro, aprendieran cosas de alguna utilidad práctica; por ejemplo, la manera de cultivar la fértil tierra, el predio con viñas y arboleda; la apicultura, la conserva, la avicultura, industrias aplicables a la región y que tuvieran salida fácil para los pueblos vecinos.

El Jefe y su comitiva han sido recibidos con suntuosas fiestas religiosas y sociales: Tedeum solemne, cantado por brillante coro de cuatro señoritas, misa, procesión.

El capellán, desde el viejo pulpito, ha dicho un lírico saludo a nombre de la feligresía y se ha administrado la Confirmación a infinidad de párvulos de los caseríos vecinos, desde Guañacagua hasta Chitita y Amazaca.

Se nos señala como alojamiento un departamento de la residencia parroquial; ornado de muebles de diferentes estilos, y sobrecamas y tapices

e imágenes de varias épocas; es una simpática macedonia. Felicitamos al Cura por las comodidades casi lujosas que se gasta, y él sonrío. Después sabremos la causa de esa sonrisa...

Y cuando quedamos libres, quedamos observando la idiosincrasia de ese pueblo tan lleno de simpatía y de atracción.

La Villa

Codpa se llama la villa principal, la que es considerada como la sede del Gobierno y que consta de caseríos diseminados en toda la extensión de la quebrada, y son Ofragía, Guañacagua, Amazaca chica, Chitita y Cerro Blanco.

La quebrada está amparada bajo la sombra de los cerros vecinos, algunos hasta de cerca de dos mil metros de altura. Está toda plantada de árboles frutales y regada por el riachuelo, que hace el papel del mago, pues transforma el erial en Edén. La amplitud de la feraz quebrada es, en parte, hasta de ciento cincuenta metros, pero en algunos sitios queda reducida a un solo torrente de verdura de cinco metros. En los faldeos y altosanos, casucas y chozas, limpias, vestidas de niveo color, asoman por entre la fronda revelando la paz del alma, la quietud perfecta de sus dichosos habitantes.

Hábitos simples, costumbres patriarcales, sólida religiosidad y, la eterna chismografía lugareña son las dotes que caracterizan a este pueblo dormido.

Los señores amos viven en una silenciosa contemplación de la vida, en el blando sopor de la siesta, durmiendo a la sombra del campanario en la vida y en la muerte.

Los días se van diluyendo en ritmo igual, como si fueran las cuentas de un rosario: jamás el hervor de la pasión, las ambiciones, la batalla cruenta de la rivalidad. Don Cástulo saluda cariñosamente a don Maximiliano y aunque ha tenido en otro tiempo sus cuestiones con don Severiano, ya le ha perdonado y ahora dormita a la sombra del maitén de la plaza, para continuar más abrigado, en un momento más, bajo el techo familiar.

Vida fácil, pues los frutos del huerto los entrega la tierra con solo recogerlos a tiempo, vida monótona, de un aburrimiento desesperante, que va momificando los cuerpos y las almas y dándoles el mismo ritmo uniforme.

En las callejas y senderos se divisan a cada instante viejillas robustas, veteranos incólumes, que llevan con bríos los sesenta años y van cumpliendo la jornada con la serenidad de un crepúsculo que no termina nunca.

Los encuentra el caminante, y él y ella se detienen, sonrían, saludan con el viejo saludo castellano: "Buenos días les dé Dios" y si el transeúnte es curioso y ama la charla fácil de los caminos, ellos cuentan sus males

ficticios con larga retahila de detalles, disquisiciones y episodios; hablan con lentitud serrana –como millonarios de tiempo– de todas sus esperanzas e ilusiones, sueños y realidades...

Las jóvenes apechugan con el trabajo agrícola o guardan la casa en el segundo patio, preparando, para las invernadas largas, provisiones y cereales.

Los mozos, de vigorosa contextura, pero de temperamento delicado, salen a ganarse la vida a las lejanas salitreras donde el jornal es abundante y se puede ahorrar para lo futuro.

En el servicio militar se transforman, se sacuden en parte la modorra racial y adquieren el ímpetu de la vida moderna.

Esta juventud, sacudida desde sus raíces, con hábitos nuevos y acopio de conocimientos de cultura, es parte para dar amenidad a la existencia gris de la gente. Organizan estudiantinas, coros de ambos sexos, filarmónicas, y en las noches lunadas se marchan por esos senderos del faldeo para dar cada serenata, que tiembla toda la quebrada hasta el mismo Guañacagua.

Guitarras y mandolines exhalan sus románticas quejas y las voces remozadas, broncas o chillonas, dicen su penar, en esas viejas e idílicas canciones españolas, que resucitan los tiempos del bardo y del guitarrico.

Ello revela, más que un discurso erudito, la noble cepa española de la gente y las raíces profundas que la entroncan en el rancio hogar español; de aquí su nobleza y el explicable orgullo, que produce hasta soponcios en la matrona encarrujada y solemne. Pero también aparece, y no de incógnito, la ascendencia indígena, los apellidos Caqueo y Mamani y Paco y Guaraca que se abofetea con el Andía y el Jiménez y el Valdés, que allí cuentan con encumbrados representantes.

Y esos apellidos guardan armonía con muchos semblantes incaicos, de tez morena retinta, y pómulos insolentes y bigotillo mongol, y como para puntualizar la dichosa mezcla, sale a relucir en esas tertulias sociales la quena que desgarrar el alma y hace flamear, en el tumulto, el sollozo hondo de la raza abandonada.

Esa herrumbe del alma, que es la tristeza indígena, suele teñir levemente el carácter de los criollos codpeños; de aquí que sus canciones y huayños salgan con un dejo de melancolía; de aquí, que el mismo varón, dotado de la fuerza y robustez, y energía de su condición de jefe, al pulsar el instrumento mortal, afluente y almibare la voz, y ponga los ojos lacios y corone la estrofa atormentada con unos calderones lacrimantes, capaces de hacer llorar a un peñón.

En esa pareja codpeña, que en una romería metió bulla y cuya actuación relaté, mientras la dama danzaba con el ritmo lento de una náyade de agua dulce, él, garrido mozo, lleno de virilidad, empuñaba el charango y daba al aire unas voces dolientes de plañidera judía.

Servidores de la Patria

Sería incalificable injusticia y distracción imperdonable que en esta ligera crónica no mencionara a servidores de la República que, en estos lugarejos montaraces, han dejado muchas veces, junto con la salud, la tranquilidad y la vida y, con desinterés que les honra, han laborado por dejar en lugar emiente el nombre de Chile: los capellanes.

Nombrarlos a todos sería tarea demasiado larga, solo pondré en su sitio selecto a los que conocí en la jornada última.

Sus nombres son: don Eufrasio Montero, Arturo Moraga, Luis del Valle, Carlos Álvarez y Luis Felipe Escobar.

El primero de ellos le entregó a su pueblo sus últimos años fecundos en méritos, y murió a consecuencia de las penurias, fatigas, escaseses que pasara en sus excursiones apostólicas por caseríos, poblachos y capillas diseminadas en la quebrada y sus contornos.

Moraga, del Valle, Escobar y Álvarez recorrieron toda la Puna hasta el mismo límite; presidieron las fiestas patronales; misionaron evangelizando y civilizando hasta las zonas de los lagos; junto con el Evangelio sacudía el espíritu de la gente una ráfaga nueva, de vida y la Religión que antes –para la inmensa mayoría– era un amasijo de supersticiones y fetiquismo, se convertía en la doctrina sublime de Jesucristo, en las verdades fecundas, con irradiación a la vida práctica, y esperanzas y consuelos inmortales.

En esos pueblos estáticos de la quebrada los capellanes eran los párrocos, los evangelizadores, moralistas, árbitros de todos los asuntos, lides, rencillas, enredos... Nadie les discute la autoridad; presiden no solamente las ceremonias religiosas sino todas las iniciativas de bien público; arreglos de caminos, expropiaciones en pro de la comunidad, y en las escuelas hacen la clase de moral y religión y bendicen a la niñez, empujan a la juventud hacia el ideal de grandeza de la Patria, y van tejiendo sus días y sus horas en un total olvido de sí mismos entregados a la bella tarea de las almas y de la Patria.

Don Eufrasio dejó un recuerdo gratísimo, de su temperamento campechano, bondadoso hasta el heroísmo, de una abnegación estupenda. A pesar de que su edad lo exigía algunas comodidades, vivía él en un tugurio misérrimo, sobre una payasa escuálida luchando a brazo partido con los chirimachas, el bicho voraz que hace estragos en esas regiones cálidas.

Con paternal condescendencia les presidía a los nativos sus tertulias sonantes y era el primero en celebrar las canciones y huayños con que suavizaban la dureza de la suerte y amargura de la vida.

Llevado a su hogar, ya herido de muerte, la vio venir con serenidad suprema, y sus últimos pensamientos fueron para esos sus hijos abandonados que el cielo le diera.

Otros servidores dignos de mencionarse son los modestos y abnegados carabineros que hacen la guardia de la frontera y tienen sus cuarteles en los villorrios de la quebrada.

En Codpa había una tenencia con ínfulas de cuartel: la mísera casuca se ha transformado; barrida y limpia, fregados los pisos de ladrillo, con su minúscula cuadra y su corralón y cuarto de guardia y rastrillo; el grupo de los cuatro custodios del orden se esmeran en adornarla, pintarla y engalanarla para lucir la modesta belleza, cuando los curiosos y los personajes nativos y los jefes van a visitarla.

Muy pronto los carabineros se identifican con los pobladores, estudian sus hábitos y, aunque no olvidan el papel que la nación les ha confiado, van realizando su misión con un tacto admirable.

Ellos cooperan a la labor civilizadora y cultural de los capellanes, les secundan en los actos públicos, participan en los homenajes y asambleas que de vez en vez interrumpen la triste vida.

Una tarea grata sería nombrarlos a todos, pero aclamaré siquiera a los jefes; habría el peligro de omitir algunos nombres. Quede constancia, sin embargo, de que con tres botones basta para muestra.

Maggi, Maldonado y Délano que hicieron sus primeras armas en la villa señorial. Los tres hidalgos guerreros, de caballerosidad intachable, supieron desenvolver una actividad tal, que fueron acercando a la Patria muchas voluntades que se torcían a causa de los prejuicios y de miserias lugareñas. Fueron populares y muy queridos y su sola presencia daba garantía de orden, de justicia y de armonía...

El capitán Maldonado figuró como protagonista en un episodio atajando, con un tacto que nunca será suficientemente ponderado, un intento de rebelión que pudo tener sangrientas consecuencias.

Dos desgraciados se alzaron y, armados de fusiles penetraron al mismo comedor para matar allí a los tres residentes que de sobremesa plácidamente conversaban: el jefe militar y dos civiles.

Los dos rebeldes se habían envalentonado con una chispa de alcohol, pero más que todo lo que en ellos influía era ese ambiente asfixiante del poblacho, la escasez de los medios de subsistencia, los ánimos de mucha gente, envenedados de desconfianza y de rencores contra ellos.

Ante la muerte, los corazones mejor templados aceleran el ritmo de la palpitación, y se turban no precisamente por el miedo sino por algo que mucho se les asemeja, y era éste el caso, pues los dos cañones apuntaban al pecho del grupo.

El capitán habló serenamente, con una confianza, una sencillez, una lógica, sentimiento tan hondo, que al cabo de media hora, la mano crispada que empuñaba el rifle lo ha soltado y se ha dulcificado la siniestra pupila que se clavaba en el pecho del jefe.

Pocas veces en la historia militar, la elocuencia reposada y la voz vibrante de un hombre ha obtenido una victoria más provechosa: evitar una catástrofe, salvar tres vidas y dos honras!

La Cosecha

En esa fértil gleba, apenas humedecida con débil caudal de agua, crecen y se desarrollan vigorosamente todas las frutas de los climas tropicales: duraznos, paltas, chirimoyas, peras, plátanos, guayabos, manzanas y pacayes y, en amelgas cuidadas como praduelos precios o los cereales básicos para la nutrición del hombre: el trigo, el maíz, la cebada, las habas, y también se da gozosamente la papa y el zapallo y la sandía.

Aunque la tierra vegetal es poco profunda, y en el subsuelo está el cascajo con su antipática esterilidad, la primera capa es de riqueza extraordinaria en materias minerales, sobre todo en cal; de aquí que las uvas y demás frutas sean de una dulzura exquisita y los mostos adquieran alto grado de glucosa.

Llegada la cosecha, los criollos preparan sus ancachas y alistan sus borricos y mulas para hacer la travesía a los pueblos vecinos.

Las peras de agua jugosas, los duraznos Waterloo, las ciruelas Reina Claudia, tienen venta segura en los poblachos y aldeas diseminados en la Sierra desde Tignamar, Timanchaca, hasta el mismo Puquios.

Otra caravana de arrieros con las ancachas desbordantes de frutas, se lanzan nada menos que a las salitreras, atraviesan la quebrada de Camarones, de unos tres mil metros de hondura y fértil en pastales, cruzan la de Chiza, pasan por Tana y, ya en las regiones del nitrato, llegan al fin de la jornada a Zapiga, al amanecer del cuarto día.

Para que las mulas y borricos no se acostumbren al descanso y proveer ellos sus despensas de víveres, los compran a buen precio en la villa y, muy campantes, regresan a sus lares.

La Vendimia

Pero no es la fruta la principal producción del valle; allí están las vides, humildemente agazapadas en la tierra, con aire de encantadora modestia, y tal, que engañarían al que no las conociera y qué caldos engendran, por San Martín! Dulzones, azucarados, con una fortaleza y vigor, que hace sonreír a los buenos catadores.

De algunos me sé yo que iban de paso, con rumbo hacia el sur, y al probarlos dijeron: ¡J 'y suis et j 'y reste! "Aquí estoy y aquí me quedo" y se quedaron para siempre.

La cosecha de la uva y preparación del vino es de un método patriarcal, seguramente el mismo que usó el padre Noé, en aquel trance histórico.

La aldea está enfiestada: de todas las casucas y mansiones brotan canciones jocundas y van por los caminos los vendimiadores con un aire tal, que alegra hasta la misma cenicientas pampa...

En los pacientes borriquillos acarrear la uva hacia el corral de la casa. Cada propietario tiene su viñita que acaricia y mimba como a la niña de sus ojos.

De ella espera no solo el pan para la familia y educación de los hijos, sino el regocijo de la fiesta para los grandes días de la Quebrada.

Es llevada la uva al hogar, en medio de la alegría de los vecinos, amigos y peonada, niños y mozos.

Cuando el viñedo es grande, viene a prestar auxilio al dichoso propietario gente de otros poblachos, pues hay allí mesa puesta, algún llama lechón o un par de corderos gordos que refocilarán como primera recompensa a los vendimiadores.

A veces, la cosecha es colocada sobre alfombras y tapices para asolearla; lo que se llama “bandear la uva” y así suelte, con la caricia del sol, toda la dulzura secreta que guarda en la entraña.

En seguida, los vendimiadores, desnudos de pie y pierna comienzan la danza sobre el tapiz de la uva madura.

Los gritos, la algazara, los dichos festivos, llenan el aire y algún buen trago del añejo de antigua cosecha es el cómplice de la ruidosa algarabía, mientras mozos y doncellas cantan el aire popular:

I

Pisa, pisa, compañero,
Pisa, pisa con valor,
Sacaremos vino rico
De la viña del Señor.

II

Comencemos el trabajo
En este dichoso día,
Trabajemos con empeño
En la viña de María.

III

“Pasen, pasen otra copa,
Para podernos parar
Y nos toquen un huallñito
En el momento de pisar”.

Terminado el pisoteo y la danza de la uva, el caldo, es llevado con solemnidad a las cubas para que allí comience su gozosa fermentación, contagiada con el delirio de sus opresores.

El orujo es amontonado y aprensado con piedras enormes, a falta de prensa, y cinchado el montón con totora.

Todos los jugos así preparados se dejan reposar blandamente por tres meses, para romper luego las compuertas y verter la no escasa corriente de los ciento cincuenta mil litros que van a derramarse por la quebrada y por el valle, y llegar a formar pozas en el puerto de Arica y transformarse en alegría, en regocijo pleno, en retumbante y ¡ay! tantas veces en crimen!

Y allá va por esos senderos de la montaña el obscuro arreo de mulas cargando el delicioso néctar, guiadas por el cencerro de cobre de la madrina, y empujadas por la voz opaca del conductor adormilado sobre el escuálido pingo.

Conocí a uno de esos arrieros serranos, en una de mis andanzas: la estampa viva de Sancho, el escudero inmortal: gordo, reidor, hinchado de felicidad y de proverbios campesinos; su existencia, era una jornada inacabable por el desierto, repartiendo lo que constituía la dicha y el olvido de los mortales.

Fiestas Codpeñas

Como jalones blancos en la gris esterilidad del camino, los de Codpa y sus contornos, amenizan la vida con las tiestas religiosas y sociales del año.

En cada mes hay tres o cuatro, todas ellas bien remojadas y gritadas, con lujo de invitados, y con sonadas tertulias.

Intensamente vive en los espíritus el sentimiento religioso.

Hay piedad natural, conciencia recta y el deseo ardiente de honrar a la Divinidad y además... a los amigos en esas fiestas siempre precedidas de una Misa Solemne y de pintoresca procesión, encabezada por el Mayordomo que es el vecino encargado de cuidar la Iglesia por el año entero, mientras dura su gobierno: cargo en conciencia y *ad honorem* que se vienen sucediendo desde tiempos inmemoriales.

También el alférez, cargo honorífico y pío, tiene parte principal en esas tiestas, pues es quien debe costearlas de su peculio y pagar desde la cera hasta la chicha de jora, y los picantes para los romeros e invitados.

Al comenzar el año, la autoridad, precedida por el Tala, elige a los vecinos caracterizados, y por turno, para los alferazgos de la temporada: patronos de los santos protectores que “correrán la fiesta” para atraerse la protección del cielo; y suele acontecer lo que en grandes ciudades de alta cultura: la sangrienta ducha por lucir, por desplegar todo el lujo imaginable para aplastar al rival, y que la fiesta resonante de un alférez hunda al otro, aunque el rumboso señor quede despellejado y maltrecho con más deudas que sentimientos.

Las fiestas del Niño Dios duran ocho días cantores: desde el 23 de Diciembre hasta principios de Enero, y las familias más pudientes edifican unos Nacimientos estupendos, con fantasía de artistas: pastores y magos, ovejas y una fauna riquísima de animales antediluvianos hechos de arcilla roja, que no hay más que ver...

En nuestros pueblos, la fiesta de Navidad es para la infancia y la juventud, y la edad madura desdeña tomar parte en las ingenuas manifestaciones de religiosidad infantil, en la ruidosa algarabía de las zampoñas, flautas y charangos con que alegran al Niño recién nacido y atormentan a los grandes.

En estos humildes villorrios todos participan en el novenario solemne; la quebrada se engalana de gritos, y cánticos y música que van discurriendo por las veredas. La gente emponchada, pues comienza la temporada de las lluvias tropicales, anda con un alborozo que no le cabe dentro y se desborda y da esquinzos con estrofas a lo humano y a lo divino... Ya andará metido en la trifulca el duendecillo infatigable del viñedo que ha saltado efervescente de los odres ya arrebuados en la penumbra del corralón.

A los pocos meses brinca el Carnaval, la fiesta pagana exultante que cuenta con sus furibundos cultores.

Los sesudos varones adormilados, que pitaban su cigarrillo de hoja a la sombra del pegujal de la mansión, y las matronas ilustres, que tejían sus artísticos pelambres tomando mate, se transforman, y como vivarachos mozalbetes, sienten el cosquilleo del Carnaval y hasta van por esos trigos con disfraces y colorines, y danzan y gritan y forman corros al compás de la zampoña pastoril.

Y no se contentan con estas inofensivas manifestaciones de contento, nó, ármanse de jeringas y bombines, y los más audaces, de mangueras y de baldes, salen, formidables, para descargar el chubasco sobre el paseante descuidado o la viejecilla que chanclatea...

Cunde el regocijo cada día: fórmanse guerrillas y partidos de mozas y donceles, y si el odio no incendia los ánimos y hace pavesas los corazones serranos, es porque los dos bandos quedan empapados y chorrenado balo la lluvia artificial, con protesta de las vides y plantíos que son los que vienen a pagar al fin de cuentas el pato de bodas...

Epílogo

Cuatro días ha estado el Obispo visitando con su breve comitiva toda la región.

No han faltado festejos en la regia mansión episcopal: saludos de las sociedades de damas y de caballeros, banquetes, en la quinta bella de doña Aurora García, la más conspicua y linajuda matrona de la quebrada,

que ha dedicado su existencia a hacer el bien y, todo con gran prolijidad, desde la horchata hasta los tejidos de punto, y estalla también un banquete popular con asistencia del pueblo soberano y brindis al por mayor.

Queda en todos los corazones un bienestar grande, un consuelo.... todos los resortes interiores del espíritu: la voluntad soberana, el deseo, los afectos, se han remozado al contacto de la palabra viril y evangélica del Obispo militar, y brilla ahora como estrella, tal como la eterna y fulgente de la bandera, el ideal.

Va la comitiva oficial, pero ahora con pena mal disimulada, a dejar al Prelado y su séquito hasta la misma cabecera de la región, la casona de doña Josefa Caqueo de Valdés.

Ha quedado de guardia ahora en la región y, hasta que lo releven, el Capellán cronista.

Pretende consolarse imaginando que, en la mansión señorial que le ha tocado, heredada del Obispo, durarán mucho las galas y tapices y cuadros que alegraban el ánimo; más, todo en la vida es ilusión engañosa, flor marchita; una pila de rapaces mensajeros se van llevando todo el ornato, dejando al pobre capellán como al santo Job cuando contemplaba el derrumbe de su poderío desde el segundo patio de su casa.

Ahora bien, como una epifonema de este viaje, piensa ¿cuáles serán los medios para dar intensidad a la vida agrícola de este fecundo y escondido valle de Chile, colocado en una situación de importancia, en el límite de dos ricas provincias, y en la cabecera del territorio nacional?

Antes que nada, tender caminos fáciles, si es posible, caminos de autos y camiones hasta donde sea hacadero, para dar cómoda salida a los productos de toda la quebrada y comunicarla con -el interior. Un camino desde Arica hasta la quebrada Carza, pasando por alto esa trágica Cuesta de Ache, que es para los arrieros y viajantes, una hache mayúscula.

Una escuela grande, luminosa y asoleada, apropiada a la región y luego... que no le enseñen tanto a los granujas los reyes visigodos o la flora y la fauna de la Arabia, como las cosas que tienen al alcance de las narices el cultivo de esa tierra buena y fecunda, que posee en su esencia el poderío de entregar a los que la cultiven todos los frutos de la creación.

El cultivo científico de la vid, cultivo intensivo, estudiando las uvas que mejor puedan producirse y, si hay posibilidad, de preparar la pasa, ya que la uva es hermosa y muy dulce.

Maestras y profesores bien rentados que comprendan la misión que la República les confía: formar ciudadanos útiles, honestos, que trabajan ahí su propio terruño y nó esos flamantes bachilleres presuntuosos y petulantes, que van a escombrar las antesalas de los Ministros pidiendo un puesto público.

Una escuela agrícola, que los inicie en la vida industrial, es indispensable.

Ya que el regadío es trascendental en toda esa región-estudiar la posibilidad de levantar un tranque, en las quebradas vecinas, y emprender la obra al punto, pues la materia prima, la tierra, es de lo más fértil de toda la provincia.

Un párroco que atienda el servido religioso de toda la quebrada, y cuya jurisdicción podría extenderse hasta las aldeas de Tignamar y Timar. La obra del Párroco en la formación moral y cultural de la gente, en la unión de las familias y centro de irradiación patriótica y ciudadana, es insustituible, y las proyecciones inmensas a que alcanza su labor la pueden conocer quienes hayan sido testigos de lo que vienen haciendo los capellanes en los últimos años.

Mientras tanto, la villa señorial, desperdigada en el río de verdura que llega hasta el mismo Océano, con sus casucas hidalgas que se asoman por entre la fronda tupida, espera la obra providente del Gobierno que la sacuda de marasmo y que se escuche la voz aquella omnipotente que le diga una vez por todas: "Levántate y anda".

